

# Al fin del camino

En busca de Pepa la Pipera

Guillermo  
Arróniz



*A Qviron Lethebain:*

*Espero que «Al fin del camino» dentro de muchos, muchos, muchos años, miremos juntos hacia atrás y, con el corazón unido por nuestras manos, veamos un gran pasado de amor, entrega y generosidad, como ha sido ya durante todos estos años que constituyen lo mejor de mi vida.*

Solo al final del camino, las cosas claras verás  
la razón de vivir y el porqué de mil cosas más  
Al mirar hacia atrás, cuando llegues comprenderás

Busca las cosas sencillas y encontrarás la verdad  
La verdad de ese amor, lo demás déjalo pasar  
Solamente el amor con el tiempo no morirá

Al fin del camino se harán realidad los sueños que llevas en ti  
si en todo momento en tu caminar  
la vida has llenado de amor y verdad.

*En un mundo nuevo*

RAFAEL TRABUCHELLI y TONY LUZ

Nuestras corifeas van ataviadas según los usos de las  
castañeras que dan tanta prestancia a los belenes:  
pañolón negro, toquilla sobre la espalda, delantal a  
cuadros. Junto a ellas un porrón, un botijo o un pay-pay.  
Diríjase que el tiempo se detuvo en el vial, o en el  
callejón.

*Amami, Alfredo! (Polvo de estrellas)*

TERENCI MOIX

## **Agradecimientos**

La lista de agradecimientos debería ser muy larga, porque hay mucho y hay muchos a quienes debo un sinfín de cosas maravillosas, relacionadas o no con este libro. A Qviron Lethebain, por viajar siempre conmigo (a cada momento en este periplo de la vida), también en la ocasión durante la que nació el corazón de esta novela. A Olga Bogdanov, por su generoso prólogo, por hacerme sentir realmente poeta, como ella me llama. A las chicas de Egales, Mili, Mar, Connie, Helle (en orden de aparición en mi vida), por apostar por este loco proyecto mío de sonrisas y enaltecimiento de la bondad. A todos aquellos que, con sus historias, han puesto a andar mi cerebro hacia caminos nunca imaginados. A los cordobeses que nos acogieron con su hospitalidad llena de humor y sabor y cuyas calles inspiraron alguno de los fragmentos de esta novela. A mis padres, que nunca leerán este libro, por llevarme, verano tras verano, a ese pueblo de la Comunidad Valenciana sin mar, ese sitio de donde nacen algunos de los personajes que pululan por aquí. Y a la abuela Herminia, por aportar la genialidad de una mujer fuerte, valiente, cargada de años... y amante de las series de terror.

## Prólogo

Si yo tuviera que describir a Guillermo Arróniz en una palabra, diría que es POETA, con mayúsculas, uno de verdad. Lo conocí en un taller de escritura creativa en la Casa de Aragón de Madrid, organizado por Susana Diez de la Cortina Montemayor. Yo pasaba entonces por un trance complicado y había escapado a Madrid para huir de mis problemas, al menos por una semana. Llegué a la Casa de Aragón cansada, ensimismada, sin poder librarme de mis ansiedades, de mis miedos. Comentábamos las variaciones de estilo literario. La conversación era muy interesante y enriquecedora como suelen ser todos los eventos organizados por Susana, pero me costaba concentrarme, dejar de pensar en lo mío... Y entonces Guillermo nos enseñó una imagen de *El Calvario* de José de Ribera y declamó su soneto dedicado a ese cuadro.<sup>1</sup>

El soneto fue magnífico: profundo, apasionado, muy poético y escrito en un bellissimo castellano. Sonaba «como un arroyo cristalino», como había escrito Rubén Darío en su «Soneto a Cervantes». No tenía demasiados adornos que tuvieran por objeto acentuar la maestría del idioma por el autor, ni alusiones alambicadas que mostraran su alto nivel cultural. Sin embargo, el poema reveló todo eso y mucho más: la pasión, la sensibilidad y la capacidad innata para percibir —y enseñar— la belleza. Y muy buen gusto. El soneto resultó una revelación para mí. Me serenó y me devolvió la capacidad de pensar en algo más allá de mis angustias, en algo hermoso, eterno y verdadero, lo que siempre está a nuestro alcance, y que no nos abandona nunca. Hacer precisamente eso, en mi opinión, es el objetivo de la literatura, su *raison d'être*, sea cual sea el género.

A primera vista *Al fin del camino. En busca de Pepa la Pipera* tiene poco en común con los sonetos sublimes y edificantes sobre arte, personajes históricos, o la fe, distintivos de Guillermo Arróniz. Es una comedia de costumbres: ligera, irreverente y burlesca. Recuerda al *Decamerón* —por los temas que trata: el amor, el destino y la magnífica imperfección humana—, así como por el estilo en que los aborda: las bromas chispeantes como burbujas de champán, las escenas absurdas, eróticas y románticas, una ironía fina y una sátira mordaz.

Sin embargo, la novela tiene la misma impronta inconfundible del autor que tienen sus sonetos. Es poética y está escrita con oficio y talento, por alguien que escribe, como reflexiona uno de sus personajes sobre los novelistas de casta, «con claridad, pero con elegancia, eligiendo el tono, dominando el imperfecto y divino —por humano— arte del lenguaje». Guillermo Arróniz es un hombre culto (y estoy hablando de las dos culturas: la que se escribe con mayúscula y la que se escribe con minúscula), y eso se nota. En sus alusiones —inesperadas y divertidísimas todas— los personajes históricos, como el marqués de Santillana, —los pragmáticos cambistas holandeses del siglo XVI— y Napoleón, conviven con toda naturalidad con Mecano, Alaska, Roció Jurado y Lady Gaga. Solo un hombre culto de verdad, el que se siente en el mundo de la literatura como pez en el agua, se atrevería a poner en una estantería de su protagonista —uno al lado de otro— los libros de Terenci Moix, de Pablo Pérez y *Las aventuras de Camilla, la peluquera que todo se lo cepilla*, una novela sobre «el vampiro que no se sabía si clavaba mejor los colmillos o el gran cuerno que tenía entre las piernas».

Un peluquero perplejo, buscando el sentido de la vida, un grupo de (muy gays) amigos suyos, los colegas, los padres, los vecinos (este imprescindible coro griego de una obra española): así son los personajes de esta novela; todos diferentes y cada uno con sus propios problemas y anhelos o incluso con una crisis existencial. Y la enigmática Pepa la Pipera, a quien nadie conoce... o casi nadie, y quien, sin embargo, lo enlaza todo, pero no hasta el final. ¡Ah! Y también la ciudad pequeña donde se desenvuelve todo, fluidamente y con precisión de cirujano, un pueblo tan real y tan vivo que se pueden oler sus olivos y su hierba seca, escuchar sus gallos y pájaros, mirar sus casas blancas y «los faroles negros, de luz amarilla, casi anaranjada, como si en ellos latiese la vida de una yema de huevo». Y España, magnífica y frustrante, que sigue luchando contra sus demonios, «una piel de toro cuyo pelaje está atestado de chinches de la envidia, que lo pueblan como la peor plaga, junto con el orgullo y la picaresca», a la que el autor tiene muchísimo cariño, tanto como a todos sus personajes.

Nos enganchan las obras que nos hablan de nosotros mismos, sean cuales sean los géneros, los estilos y los guiones. Un buen escritor siempre tiene una gran calidad humana y, al cerrar la última página de una novela buena, el lector se ha vuelto más sabio, se siente enriquecido, con una mejor comprensión de la vida y de sí mismo. Así es *Al fin del camino. En busca de Pepa la Pipera*. Es muy entretenida, frívola y repleta de ocurrencias dignas de Oscar Wilde, de enredos, equívocos y diálogos picantes (incluidas varias digresiones divertidas del autor y una «guía de los perplejos» preciosa sobre el sexo gay). Con todo eso, la novela no hace caso omiso a los problemas graves de nuestro mundo: la homofobia, el esnobismo, la intolerancia, los prejuicios, la superficialidad. Guillermo Arróniz trata estos temas con una suave ironía, sensibilidad y comprensión, pero sin perder por ello nada de la seriedad de su mensaje. Es luchador pero sus armas preferidas son compasión y empatía, humor y educación, y las usa con un extraordinario dominio del lenguaje. Nos coge dulcemente de la mano y nos lleva de una página a otra, no solamente haciendo que nos enamoremos de sus personajes, que libran sus batallas respectivas, sino también poniéndonos ante unos espejos, animándonos a reflexionar, profundizar y compadecer.

La novela es profundamente humana. Nos ofrece lecciones vitales y no sería precisamente un destripe decir que una de ellas es, en las palabras de una sabia protagonista, «que la vida se vive para vivirla, coño». Nunca mejor dicho. Y ahora, ¡a disfrutar!

OLGA BOGDANOV

## Capítulo 1

### Pancho. ¿Y quién coño será Pepa la Pipera?

Se despertó con un desasosiego especial, con un frío que se le filtraba, ambicioso y directo, por varias partes de su cuerpo. Era un frío material, real. No sabía dónde estaba, le costaba abrir los ojos y se sentía torpe y pesado. ¿Dormía la ciudad la siesta o era aquel un sopor matutino? Tampoco recordaba qué había hecho la noche anterior ni cómo había llegado a aquel lugar en el que supuestamente acababa de dormir. La sensación de extrañeza lo envolvía y se acumulaba al agarrotamiento de sus músculos. ¿Qué lugar era aquel tan estrecho en el que le resultaba casi imposible moverse? No era su cama, de eso podía estar seguro, aunque su pensamiento fuera lento, y agarrotado también. A pesar de tener una jungla de espesores en la cabeza, pudo ver que una sombra se acercaba...

La sombra gritó: «PAAAAAAAAAANCHOamínomedesestossustosquesoytumadreymevasamatarundía. ¿Se puede saber qué haces DURMIENDO EN LA BAÑERA?». Así, sin respirar y a mil decibelios por sílaba.

Efectivamente, Pancho, peluquero de profesión y de vocación; treintañero por la gracia de haber nacido al principio de los ochenta, con la década y el *despiorro*; y grande y cariñoso, se había pasado más de la cuenta con las copas la noche anterior y, dado el inexorable color blanco de la bañera, había confundido la cerámica con las sábanas de la cama. Bien es verdad que el frío de la cerámica le había extrañado un poco, pero lo había atribuido a unas sábanas invernales... aunque estaban en julio, asados de calor en aquel pueblo a ocho kilómetros de la costa.

Ya se sabe que, mediando el alcohol, el razonamiento lógico no pinta nada.

El grito de su madre se le había metido en la cabeza como un clavo potente que no dejaba de retumbar y saber a hierro, también frío. Por supuesto era incapaz de responder, pero empezó a moverse, al menos, para hacer saber a la señá Sole que la había entendido. Sin embargo no debió de ser muy convincente su movimiento porque... la señá Sole abrió sin mucha delicadeza el grifo del agua fría para escarnio —y despertar— de Pancho, que de pancho tenía poco en aquellos momentos. El grito de nuestro protagonista fue algo notable. Tanto que la vecina de enfrente pensó: «Ay, al hijo de la Sole, que por fin nos lo han desvirgao».

Y es que no era un secreto que Pancho tenía preferencia por los hombres... o que para el sexo no le interesaban las mujeres, como uno quiera decirlo. Ni él se había preocupado de pregonarlo, ni tomado las molestias de ocultarlo. Pero no se le conocía novio ni lío. Se sabía en cambio que había sido un niño amable y cariñoso a quien, apenas un año atrás, se le habían pegado, cual lapas, una pequeña banda de amigotes muy fiesteros que no tenían mucho control, pero a los que no se les conocía escándalo grave.

Pancho, empapado y aún torpe, se incorporó lo suficiente como para cerrar el grifo y volvió a caer en la bañera, llevándose las manos a la cara para intentar despertar definitivamente restregándose un poco. La madre, conforme al fin, añadió:

—Voy a prepararte un café bien cargado. Te espero en la cocina. Tenemos que hablar.

Eso de «tenemos que hablar» era la primera vez que salía de los labios de su madre, al

menos que él recordara. Y la preocupación sobre aquello que tenían que discutir empezó a despertarle de forma mucho más efectiva que el grito o el agua. ¿Hablar de qué?

Tres cuartos de hora después, duchado y cambiado, con un pantalón corto y una sencilla camiseta blanca, aparecía Pancho en la cocina donde esperaba, paciente, su madre.

—Siéntate, anda. Conociéndote, te acabo de hacer el café.

Los dos sabían que ese «Conociéndote» hacía referencia al proverbial y legendario ritmo lento de Pancho. Pero a ninguno de los dos le molestaba. Ellos no sufrían de las prisas de la gran ciudad, aunque a la seña Sole no le habían faltado nunca ni el brío ni la sangre para enfrentarse a todo, desde la muerte del marido a las huertas, cuando las tenían, que ahora vivía de las rentas de las tierras y la peluquería del hijo, que, quién lo habría dicho, daba dinero.

—Mira, hijo, eso de que vayas asustando a tu madre representando escenas de *Saw* no me parece bien.

A Pancho no le extrañó nada que su madre le citara la película de terror, pues desde que don Manolo, su padre, pasase a mejor vida, se había aficionado, para horror de las amigas y vecinas, a los films más sangrientos y terroríficos.

—Además... yo creo que lo mejor es que no me meta mucho en tu vida, porque, esto lo sabe bien tu madre, los hijos nunca aprendemos por boca de los padres. Así que mejor no voy a decirte nada. Si no tuvieras que vivir conmigo, el susto no me lo habría llevado y no estaríamos teniendo esta conversación.

Por supuesto, no había habido conversación alguna, sino monólogo o diatriba de la fuerte viuda aficionada a Freddy Krueger y Alien por arte y gracia de la muerte de su marido, que en paz descansase.

—Creo... sí, creo —dijo reflexionando en voz alta— que lo mejor es que me vaya al pueblo de tu padre. Además, hace meses que no visito la tumba de mi marido, que en paz descansa, y debe estar criando bichos, que él era muy dado a esas cosas, y seguro que ahora también. Y a mí eso de que las arañas merodeen, junto a las hormigas, por la lápida, no me convence, pero tu padre erre que erre con los insectos, que menuda perra cogió con mirarlos y cogerlos y guardarlos entre cristales. Claro que yo ya me encargué de tirar todo aquello tan pronto él decidió irse al otro barrio a cuidar de los animales. Le puse el traje de los domingos, el bueno que le compraste en la capital, lo enterramos y nada más y volver del cementerio me dije: Sole, aquí hay que hacer limpieza...

A punto estuvo de perderse Pancho en la larga perorata cuando su madre dio un nuevo giro:

—Pues eso, que me voy al pueblo de tu padre.

—Pero, madre —dijo, hablando al fin, aunque escuchando ecos de sí mismo viniendo de extrañas cuevas oscuras dentro de su cabeza—, ¿dónde se va a quedar usted en el pueblo de padre si allí no tenemos casa?

—Ah, eso no es problema. Seguro que Pepa la Pipera me arregla la habitación en un momento. Además, con la de gatos que cuida ella, si la ayudo un poco estará encantada. No hay más que hablar. Me voy a ir una temporadita al pueblo de tu padre y al cabo del tiempo pensamos lo que vamos a hacer. Esto de que tengas treinta años y sigas viviendo con tu madre no cabe en cabeza humana.

Y dio por zanjada la conversación.

Pancho, que no la había visto así nunca, se quedó desorientado. No había oído hablar nunca de la tal Pepa ni creía que la seña Sole fuese a dejarlo solo en la casa, ella que siempre le había tenido las comidas a sus horas. Con el dolor de cabeza que tenía lo dejó pasar y decidió irse a dar una vuelta, que para algo era domingo... o lo que quedaba de domingo.

No tenía muchas ganas de ruidos y zarandajas, así que cogió el camino que arrancaba a espaldas de la casa, obviando la calle principal, y en apenas diez minutos estuvo en pleno campo, oliendo a hierba seca y olivos. Lejos del vecindario curioso, la tienda de ultramarinos de la esquina, el herbolario «místico» que llevaba María «la Emporrada» y todas las preguntas y los «buenos días» de gentes, en su mayoría mayores y jubilados.

Se atenuó su dolor de cabeza, aunque sin llegar a desaparecer en toda la calurosa tarde que pasó de sombra en sombra, incapaz de pensar con claridad o de recordar qué había hecho la noche anterior. Al menos no de forma completa. ¿Cómo podía haber terminado en la bañera? Empezaron cogiendo prestado el coche de un amigo fontanero que era un caótico y tenía el carro lleno de instrumentos de trabajo. Salieron de la pequeña ciudad, sí, pero ¿adónde habían ido?

... Habían empezado por donde siempre, la capital. Un viajecito de una hora en coche, luchando por mandar en la radio o el reproductor de cedés.

—¡Las manos quietas, nenas! Mientras conduzco yo, la radio la controlo yo. ¿Ha quedado clarito?

Luci (Luciano) «la Virgenera» no admitía discusiones. Además era rencorosa. Y todos sabían que, al salir del coche, si alguien quería cambiarle el programa a la DJ se verían recompensados con un pellizco o una colleja picantes como chile. El problema es que Luci no variaba mucho su repertorio y a su Falete, su Rocío Jurado y su Pantoja no se las tocaba nadie. Naiiiiiiiide.

Sí, era el único español que no había tomado partido alguno por una cantante u otra. Las dos eran intocables y en su presencia Rocío e Isabel eran reinas y emperatrices a las que había que tratar como a dignidades eclesiásticas. Ella sabía bien que la potencia de la Jurado era insuperable y su versatilidad notable; pero, ¡ay del desgarrar rociero y tonadillero de su Pantoja indomable!

En general el coche, cuando todos hacían un pacto de caballeros/señoritas, parecía un desfile del orgullo de Cher a Marta Sánchez; de Lady Gaga a Madonna. En fin, una discoteca ambulante con plumas y divinismo en raciones muy proporcionadas.

Se habían dirigido a la capital sí, pero no recordaba haber terminado allí. ¿Dónde se habían perdido?

... Ahora empezaba a recordar... Antes de llegar a la ciudad habían parado en otro pueblo para recoger al nuevo ligue de Luis Antonio, el banquero, el más discreto del grupo en apariencia. Uno de esos gais a los que «no se le nota», un hombre de treinta y algo, siempre de traje y corbata, siempre discreto, siempre sereno... hasta que llegaba el viernes por la tarde y la bestia dormida despertaba como un volcán tras años de callada actividad interior. Tenía un cierto don para atraer muchachos estrenando la veintena, tan lisos de torso como planos de cerebro. Había tanto que debían aprender aún...

Este, en concreto, se llamaba Kevin, pues su madre era de aquellas que perdieron la

cabeza por el Costner allá por los tiempos de *El guardaespaldas*. Cuando Whitney era una reina negra de voz vibrante. Suave como piel de fruta aterciopelada, suave como una mañana de mayo florentina. Tenía los brazos largos y ligeros, pero duros, como soporte de alas. Su mirada, de un azul turbio, tenía una pícara inocencia que brillaba esporádicamente.

Completo ya el coche, partieron hacia la ciudad, con ganas de juerga, de baile y de ligue. Salvo en el caso de Pancho.

Pancho se había encontrado con el grupo por casualidad una tarde en la capital, buscando productos para su peluquería y entreteniéndose sin más, hacía unos meses. Y desde entonces no había habido fin de semana que no hubieran salido juntos.

Pero, para extrañeza de los demás, él nunca ligaba. Ni lo intentaba...

Aquella noche no había sido la excepción. Empezaron con una cena de picoteo y cervezas, muy cerca de la plaza más popular, a la que daba la catedral, y cerca del ayuntamiento. Allí, Diego, «el Alquí», les había contado el último chiste de su puesto de trabajo.

Su mote le venía ya de antiguo cuando, siendo niño, había pedido aquel famoso juguete que prometía convertir al infante en un futuro ingeniero químico a base de mezclar agua con sal, agua con azúcar y ver qué saturación era más rápida... Pero él, en realidad, no estaba interesado en la Química, sino en las pociones mágicas de la Reina de Blancanieves... ¡Envenenar manzanas, oh qué placer! Curiosamente así acabó. Es decir, acabó entre manzanas, porque Diego era frutero en el mercado central.

—Imaginaos, entra un argentino. —Lo supe nada más oírle, porque yo para esto de los acentos soy buenísimo, ya lo sabéis, y empieza a pedir fruta. Y yo le digo a la Manuela, este pierde más aceite que yo y que la camioneta de nuestro jefe juntos. Pero ella, que dice que yo siempre creo que todo el mundo es gay no me creyó y me dio un empujón para ir a buscar las cebollas, la muy burra. El caso es que, de pronto, el argentino va y dice: «¡Ah, también quiero dos peras y un mango!». Y yo que digo: «¡Anda, si nos ha salido travesti!» «Dos, porque no soy ningún monstruo.» Manuela me oyó y echó a reír como una loca y el jefe nos echó una bronca tremenda, aunque no se enteró de nada, porque tiene menos inteligencia que una pulga torpe... Pero es que no se puede vivir rodeado de mangos y bananas y no hacer chistes fáciles. Habría muerto ya, si no los hiciera. ¡Qué coñazo!

—Anda, deja de quejarte, si en el fondo te encanta —le dijo Luci.

—¿A mí? No me insultes, guapa, que me acuerdo de tu madre y de la Jurado las dos juntas.

—¡Más hubiera querido yo que las dos hubiesen estado juntas!

La cena transcurrió entre chismes similares y luego llegó el eterno debate sobre adónde ir. Acabaron en el lugar de siempre... o casi siempre, el local más *house* de la ciudad en el que se daba cita lo más «hermoso» de la ciudad. Lo malo era...

Lo malo era que los jovencitos allí reunidos estaban más preocupados de la química de las pastillas que de las del cuerpo. No es que no les hicieran caso por estar en los treinta, eso ya no tenía tanta importancia como hacía unos años, es que cuando se lo hacían tenían tal estado de enajenación que besarlos era casi como hacerle caricias a un maniquí de plástico de excelente acabado: duro, bello... pero ausente.

Pancho, a pesar de sus años en Madrid, y de la escuela de peluquería, donde nunca faltaba la juerga, no era muy amigo de las sustancias. Durante sus meses en la gran ciudad se encontró con dos problemas: un exceso de responsabilidad y una intolerancia al ruido.

Lo primero se debió a que se sentía culpable por hacer que sus padres le pagaran todos los gastos de la estancia y el curso, pero él no quería aprender en cualquier sitio, y se buscó la mejor de todas las academias de la capital. Sabía que Barcelona tenía un gran prestigio, pero cuando fue adolescente ya Madrid había tomado las riendas del motor del país y él quiso estar donde estaba el dinero.

A pesar de todo tampoco fue ningún santo... Dejó un reguero de corazones rotos y probó un poco de cada cosa sin quedarse con nada. Se centró en los pelos y se dejó de zarandajas.

—Nena, estás muy absorta esta noche, ¿no te gusta ningún chulazo de todos estos? Mira que a mí esta música me da igual. Si quieres que vayamos a otro sitio que te inspire más, tú y yo cogemos los bártulos y el resto que se busque medio de transporte mañana para volver a casa.

Luci, a pesar de sus gustos melómanos flamencoides degenerativos, y su recalcitrante capacidad de rencor, era muy madre. Tenía manos de madre y se comportaba a veces como una madre con Pancho, a quien veía muy perdido. No quería, sin embargo, hablar muy claramente a menos que el propio Pancho tomara la iniciativa.

—Estoy bien, estoy bien, es que solo voy por la primera copa...

Pero, viendo que no acababa de convencer a Luci, decidió atajar por lo sano.

—¿Te he contado la historia de la despedida de soltero de mi amigo Juan Luis? Ven, vamos fuera, como si nos fumáramos un pitillo, y te la cuento. Con tanto ruido no me oigo ni los pensamientos.

Las luces de las farolas los deslumbraron un poco. Hacía más fresco del que esperaban para las alturas del año, pero eso los despejó. Luci se dio cuenta de que bajo los ojos de Pancho había una cierta sombra, un silencio escondido. Ella lo hubiera dicho más pasionalmente, por supuesto, con uno de esos versos de sus heroínas del cante que rasgaban el aire para llenarlo de abandonos y amores que llegan a un final, como quien colma la vida de desgarró de la misma manera que un cojín se rellena con guata: para que tenga algún sentido y un uso.

—Juan Luis —dijo Pancho al poco de salir— era muy amigo mío. No pegaba nada en la academia. De hecho, creo que sus padres le habían obligado a ir a estudiar a Madrid peluquería por sacarlo del ambiente en el que había estado en el pueblo.

—¿Pero era de la zona?

—No, no, que va. De Castilla-La Mancha. Nada que ver. Lo conocí allí y seguro que ni has oído hablar de él. El caso es que era bastante bruto, hetero algo cromañón y pegaba menos entre nuestros plumeríos que un Simca Mil de quinta mano en el parque automovilístico marbellí. Pero era muy buena gente y le importaba una mierda lo que pensarán los demás. Se divertía mucho conmigo y decía que yo no era una loca al uso.

—En eso, nena, tenía razón.

—El caso es que, cuando terminó el curso en la academia, mantuvimos la amistad e incluso me invitó a su boda... y a la despedida de soltero. Su familia iba bien de pasta pero lo que pasó aquella noche degenerada no tiene nombre. Cuatro taxis llenos de

testosterona cultivada con azadón camino del más cutre bar de estriptis que puedas imaginar. Me acuerdo perfectamente de la mirada del conductor cuando le dieron la dirección. Era un poema. A Juan Luis se le veía con posibles y el buen hombre debió preguntarse por qué habían elegido aquel lugar para pasar la noche. Las paredes desconchadas, el luminoso medio jodido, de un rojo desmayado, ya daban una buena idea, por fuera, del tipo de antro.

»Entramos y para mi estupor la chica que estaba bailando con unas bragas espantosas, de mercadillo de pueblo, y unos tacones desmochados, como si hubieran sido testigos de la coronación de Isabel la Católica, parecía más cegata que un topo. Era un cromo. Aunque lo mejor de todo es que la chica era una cincuentona entrada en carnes mucho más allá de lo que sus servicios en aquel local querían sugerir.

—Se me está cortando la digestión, y eso que no soy escrupulosa.

—Pues prepárate porque viene lo mejor.

—No sé si quiero escucharlo... Sigue, nena, sigue, ¿no ves que es una expresión?

—El caso es que aquella figura que había nacido en los tiempos del franquismo bailaba, por decir un algo, al lado de una barra de metal, en un escenario pequeño y con cortinas con más mierda que una cochiguera. Al poco de llegar hizo que mi amigo subiera con ella para que todos viéramos su seducción de vaca semidesnuda. Lo tumbó en el suelo y ella empezó a agacharse a la altura de su cara, acercando todo el agujero a los ojos de José Luis.

—Eres demasiado descriptiva, corazón. Y una cosa es que a una le guste sufrir con los desafortunados amores de mis heroínas y otra que sea una masoca, adepta a la falta de higiene y los olores a marisco.

—Pues ella siguió bajando... Y cuando se estaba acercando se le escapó un tacón y acabó con todo el chochazo en la nariz de José Luis. Y se la rompió. Tendrías que haber visto el cuadro... el novio con la nariz rota sangrando, la *stripper* intentando levantarse y pidiendo disculpas. Entonces me di cuenta de que estaba como una cuba... que digo yo quién habría tenido el cuajo de invitarla a copas hasta la borrachera, con el aguante que los años le habían tenido que dar.

—Jajaja. ¿Y se casó?

—Se casó, sí, con la nariz rota y un pacto de silencio con los amigos, que apenas podíamos contener la risa en la boda.

La Luci lo miró aún con la sonrisa en los labios. Pensó que aquel era el momento, a pesar de que la noche era fresca y le apetecía volver a entrar al local. El silencio se había hecho demasiado evidente después de la historia y ninguno de los dos daba paso alguno hacia la discoteca. Había allí algo que hablar, era obvio. Y no era una batallita de un amigo de los tiempos de la academia de peluquería, pero estaba muy relacionado con ello. Tomó aire Pancho mirando a un horizonte por definir y a su amigo no le pasó desapercibido que allí, por mucha fiesta que compartieran, había algo que no encajaba. Así que se dispuso a hablar...

—Mira, guapa. O guapo. Como prefieras. A ti te pasa algo. Y estaba esperando a que tomaras confianza para contárnoslo directamente, o al menos a alguna de toda la pandilla de locas. Pero tengo la sensación de que no lo has hecho. Hay cosas que callas. Nunca, y quiero decir, nunca, en seis meses, te he visto ligarte a un tío. Ni intentarlo

tampoco. Se te nota a la legua que no estás buscando nada. Y que yo sepa, ni tienes novio ni proyecto. No sé si es que te dejaste a alguien en Madrid a quien echas de menos o estás pasando por una mala época, pero ahí hay algo. Y no es un hombre que diga: ¡ay!, porque tú no te quejas. Muy masculino tú.

Pancho lo miró con los ojos entrecerrados, y eso que él ya los tenía bastante pequeños, entre esa frente despejada y trapezoidal y esos carrillos encantadores, siempre sonrosados. Parecía estar evaluando si debía hablar al fin o no. Si realmente quería decir algo o si sabía lo que quería decir. ¿Era Luci el destinatario adecuado de sus reflexiones más íntimas? ¿Se podía hablar seriamente con alguien que tendía a hablar en femenino de forma constante y que a sus taitantos años seguía follando de rama en rama, como los monos, con la Jurado como música de fondo? El prejuicio se comía la capacidad de reflexionar de Pancho, que no podía entrar a valorar lo que había detrás de aquella careta o máscara de lo evidente. ¿Era un antifaz artificial o era parte del rostro? Luci, que de tonto no tenía ni medio pelo y que se había criado viendo los culebrones de las folclóricas por la tele, de la mano de su madre, sabía interpretar cada gesto de toda gran diva, y Pancho, a pesar de su silencio tan aparentemente masculino, tenía, como todas ellas, un pedazo del alma de gran diva.

—Mira guapo, te vas a venir a mi casa... ¡No me pongas caras, que no te estoy haciendo proposiciones deshonestas! Salvo que tú quieras que te las haga, claro. Te voy a presentar a alguien.

—¿A estas horas de la noche? ¿Y los demás cómo se vuelven a casa?

—Ay, Pancho, Pancho... no son niños ya... Bueno, Kevin casi lo es, pero como si no lo fuera, seguro que tiene ya más dobleces que piel de la nuca de la Saritísima. Sabrán buscarse la vida. Te tengo que presentar a alguien que nunca duerme. O que siempre está dormido, vaya, según se mire —añadió entre pensativo e intrigante—. No me había dado cuenta de que aún no has estado en mi casa. Venga, vamos al coche.

—Bueno. Pero las explicaciones a estos se las das tú, mañana.

—¡Que sí, *pesao!* —Y por una vez, Luciano se olvidó del femenino.

## Capítulo 2

### La Luci vive con alguien que no duerme nunca

La ciudad, a aquellas horas de la noche, llena de farolas, con las calles casi vacías, era un espectáculo casi estático. Una competición por borrar el esplendor de las lejanas estrellas. Aquí y allá surgía algún coche que conducía excesivamente deprisa, probablemente por llevar más alcohol que gasolina dentro. Había que ser cuidadoso, sobre todo en la carretera. Pero Luci era un magnífico conductor (o conductora, según el momento del día). Pancho parecía embebido por la visión de la mezcla de luces que ofrecen las ciudades modernas: los rojos y los verdes de los discos, los amarillos y azulados de las farolas según su generación; los carteles luminosos de los hoteles y bares abiertos a aquellas horas; las habitaciones de los noctámbulos destacando entre la oscuridad de los edificios con el resto de sus «ojos» cerrados. Luci, sin perder el tráfico de vista, observaba su silencio. Barruntaba algo... ¿estaría pensando soltar, de una maldita vez, el porqué de su comportamiento, poco acorde con la vida moderna? Pancho no ligaba, no follaba ni, que él supiera, era miembro de secta religiosa alguna que le prohibiera hacerlo. Era un tío simpático, sí, pero excesivamente silencioso a veces. Podía hablar de trivialidades, claro, para algo era peluquero, tenía experiencia, podía «ponerse» hasta en automático y a diversas marchas, pero no trataba sobre él, sobre sus inquietudes, sobre sus deseos, sobre sus tristezas.

—Bueno —dijo al fin—. ¿Y a quién me vas a presentar que dices que no duerme nunca? ¿Un televisor veinticuatro horas encendido?

—Jaja. No, querido. Eso sería una tortura demasiado dura incluso para algunos periodistas. Y mira que yo con mi madre me tragué todo, desde los orígenes con el *Qué me dices* y la regional dando *Tómbola*, cuando Mariñas y Karmele estaban en boca de todo el mundo. ¡Qué tiempos!

—Los echas de menos, ¿eh?

—En cierta forma. Eran programas más inofensivos, aunque ya tenían algo de veneno. Los periodistas aún no se habían convertido en megaestrellas, objeto de sus propios programas.

El coche entró en la localidad y empezó a callejear.

—¿Pero tú dónde vives, Luci?

—Ah, justo al lado de la fábrica, la última casa de la calle del Armador.

—Te vendrá bien, así los vecinos no se quejarán si pones a la Jurado a todo trapo. Hay muy poca gente por ahí, ¿no?

—Claro, es donde empezaron a ampliar cuando la fiebre del ladrillo y la casa me ha salido baratísima. De otra forma hubiera sido imposible, seguiría viendo programas del cotilleo con mi madre.

—Ah, ¿ya no los ves? Yo no lo necesito, las clientas me lo cuentan todo, y tienen mucha más gracia que la tele, sobre todo cuando mezclan nombres, jajaja. A ciertas edades se enteran a medias de las noticias, o no se acuerdan bien y terminan liando a Bárbara Rey con Kiko, el hijo de tu Pantoja... Y si hablamos de «secundarios», esos famosos que lo son por haber salido una temporada con un famoso de primera o por haber pasado por un

*reality*, ya ni te cuento.

—Ya estamos llegando. Prepárate, que vas a conocer a Paquito.

Lo primero que Pancho vio al atravesar el umbral fue un póster enmarcado de la Jurado. ¡Y firmado con una letra tan enorme como lo era la proporción del póster! Dudó de sí, algún que otro ligue, ante tamaño recibimiento, se habría rajado antes de ir más lejos, hasta el dormitorio mismo. Y se preguntaba también si alguien, por mucho calentón que llevara, sería capaz de cometer actos impuros frente a semejante objeto de fetichismo de la España folclórica. Se dio cuenta de que se había quedado un poco parado y aceleró el paso siguiendo a Luci, que iba encendiendo luces.

—¿Eres sugestionable?

—No me asustes, coño.

Dejaron atrás el salón y, parados en el pasillo, antes de llegar a un marco sin puerta, Luci añadió:

—No, hombre, no pasa nada. Pasa a la salita de estar.

Allí estaba una mesa camilla, que sin duda había salido de la casa de la madre de la Luci, con su tapete hecho a mano, en tonos verdes, una estantería llena de discos, un equipo de música algo antiguo, un perchero de madera, unos cuantos pósters más de la Jurado, la Pantoja y Falete, en calmada convivencia, ¡oh, mágicos efectos de la inocencia del papel satinado!... y un esqueleto colgado de una barra y vestido con una camisa roja con flores amarillas y verdes, un collar hawaiano de flores de plástico colgado «del cuello», unas bermudas azules y un cigarrillo en la boca.

—¿Pero?

—Sí, lo sé, ya le he dicho que fumar es un vicio muy feo, pero no se lo quita. Se va a quedar en los huesos, si sigue así.

—Lo tuyo es muy duro.

—Paquito también se alegra de conocerte. Anda, siéntate, ¿qué quieres de beber? He visto que normalmente tiras del whisky. Lamento decirte que tengo una botella del malo y de milagro, yo soy adicta al ron, deberías saberlo. Estas bebidas de chicos duros y americanos o escoceses no me ponen nada. El ron sí, porque es más bucanero, más de bohemia y jolgorio... Y un buen pirata que ha visitado muchos puertos siempre viene bien.

Pancho se sentó frente a Paquito, en una de aquellas viejísimas sillas de madera con asiento verde muy desgastado.

—Pero... ¿cómo ha llegado esto aquí y por qué lo guardas? Y sí, eso para beber me va bien.

—Mi hermana —contestó Luci desde la cocina, hasta donde no había llegado aún Pancho— estudió Medicina. Y cuando acabó la carrera mi madre le dijo. «A mí esto no me lo dejas en casa». Y mi hermana iba a tirarlo. Paquito llevaba ya tantos años con nosotros que me dio pena y le pedí que me lo regalase. Aunque ella, que es muy tacaña, me pidió cien euros a cambio. Dijo que lo podía vender a algún estudiante de primer curso. Es un poco... rata, mi hermana. Hace mucho que no le cambio el modelito, desde la temporada pasada. Pero lo mejor fue el traslado. No me digas que no has oído nunca hablar del traslado de Paquito. Creo que es conocido en todo el mundo, desde Triana a Santiponce; desde los Puertos a la Isla de San Fernando.

Pancho seguía mirándolo todo como con susto, como si no se creyera muy bien lo que veía. Luciano había llegado con los vasos y las bebidas. Y como era un observador excepcional, había puesto solo un hielo en el de su amigo... si es que puede llamarse amigo a aquel que no acaba de confiarse, que tiene un secreto que guarda para sí sin compartir. La noche había llegado a ese punto en que los gatos duermen, con un ojo abierto, pero duermen, y dejan de ser pardos o negros, blancos o con manchas; y la mecha, que está en todo su esplendor, empieza a bajar, lentamente hacia su final. Apenas quedaban dos horas para que el sol empezara su amenaza y una primera claridad —muy tenue aún, como de príncipe muy frágil, que tiene que asumir entrar en el trono por la puerta de atrás del palacio, sigilosamente— fuera asomando por la línea del horizonte.

—¡Nene, que te quedas atontao! Bueno, venga, desembucha, ¿se puede saber por qué te gusta el whisky, que es la bebida de los tristes, de los momentos en que los machotes tienen que afrontar el drama y la tragedia? Ya te podía gustar la manzanilla... o el vinillo, aunque fuera.

—Ya ves. Uno, que es rarito.

—Pues mira, sí, un poco sí que lo eres. Pero eso ya te lo dijo tu amigo, el hetero de la nariz rota, así que no te he descubierto nada.

—Pero bueno, ¿no me ibas a contar lo del traslado del Paquito?

Pancho notaba que Luciano, más la Luci o peligrosamente menos la Luci que nunca a lo largo del día, quería abrir un melón, una conversación que aún no estaba seguro de querer mantener. Luciano, cada vez más sobrio y más despierto, a pesar de la hora, decidió bailar la danza de la caza de la presa y complacerlo.

—El día que mi hermana decidió sacar a Paquito de casa de mi madre, que tiene mucho humor, pero estaba un poco harta de limpiar el polvo a los costillares y las caderas, tenía que pasar por la capital antes de venir por aquí. Ni corta ni perezosa, la niña se bajó a Paquito con su chaqueta y su gorra, su cigarro de Ducados y su flor en la solapa y lo sentó a su lado, en el asiento del copiloto, y le puso, por supuesto, el cinturón. Ya sabes que por esta zona la gente conduce fatal, y tampoco era cuestión de que el niño se nos rompiera la crisma en un frenazo.

Pancho, por supuesto, ya estaba riéndose, imaginándose aquella imagen de la hermana de la Cofradía del Puño Cerrao, sentada en aquel coche viejo, monísima, porque la chica era un bombón de esos que se llevan todos los piropos del sur español, acompañada del esqueleto a medio vestir con el cinturón de seguridad puesto, recorriendo la carretera y metiéndose por las calles del casco antiguo. Aquello era hilarante, y disparatado.

—Lo hizo aposta. ¿No podía haberlo traído directamente otro día?

—Puede que lo hiciera aposta. No descarto que le estuviera buscando mejor comprador. Pero piénsalo. Cuántos sacerdotes no la habrían bendecido aquel día si hubieran sabido el origen de tanta visita por la iglesia. Te digo yo que la gente, enfrentada a Paquito, que son ellos mismos a la vuelta de la esquina, nosotros, cualquiera, recordaba, a su paso, ese momento que todos queremos olvidar y se iban a arrodillar al primer banco y a recordar el padrenuestro, que puede que llevaran meses sin pronunciar. Desde Semana Santa, al menos. Todo el día se pasó dando vueltas con Paquito hasta que lo trajo a casa, agotado, el pobre. Pero no me bebe ni me come na, porque se le va todo huesos abajo... y así no me engorda, parece el hermano pavisoso de la Kate Moss.

Tomó un sorbo de su corsaria bebida y siguió:

—Es una terapia de primera tenerlo en casa, uno se da cuenta de que esto es lo que nos mantiene en pie. Lo que somos. Que no conviene desperdiciar la vida. En ningún sentido. Para mí la desperdicia tanto quien no presta atención a sus deseos como quien no presta atención a sus necesidades espirituales. Creerás que soy una loca del montón, siempre dando grititos y hablando en femenino, escuchando a la Jurado. Pero te aseguro que cuando la Jurado canta, algo dentro de mí se revoluciona, algo me hace pensar. PENSAR con mayúsculas. No sé por qué mis sentidos responden a ese tipo de canciones, a esas voces potentes y dramáticas que son capaces de quebrar y de subir hasta techos que parecen tan altos como la Giralda. Niño, yo no solo tarareo *Como una ola*, yo soy una ola gigante, un tsunami de esos que dejan devastado el mundo. Supongo que por todo eso no dejo de tener sexo cuando tengo ocasión y que cuando es con un bailar tengo los orgasmos más intensos... pues el sexo está en la mente, y me da mucho morbo pensar en esos cuerpos que saben traducir en algo físico, en músculos, manos, piernas, dedos, lenguas, nalgas y movimiento la música que me mata.

Pancho vio venir de lejos la jugada estratégica y sabía que lo siguiente era una pregunta, pero también sabía que la mejor defensa era un ataque y preguntó antes que Luciano:

—¿Alguna vez te has ligado a un bailar famoso?

Luciano se transformó en la Luci, sin dejar traslucir si había captado cómo le habían interceptado el balón y siguió avanzando, con entusiasmo, como si todo el campo fuera suyo y Pancho una audiencia enfervorecida. Aunque, ya se sabe, la mejor manera de pillar desprevenido al enemigo es dejarle creer que ya ha ganado.

—¿De verdad quieres saberlo? Bueno, supongo que sí, ya que preguntas. ¿Otra copita? La cosa va para largo.

Se levantó y volvió con la botella, que dejó sobre la mesa antes de empezar a deshilvanar la madeja de mil (bueno, quizá no mil) hilos... los hilos de los amantes, bailarines, patinadores de Disney y todos aquellos que trabajaban moviendo el esqueleto y algunos que no.

—Por eso estoy siempre intentando buscarme vuelos baratos a Barcelona o billetes de Renfe para Madrid o Sevilla... allí hay mucho ballet de viaje, mucho tablao flamenco, mucha juerga y mucho heteroconfundido dispuesto a averiguar si es verdad eso de que la chupamos mejor que las mujeres. ¡Como si todos la chupáramos igual! No veas la de historias curiosas que tengo en la mochila. Desde un ruso de uno de esos ballets tan famosos de las frialdades del mundo que tenía un culo más redondo y más duro que una bola de billar (de tamaño balón de baloncesto) hasta un bailarín de salsa cubano que decía, fíjate tú, que había conocido a Reinaldo Arenas cuando él era un chiquillo en Nueva York. Pero a mí los que me vuelven loca son los de flamenco, con el negro enfundándoles las piernas y el paquete, la camisa blanca y las manos arrancándome el alma. Cuando follamos creo que es más lo que pienso de ellos que lo que hacen, pero el orgasmo es bestial, el momento me divide en varias personas a un mismo tiempo y no soy ninguna. No sé si me entiendes.

—Claro, claro que te entiendo. Es decir, no siento lo mismo pero puedo comprender que te suceda.

—Bueno, y a ti, ¿qué te sucede?

Aprovechó Pancho para dar un trago al vaso, un trago del que se cepilló todo lo que había dentro, incluido un hielo prácticamente entero. Mientras lo masticaba, y con un ruido de cristales rotos en los dientes que fulminó de dentera a la Luci, le soltó para su sorpresa.

—Oye, ¿tú no podrías traerme otra Coca-Cola?

No era normal que Pancho bebiera de aquella forma, ni era normal que hablase con la boca abierta y llena de bebida, o hielos o lo que fuera que fuese aquel batiburrillo de urgencia que se había metido en la boca de una sola vez. Hasta Paquito pareció abrir las cuencas de los ojos ante tamaña barbaridad impropia de Pancho, pero tanto Paquito, tan quieto y silencioso en su blancura porosa, como la Luci atribuyeron aquel gesto a la necesidad de Pancho de coger fuerzas para hablar del mal o el bien que le traía tan distraído, tan inexplicable, tan inapetente. La cosa prometía.

—Claro, hombre. No te atragantes. Voy a la cocina.

Pancho no contestó, hizo apenas un gesto con la cabeza. Pero cuando la Luci quiso regresar de la cocina, Paquito contemplaba la mesa vacía, o casi vacía: Pancho y la botella de whisky habían salido por piernas... quizá se habían apostado quién era más rápido o más sigiloso en desaparecer. La Luci se sentó frente a Paquito y lo miró con cariño.

—Bueno, chico, nos han dejado solos. Y creo que va siendo hora de que te cambie, que este modelito está más visto que el *CSI: Las Vegas*. Veamos qué te encuentro.

Y, antes de irse a dormir, y en previsión de que al cabo de unos meses le vendría bien, dejó a Paquito con una gorra de pana, una bufanda de cuadros verdes y azules feísima, un regalo de no recordaba ya quién, y un chaleco de pescador que se había dejado un amante que salió corriendo, como Pancho. ¿Dónde estaría Pancho, a solas con la botella? El chico empezaba a preocuparle. Ya no tenía quince años para andar haciendo estas cosas sin saber hacia dónde iba.

... Pancho volvió por fin al presente. Había terminado de recordar. Era domingo por la tarde y acababa de tener un amago de charla con su madre, que le había hablado de irse a casa de una tal Pepa la Pipera, a quien no había oído mencionar en su vida. Lo que faltaba.

Recordó perfectamente que, tras salir de casa de Luciano con la botella de whisky, se encaminó al campo, al mismo sitio donde estaba ahora, bajo un olivo precioso, con sus hojas plateadas y su tronco retorcido, con esa corteza que parece una tierra rota, perforada por miles de cuchillos; una piel avejentada, dura, surcada por cortantes arrugas. Se terminó la botella y con ella acabó con su estado sobrio, pero a pesar de las eses que se marcó por el camino hasta la casa de su madre, no olvidó dejar el envase en un contenedor de reciclaje de cristal. Él era bien educado hasta en la ebriedad. Se sentía mal por haber dejado a Luciano con la palabra en la boca y se sentía mal por haber «tomado prestada» aquella botella. Le pediría perdón, y le dejaría claro que no quería curiosos en su vida. Bastante tenía con sus propios interrogatorios como para tener que responder a los de los demás.

\*\*\*

Luciano se levantó pronto para lo tarde que había acabado de vestir a Paquito, empezó a sacar trapos e hilos y destapó la máquina.

—Ay, yo no sé para qué tapo las máquinas, si las uso continuamente. Es de idiotas, pero no aprendo, soy un neurótico. ¿Tú que dices, Paquito?

Paquito, que con su nueva indumentaria estaba muy calentito, quizá demasiado, no contestó nada, como era de esperar. Los esqueletos es lo que tienen: suelen ser gente callada... hasta que dejan de serlo y les da por hablar cuando empuñan un cuchillo, pero Paquito no era de esos, ni lo sería nunca.

A Luciano, sin embargo, no le molestaba esa falta de respuesta. Hablaba en voz alta sin miedo a que los vecinos, en el caso de que le oyeran, pensaran que estaba loco. Él creía saber que todos estamos un poco locos y es mejor asumirlo cuanto antes para convivir con ello de forma natural. La salud mental, total, solo produce locura aguda. Miró una vez más aquel raso azul con el que le habían pedido que hiciese el manto de una Virgen de la Vieja Castilla. A él le parecía un espanto pero, en fin, el cliente siempre tiene razón. La clienta, en realidad. Siempre eran clientas. Ellos y ellas. Y no se sabía muy bien con quién era peor tratar. Ellos creían saber más de moda y elegancia que Audrey Hepburn y Coco Chanel juntas. Ellas tendían a ser secas, y presumían mucho de lo bien que cosían... ¡pero le encargaban a él los trabajos, afortunadamente! Las grandes cofradías, claro, eran otra cosa. Esas se movían en la *premier league* y, claro, solo encargaban a los grandes talleres y los bordados a las pocas monjas que aún los hacían, con manos de ángeles, todo había que decirlo. Coser un manto para una talla de un metro era algo que él podía hacer con gran soltura y donaire. Se le daba bien y tenía buen gusto... pero sobre todo captaba claramente lo que quería el cliente. Sabía cuándo tenía un gran trabajo entre manos y cuándo tenía que cumplir con algo cuyo criterio estético no compartía. Pero había que cobrar.

Luciano, o la Luci, tenía asumidas muchas cosas, y era buen conocedor del mundo cofradiero, pero también era de una discreción impecable. Nunca cotilleaba sobre sus encargos, ni sobre quién los hacía, en qué consistían, ni cuánto costaban. Si por él hubiera sido, habría vestido gratis, y con los más bellos tejidos, a todas las imágenes del país. Como millonario no era, sin embargo, y había que comer, era preciso aceptarlo todo, grande o pequeño; de cofradía o hermandad, iglesia o particular; para Virgen de luto o de gloria; vestidera o de talla; antigua o moderna. Y utilizaba su talento para ello. No era nada consumista. Solo perdía el sentido a la hora de comprar telas, hilos y bordados para sus trabajos. Y sabía atenerse a un presupuesto, vaya, lo cual le ayudaba a tener encargos suficientes como para marcarse algunas escapadas a Madrid o a Sevilla en busca de un buen flamenco, de una cantaora de raza o de un bailarín abierto al juego de la seducción. Empezó a hilvanar y, poco a poco, como quien no quiere la cosa, a entonar unas bulerías que había aprendido escuchando a Ana Reverte «Volaba una mariposa, en el jardín del amor, volaba una mariposa, se posó sobre una flor, una flor hermosa» y su voz, acompañada con el ruido de la máquina, que eran casi unas palmas, iba llenando el aire, que se teñía de colores antiguos, de acentos sin fecha de nacimiento... una música de fondo que adornaba la atmósfera y le ayudaba a adelantar su tarea. Tras la primera bulería, un segundo fandango, y tras el segundo fandango una tercera seguidilla que, como un concierto de hilos invisiblemente atados los unos a los otros, hiciera una colcha

inmensa de canciones aprendidas desde pequeño, muchas de las cuales hablaban de sus queridas Vírgenes. Paquito callaba, atento a las modulaciones de la voz, o quizá dormido. Alguna vecina, a escondidas, bailaba emparejada al plumero los arranques de la Luci.

\*\*\*

Luis Antonio estaba más que harto de que «no se le notara», de que la gente pusiera cara de susto cuando salía del armario. De sus expresiones de sorpresa. De presuponer que les estaba gastando una broma. Que le gustaran los números y los productos bancarios no quería decir que le gustasen menos los guapos jóvenes sin vello por el cuerpo, los efebos griegos. Los doríforos. Los kuroi.

Tenía un cansancio tal que había optado por no decir nada a no ser que fuera absolutamente imprescindible. Y no es que se avergonzara de ello o que quisiera ocultarlo, ni que le pareciese que la pluma estaba mal, en absoluto... había tenido cada ligue con plumón... ¡y qué buenos que estaban y cómo se reía con algunos! Es que, sencillamente, ya era repetitivo e insano escuchar siempre la misma cantinela. «¿Tú estás seguro? Eso es que no has probado con mujeres. Anda ya, si no se te nota nada. ¿Te estás quedando conmigo? Eso es por una mala mujer que te ha dejado un mal recuerdo. No puede ser, estás equivocado. Pero si no eres nada femenino. Pero ¿tú te vistes de mujer? ¿Y qué haces en la cama? Claro, tú serás el activo, ¿no?» Estaba cansado de la ignorancia general. Sufría el inmenso tedio de tener que soportar un millón de veces las mismas cosas, los comentarios a su espalda, los cuchicheos, los susurros de estupor y los murmullos con mala leche. Decían en Madrid que ya estaba todo conseguido con la ley del matrimonio y la visibilidad... Puede que eso fuera en la gran ciudad, en la capital. Pero allí quedaba mucho por hacer. Aunque solo fuera culturizar a la gente, hacerles llegar la información, permitirles que, a base de saber, se fueran despojando de mil prejuicios que se mantenían, ideas idiotas preconcebidas o malformadas a partir de sermones o películas vistas a medias, entrecerrando los ojos, como para no querer ver.

Desde que se lo dijera a sus padres, ya años atrás, hasta el momento actual, la mayoría de los casos habían sido traumáticos o, a veces peor, absurdos. La cantidad de estupideces que había tenido que soportar era superada, por poco, por las bocazas de ciertos políticos torpes, que son grandes autores de frases que certifican la estulticia humana, aunque no tengan la exclusiva. Ni siquiera la tienen en pensar que la mayoría de la gente se tragará sus burdos embustes.

Él siempre decía que tenía treinta y algo... pero la realidad es que estaba rozando los cuarenta. Era banquero, sí, pero también coqueto. Se cuidaba lo justo y eso le sentaba bien. Detestaba los gimnasios con toda su alma y, en cambio, caminaba mucho, muchísimo. Había pateado casi todas las capitales europeas, algunas de ellas varias veces: París, Londres, Berlín, Roma, Praga, Viena, Lisboa... También disfrutaba de bailar y no tenía vergüenza alguna. Ni la había conocido de niño. Había aprendido el pasodoble con su madre y las sevillanas con su hermana. Lo suyo, sin embargo, eran el pop y el *dance*. No es que se volviese loco por estar a la última, pero si un tema se le pegaba podía dar la matraca hasta límites insoportables al DJ hasta que se la pusiera. Tenía un espíritu muy juvenil que no le restaba responsabilidad ni ética. Su moral era intachable, y en el banco, quince años atrás, después de un año como gestor comercial pidió que lo cambiasen a la

caja, sin importante los beneficios y comisiones que dejaba atrás con aquel nuevo puesto en la sucursal. Nunca quiso vender los productos en los que no creyó porque lo marcaran los intereses del banco. Él no pensaba que aquel fuera el camino. Creía en una relación a largo plazo con la gente. En una ciudad pequeña, además, todo el mundo se conoce. Había dos principios que tenía grabados a fuego desde niño y los dos se los debía a su padre. El primero era no engañar. Y no lo hacía. Ni siquiera cuando los clientes eran de una avaricia tal que pedían a gritos que se les «vendiesen» productos de alta rentabilidad y poca seguridad. El segundo era llevar la diversión para sí mismo adondequiera que fuese. De bien pequeño, frente a una carrera de sacos en la que se moría por participar, su padre, que le leyó las ganas en los ojos, le dijo unas palabras que jamás podría olvidar:

—No seas sansirolé, hijo. ¡Ve y juega y disfruta!

Los demás niños se pasaron meses llamándole *sansiro*, haciendo burla de lo que su padre le había llamado y que ellos no habían entendido, pero a él no le importó en absoluto. De hecho, le sirvió para recordar la valiosa lección. Aprendió, de paso, a reírse de sí mismo y años más tarde, cuando se independizó, encargó que le hicieran un cuadro de *petit point* con la dichosa palabrita para no olvidarse nunca y poner un toque de color y flores a su austera casa, presidida por su título de Licenciado en Económicas y un exquisito gusto minimalista muy amante del blanco y negro. Vamos, que pegaba lo mismo que una drag en mitad de una plaza de toros o Margaret Thatcher vestida de flamenca y dando un discurso en la Atenas de Alejandro.

La historia con su padre siempre había sido maravillosa. Y cuando fue a decirle lo que sentía sobre el sexo y los hombres, sus impulsos... se encontró con alguien que ya se lo había imaginado y leído varios libros e incluso revistas sobre el tema.

—No veas la imaginación que he tenido que tener para esconder todo este material a tu madre, no fuera a pensar que me estaba replanteando lo nuestro.

No fue más traumático de lo que tenía que ser hablar de gustos sexuales con cualquiera. Pero fue divertido porque no todo está en los libros ni los libros dicen siempre la verdad, y porque los estudios y ensayos que a mediados de los ochenta eran rompedores habían quedado totalmente obsoletos en los noventa, por no hablar de las nuevas obras sobre transexualidad aparecidas en la segunda década del dos mil. Así que padre e hijo aprendieron juntos que, por ejemplo, ciertos códigos de vestuario no son tan universales como se pretende y que no siempre un pañuelo en según qué bolsillo y según qué color significa ciertas preferencias en cuanto a posiciones... Si bien fue Luis Antonio el que tuvo que aprender sobre la práctica, a veces esa capacidad para reírse de sí mismo fue de una gran utilidad en situaciones algo rocambolescas. Se recordaba a sí mismo preguntándole a un experto en fiestas sexuales tras varios años viajando a las mismas en Alemania si un suspensorio significaba que uno siempre adoptaría un rol pasivo.

La cara del «especialista» era un cuadro más impactante que *Las señoritas de Aviñón*.

—¡Por favor! ¿Estamos en el siglo XX a punto de cruzar la frontera del dos mil? Por favor, nene, que eso es ya antiguo.

Habría que haber visto al listillo de los viajes germanos intentando explicarle a una de las vecinas de Luis Antonio qué era, siquiera, un suspensorio. Pero, en fin, eso era el mundo, un batiburrillo de gentes que saben de diferentes cosas y avanzan a diferentes

velocidades según para qué. También habría que haber visto a aquel gay ultramoderno de ciudad sobreviviendo un par de meses en el campo, o lidiando con el cura del pueblo, sin morir en el intento.

A su padre le contó, al principio, muchos de sus descubrimientos, y los analizaron juntos. Con la madre fue diferente. Ella no pudo entender lo que era la homosexualidad. La transexualidad era más explicable en términos absolutos... o absolutamente cerrados y por lo tanto más fáciles de entender: una mujer encerrada en el cuerpo de un hombre, o a la inversa. La homosexualidad... era otra cosa. ¿Acaso no era un vicio? Lo asumió, claro, o mejor dicho lo aceptó, pero nunca lo comprendió ni terminó de encajar que su marido lo hubiese sabido antes y concebido como algo tan natural... A ella pensar en Jorge Javier Vázquez teniendo relaciones con su hijo le daba repelús.

Lo que habría que haberle explicado es que ese mismo repelús le habría dado a su hijo.

Luis Antonio prefería, como ya sabemos, chicos jóvenes, llenos de vida, efebos clásicos, modelos para clases de arte. Númenes venidos del Olimpo. Y pensando en ellos apareció Kevin, salido del dormitorio, de nuevo vestido de negro desde las botas hasta el pendiente en la ceja. Con la raya del ojo bien delineada.

—Buenos días, Mozzarella Carrozza. ¿Qué hay para desayunar?

Aquella era la manera como llamaba a Luis Antonio desde la primera cena que habían disfrutado juntos, hacía ya tres meses, en un italiano uno de cuyos platos les había hecho especial gracia.

—Con tu edad tendrás que pedir la Mozzarella Carrozza, ¿no?

Pero, mientras lo decía, le estaba tocando la rodilla por debajo de la mesa y no le estaba tocando otra cosa porque sus delgados brazos no le habían dejado llegar más lejos. Luis Antonio, que tenía, como ya hemos dicho, amplias capacidades para reírse de sí mismo, le había sonreído sensual y con voz muy ronca y apostada le había contestado:

—Por supuesto, querida, pero para ti deberían inventar la Mozzarella Mórbida.

—¿Lo dices por lo de blando o lo dices por lo de enfermo?

—Hombre, lo digo por lo de enfermo: entre esa piel blanca de vampiro que te acentúa la vestimenta negra, y esa afición que tienes por los carrozas como yo...

Habían contactado por internet y habían decidido quedar para conocerse. Una cena, para empezar. Ni Luis Antonio ni Kevin habían mentido sobre su edad, apariencia o aficiones. Y eso les había generado rápidamente una confianza rara de comprender para el mundo internáutico, donde nada es más verdad que una sucesión de ceros y unos que, a la postre, no significan nada.

—¿Se sabe algo de la Luci y la Pancha?

—Querido bello durmiente, no sé absolutamente nada más que tú: ayer desaparecieron y nos dejaron compuestos y sin coche. Pero mira, así no tuve que convencerte para que te vinieras a casa.

—Eso es una tontería, te podría haber convencido para que me pagaras un taxi o haberme quedado toda la noche bailando. Vine porque aprovecho siempre que puedo y los sábados son la excusa perfecta para no tener que dar más explicaciones de las justas. Sabes que me gusta estar contigo.

Nunca había creído Luis Antonio que sus ligues pudieran durarle mucho tiempo; en primer lugar porque era consciente de las diferencias de edad, pero también porque no

creía que dos personas pudiesen estar en un mismo plano de intereses, en un mismo punto de sus vidas, durante períodos muy largos. Luego se podía mantener la convivencia, pero sacrificando los intereses propios. Era algo triste, pero lo aceptaba sin dramas. Sin embargo Kevin llevaba ya noventa días y algunas noches sin mostrar inquietud por salir de su órbita de influencia y él se sentía muy cómodo con aquel hermoso gótico aparecido de los intestinos de la provincia.

—¿Tú crees que se habrán liado?

—Lo dudo, Kevin, lo dudo. Pero en fin, cosas más raras se han visto. No te preocupes, que no tardaremos en enterarnos.

## Capítulo 3

### Kevin y las sábanas negras. Diego y el ligue despistado

Se había despertado en aquella cama doble que le encantaba, con la almohada viscoelástica con tratamiento de aloe vera. Porque él sería muy gótico, pero dormir le perdía como a una princesa Disney. Podía alternar períodos de actividad frenética con jornadas de sueño de catorce horas. Aquel domingo por la mañana no había sido para tanto. Se habían retirado pronto y el taxi le había salido por un pico a Luis Antonio. No le hacía gracia sentirse un mantenido, pero tampoco quería hablar de dinero con su pareja. Para él Luis Antonio, con su casa de moderna perfecta, su trabajo en el banco y sus trajes impecables pero con las eternas ganas de vivir, era el hombre perfecto. Lo que había soñado siempre.

Porque Marilyn Manson está muy bien para formarse estética y espiritualmente, pero vivir con él no debía de ser muy cómodo, que se diga. Vamos, que no se imaginaba él al cantante preparándole el desayuno ni comprando churros en el bar de la esquina. Su mundo de referencias estéticas estaba muy muy muy marcado. Tenía claro la ropa que le gustaba, a medio caballo entre el revival del diecinueve y el punk de pinchos pero sin excesos. Porque para dominar los excesos hay que ser un maestro, como Blake, y él se consideraba muy lejos de serlo. Sabía que todavía tenía mucho que aprender. Incluso los amigos de Luis Antonio le gustaban. Aportaban un muestrario variado de personalidades que le libraba del sopor uniformado y posadolescente de las compañeras y compañeros de su generación, con los que no compartía demasiado.

Kevin tenía, no obstante, un secreto. Y después de tres meses, seguía sin compartirlo con Luis Antonio. Se había levantado feliz de vivir un nuevo día de frío a pesar de no tener nunca la suerte de encontrar un local decente en el que pincharan algo que no fuera pop, tecno, *dance* y petardeces, las petardeces de siempre. Disfrutaba viendo a Luis Antonio bailándolas, haciéndolas suyas, pero tenía hambre de escuchar a todo volumen, envuelto por grandes pantallas, aquellas otras melodías, aquellos otros mensajes que tanto le decían. Como aún era estudiante no podía permitirse muchos viajes a las ciudades donde había oído y leído que aún seguían existiendo locales para aquel tipo de música. En España, durante un breve período de tiempo, había estado de moda ser «oscuro», gótico, mod, punk... Pero todo había mutado para retrotraerse hacia la nada. Su madre también creía que, para él, aquello sería una etapa, pero los dieciocho ya iban quedando atrás y tener que acudir a las clases de Derecho por imposición paterna no le había hecho cambiar su estilo. A partes iguales le resultaban indiferentes y le repateaban los que admiraban su rebeldía sin conocerle y los que lo criticaban sin haberse tomado la molestia de acercarse a él.

A pesar de todo el revuelo que habían causado sus atuendos y las canciones que nadie conocía, y que tarareaba por los pasillos de la facultad con los auriculares puestos, se había centrado en lo que hacía e iba a curso por año. Tampoco había que ser muy brillante para aprobar unas asignaturas que solo exigían un poco de atención, tiempo y una memoria razonable. Los profesores, en su mayoría, seguían manteniendo vivos los patrones carcamales de impartir clases magistrales que querían ver repetidas, como si de

una grabación se tratase, en los exámenes. Ir a clase con cierta asiduidad, seguir de cerca la personalidad de los catedráticos y dar con el libro de referencia que tenían era prácticamente todo. Unos era más capullos que otros, pero en general no había demasiadas variaciones. No había retos imposibles.

A él lo que le interesaba era otra cosa, sin embargo. Aunque no ignoraba que una carrera como Derecho podía abrirle algunas puertas... e incluso algunos conocimientos útiles para la vida diaria si sabía aprovecharlos.

Tenía que hablar con Pancho, pero no quería que Luis Antonio se enterara hasta que el «negocio» estuviera hecho. La noche anterior había perdido una ocasión que había imaginado propicia. La Luci y el soso del peluquero habían desaparecido demasiado pronto, y de paso los habían dejado sin transporte.

Olisqueó y, con uno de sus brazos blancos, delgados pero fuertes, jóvenes como ramas flexibles de árbol en primavera, pescó hábilmente una porra y la mordió con ganas mientras buscaba el chocolate. Lo encontró en las manos de su pareja, que se lo acercaba a la mesa.

—No te cebes, Mozzarella Mórbida, o tendré que comprar una cama más grande.

—Muchas porras tendría yo que comerme para ponerme gordo.

Entonces fue cuando lo vio: estaba al otro lado de la cocina, casi oculto bajo una montaña de trapos. ¿Intentaba escondérselo? No pudo evitar mirar a Luis Antonio y se vio descubierto. Ya no podía fingir que sus ojos no se habían detenido allí. Le bastó con una esquina para saber de lo que se trataba.

—Ábrelo, te lo iba a dar cuando acabaras de desayunar.

Dejó la porra hundiéndose en el espeso chocolate, de los que se siguen haciendo a mano, que revelaba el buen rato que Luis Antonio se había dedicado a prepararlo, y se lanzó a por la caja del cedé.

—No puedo creer que lo hayas encontrado. ¿En qué tienda lo has conseguido?

—Me lo han traído de fuera. Han tardado un poco. Pero hablaste con tanto entusiasmo de este recopilatorio durante nuestra primera cena... Sentí que sería una pena que alguien que iba a apreciarlo tanto se quedara sin tenerlo.

Kevin lo miraba sin abrirlo, como si fuera un cuadro, o un objeto de colección. Había algo de infantil y algo de reverencial en su actitud, como quien mira una imagen que considera sagrada. Pero no miraba el plástico ni la foto de la portada... sus ojos en aquel momento estaban ciegos. Él estaba quedándose en oración ante las palabras que oía. Le había comprado el cedé la primera noche que se habían citado. ¿Significaba tanto para Luis Antonio como para él?

—Me gustaría escucharlo juntos, pero no sé si te va a gustar. Quiero decir que no voy a abrirlo hasta que tengamos tiempo los dos, salvo que no te apetezca nada.

—Será estupendo que me cuentes en directo por qué te emociona tanto.

—Entonces guárdalo de momento. Ahora, cuando desayune, me tengo que ir. Y esto exige un momento adecuado. Déjalo de mi cuenta.

A Luis Antonio le extrañó que Kevin tuviera prisa por irse un domingo. No le habría sorprendido que hubiese llamado a casa de sus padres para decir que llegaría a la noche o algo parecido, pero en cualquier caso decidió no preguntar. Nunca había sido celoso. No creía en la posesión. Quien tuviera que irse se iría. Era una lección totalmente asumida:

del banco, de su casa y de su vida. No se puede retener a la gente. De hecho, la mejor manera para echarla era intentar retenerla a cualquier precio. Le habría gustado que Kevin se quedara, e incluso oír aquellas canciones tan raras, tan poco melódicas, y a veces tan poco vitales.

En su ausencia quizá empezaría a indagar por la web si ya había algún país que hubiera elegido canción para el festival de Eurovisión aquel año. Lo miró comerse la porra chorreando chocolate y una pequeña caricia de finas hojas de pino se coló por algún lugar sin identificar de su cuerpo. ¿Qué era aquello que sentía? ¿Se estaría encaprichando en exceso?

Kevin se puso la chupa de cuero y se despidió con un beso largo, pausado, intenso, como todos los suyos. Ni pidió que lo dejara en casa de sus padres ni explicó cómo llegaría allí en domingo, sin bus interurbano. Tenía su plan y había varias etapas en él antes de regresar a estudiar un poco en su habitación con posters de HIM.

\*\*\*

Diego, «el Alqui», se había despertado en una habitación que no conocía. Pero como no tenía resaca, recordó rápidamente que había ligado con un gordito muy cariñoso. ¿Sería igual de cariñoso por la mañana? Estaba aún en plena ciudad, pero como no era necesario que pasara por la tienda, no tenía prisa. Si el ligue resultaba ser un cardo, o mejor dicho, una vaca-cardo, se daría una vuelta antes de volver, carretera adelante... lo cual le recordó que se había quedado sin medio de transporte la noche anterior.

Tanteó, con los ojos aún entornados y los dedos de la mano derecha el otro lado de la cama: por mucho que hubiera adelgazado... mmm... ¿cómo se llamaba? Ah, memoria, memoria, no me traiciones ahora... ¡Jesús!, eso, por mucho que hubiera adelgazado Jesús aquella noche habría notado el bulto de su cuerpo. Allí no había nadie; solo las sábanas arrugadas, la calefacción un poco alta y él. Ahora empezaba a recordar que la noche anterior le había explicado que, por muchas calorías acumuladas que tuviera entre pecho y espalda, era muy friolero, pero no soportaba dormir con mantas y colchas y edredones, así que abusaba de la calefacción para combatir incluso el ligero fresco de las noches de verano. Su cerebro funcionaba a un ritmo más rápido a medida que los segundos pasaban, como si ya hubiese salido del puerto del sueño y fuese tomando velocidad, poniendo las máquinas a punto... aunque aún le faltase carbón al motor. Para su alivio, se dio cuenta de que las sábanas no tenían florecitas ni delfines, ni un superhéroe del cómic. Eran lisas, de un color bastante neutro, un ocre o tostado.

¿Estaría Jesús en el baño o en la cocina de la casa? La cuestión es que no se escuchaba ruido alguno. Ni siquiera de los vecinos. Fue consciente entonces de que efectivamente el piso estaba en una de las zonas nuevas de la ciudad, y de que Jesús le había llevado en coche. Eran urbanizaciones poco habitadas. Los grandes nuevos proyectos del ladrillo se habían quedado sin compradores, y eso que habían limado los precios. Estaba claro que la rebaja no había sido suficiente.

Sus ojos ofrecían una notable resistencia a abrirse de forma razonablemente permanente. Como si una dulce tentación mantuviese sus párpados bajados, un peso exquisito que proporcionaba un placer relajante. Siempre le había costado abandonar la cama. Y aunque estuviese en una casa extraña, igual tenía la misma atracción por el

colchón de la que, al fin y al cabo, solo podía disfrutar los domingos y las vacaciones.

Al piso aún le faltaban unas buenas persianas y unas cortinas monas, pero no le importó la luz. Pensó en un desayuno opíparo, con huevos fritos y tostadas, con zumo de naranja y un buen vaso de leche caliente. Pero imaginó que, para eso, tendría que buscar una cafetería. ¿Sería aún hora del desayuno, o habría que pasar directamente al aperitivo?

Se estiró lentamente y tomó la heroica decisión de salir del mundo perfecto y sin problemas de la cama... aunque no tuviera dosel ni escudo nobiliario. Seguía sin escuchar nada. Salió de la habitación con cautela, no sin antes encontrarse con una fotografía enorme de caballos que no recordaba de la noche anterior: aquello decía algo más que la lisura de las sábanas. La casa era grande para una persona sola. Debía de tener unos ochenta metros y tres habitaciones. ¿Pensaría Jesús criar una familia, o tendría muchos primos que vinieran a visitarlo?

Finalmente comprobó que estaba solo. Su ligue había desaparecido y solo quedaba un poco de su olor entre las arrugas de las telas. Se preguntó qué hacer y decidió esperar al menos un rato, mientras se vestía y adecentaba, a ver si aparecía su anfitrión. Le gustaba mucho cómo le había besado la noche anterior, y aunque era imposible ignorar cierta torpeza en según qué cosas, eso le había parecido hasta tierno. No sabía calcular su edad. Quizá treinta y poco, quizá veintimuchos. Quizá treinta y ocho muy bien llevados. Y eso que siempre se le había dado bien aquel tipo de adivinanzas. Pero claro, no era lo mismo calcular los potingues y máscaras, los arreglos que llevan las mujeres del pueblo para ir a la compra, observadas siempre por ellas mismas, por el vecindario en su totalidad; no era igual contar arrugas por el día, bajo los focos de la tienda, y con los ojos bien abiertos, que tratar de adivinar los tacos de un hombre con el que se intenta ligar en plena noche o madrugada, con quizá algún que otro centilitro de alcohol «cortinando» la mirada. Pero el peor velo que uno tiene frente a los ojos, no cabe duda, es el intento de ver especialmente atractivo a ese hombre concreto, aquel cuerpo aún sin nombre por el que somos seducidos o queremos dejarnos seducir; o incluso deseamos conquistar. Porque uno se engaña a sí mismo. No es lo mismo vender peras sabiendo a la perfección que ya están maduras. Aquí el trampantojo se lo pinta uno para sí mismo. Aquí el producto nos lo autovendemos, y somos nuestro peor tendero, el más artero, el más «avispa» a la hora de endosarnos un producto que no está del todo bien o, sencillamente, que no nos conviene: el plátano porque tenemos diabetes o la naranja si sufrimos alguna dolencia de hígado. Pero ¡quién no quiere sentirse deseado! Y deseable. En concreto y en genérico. Nos ponemos en el escaparate junto al resto de la fruta y al mismo tiempo somos la compradora, el ama de casa deseando llevarse lo mejorcito de la tienda. Y por eso nos mentimos a nosotros mismos, incapaces de detectar lo que para cualquier otro serían defectos visibles: moratones de fruta caída, color verde por falta de madurez, o fruta fuera de temporada, conservada en cámara, tan artificial como inadecuadamente si la comparamos con la que de forma natural producen el tiempo y la tierra. Nos decimos que no, que no, que tiene la edad perfecta, el estado perfecto y los gustos perfectos, aunque esté bailando la última de Tamara la mala, quiero decir Ámbar, quiero decir, Yurena, como si fuera la obra suprema de Chaikovski.

El ruido de unas llaves en la puerta acabaron por sacarle de sus pensamientos de frutero profundo.

—¡Hola! ¿Hace mucho que te has levantado? ¿Has leído mi nota?

—¿Qué nota?

—Ayayayayayayayayay... Al final no te he escrito la nota. Es que soy muy despistado. Seguro que aún no te has dado cuenta. El caso es que he pensado escribirte para decirte que bajaba a comprar porque la nevera estaba más vacía que un cero pero al final se me ha pasado totalmente. Pero veo que no te has ido. Eso me hace feliz. ¿Qué quieres para *desayumorzar*?

Sí, sí se había dado cuenta de que era muy despistado cuando no recordaba dónde había dejado el coche la noche anterior; cuando no encontraba las llaves entre todos los bolsillos de la chaqueta y el pantalón; cuando se equivocó de llave para abrir la puerta de la casa; cuando vació los cajones en busca del lubricante... Al principio lo había atribuido al alcohol, pero era evidente que Jesús era un olvidadizo de mucho cuidado. Eso podía ser un coñazo si llegaban a algo serio, pero vaya, era un defecto menor. Si ese fuera el mayor de ellos, habría encontrado oro, de muchos, de excesivos quilates, sí, pero oro, puro oro, valiosísimo oro, más difícil de hallar que el oro metálico.

Acabaron preparando comida de domingo con patatas y huevos, al estilo de las abuelas y chupándose los dedos... ¡y no solo! Cuando la tarde había ya dado lugar a la oscuridad, Diego se dio cuenta de su situación. Tenía que salir del paraíso para volver a casa y llegar a la frutería al día siguiente.

—Bueno, chico, tengo que irme. Mañana me levanto con el alba. Y no es coña.

—¿En qué trabajas?

Ah, aquí llegaba el momento decisivo. Ser frutero no está muy cotizado en el mundo gay, ¿sabéis? Ser frutero no es *cool*, ni moderno. Ser frutero está en las antípodas de esas profesiones que casi todo el mundo atribuye a los homosexuales: estilista de grandes marcas; modista; peluquero de las pasarelas internacionales; diseñador de joyas; decorador de alto *standing*; *personal shopper* de «gente guapa»; directivo de empresa de marketing que se tira todo lo que pillá y está bueno (véase *Queer as Folk*); dueño de una macrodiscoteca donde bailan y se drogan los jovencitos más calientes de California; socio de una megaprodutora de porno gay; cantante de homosexualidad solapada, icono de masas adolescentes; escritor que cobra un pastizal por aparecer en programas rosas de la tele (¿quedan otros?); presentador patético de dichos programas; entrenador personal; actor de serie española... No, ser frutero es como ser ganadero, ferretero, conductor de camión o reponedor en supermercado: no cabe en ciertas cabezas que esos puestos, por poco atractivos que puedan parecer, no solo son necesarios, sino también, en ocasiones, muy reconfortantes. Estar en contacto, por ejemplo, con los productos de la tierra, era algo que a Diego le encantaba, por no hablar del contacto con gente real, gente de la pequeña ciudad, gente con sus dramas y sus sencillas historias, a veces auténticos dramas que escuchaba cada día, desempeñando funciones de dependiente, tanto como de terapeuta de bajo coste. En fin, había que dar paso a la gran revelación.

—Trabajo en una frutería. Soy dependiente en una frutería.

—Ah, qué chulo. Me encanta el olor de la fruta... Bueno, claro, el sabor también y eso, pero el olor me gusta yo creo que más. Yo soy informático. Programador. No te rías... con lo despistado que soy programar parece imposible pero, fíjate, cuando me centro en ese trabajo se me olvida lo demás... Bueno, que me enrolló. ¿Te llevo?

—Es que no soy de la capital. Vivo a sesenta kilómetros.

—Bueno, a mí me encanta conducir. Y mañana tengo turno de tarde. ¿Tú me indicas? Porque, eso sí, en carretera me pierdo que da gusto.

\*\*\*

Kevin se había dado una vuelta por la ciudad, había comido una hamburguesa y había dejado pasar, prudentemente, la hora de la siesta, y luego se había puesto en marcha hacia la casa de Pancho. Pero en aquella casa no parecía haber nadie. No es que supiera la dirección, pero bastaba con preguntar un poco en los alrededores de la peluquería para dar con él. Es lo que tienen las ciudades pequeñas. Y él contaba además con una memoria magnífica, y se acordaba de que un par de semanas atrás habían pasado por delante del salón «ordenapelos» de Pancho. Muy elegante para un lugar tan pequeño. Se veía que había estudiado en Madrid y que tenía buen gusto. Quería pedirle ayuda para dar una sorpresa al resto del grupo, especialmente a Luis Antonio. Y ahora Pancho no estaba. Contaba con él también para que lo llevara de vuelta a casa de sus padres y el plan se le había torcido. Siempre podía ir a casa de Luis Antonio y pedirle que le llevara, pero no podía dar explicaciones o tendría que mentir para cubrir su plan. Algo le dijo que debía esperar. Y acertó. Sus ojos de joven lince le permitieron ver a Diego, «el Alqui», en un coche conducido por un tío al que no conocía. Lo llamó.

—Pero ¿qué haces tú por aquí?

—Te lo cuento si me lleváis a casa. Pero os aviso que tiene que ver con sábanas negras.

## Capítulo 4

### Las cosas empeoran

Pancho regresó a casa tarde, ignorando todos los wasaps, los SMS (sí, sí, todavía tenía conocidos que usaban los SMS), los mensajes de Facebook, los tuits, los e-mails (esas antiguallas del Cretácico) que la falta de cobertura bajo el olivo protector le había ocultado. Ya los contestaría el lunes. No estaba para zarandajas.

Su madre, especialmente silenciosa, maquillaba su silencio viendo, por octava vez, la primera parte de *Saw*.

Ante el panorama cinéfilo de la noche cenó frugalmente pavo y fruta y se retiró a su cuarto. No es que la carne castigada con mil torturas, pinchos y asaduras, y los litros de tomate frito de las películas de terror le molestaran especialmente, pero ya se sabía aquel argumento como si lo hubiera escrito él mismo y no cabía duda de que su madre tenía día eremita, como él.

En la estantería le esperaban dos libros que quería y temía leer, pero al final se animó por un tercero: *Las aventuras de Camilla, la peluquera que todo se lo cepilla*, en un intento por dejar atrás las malas sensaciones del fin de semana. El libro anterior (*Un año sin amor*) y el anterior (*El amargo don de la belleza*) se le habían comido el alma a bocados secos, mudos, fantasmales. Moix era el maestro de la soledad. Y Pablo Pérez no había ayudado mucho a la alegría: un personaje enfermo de sida que busca —de forma desesperada— amor entre las escombreras del sexo no es el antídoto para la depresión, precisamente.

Las tonterías de Camilla, que tenía un algo de vampiresco y un mucho de zombi (por lo descerebrado) le hicieron sonreír. Al día siguiente, entre pelos y rumorología femenina, azuzada por las revistas del corazón que toda peluquera debe tener (no se sabe muy bien por qué), tendría menos tiempo para pensar. Se acostó temprano, pues sabía que le esperaba una importante lista de cosas por hacer, además de una laaaaaaaarga lista de mujeres por peinar, y durmió maravillosamente, soñando con Camilla, el vampiro que no se sabía si clavaba mejor los colmillos o el gran cuerno que tenía entre las piernas.

Al levantar algo de optimismo en forma de cielo claro y día fresco se coló por la ventana, y aunque su madre seguía presa de un ataque de mutismo notable, salió con fuerzas para su amada peluquería.

Si uno cree que por vivir en una ciudad pequeña la gente no quiere estar a la última, y llevar el peinado que lucen las mejores, es que le falta información. Si uno, peluquero profesional, ha oído hablar de una nueva laca, la vecina, que lucha por ir más veces al mes, qué digo al mes, a la semana, a la peluquería, tiene dos artículos de revistas especializadas (del corazón) sobre champuses de nueva generación que hacen crecer el pelo más fuerte y abundante, más sedoso y brillante, y lo mantienen sano e impiden que se abran las puntas al menos dos semanas más. Llevar el peinado más elegante, o el más moderno, estar informada de todo lo que pasa, son reglas que no deben olvidarse en ningún momento. Y no hay que dejarse «vencer» por la del tercero, con quien se compite por perder un kilo más, tener el cardado mejor hecho, o haber sido la última en comprar un vestido. Podría pensarse que eso quedó para las generaciones de la posguerra, pero se

mantiene, se hereda con el resto de la carga genética. Incluso aquellas mujeres que se mudaron a la capital, y que se acostumbraron a sus formas: las prisas, la ansiedad, ignorar quién vive en el bloque de pisos —no digamos ya en el de al lado—, los atascos y el turismo, incluso ellas, son succionadas por los usos ancestrales del pueblo que creció hasta convertirse en una ciudad aunque, seguramente, se quedara estancada en los años setenta. Precisamente ellas son las que necesitan demostrar, con más ahínco, que vienen y mantienen el conocimiento y las maneras de la ciudad cosmopolita, y por ello lideran la competición. Las tiendas de ropa del vecindario pueden estar bien para el atuendo de diario, pero para la boda de la prima hay que asaltar los comercios de la ciudad más grande, y si se puede, de la capital. Quizá, de alguna forma, se trata de intentar estar tan al día como supuestamente lo están las gentes de esa gran urbe, como si en las grandes aglomeraciones de pisos de las urbes de los rascacielos no hubiera barrios y suburbios tan ajenos a lo que sucede en los centros de poder del mundo como lo puedan estar las pequeñas ciudades, como si en el fondo no fueran más que un grupo de privilegiados, como siempre ha sido y siempre será, los que tienen el acceso a la llamada «modernidad» o «posmodernidad» o lo que quiera que sea que impone las modas y el éxito. España es una piel de toro cuyo pelaje está atestado de chinches de la envidia, que lo pueblan como la peor plaga, junto con el orgullo y la picaresca. Aunque quizá sea eso lo que nos vuelve tan exóticos para el norte de Europa, y seguimos siendo, de alguna forma, a sus ojos, aquellos personajes de los grabados de Doré y aquellas manolas de Gautier o Mérimée.

Y hablando de manolas, antes de llegar vio en la puerta de la peluquería, esperando, a doña Manolita (no la lotera de Madrid, claro, pobre mujer, dónde estará ya), de la mano de su hija María, «la Porrera», o la que él creía que era su hija.

—Buenos días, doña Manolita, muy madrugadora la veo yo a usted. ¿Cómo estamos?

—Pues cómo quieres que estemos, hijo, como podemos, aquí con María, aprovechando antes de que abra la tienda.

—Ya mismo pasamos a la peluquería y se sienta usted que la voy a atender antes de que lleguen todas las clientas que tienen cita. Verá que contenta va a quedar. Y tú, María, ¿cómo lo llevas?

—Pues con la crisis lo llevo bastante mal. Yo no sé cómo lo haces para tener siempre el local lleno.

—Parece mentira que, siendo mujer, no lo sepas: aunque falte todo lo demás, el partido de fútbol en la tele y el peinado perfecto para servir la sopa, incluso aunque no haya sopa, están siempre en cualquier casa. Lo que me extraña es que con lo dadas que son las abuelas a las tisanas y las manzanillas y los remedios caseros no te vaya más o menos bien.

—Sobrevivo, pero a las nuevas generaciones ya no les interesa gastar el tiempo en mezclar las hierbas. Compran en los supermercados las bolsitas preparadas, que ya vienen en cajas muy vistosas, y listo. Y no las engancho ni con las lámparas de sal del Himalaya.

—Oye, pues eso de las lámparas me ha sonado interesante. A ver si luego me puedo pasar por la tienda y me cuentas.

Y empezó a lavarle el pelo a doña Manolita, mientras se felicitaba por haber barrido y recogido el sábado, antes de salir, y limpiaba su mente de los efluvios negativos del fin de semana. Con aquel champú que se iba aclarando, lo hacía también su mente. Parecía

mentira que, haciendo algo como masajear una cabeza con jabón y agua, pudiese uno sentirse mejor, oxigenarse, relajarse. En poco tiempo llegaría su ayudanta, Petri, una chica tremendamente activa y muy predispuesta, aunque intelectualmente nada estimulante. Y a continuación el resto de las clientas, la mayoría con hora, y alguna despistada, de las que se dejan caer pensando que tendrán la suerte de un hueco. Con aquellas inmediateces que pronto serían urgencias, porque la que no tenía que hacer el pollo o el puchero tenía que recoger a los niños o hacer algún papel en la Administración para que le dieran no sé qué pensión de qué sé yo... aunque nada que ver con Madrid, por supuesto. Aquí siempre había quien no tenía prisa, quien podía pasarse por la tarde o venir mañana. En fin, el ritmo de vida estaba bien. Lo que no estaba bien era otra cosa... menos material.

El catálogo de clientas era de lo más variopinto. Media ciudad del censo femenino prefería su peluquería. Y las que no eran asiduas era por imposibilidad de conseguir cita, o por la preferencia de no esperar tanto. O sencillamente por rebeldía. Dentro de los contornos definidos de aquellos barrios, todas preferían a Pancho. Por su trato, porque había estudiado en Madrid (el esnobismo no es patrimonio de ninguna clase social ni de ninguna región del país) y porque él y Petri daban una atención personalizada, escuchaban a las clientas y hacían caso cuando les pedían «solo un dedo». No las engañaban. Si el pelo estaba dañado se lo avisaban antes de cortar. Muchas veces le habían preguntado por qué no se buscaba otro local y buscaba más chicas o chicos para hacer más negocio y su respuesta era siempre la misma:

—Perderíamos nuestro encanto. Es muy difícil controlar cómo se comportan una legión de peluqueros, mantener un mismo estilo. ¿Por qué salir de aquí si aquí ya nos va bien? No pretendo hacerme rico, ni famoso. Solo quiero ser feliz, y aquí, con ustedes, lo soy.

Y claro, los corazones de las mujeres asiduas a la peluquería se ensanchaban; se sentían importantes, hasta un punto en que no se sabía bien si ya se lo preguntaban por escuchar aquellas palabras que las esponjaban, que las enorgullecían. Pequeñas victorias de la vida de la mujer adicta a la peluquería y a las revistas del corazón.

Doña Julia, dueña de media ciudad, pues su marido le había dejado varios pisos y un par de fábricas, había intentado que Pancho la atendiera personalmente en su casa, pero siempre se había encontrado con la respuesta amable, y sin embargo segura, de alguien que no necesitaba hacerle la pelota a nadie ni emplear horas extra fuera de su jornada habitual. Antes Pancho se habría quedado media hora más por doña Manolita si hubiese sido preciso.

Allí había de todo, todas las décadas estaban representadas desde 1930 en adelante. Bastones, pequeñas jorobas del paso del tiempo, columnas estiradas, y piernas perfectas rebosantes de juventud. Algunas hijas, rondando los catorce, querían una atmósfera más moderna y, a veces, durante unos años, se negaban a ir a la peluquería, aunque volverían seis o siete años más tarde, en busca de un *look* más convencional, menos atrevido. No faltaban, por supuesto, las abuelas que le pidieran el mechón rosa o el morado. Todas adoraban a Pancho y todas daban por sentado que no estaba a su alcance. Aunque a más de una de sus clientas se le había pasado por la mente engañar al marido con el atento peluquero de sus sueños. Y es que, si a muchos homosexuales les da por «montárselo» con «heterazos» que solo se la dejan chupar, a muchas mujeres les gusta fantasear con

«convertir» al gay, aunque solo sea para un rato. Esos arcanos del ser humano occidental contemporáneo. La búsqueda del imposible, el intento de colgarse la medalla más grande. El sentirse atraído por el opuesto que, al final, puede ser que se roce con nuestra propia naturaleza. Y algunas lo habrían intentado, a pesar de estar todos observados por todos, auténtico Gran Hermano de los lugares pequeños, pero la actitud de Pancho era cualquier cosa menos sexual. Había en él no se sabía qué que evaporaba toda carnalidad, que hacía que se esfumase la posibilidad de un deseo, un muro invisible de ausencia. Y ellas, que son muy intuitivas, lo habían percibido desde lejos.

Sin embargo, se dejaban en sus manos, como si de un acto erótico se tratara, sintiendo el tacto suave de aquellos dedos una y otra vez infieles por su propio oficio, entregándose a un harén de cabezas casi infinito. Promiscuos digitales que iban de un cabello a otro, de las morenas a las falsas rubias, de las pelirrojas a las casi calvas que pedían el milagro de no parecerlo.

Aquel lunes fue, además de ajetreado, notable.

A las once apareció Tatiana, la hija de los dueños del hotel más conocido de la ciudad, una adicta al trabajo, pelo negro, peinado casi siempre en larga trenza, ojos muy grandes, cuerpo enjuto, fuerte, fibrado, hecho para trabajar. Estaba pegada con cola de la buena al edificio de sus padres. Se la podía ver día y noche, de lunes a domingo, atendiendo la barra, organizando las mesas del restaurante, hablando con las limpiadoras, repasando las habitaciones, haciendo las facturas, en fin, llevando el grueso del trabajo sobre sus espaldas, bien rectas, a pesar de todo. Nunca se la había visto haciendo gastos superfluos, y su indumentaria era tan variada como aquella ya mítica de Lina Morgan repasando sus vestidos: «Tengo el negro, también tengo el negro... además tengo el negro...», solo que en su caso eran una falda negra que le llegaba por encima de las rodillas y una blusa blanca de manga corta. Igual daba si era verano o invierno: debía acaparar toda la producción de faldas negras y blusas blancas de la ciudad. Nunca se la había visto saliendo con amigos o visitando museo alguno. Nunca se la había visto, en fin, por la peluquería, y era un secreto a voces que su madre le peinaba cuidadosamente la trenza cada mañana antes de empezar a trabajar, con algún extraño secreto o sortilegio que permitía que permaneciera tiesa todo el día hasta la hora de dormir.

Por eso más de una mandíbula tocó el suelo cuando tras la puerta surgió la figura de Tatiana, con una ligera rebeca ocre sobre su indumentaria perenne. No hubo mirada ni manos que no se detuvieran.

—Hola. Veo que estáis muy ocupados. ¿Sería posible pedir cita para otro día pero a esta misma hora?

El rumor había nacido, y había sido su advenimiento mítico y grandioso como el de Venus salida de una ostra de mar, tal como la vio Botticelli, quien sabe si borracho de vino, de mitología o de confusión erótica por algo que no le atraía en realidad. Como divinidades de barrio, las demás clientas observaban la escena con estupefacción, guardando un silencio que luego reventaría en mil pequeñas voces que se expandirían con la fuerza de un virus recién nacido: tan mortal como rápido. El mundo se había detenido, el mar había dejado de empujar sus rizos a la orilla y el mito sobre la diosa del trabajo había cambiado su historia, como el gran río su rumbo. No se le conocían amigas a la dama que le hubiesen propuesto asistir a su boda como para tener que acicalarse de

una forma que explicara el salto de sus autoimpuestas e inflexibles reglas en cuanto al peinado... y en todo lo demás. Por lo tanto el motivo de tan extraordinaria ocasión sería investigado, desmenuzado, analizado, diseccionado y comentado en aras del entretenimiento general... y de la mala leche. La envidia por el dinero acumulado por la familia y el rechazo provocado por la actitud seca y altanera de Tatiana reventarían como un globo demasiado lleno. Y harían mucho ruido tan pronto su presencia sobrecogedora hubiera abandonado la peluquería.

Pancho, con una mirada, le indicó a Petri que él se ocuparía. Había un punto de orgullo en haber sido elegido para romper las atávicas costumbres de su nueva clienta.

—Claro. Ahora mismo te atiendo. Tengo que comprobar la agenda. Por favor, siéntate un momento.

—Prefiero quedarme de pie.

—Claro, como quieras. Es solo un momento.

Siguió con su permanente, dando los últimos toques a Juliana, la madre de Pedrito, el estudiante más famoso del pueblo por estar de becario en Filipinas. Ella bien hubiera preferido que atendiese a Tatiana antes de terminar con sus últimos retoques para enterarse bien de todo sin tener que disimular y retrasarse adrede buscando el dinero en la cartera para poder quedarse hasta que la gerente del hotel se hubiera marchado, hasta que no quedase un ápice de información que le pudiesen contar, que no hubiera visto y escuchado ella misma.

Sin embargo, Pancho supo premiar la elección de Tatiana con una discreción que rozaba lo perfecto. Abrió la agenda, vio los días libres a las once y, tapando otros nombres, dejó solo a la vista de la interesada los números y nombres de los días disponibles.

—Elige el que te venga mejor.

Ella, que trataba con cientos de clientes, supo entender y agradecer el gesto y, sin usar el dedo, gesto que habría sido criticado hasta hacer sangre, se limitó a un «el primero de todos, cuanto antes mejor», aunque tan bajo que apenas la oyeron el cuello de su blanca blusa y el fino oído de Pancho, que escribió su nombre en la casilla del día elegido, dándole a entender que, por supuesto, sabía quién era ella y que no se andaría con hipocresías. A Tatiana, que era mujer pragmática como un cambista holandés del siglo XVI, le conquistó con su estilo directo pero discreto. Todos eran conscientes allí del revuelo que se iba a formar, pero ella, por supuesto, lo había valorado y sopesado mucho, así que estaba preparada para cosas mucho peores, para reacciones exageradas del peluquero o incluso para preguntas a bocajarro. Sabía que no era la mujer más popular, ni lo pretendía. Por todo ello salió contenta de la peluquería, de vuelta a su hotel, recta, metida en sus pensamientos, centrada ya en las siguientes obligaciones a las que tendría que hacer frente.

Pancho se quedó con el gallinero revolucionado, pero él ya se había dado cuenta, así que cargó toda la pluma que pudo en la base de la garganta y dio un grito nada más salió Tatiana:

—Señoooooooooras, no se me agolpen, que tengo tijeras y laca para todas. A ver, ¿quién quiere probar algo nuevo? A la que quiera lucir el *último* —y marcó mucho la palabra— peinado de Carolina de Mónaco en la *última* —y volvió a acentuar el adjetivo

— fiesta del principado le descuento el cincuenta por ciento.

Había destapado la caja de los truenos. Nada menos que Carolina de Mónaco y a mitad de precio. Eso era como ofrecer gusanitos a los niños de cinco años. Al menos tres clientas se levantaron o levantaron la mano como un rayo para optar a tan privilegiada oferta. Y empezaron las guerras de «yo lo he pedido antes». Como ese era el objetivo, Pancho las dejó pelearse un poco, lo cual le alegró el día especialmente. Pero no permitió que llegaran a la grosería, terreno que hubieran surcado si hubiera sido preciso. Con toda la nube de ruido y discusión ya había conseguido distraer la atención y evitar que le preguntaran por Tatiana. Eso sí, le costó tres peinados a mitad de precio. Sin embargo, estaba dispuesto a pagarlo. Quería tener a Tatiana de clienta y quería reservar esa hora para ella sola. Le saldría caro, pero no le importaba. Peinar aquel largo cabello negro brillante sería el triunfo total en la ciudad. Empezó a imaginar peinados, en el caso de que le dejaran libertad de acción. La forma de la cara, la piel blanca (de no salir del hotel en todo el día), el cabello negro, los ojos grandes y despiertos, vivaces, el cuerpo delgado y seco, comedidamente alto. Después de aquello su peluquería no tendría competencia.

Bastó, de hecho, con aquella visita para que empezara a llenarse de más gente que nunca. Todas querían que las peinara, cortara, lavara, mechara, rizara, alisara, «ruleara», lacara, moldeara, tiñera y cambiara para estar más altas, más guapas y, a pesar de la contradicción (pues tenían que pagarle por sus servicios), más ricas, o al menos parecerlo. La rueda no había hecho más que empezar a caer y el día fue agotador. Tanto que prácticamente se había olvidado de María. Y cuando por la noche se despidió de Petri, que se quejaba de un terrible dolor de pies, y con la que apenas había compartido un par de sándwiches y unas cervezas por toda comida, rezó para que no apareciese ninguna clienta a última hora pidiéndole un arreglo especial. Y aquel pensamiento le trajo a la mente cómo había empezado el día, precisamente, antes de la jornada «oficial». Supuso que María ya habría cerrado la tienda pero, total, le quedaba a unos metros y se dijo que igual estaba haciendo caja, y decidió acercarse en un corto paseo.

La ciudad, de noche, era hermosa, de una sencillez perfecta en algunos rincones. Las casas blancas, incluso de un solo piso a pesar de la modernidad que todo lo engullía; los faroles negros, de luz amarilla, casi anaranjada, como si en ellos latiese la vida de una yema de huevo; el olor de alguna chimenea donde se quemaba madera a pesar de la estación y el cielo despejado, con las pequeñas ventanas enrejadas, con abundancia de flores, hacían del lugar un rincón mágico, como hay tantos en España. Por un momento, solo por un momento, se sintió en paz, olvidó las prisas del trabajo, pero también las obsesiones que le habían oscurecido el ánimo al hacer caer sobre él las dudas como si de un ejército de cuervos se tratase, con el pico afilado, con el vuelo en picado, uno tras otro, clavándose, lloviéndole, no dándole tiempo a rehacerse entre uno y otro. Se había sentido tan perdido que el intento de Luciano por ayudarlo se había convertido en un interrogatorio tortuoso. Algo tan sencillo como un whisky y un amigo al lado, intentando hurgar en la herida para saber de dónde procede el dolor, habían hecho que la bandada de cuervos, además de clavarle sus picos de dudas, graznase en su cabeza con chillidos atronadores.

Pero ahora caminaba en paz, pensando en los objetos del herbolario de María, con la intención de enterarse de aquello de las lámparas de sal del Himalaya y comprar, quizá,

algunas hierbas para relajarse y dormir tranquilo, un agua de azahar, una melisa natural... O una pasiflora. Lo que fuera, pero que le dejara dormir. Claro que, al hablar de hierbas para relajarse, tendría que ser específico. No por nada llamaban a María «la Emporrada».

Para su sorpresa la tienda todavía tenía luz, y aunque el letrero cantaba en silencio y letras negras CERRADO, los cristales del escaparate le permitieron ver que María estaba dentro, sentada, leyendo un libro tras la caja registradora. Llamó a la puerta transparente y acercó la cabeza. El respingo que dio María fue como si a una rana la hubieran pillado desprevenida. Sus piernas se flexionaron, poniéndola de pie, de una forma cómica.

—¡Coño!, qué susto me has dado. Ya no te esperaba.

A Pancho le dio por preguntarse qué estaba haciendo entonces cuando en casa seguramente estaría su marido. Pero se abstuvo de comentar sus pensamientos.

—Perdona, hoy tuve un día complicado. Más gente que la procesión del Viernes Santo. Muchas más clientas de las esperadas.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Coño, no lo voy a saber, lo sabe todo el pueblo y parte del Más Allá. Creo que alguna ha ido al cementerio a contárselo a su madre en la tumba: la Tatiana ha salido del hotel: no es un vampiro, como todas temíamos.

—Qué exagerada.

—De eso nada. Nada de nada. Tú no sabes el revuelo que se ha formado. De las diecisiete clientas que he tenido hoy, dieciocho han venido a hablarme del tema, porque una ha tenido que volver por un olvido y ha vuelto a pegar la hebra sobre lo mismo. Me podías hacer un favor y, cuando la peines, hablarle bien de mi tienda, a ver si me la llena también. Tatiana la «anticrisis». El remedio para el fin de la actividad económica de España. Ponga una Tatiana en su tienda. Supongo que es algo así como si en Madrid va la hija de un famoso a un sarao: pues eso, que el local se peta. Ay, hablando de petas, ¿te apetece...?

Pancho no la dejó terminar. Negó con un gesto contundente y María entendió que era mejor, incluso, ni encendérselo. Nunca habría pensado que se lo rechazaría, pero tampoco tuvo ocasión de preguntarle al respecto.

—No, yo he venido a por lo de las lámparas de sal que me has dicho esta mañana. Eso ¿de qué va?

—Son rocas que pueden ser de diversos tipos de sal como litio, halita, colpa común blanca... Se supone que las familias pobres las usan hace siglos sin saber los beneficios que provocan. Muy muy apropiados para nuestros tiempos porque lo que supuestamente hacen es emitir iones negativos que neutralizan todos los iones positivos o carga electromagnética de los aparatos tecnológicos de los que nos rodeamos. Y además, el color anaranjado que dan favorece la concentración. Las tengo de diversos tipos: para enchufar a la corriente con bombilla incluida, las de conectar por USB del ordenador, las que son portavelas... No puedo creer que no hayas visto ninguna.

Sacó un modelo de los últimos que había citado de una caja. Tenía forma de trono irregular, como si hubiera salido de algún reino salvaje de los tebeos de Conan y encendió una vela.

—Pero, mujer, tampoco hacía falta.

—Anda, siéntate y calla. Para vender un producto hay que mostrarlo. Además, así te relajas un poco y charlamos en lo que se calienta y ves qué luz más bonita da.

Pancho, que estaba cansado después de tantas horas de pie cortando pelos y dando mechas, se dejó convencer con facilidad y no vio que el aire se llenaba de carga, efectivamente, pero no iónica.

—¿No me vas a contar nada de Tatiana?

—Oye, no me hables de lo que llevo todo el día escuchando. Si me has encendido la vela para eso, me voy. Estoy muy cansado.

—No, no. Chico, tenía mucha curiosidad. No me hables si no quieres, pero mándamela a la tienda, a ver si me forro, como tú. Prometo devolverte el favor, con lámparas de sal a mitad de precio... O de otra forma.

Pancho pensó que, para ser una mujer de métodos curativos alternativos, que predicaba el budismo y el *non attachment*, estaba en exceso preocupada por el dinero, pero no dijo nada porque ella era su único punto de contacto con un mundo que parecía interesarle, así que no quiso buscar más puntos de fricción. Al mascar sus reflexiones como si de un chicle se tratara, arriba y abajo, a un lado y a otro, no puso especial atención a la última frase que le había dicho, ni notó qué efluvios corporales empezaban a emanar, quizá no muy olorosos aún, pero ciertos. A continuación María tomó la lámpara y, levantándose, se acercó a él:

—Verás qué templada se va poniendo la piedra, adquiriendo parte de la fuerza de la luz, pero absorbiéndola.

Y le puso la roca anaranjada en las manos, lo que aprovechó para rozársela con algo de descaro. La piedra no era lo único que se estaba calentando en aquella tienda, y Pancho empezaba, por fin, a darse cuenta de que la espiritual María, además de estar absorbida por humescas dopantes, estaba intentando absorberlo a él a su vez.

—No te la acerques mucho al paquete, no vaya a ser que se te anime mucho... aunque no he leído nada al respecto. Podríamos hacer la prueba.

—Pero ¿de qué hablas?

Sin embargo, Pancho no habría tenido la necesidad de preguntar si hubiera esperado apenas unos segundos porque María siguió acercándose y empezó a susurrarle cosas detrás del oído, acariciando sus brazos inmóviles al estar sujetando la lámpara.

—Podríamos ver qué efectos tiene la lámpara en el deseo, ¿no te apetece?

Pancho se levantó de un salto.

—Pero ¿te has vuelto loca? —No encontraba las palabras ni el argumento y resultaba ridículo allí de pie con la lamparita encendida en las manos—. ¿Qué pensarías tu marido?

—Ah, mi marido. Mi marido está en casa, viendo el partido y tomándose una cerveza, la mar de a gusto. Quién sabe si tiene compañía. Pero si quieres le llamo y le pregunto si le apetece que nos lo montemos los tres. Igual él te pone más que yo... A mí no me importa, estoy segura de que no habría problema en compartirte, mi marido no es celoso, y alguna vez hemos fantaseado con algo gay, aunque aún no hemos tenido ocasión de ponerlo en práctica.

¡Los rumores eran ciertos! María «la Emporrada» y su marido tenían una relación abierta, muy muy abierta. Y no era que Pancho quisiera ponerse exquisito ni juez de nada, pero aquello era lo último que esperaba. Se relajó, dejó la lámpara sobre el mostrador y

miró a los ojos a María.

—No me interesa, muchas gracias. Quiero decir la propuesta con tu marido... ni sin él. De las lámparas ya hablaremos otro día que tengamos menos «calor» dentro de la tienda. Me voy a casa, que estoy muy cansado.

Pero a María no le gustaban los noes, y por lo tanto soltar a su presa no estaba dentro de las opciones que contemplaba, así que se puso en su camino hacia la puerta y se levantó la blusa, debajo de la cual solo llevaba su cuerpo, blanco y excitado como una tórtola en celo. No temía que nadie pasase por las calles a aquella hora, y su cuerpo había generado energía suficiente como para llenar de vaho los cristales de los escaparates si se lo hubiera propuesto, incluso aunque no estuvieran en invierno. Era como si se hubiera tragado la lámpara de sal, pero hecha con chocolate, jengibre, ostras y champán... además de una cucharadita de polvo de unicornio: estaba cachonda.

—¿No tienes curiosidad? Vamos, ven, toca un poco, verás como el cansancio desaparece como por arte de magia. Estas medias naranjas harán que te olvides de todo. ¿No has probado nunca unas frutitas como estas?

Pancho estuvo rápido de reflejos, se encomendó a todos los Santos de la inspiración y exclamó, señalando hacia la espalda de María:

—¡María, tu madre viene por la calle!

Y, aunque María sabía que eso no era posible, los nervios le impidieron pensar. Cualquiera otra persona que la hubiera visto «en tetas» le habría dado igual, pero... ¡su madre! El momento que empleó para volverse a mirar le dio a Pancho la rendija suficiente para escaquearse y cruzar la puerta que tan singular vado tenía. Salió ágil y se encaminó hacia su casa con la cabeza llena de pensamientos que se pegaban por encontrar su sitio, aunque el resultado era un tetrís esquizoide, algo construido por unos niños de cinco años con pico de creatividad y reorganizado por mosquitos borrachos en días de fiesta. ¿Es que no podía tener un solo día tranquilo? Primero «la Virgenera», ahora «la Emporrada». Estaba visto que necesitaba buscar otro tipo de «amistades», amistades sin mote. ¿Existía eso? Quizá no, quizá todos tenemos un mote interno porque la normalidad no existe, nuestra falta de normalidad es nuestra mayor normalidad, o al menos nuestro más seguro signo de normalidad.

Y en estas estaba, pensando en normalizaciones y normalidades de una forma un tanto anormal, cuando llegó a su casa y la encontró apagada. Pensó que quizá su madre se habría ido pronto a dormir, por cansancio tal vez, pero no había en toda la comarca quien pudiera recordar a la señora Sole con un mal achaque, con un día de pilas poco cargadas. Tenía fortaleza como para hundir tres portaaviones y eso en ayunas. Abrió la puerta despacio y empezó a llamar.

Nada.

El silencio.

Encendió luces, comprobó habitaciones, volvió a llamar, pero el nombre repetido era engullido por un eco estrafalario, desconocido en aquella casa que se había quedado sin alma, sin sentido. Entonces, en mitad de la cocina, una nota escueta puso punto final a la búsqueda:

Pancho:

Me voy unos días a casa de Pepa la Pipera. Yo te llamo cuando decida volver. Estoy bien. Pero creo que tú no. Es hora de que te des cuenta. Volveré cuando crea que es el momento.

Tu madre.

PD: Me llevo la colección de devedés de terror. Ya no sé vivir sin ella.

La semana acababa de empezar.

## Capítulo 5

### La fiesta de Kevin

Diego y Jesús se miraron brevemente (al fin y a la postre Jesús iba conduciendo y no era cuestión de que se dieran un trompazo por tener la vista en otro sitio que no fuera el tráfico) y sonrieron. Lo de las sábanas negras sonaba a erotismo o a cosa extraña, y siendo Kevin un muchacho de casi veinte años y al que le gustaba la música gótica, podía tratarse de ambas cosas. Y ambas cosas tenían su morbo, o al menos despertaban su curiosidad. Pero aunque no lo hubiera hecho, aunque no les hubiese importado lo más mínimo, ¿cómo dejarle allí tirado en mitad de la calle?

Diego agradeció la disposición de Jesús para hacer tantos kilómetros por alguien que apenas conocía de un par de polvos (él mismo) y alguien a quien no conocía de nada (Kevin), pero se guardó una nota mental. Si Jesús volvía a llamar, habría que tener muy en cuenta todo aquello.

—Necesitaré que me indiquéis cómo salir de aquí, volver a la carretera y cuál es la salida para dejarte en tu casa.

—No es problema. Me conozco el camino, lo he hecho varias veces con Luis Antonio.

Siendo Jesús otra persona, seguramente habría preguntado quién era Luis Antonio, pero la duda, que rondó su cabeza una porción inenarrable de segundo, se perdió rápidamente en el océano del cerebro entre miles de órdenes que tenían que ver, sobre todo, con las calles, las luces, los demás automóviles y los viandantes que se cruzaban a pesar de los semáforos en rojo. Ah, los semáforos, esos altos ignorados, flacuchos, brillantes, muchos de ellos jorobados toda su existencia y tantas veces, ¿para qué? ¿Por dónde había dicho el chico? Ah sí, segunda a la izquierda. La salida a la carretera estaba ya cerca. ¿Había pensado algo de un semáforo? No, qué va, no hay semáforos en el acceso a la carretera por este lado de la ciudad...

Sin embargo Diego, que estaba un poco más centrado, no solo por ser menos despistado, sino por estar exento de la atención que requiere el manejo del volante, no dejó pasar la ocasión.

—Bueno, cuenta. ¿De qué va lo de las sábanas negras?

—Ya sabéis que a mí lo que me gusta es la música gótica, y por aquí de eso, nada de nada. O *na* de *na*, como os guste más. Y como no puedo llevarme el pueblo a Londres he pensado que quizá pueda traer Londres al pueblo.

—Como no te expliques mejor, me parece que lo voy a ver todo gótico, pero de lo negro. No te entiendo «na de na».

Y fue así como Kevin cambió a Pancho, en su plan inicial, por Diego y un desconocido Jesús que pronto sería más que un chófer y un evidente ligue del «Alqui» también conocido como «la Frutera». Desgranando el plan de Kevin, que tenía mucho de irrealizable —pues para algo era un adolescente, y lo suyo era soñar a lo grande—, matizándolo y devorando kilómetros de asfalto nocturno, negro sobre negro, se comieron la última parte de la tarde y la primera de la noche antes de regresar para dejar a Diego en casa. Pero cuando estaban llegando, al «Alqui» le entró un gusanillo de no se sabe muy bien qué ni qué se yo *quá* y le dio por hacer una locura. Quizá se había

contagiado del entusiasmo idealista de Kevin, o quizá solo sentía algo a lo que no quería dar nombre por no sentirse ridículo, sobre todo frente a sí mismo. Como si los sentimientos pudiesen estructurarse y racionalizarse para ser etiquetados o mostrados ante un público que debe aprobar su calidad o seguridad. Cuando Jesús aparcó, no se esperaba la pregunta que le venía a bocajarro.

—Bueno, lo he pasado muy bien. Y posiblemente no debería decir esto pero, si no te importa un poco el desorden y que mañana pueda despertarte al levantarme con el alba, te invito a que te quedes a dormir.

La cara de su ligue no mostró sorpresa o incomodidad. Tampoco tardó mucho tiempo en darle una respuesta. La naturalidad con la que acogía la vida según se le presentaba era algo refrescante y contagioso: la aparición no programada de Kevin, la falta de «modernidad» o carácter *cool* del trabajo de «la Frutera» o la invitación a pasar la noche juntos. ¿Habría evaluado la confianza que Diego le estaba demostrando al decirle que lo dejaría solo por la mañana en su casa? ¿Qué habría pasado por su mente mientras lo invitaba a compartir su intimidad a pesar de los inconvenientes? No era común su forma de tomar la realidad según le llegaba y actuar con una rapidez aparentemente no razonada. Era como si, con su actitud, le estuviese diciendo al mundo: «Si es bueno, ¿por qué no aceptarlo sin más? Si es malo, ¿para qué considerarlo siquiera?». La cuestión era que no había hecho esperar su respuesta ni sufrir a Diego. Jesús no jugaba el complicado arte de la seducción, se limitaba a sonreír y acoger lo que venía con afabilidad de oso de peluche de tamaño 4x4.

—Genial. No te preocupes por la mañana, yo duermo como si fuera una torre de ordenador apagada.

Pero hubo algo más... Porque no se limitó a aceptar la oferta, también la valoró. La había sopesado, la estaba agradeciendo cuando, antes de volver a preguntar cómo dar la vuelta y poner camino a la casa donde pasaría la noche, se acercó a los labios de Diego y se detuvo allí para poner el contacto de los suyos, suave, franco, como si fuese un segundo beso de adolescente. Alguien en el mismo coche sintió una descarga, un pequeño escalofrío y siguió empeñado en no ponerle nombre a la sensación.

Solo se tiene miedo cuando se tiene algo que perder.

\*\*\*

Kevin entró como un veinteañero —es decir, sin reparar en nada ni en nadie—, saludó como si no hubiera estado todo el fin de semana fuera y pasó como una flecha por toda la casa hasta llegar a su habitación. Se sentó frente a su ordenador sopesando el tiempo que podría arrancarle al domingo antes de que su madre lo llamase para cenar y lo friese a preguntas. En definitiva, ¿para qué preguntaba? Seguro que no quería saberlo todo. O quizá sí, quizá era ese ejercicio de cierto masoquismo que suelen practicar las madres a menudo en su papel de víctimas, o de mujeres abandonadas cuando el hijo abre las alas y empieza a volar.

El PC era más lento que una cola en la Administración Pública antes de festivo y en épocas de Declaración de la Renta, y eso que se lo habían cambiado hacía dos años. Demasiados archivos audiovisuales, demasiados megas y gigas y bytes en un disco duro que estaba más duro todavía de haber visto decenas de películas de lucha cuerpo a

cuerpo entre hombres de más de cuarenta. Aunque tenía una parte importante de todo lo que necesitaba para la fiesta, empezó a buscar lo que, en un primer momento, podía imaginar que faltaba. ¿Quién podría prestarle unas sábanas negras? Su economía no estaba como para dejarse cincuenta eurazos en atrezo o escenografía... Su madre puso cara de esfinge con diarrea cuando, en mitad de la cena, le espetó:

—Mamá, ¿tú no tendrás unas sábanas negras?

El padre endureció el rostro y se tragó el trozo de carne casi sin masticar, centrando su atención en cortar el siguiente pedazo de filete como si de una tabla de madera se tratase, empleando una fuerza innecesaria, desproporcionada, capaz de hacer que la mesa se tambalease y las patas empezaran a gemir. No necesitaba hablar, ya había dicho todo lo que tenía que decir con aquellos sonidos primitivos, casi guturales: entre el garrote en la cueva y la mesa a punto de caer bajo el empuje neandertal había una evolución mínima, aunque, eso sí, sofisticada.

—¿Se puede saber para qué las quieres?

—Para una fiesta. Pero ¿las tienes o no las tienes?

Y es que la impaciencia de un joven de veinte años arrasa con todo lo que encuentra a su paso como si de un huracán se tratase. No se para a considerar lo que puede pasar por la cabeza de una madre cuando se le piden, así, sin más, unas sábanas negras para una fiesta. La imaginación de todo guionista de cine pornográfico se queda corta. No hay manual sadomasoquista ni perversión que no pase por su mente en las más diversas formas. Inventa espectáculos que habrían hecho las delicias del marqués de Sade. Pero ¿cómo se le va a ocurrir eso a un hijo que se acaba de pasar el fin de semana fuera de casa, con su novio y unos amigos, maquinando una gran fiesta para la que no tiene medios, aunque le sobran ideas? La mente de un joven no está configurada para percatarse de las implicaciones de sus palabras, ni de los prejuicios de las madres. Especialmente la mente de un joven occidental del siglo XXI, cuya única preocupación es pasar de curso y meterle más memoria al ordenador, dar placer a un cuerpo que demanda continuas atenciones y, con un poco de suerte, pensar o sentir lo que hace unos instantes antes de hacerlo. Aunque Kevin fuera un poco más allá, ni se le ocurría meterse en la estructura mental de la madre que lo parió. La diferencia generacional lo hacía todo mucho más complicado que un puzle de mil piezas y casi igual de aburrido.

—¿Para una fiesta? ¿Qué tipo de fiesta es esa que necesita sábanas negras? ¿No te parece poco extraña ya la música que escuchas para asustarme con una petición como esa?

—Precisamente. Es para una fiesta que tiene que ver con el estilo de música que escucho. Es, en realidad, para hacer de fondo, para tapar las paredes, como si fueran unas cortinas. Para crear ambiente.

—Pero ¿se puede saber qué tipo de ambiente quieres crear con unas sábanas negras? ¿Una misa satánica?

—Sí, claro, una misa satánica, seguida de la grabación de un programa de Gran Hermano VIP. Ni que yo estuviera loco. Ya te lo he explicado muchas veces. Una cosa es ser gótico y otra hacer conjuros al demonio.

—Pero ¿qué quieres que piense? Siempre con esas ropas con pinchos y esos grupos raros que escuchas.

—Mejor eso que Bisbal, ¿no te parece?

—¿Y por qué no Whitney Houston?

—Paso de las divas, están muy vistas. Para un rato valen, pero son superficiales. Me gusta más la poesía de Poe hecha música oscura.

Y es que cuando al niño le daba por ponerse elevado no había un literato que lo aguantara, relamido y *pedantuelo* a partes iguales. Pero su esfuerzo por explicar líricamente sus gustos y preferencias estéticas no tuvo el resultado esperado.

—Pero ¿será una fiesta de disfraces o algo así?

—Y dale. Ni fiesta de disfraces ni nada. Los góticos nos vestimos de negro. Nos gusta el negro. Leemos literatura oscura; nos sentimos atraídos por las ruinas góticas. Nos molan las ropas de finales del siglo XIX, las camisas con encajes, el cuero —lamentó haberlo mencionado al segundo de hacerlo—, los abrigos largos y las voces graves.

—¿Y eso tiene mucho que ver con unas sábanas negras?

—De alguna forma. No es que sea común poner sábanas negras por todas partes, es que es para una fiesta.

Al padre de Kevin, que había rayado ya el plato varias veces y hecho lanzar gemidos a las sufridas patas de la mesa en un intento por comunicarse «como un ser civilizado», se le estaba empezando a hacer una bola en el estómago con toda aquella conversación. No estaba masticando la carne, pues distribuía sus fuerzas de manera muy poco hábil: demasiada presión en las manos, poca en los dientes. Paró para tomar un trago de vino y decidió que no quería más cena. Se echó hacia atrás en la silla y miró con ojos de hormigón armado a su hijo, que decidió ignorarlos como se ignora un programa de cotilleo rosa: aguantando el ruido fastidioso de la presentadora chillona de turno e intentando acallar el volumen de su voz con pensamientos y concentración.

—Me sorprende que sepas quién es Poe.

—No sé por qué lo dices. No soy ningún idiota, aunque tengamos gustos diferentes.

—Tú no tienes gusto...

Se lo pensó antes de seguir. O el pie de su mujer tocándole el muslo por debajo de la mesa le hizo darse cuenta de que debía moderar el tono. Sí, quizá fue esto último. Era posible que, si no se pasaba mucho, tuvieran un buen momento después, para terminar la semana. Aunque el lunes se levantara cansado, ¿a quién no le apetecería terminar el domingo con un buen restregao? Además, su hijo era un caso perdido. Lo tenía clarísimo. A pesar de ello, dijo:

—Tu gusto todavía se está desarrollando.

—Sí, claro. Y las ranas, cuando crecen, son todas príncipes. No empecemos. Bueno —añadió mirando a su madre—, ¿tienes o no tienes las dichas sábanas negras?

—No. Y no sé cómo has podido pensar que podría tener algo así.

A Kevin, una vez más, le habría gustado saber el porqué de tantas preguntas si la respuesta era tan sencilla. No quiso darle vueltas a las posibles razones de la curiosidad femenina, especialmente la materna, y se levantó a coger un postre y una cucharilla, camino de su cuarto. Él sería muy gótico, pero su postre favorito era el arroz con leche y se las comía a pares (las tarrinas de arroz con leche). Por el camino ya había olvidado toda la conversación, el obvio rechazo de su padre, la estupefacción de su madre y la concatenación de preguntas, suficientes como para retar la paciencia del santo Job

multiplicada por siete. Él tenía ya la cabeza en las sábanas negras y cómo o de quién podría conseguirlas. ¿A quién se las pediría? No podía saquear a su novio para darle la sorpresa. ¿Qué tipo de sorpresa sería si hiciera eso? Se acostó sin haber preparado la mochila para la universidad y soñó con mares de olas negras y peluquerías enfundadas que parecían discotecas sombrías.

## Capítulo 6

### Luciano se va a los Puertos. La Luci se queda sola

Alguna vecina, a escondidas, una vez más, bailaba emparejada al plumero los arranques de la Luci. Cuando cantaba había algo dentro de él que se transformaba. Era la Luci. No era Luciano. Y ello no implicaba ninguna femineidad. Ni un amaneramiento extraordinario. Constituía un proceso de transformación interior. «La Luci» no iba ligado, como nombre, a un carácter despectivo o ridiculizante. Ni tampoco significaba un código de actuación autoimpuesto. Coser le llevaba a cantar. Cantar le trastocaba los cimientos del alma. Por supuesto tanto Luciano como la Luci creían en el alma. Y en la divinidad. ¿Cómo no creer en la Madre de Dios? ¿Cómo no creer en Santa Bárbara? Había que ver para creer: ¿no había la Iglesia católica eliminado del santoral a la mártir por falta de pruebas de su existencia? El mundo estaba loco y Roma no estaba mucho mejor. ¿Qué mejor prueba que los resultados de la oración durante la tormenta? Su religiosidad, por supuesto, no era docta. Le sobraban todos los libros de teología. Si acaso alguno sobre el flamenco, las biografías de sus ídolos o muestrarios de telas e historias de los trajes. Pero no era un estudioso de los fundamentos de la fe. Sencillamente la sentía como algo innegable. Un calor le subía por las entrañas, una llama muy larga y delgada que se prendía en una vela minúscula en su interior cuando se arrodillaba ante la imagen de una Virgen. Aunque para él no había nada más grande que las tallas policromadas de Cristo crucificado o tendido tras la muerte, bien en el regazo de su Madre, bien yacente, solo y aparentemente desamparado, más humano que nunca, con la carnalidad de su humanidad rota por los clavos y la lanza, el gesto doliente o dormido, el torso perfecto y armonioso, donde latía la vida más grande. No había encargo mayor para Luciano que vestir un nazareno. Cada padrenuestro era para él, frente a la imagen de Jesús, una plegaria nueva, una esperanza que se vertía de dentro hacia afuera. Una bendición inescrutable. Era consciente de la postura oficial de la Iglesia frente a su homosexualidad y su forma de vida, pero no era algo que le preocupara. La Iglesia tenía sus ataduras como institución poderosa, sus ritmos, sus equivocaciones —algunas de las cuales estaba admitiendo al cabo de los siglos o las décadas—; y Luciano tenía sus formas y sus ritmos como persona singular y privada, más las añadidas de la Luci, que aparecía cuando su manera de sentir se transformaba. Lo cual no era pocas veces.

Tenía a Paquito siempre cerca para recordar que somos ceniza, ceniza o polvo que se solidifica en huesos, carne, tendones y sangre. Agua en la mayor parte, polvo y agua que contienen vida por milagro de la concentración o solidificación al sol. Y por eso solo daba importancia a lo realmente relevante: una enfermedad; una gran decepción en el amor o en la amistad; la muerte como fin misterioso de todo y principio aún más hermético del otro todo... porque ya se sabe que al todo, es decir el infinito, puede restársele otro todo, es decir un número infinito de elementos, y seguir siendo infinito. Pues así son los misterios del alma... así como la magia del río, siempre el mismo y siempre otro. Y por eso mismo el flamenco le arrebatava, le apasionaba como si arrancase de él todo el deseo de vivir esta vida material primera. La danza era esa expresión del alma que rabiaba, que traspasaba los límites de su inmaterialidad para convertirse cuerpo y arrebató y armonía,

belleza en la entrega, libertad en la norma, sudor en lo más elevado. El flamenco era nacimiento del río, venero, manantial con toda la fuerza de la inicial pendiente. Y era una pasión infinita.

Muchas veces no era capaz de expresar lo que iba sucediendo en su cabeza, lo que veía y lo que sentía. Pero eso no le importaba. Las palabras exactas eran para los escritores o para los políticos. Él era hombre de gestos, de sentires, de espiritualidades que se experimentan bien dentro o no son nada más que tontadas de niños aburridos. Ni entendía el budismo ni quería entenderlo. ¿Qué era aquello de no atarse a nada para no sufrir? ¿Acaso era humano desprenderse del dolor por la muerte de los seres queridos? Aquello no era alma, era egoísmo con máscara de paz. No es que hubiera profundizado mucho, pero no le interesaba lo más mínimo. A él que le dieran su altar de Virgen, su desconsolada Madre o su gloriosa Madre. Su Asunción, su Inmaculada, su misterio sin pecado concebida, la pureza de la azucena envuelta en bordados y pasamanerías; en bordados y encajes. De esa parte ya se ocupaba él. Volcaba toda su sabiduría en dejar las sayas perfectas, sin arrugas, llenas de gracia. Le encantaban todas, desde las más tristes y lóbregas, con sus mantos negros, a las más triunfantes y enjovadas. Unas representaban el dolor supremo, el carácter de madre que sufre; las otras su naturaleza brillante, su tesoro inconmensurable para el creyente. Poner las manos sobre las telas no había cambiado su carácter de homilía, por muchas veces que lo hubiera hecho ya. Deslizar suavemente los dedos, puntada a puntada, elegir las decoraciones más adecuadas, cortar los tejidos siguiendo los patrones, comprar los materiales más ricos que el presupuesto le permitiera... todo era parte de un acto, de un proceso con carácter sacro. Y en mitad del mismo, cuando el hilo iba dando unión a los elementos, algo indescriptible le empujaba a todo ese cante del alma que enunciaba el poeta:

Sevillanas,  
chufas, tientos, marianas,  
tarantas, tonás, livianas...  
Peteneras,  
Soleares, soleriyas,  
polos, cañas, seguiriyas,  
martinetes, carceleras...

Y en ese momento irracional, en ese momento de entrega a aquello que más amaba y en lo que más creía, no podía llamarse a sí mismo Luciano. Se transformaba en algo diferente, una persona nueva, una entidad que, de tener nombre, era «la Luci». A veces todo se transformaba, como si de un éxtasis se tratase y, cuando quería darse cuenta, el trabajo estaba casi hecho sin haberse percatado mucho de las puntadas o la dirección del adorno. Aunque no tenía una gran voz, entonaba con gusto, y se notaba que el oído lo tenía «mu bien puesto y orientao». Por eso las vecinas nunca lo criticaron. Por eso y porque sabían que sus manos habían vestido de primores a la mitad de las imágenes de la provincia y a casi la totalidad de las de la ciudad. Con nadie se «arreguntaba» Luciano en contra de nadie. Él no era ni macareno ni trianero: él era amante creyente de la Virgen. Llamaba a las cosas por su nombre, y aunque no se diera cuenta de ello, le daba mucha importancia a ese punto. Cuando no podía encontrar la forma de bautizarlas, sencillamente se dedicaba a sentirlas, pero no se las explicaba a nadie. Entendía que esa

imposibilidad por constreñirlas en el lenguaje significaba que estaban más allá de la realidad humana. O, como él decía, eran cosa de escritores o filósofos. Quizá de teólogos, pero no cosa suya.

Le sorprendió el timbre tan pronto. Normalmente no había visitas antes de las doce. España y sus horarios. Él, que casi siempre era muy disciplinado y se levantaba con el alba para empezar a coser con el rocío y las primeras luces, dejó el manto que tenía entre manos con delicadeza y se encaminó a la puerta. Se imaginó a un mormón norteamericano, monísimo, intentando venderle una idea del no sé qué séptimo escalón. Pero lo que apareció en su puerta fue Pancho. Pancho y una botella de whisky del bueno. Del que se cuenta por años.

—Perdóname. El sábado salí corriendo y me llevé algo tuyo.

—Sí, sí. Lo sabemos el hueco del botellero y yo. Pero veo que has vuelto con la familia noble de la botella que se fue. Mira que te gusta una cosa fina.

—Qué menos.

—Anda, pasa y siéntate, que contenta me tienes.

—Solo he venido a disculparme, en media hora tengo que estar en la peluquería.

—Me debes algo más que una disculpa y una botella. Por cierto, mi whisky sin complejos se usa para la Coca-Cola, así que esta botella me parece muy estupenda pero me sigues debiendo otra. No querrás que desaproveche esto entre burbujas o en el cordero asado.

—Lo que tú quieras. Pero no me presiones. No estoy preparado.

—Pues va siendo hora de que lo estés. Estoy seguro de que tu madre piensa lo mismo.

—No cites a mi madre, que esa es otra. Mi madre ha desaparecido. Así, de repente. Se ha ido con una amiga unos días.

—¿De repente? Bueno, bien pensado no es extraño. Pero no me pintaba yo mucho a tu madre de amigas de fiesta de pijama, para qué te voy a decir una cosa por otra.

La mirada de la Luci preguntaba más que la madre de Kevin con una tarde entera por delante y unas sábanas negras como tema de conversación. Pancho decidió sentarse, aunque fuera un momento. Estaba cansado por dentro. Tenía una angustia que se lo comía a la misma velocidad que la Nada devoraba el mundo de *La historia interminable*. Como el pulmón inmenso del pecho descomunal de la Jurado se tragaba todo lo que «la echasen», todos los palos, todas las canciones, todos los giros y modulaciones. El potente chorro de voz todo lo podía y lo «absorbía».

—Dice que no estoy bien y que necesito tiempo para pensar.

—¿No te lo decía yo? Anda y cambia esa cara, que eres un perfecto *drama-queen*. Llama a la chica de la peluquería y dí que vas a llegar tarde. Me parece que tú tienes mucho que hablar.

—Pero no estoy preparado.

—Ni lo estarás nunca, con esa actitud. Vamos, nena, que no se diga. Llama de una vez, que acabo por estamparte la botella en la cabeza, a ver si te la ablando. Y entonces me deberás dos porque será culpa tuya. Llama o te pongo la cabeza como un balón de Nivea.

Pancho dudaba. El rencor de la Luci por una botella barata de whisky iba envuelto en una película de humor. Sabía bien que era alguien discreto. Lo que le dijera quedaría entre

Paquito, la Luci y él, pero... ¿qué era lo que podía decir?, ¿que no sabía qué quería en la vida? Parecía una pataleta de adolescente. Y sin embargo... ese era su mal, un virus que lo iba dominando hasta hacerlo desesperarse. Veía pasar los días con una molición terrible. Iba a trabajar casi por inercia. No le disgustaba la peluquería, pero no era aquello lo que buscaba. No se sentía del todo a gusto en las discotecas de ambiente, y menos en las que no lo eran. Lo suyo no era cazar cuerpos que iban y venían como las olas del mar, sin nombre ni recuerdo, apenas una huella de sal sobre la arena, una fina línea de espuma que era engullida y desdibujada por la sed de la tierra y el acto del sol. Pero tampoco sentía la llamada de la fe como el propio Luciano. ¿Acaso no era más que un cacho de carne con ojos? Tampoco en Madrid había encontrado su camino. ¿Había un camino para él? No era la vida y la libertad prometida de la gran ciudad lo que extrañaba. Ya lo había probado y su sabor era también efímero, un puro humo (de contaminación, de ruido y de inconsistencia). En la gran ciudad nadie te conocía, y eso te daba toda la autonomía del mundo. Pero también toda la soledad. Eran las dos caras de la misma moneda. Los afectos eran algo rápido, se vivían al mismo ritmo que el de las arterias de asfalto. Él se había criado en la ciudad pequeña, entre los silencios de un padre coleccionista de insectos y los cariños de una madre de la tierra. Le gustaban las casitas blancas y el poder salir al terruño y a los olivos en mitad de la tarde con un breve paseo. Pero tampoco eso le llenaba. Le gustaba sentirse un poco cartujo a veces, pero era solo una escapada, una forma de huida, y eso sí lo sabía. Pancho era un hombre sin una pasión, como tantos otros, pero a diferencia de muchos sentía la necesidad de encontrarla. Para él los días no podían llenarse de quinielas o de ligas de fútbol o baloncesto; ni de oraciones entonadas una detrás de otra; ni siquiera de ligues y de orgasmos. Ni las tentaciones artísticas ni las culinarias exacerbaban su mente. Se sentía ir con el pasar del tiempo, sin oponer ninguna resistencia, y eso le estaba apagando, le consumía como se consume una vela con una llama pequeña y vacilante. No llegaba a arder. Nada le hacía arder. No tenía hambre de verdad. No tenía ansias de vida. Ni de muerte.

Un llanto sordo siguió los dictados de la gravedad y puso dos finas tiras de celofán sobre el rostro de Pancho.

—Ah, no, nena. Eso sí que no. Hay que hablar. A mí las lágrimas me encantan, todas las que quieras, pero cuando te hayas «jartao» de llorar cual divina Sissi, o Pantoja tras la muerte de Paquirri, nos ponemos a escribir poemas juntas y nos cantamos una copla, a ver qué coño te pasa. Tú le pones la letra y yo te la canto.

Se acercó y lo abrazó, sentado como estaba, apoyando la cabeza de Pancho en su ombligo y tomándola con su mano derecha mientras cogía el teléfono móvil del bolsillo con la izquierda y empezaba a marcar.

—Hola, Petri, guapa. Sí, soy Luciano. Sí, eso «la Luci». Escucha, Pancho no se encuentra bien. Cancela todo lo que no puedas hacer tú sola y redistribuye la agenda. Mañana puede que esté ya de vuelta. Lo más seguro. No sé, un whisky que le ha debido sentar mal, ya ves tú qué tontería, y está algo revuelto. Es lo que tienen los whiskies de mala calidad —y le guiñó un ojo a su amigo, algo que, obviamente, no pudo ver la peluquera—. Sí, sí, sí. Yo se lo digo.

Pancho ni se había movido. Se sentía reconfortado por el calor de Luciano. Ahora que lo pensaba, hacía mucho tiempo que no abrazaba a nadie.

—La Petri se ha quedado preocupada. Mira por dónde va a venir bien que se apañe solita un día y aprenda a valorar el jefe que tiene.

—Luciano.

—¿Sí?

—¿Por qué me ayudas?

—Anda, coño. Porque los amigos están para eso. Yo puedo parecer muy banal cantándote mis coplas y vistiendo a Paquito con su modelito de temporada, pero cuando cojo cariño a alguien soy peor que una *mamma* siciliana... aunque el niño me salga revoltoso y me robe el whisky. En el fondo, a todas nos gusta un poco el niño canalla. Eso te falta a ti, un poco de malaje, que eres un cacho de pan.

—Un cacho de pan soso...

A Pancho se le cruzó algo parecido a una sonrisa por mitad de la frente, aunque aún seguía llorando sin hacer ruido. Fue como si el rayo de luz se hubiera colado entre las nubes de la tormenta, presagiando el fin de la lluvia que, a pesar de todo, seguía cayendo.

\*\*\*

Luis Antonio empezó el lunes lleno de un optimismo que rozaba el insulto. Bien vestido, con un traje de los caros, y tarareando lo nuevo de Cher (¡lo nuevo de Cher!, ¡toma oxímoron!, la abuela del pop seguía produciendo después incluso de liarse con la Aguilera en aquel bodrio de película), llegó al banco antes que nadie y saludó a las chicas de la limpieza. Abrió los ordenadores y pensó, una última vez antes de empezar a pagar recibos, ingresar talones y actualizar cartillas, en los deliciosos momentos que Kevin le había dado en la cama durante la noche del sábado. Su vampiro particular era una lagartija inquieta y llena de vitalidad. Eso le encantaba de los hombres de su edad: su agilidad, su dinamismo, su deseo de comerse el mundo a dentelladas sin medida. Tenían tanta sangre que todo en ellos se llenaba de vigor. Y él se alimentaba de ello. Él era el vampiro, en realidad. Pero no les hacía daño. Nunca habría podido. Le gustaban con esa suavidad de la juventud, pero siempre que supieran lo que hacían. Y aunque tenía por costumbre viajar solo, estaba empezando a pensar en un viaje a Londres para dos. Camden Town tomaría un nuevo sentido al lado de alguien que sabría apreciar cada tienda, cada prenda, cada club. No quería encariñarse en exceso, porque Kevin tendría que irse, como lo habían hecho los demás, pero era imposible no hacerlo. Ya habían pasado noventa días y no había huellas de ruptura, grieta ni resquicio importante por donde pudiese colarse una despedida inmediata. ¿Sabría viajar en compañía?

Fue un largo lunes, un lunes casi interminable. Mil pagos de recibos de última hora (o de hora ya pasada); otras mil reclamaciones y colas de gentes que, si bien no sufrían de la enfermedad de la prisa, virus urbanita que conocía por experiencia propia, tenían, en cambio, una tendencia a la verborrea exagerada, atronadora, y muchas veces vulgar. Era una mezcla entre *Gran Hermano* y *Salsa Rosa* o cualquiera de aquellos programas similares: todos cotilleaban de todos, se hacían eco de los últimos rumores, intercambiaban pareceres sobre el embarazo de la hija de... o el noviazgo raro del sobrino de. Había aprendido a ignorar todo aquel barullo cansino. Aunque le molestaba. No sentía ni había sentido antes la necesidad de entrar en la vida de los demás. No la entendía. ¿Acaso no tenía uno bastante con la suya propia? Sin embargo, el martes fue

peor: durante la larga y tediosa mañana escuchó en varias ocasiones el nombre de Pancho, cruzado con el de Tatiana, la hija de los dueños del hotel más conocido de la ciudad. Y eso le hizo perder la concentración. Al final, lo único que parecía tener algo de fundamento o lógica era que la siempre trabajadora Tatiana había pasado por la peluquería de Pancho para pedir hora. Pero de ahí los lugareños habían extraído sus propias conclusiones. Desde las más disparatadas —como que tenía un lío con el peluquero que solo había fingido sus gustos «raritos» para llamar a más clientela— hasta que Tatiana quería «reconquistar» a su marido, un policía zaragozano que había acabado afincado en aquella ciudad sin que nadie supiera por qué. Se rumoreaba, desde hacía meses, que el marido no estaba muy satisfecho con la dedicación brutal de su esposa al hotel, y que había reclamado las atenciones de otras estupendas compañeras para distraer las largas tardes del verano. A Luis Antonio todo aquello le daba exactamente igual, pues no tenía trato directo con Tatiana, aunque lamentaba que la gente fuera tan mal pensada. Y sobre todo le molestaban las continuas menciones a Pancho y la absurda necesidad de «inventar» sobre su vida y sus gustos, algo de lo que no tenían información directa alguna, como podía saberse fácilmente escuchándolos dos o tres minutos. Algunos de aquellos embustes no eran muy gratos, para qué engañarse. Él había notado que Pancho no estaba muy bien, se encontraba como ausente, casi desde el momento en que lo habían conocido, seis meses atrás. Llegó a pensar que aquel era su carácter, pero era obvio que algo no funcionaba. Y ahora se preguntaba si sería consciente de aquellas habladurías y cómo podrían afectarle. Se sentía obligado a comentarle, aunque fuera de forma suave y comedida, el hecho de que estaba en boca de buena parte de la ciudad por la visita de la famosa, aunque no popular Tatiana. La cosa se complicaba. Y a Luis Antonio no le gustaban las complicaciones, ni siquiera en la letra de sus divas de la canción. Las cosas claras y el «I will survive» y el «I am what I am» por delante. Los problemáticos debían quedarse fuera, sin molestar.

No tuvo ocasión de olvidar estas preocupaciones, ya que a lo largo de toda la jornada unos y otros venían a recordarle que el tema era *trending topic* de la pequeña ciudad. Ah, los chismes le ponían de mal humor. A él le gustaba centrarse en su música, en los hombres guapos y en los viajes... y en el trabajo de ocho a cinco de lunes a viernes. Con eso tenía más que suficiente. Pero la gente parecía venir de un planeta diferente al suyo. Chismes y deportes; deportes y chismes. Y una ignorancia brutal para casi todo lo demás. Cuando dieron las cinco del martes, no supo qué hacer y le dio unas cuantas vueltas, pero como era hombre resolutivo se fue caminando a casa y, cuando estuvo dentro y con las ventanas bien cerradas y el aire acondicionado a toda mecha, marcó el móvil de Pancho.

Le sorprendió que fuera Luciano quien respondiera.

—Hola, Luciano. No te molestes, pero creí que estaba llamando a Pancho. Estos móviles con tanta tecnología al final no sirven para gran cosa.

—Hola, Luis. Has marcado bien y el teléfono funciona. Estoy acompañando a Pancho. No se encuentra hoy muy católico, que se diga. Parece un romance que ha pasado de la Pantoja a la Pantojas.

—Vaya, cuánto lo siento.

—Te has quedado muy callado.

—En realidad, estaba pensando que no sé si debería seguir con esta conversación. ¿Se

le puede visitar?

Por la cabeza de Luis Antonio pasaban varios pensamientos simultáneamente. ¿Estaría Pancho mal física o psicológicamente? Él ya intuía que algo le pasaba pero, en tal estado, quizá fuera conveniente no echar más preocupaciones sobre sus hombros. Quizá era el tema de las habladurías el que le tenía apesadumbrado o quizá había algo tras esas habladurías, no necesariamente lo que las retorcidas mentes de los lugareños habían creado con poca información y no poca mala leche. Luciano lo despertó de sus reflexiones para pedirle que se pasara por su casa.

—No nos vendrá mal un hombre para encontrar apoyo y sosiego. Un hombre de verdad... —tarareó, entonando la canción de Alaska.

—Pero bueno, ¿tú no eras el de las coplas? Déjanos las divas a los demás. No avasalles.

—Mira, no te pongas chirlita popera, porque necesitamos un hombre. Un hombre con la cabeza en su sitio. Con buen criterio.

—Dirás que Alaska no tiene buen criterio.

—Bueno, tenía. Desde lo del Vaquerizo creo que ha perdido el norte, el criterio... y el gusto. Pero bueno, sobre gustos... Y deja de enrollarte ya y ven *pacá*, que estamos mustias.

—Llevaré la regadera del «sentío», a ver si os consigo enderezar los tallos.

—Eso, trae esa mente matemática a ver si tú nos echas las cuentas y empiezan a cuadrar, aunque te aviso de que estamos en números rojos de lucidez, así que trae la calculadora buena, no la de los chinos.

Luis Antonio, después de frivolar, y de camino a casa de Luciano, siguió pensando en qué podía ser lo que hubiese «hundido» a Pancho y por qué habría acudido a Luciano. Todos sabían que era discreto pero, salvo que se tratase de un manto de Virgen, de una cuestión coplera o de un novio bailarín, no era capaz de imaginar qué consejo se podía esperar de él. Llegó, saludó a Paquito, por orden de edad, y luego a Pancho, que estaba tirado en el sofá, con los ojos cansados.

—Tienes mal aspecto, Pancho. Para qué engañarnos. ¿Qué pasa?

—Uf, pues si ahora te parece que tiene mal aspecto, si lo llegas a ver esta mañana... Parecía una acelga pocha, o un girasol frito. Tenía más cabeza que una tienda de muñequitos... y los ojos hundidos. Ahora ya solo parece que está muerto. Pero con una buena maquilladora de las que hacían que pareciera que Marujita Díaz tenía solo cien años y un buen embalsamador... puede pasar para presentar algún programa de Telecinco.

—El caso es que no lo sé —dijo mientras despegaba la espalda del sofá y cortando la descripción de Luciano—. Pero me siento perdido. Y mi madre se ha ido unos días y ni siquiera sé adónde. No sé qué hacer con mi vida. No sé qué quiero, que es lo peor.

—Bueno, al menos sabes más de lo que la mayoría de las personas que comparten nuestro siglo. Al menos dudas, quiero decir, al menos te planteas que deberías saber lo que quieres. Pero ¿tan mal te hace sentir eso? Quiero decir que, quien más quien menos, todos hemos dudado si realmente estábamos haciendo lo que debíamos o teníamos que hacer. ¿Quién no se ha sentido desorientado en la vida?

—Sí, me hace sentir vacío. Soy como un muñeco de trapo... como un autómatas al que han programado para ir de casa a la peluquería, de la peluquería a unas cañas y de las cañas a casa. No le veo sentido a nada. No sé qué motivación tiene todo esto. Me miro en

el espejo y prefiero no mirar porque no sé lo que veo.

—Necesitas otro tipo de espejo.

Luciano y Pancho lo miraron con extrañeza. ¿Qué coño quería decir Luis Antonio con eso?

—Joer, ni que hubiera dicho que necesitaba dos pechos como los de Pamela Anderson. Vaya miradas. No es tan raro. Lo que necesitas es mirarte un poco en otros y sobre todo mirar dentro. Para saber lo que ves puedes mirarte en nosotros, en tu madre, en Petri o en quien te conoce un poco. Eso te servirá para saber lo que pensamos de ti y la imagen que proyectas pero también para saber lo que no eres. Por contraposición. No eres un apasionado de la facturación bancaria ni eres un fan de la Pantoja... Y si todo eso no sirve, chico, al psicólogo. A veces ni los amigos pueden ayudarte... ni siquiera uno mismo. Pero vamos, que lo grave es la depresión que se te está desarrollando.

—Bueno, ya me siento mejor. Os agradezco que me hayáis escuchado.

—Mira nena, me vas a comer el coño con pan Bimbo, ¿me entiendes? Que *jarta* me tiene con lo de las gracias, *chacho*.

«La Luci» había vuelto a meterse en la conversación.

—Y ahora, venga, vámonos a tomar unas tapitas, que estoy que devoro *Como una ola*, *tó* me lo llevo *pa* dentro.

—Pero ¿hablamos de comida o de bailarines?

—Mira, nena, vete a la mierda, que allí lo venden baratito y han puesto un columpio con luces.

Pero lo que hicieron fue irse a cenar tranquilamente, a las afueras, para no cruzarse con nadie de la ciudad, ya que el horno no estaba para demasiados bollos todavía, y menos si iban rellenos de chismes o preguntas malintencionadas. A su regreso dejaron a Pancho a la puerta de su casa, pero cuando el coche desapareció calle arriba dio él media vuelta y empezó un paseo con rumbo fijo. No tardó ni veinte minutos en estar ante el hotel más conocido de la pequeña ciudad. Era tarde, pero estaba seguro de que encontraría a Tatiana trabajando, como así fue. Hay costumbres que no cambian, que no pueden ser truncadas ni siquiera por las generaciones más rompedoras ni por los cataclismos más definitivos. Y Tatiana tenía que hacer caja todas las noches. Así lo había aprendido y así lo haría por más vidas que pudiese vivir dentro de su vida.

—Buenas noches. Espero no interrumpirte, ¿puedes hablar?

—Vaya, no te esperaba por aquí. Sí, claro.

—Mañana tenemos cita en la peluquería y venía a hablarte de ello.

—He oído que hoy no estuviste por allí. ¿Cancelamos?

—Las noticias vuelan. No se trata de cancelar, se trata de reconducir la cita. Quiero decir que he estado pensando y, dado el revuelo que se ha levantado, me preguntaba si preferirías que te peinara una noche, fuera de horario. Podría hacerte algo en el hotel, pero no de todo, me faltaría algo de instrumental. Depende de lo que quieras.

—Tenía claro que se iba a levantar polvareda. Pero me parece buena idea.

—¿Mañana cuando termines de hacer caja? Estaré solo en la peluquería. Llama incluso si no ves luz, te estaré esperando en el cuarto dentro, para no llamar la atención. A esas horas no pasa casi nadie por la calle, no hay peligro de que nos vean. Y yo me sentiré mucho más cómodo. No me gustan los circos innecesarios.

—Si no te parece muy tarde, por mí bien.

Era mujer pragmática, de pocas palabras. Pero la procesión iba por dentro. Le gustaba que Pancho hubiese pensado en ello. Tal y como le había dicho, era consciente del revuelo que se armaría cuando ella fuese a la peluquería. En parte era algo que estaba buscando. Pero el mero hecho de haber aparecido por allí para pedir cita y la evidencia de que iba a cambiar de peinado serían suficientes señales para indicarles a los demás que ella también estaba allí, que iba a dar un giro a su existencia. No hacía falta que decenas de personas se apilaran frente al escaparate de la peluquería. No es que la afectara lo más mínimo, pero estaba de acuerdo con Pancho: no era necesario. Y el hecho de dejarse arreglar la melena en plena noche le agradaba especialmente. Tendría menos prisa, estaría más a sus anchas. Tendría que hacer un esfuerzo por no quedarse dormida, pues se levantaba muy temprano y no estaba acostumbrada a salirse de su horario, pero era mujer de decisiones, fuerte y envarada. Y no se dormiría aunque tuviese que coserse los párpados con hilo de esparto. El que algo quiere... y sabía lo que deseaba. Y lo que era más, estaba dispuesta a pagar un precio por ello. A diferencia de la mayoría de la gente, que realiza sus actos sin pensar en las consecuencias, o acallando las consecuencias, llevados solo por el resultado o el beneficio inmediato de su proceder, Tatiana era una mujer llena de dignidad y algo de orgullo. Prefería mil veces quedarse con dos habitaciones vacías que dejar que se hospedaran personajes que trajeran mala fama a su hotel, por ejemplo. Porque aunque era una empresa de la familia, ella lo sentía como suyo. El edificio era una parte de ella. Una parte importante. Cuando se deterioraba sentía doblemente el daño: le molestaba tener que desembolsar el dinero de las obras, pero le dolía verlo cambiar y, sobre todo, envejecer. Sabía bien que la gente de la ciudad solo veía o solo quería ver la primera parte. Pensaban que era una mujer fría y avariciosa. Ella lo enfocaba desde otra perspectiva. Sencillamente era pragmática, pero también tenía sus afectos, unos afectos que quizá no fueran los más populares, pero eran auténticos. Su trabajo, su edificio, eran el fruto de su persona, eran el resultado de su esfuerzo, y le gustaba verlos siempre bien cuidados. El hotel era una extensión de sus manos, y en las venas de sus manos también palpitaba su corazón. Era su castillo, era más que su castillo. Había sido su hogar desde pequeña, pues la casa de sus padres, frente al hotel, solo era el lugar donde dormía. En las mesas de la recepción hizo los deberes desde pequeña; en el *office* estudió de adolescente, cuando ya empezó a trabajar tras el mostrador de la cafetería, hasta dominar todos los rincones del lugar, sin que hubiera tarea que no hubiera hecho allí dentro, ni oficio que desconociera. Allí había besado a un chico por primera vez, a los nueve años, detrás de las grandes tinajas que había en la cafetería, escondida de las miradas adultas. Las mismas tinajas donde se había escondido, jugando, de pequeña. A diferencia de su hermana, había amado el lugar desde que tenía uso de razón. Allí había crecido, y allí mismo había celebrado su boda. ¿Qué mejor lugar que el mismo donde uno se siente en casa? No todo el mundo tiene la oportunidad de celebrar la ceremonia en su propio territorio. Nadie parecía entenderla. Todos querían huir. No buscar la emoción del lugar nuevo y diferente les había parecido una aberración a la que se había entregado solo por ahorrar el dinero del alquiler y los servicios del *catering* en cualquier otro lugar. A nadie le viene mal el saber gestionar las ganancias, pero no lo había hecho por eso, o no solo por eso. Para el exotismo ya estaba el viaje de novios. Bali, Egipto o Tokio podían ser destinos

que disfrutaría plenamente pero, para celebrar aquel momento, ¿qué mejor lugar que su propio hotel, donde siempre se había sentido bien, y donde había vivido los momentos más importantes? Era un buen ejemplo de lo que la distanciaba del resto. No solo era la envidia por ser la hija de una de las familias más adineradas de la pequeña ciudad, lo cual le parecía una mezquindad tontísima; era una distancia que se generaba entre su forma de sentir, que otros consideraban Siberia, y la de los demás. No era la líder de un equipo de *cheerleaders*. Nunca lo había sido. Y lo que era mucho más importante: nunca había tenido la necesidad de serlo. El hotel y sus realidades, sus necesidades, sus historias, las familias que volvían año tras año en las mismas fechas, las mejoras que le iban introduciendo... esa era su felicidad, su mayor pasión. De igual forma que otros viven para diseñar trajes, para salir de copas o para jugar al fútbol. Esas eran prioridades que se entendían mejor que la suya, pero había aprendido a vivir con la desaprobación o directamente el desdén de la gente. No es tan difícil. Basta con tener una vida que vivir, una pasión a la que entregarse.

Pero ahora... ahora se había dado cuenta de que una pasión también se desgasta por los bordes, y que ese espacio deja hueco a nuevas necesidades. O quizá el corazón del ser humano se expande y se siente la necesidad de llenarlo. Hay un *horror vacui* a dejar cada deseo sin cumplir, cada sitio conquistado a la nada sin llenar. Con el tiempo había empezado a madurar una nueva Tatiana, una Tatiana que salía de la flor joven. No se veía todavía muy bien qué era pero, en el interior mismo de aquel fruto que se generaba, ella tenía plena conciencia de su naturaleza verdadera. A diferencia del capullo de seda, que dará lugar a la mariposa con unas u otras tonalidades o tamaños, su caso era más complejo. Es como si dentro de la flor (o lo que los vecinos habrían llamado un cardo de acero inoxidable) se contuviera otra flor de otras características... o sencillamente otra cosa, no necesariamente más cercana para esos mismos vecinos, quizá se tratase solo de un matorral de metacrilato, pero algo diferente. Como si dentro del hotel se estuviesen haciendo obras para dar lugar a un nuevo concepto de hospedaje: podía ser una casa rural, o un complejo de lujo, o bien un centro de juego. Aceptaba con buena cara la transformación. Y en ese cambio quería romper con su imagen anterior. No porque fuera muy envarada, como creían los demás, sino porque formaba parte del proceso. Tanto el nuevo formato que daría a su figura como la sorpresa que causaría, el mensaje que lanzaría al entorno, sobre todo al más cercano.

Tatiana estaba a punto de salir del huevo... y Pancho la ayudaría a aparecer, entre las cáscaras, hermosa, radiante.

## Capítulo 7

### Tatiana sale del cascarón y otras historias con rico picón

Terminó de hacer caja a las mil, como de costumbre. Se arregló la blusa, se lavó la cara, se alisó la falda y, reencontrando energía de algún sótano desconocido de su interior donde sin duda algunos creían que guardaba su pacto con el demonio, se encaminó con una simple rebeca por encima a su cita con Pancho. La noche estaba despejada, era muy oscura y el norte traía algunas bocanadas refrescantes que aliviaban el calor del día. La gente, muy dada a simplificarse la vida y los razonamientos, piensa de ciertas ciudades que son calurosas y soleadas todo el año porque en verano se alcanzan temperaturas muy altas durante el día; nada más alejado de la realidad, como algún despistado centroeuropeo podrá comprobar si se le ocurre visitar Madrid en enero, por ejemplo. Pero ni siquiera un viento helado habría hecho pasar frío a Tatiana. Su mente bullía con demasiadas ideas picantes, burbujeantes, como para notar temperatura alguna a su alrededor. No es que estuviese distraída: su naturaleza pragmática la imposibilitaba para ser atropellada por un camión, pero la excitación de lo nuevo, el paso que estaba dando, inexorable y decidido, hacia un mañana diferente, que rompería la rutina repetida durante los últimos diez años, calentaban su cuerpo. De cualquier manera, Tatiana no parecía tener nunca frío, ni calor. Su atuendo era siempre el mismo, un uniforme autoimpuesto de rectitud propia de señorita Rottenmeier. Apenas se cruzó con nadie por las solitarias calles de noche de miércoles. Su paso era rápido y decidido. Su espalda estaba recta, como si hubiera recibido clases para damiselas de la burguesía del siglo diecinueve. Más tiesa que el palo de una escoba, habrían dicho las vecinas, si la hubieran visto pasar. Pero a aquellas horas no merecía la pena el deporte del visillo, pues casi nadie se aventuraba a salir de casa. La televisión y el sueño eran ya los dueños de la población, aunque algún que otro polvo imprevisto constituyera las delicias de la excepción —más común de lo que la silenciosa y aparente regla permitía suponer.

Tal y como habían hablado, encontró la peluquería muy apagada pero llamó, y Pancho salió a abrirle desde el cuarto interior, encendiendo todas las luces.

—Pasa, pasa. Espero que no hayas tenido que esperar. No sé si llevabas algún tiempo llamando. Estaba pendiente, pero a veces el timbre... Y con el fresco que se ha levantado...

—Estoy bien. Acabo de llegar, en cualquier caso.

—Y bien, ¿tienes claro lo que quieres, o deseas que te dé alguna idea? ¿Has pensado en algún modelo que pueda seguir o buscas un cambio de color sobre todo? ¿Quieres algo fácil de peinar o es para una semana especial?

—No sé, nunca he cambiado de estilo. Quiero algo diferente. Atrevido, pero correcto.

—¿Con qué tipo de estilo de ropa lo quieres combinar?

El silencio de Tatiana reveló que había pensado en su pelo, del que estaba muy orgullosa, pero no en su ropa. Mujer atípica, su armario se reducía a la mínima variedad. No salía mucho y para trabajar no era necesario complicarse. A Pancho le sorprendió la respuesta, como si le hubieran dicho que Rupert ya solo trabajaba para el Papa.

—¿Y tú no podrías aconsejarme también un cambio de ropa? Los gais sabéis mucho de eso, ¿no?

\*\*\*

Dos días antes, el mismo lunes que Tatiana había entrado en la peluquería como Tejero en el Congreso —haciendo que casi todo el mundo se tirara «por los suelos», aunque más metafóricamente que de forma real—, Diego, conocido por sus amigos como «la Frutera», se había levantado con un sueño más pesado que un programa divulgativo de las mañanas de la televisión, pero con la emoción «cosida», bien agarrada, peor que un constipado, en el pecho. Recordaba que había dormido acompañado, pues apenas había podido pegar ojo, y se incorporó con sigilo. Jesús, tal y como había dicho que sucedería, no se enteró a un nivel consciente. Emitió unos pequeños sonidos, y se dejó caer un poco hacia el lado de la cama que había ocupado Diego, pero no llegó a abrir los ojos.

Daban ganas de abrazarse a él, siempre tan cálido, y dejar las manzanas y las coliflores para otros, pero no estaba el patio para bollos, ni el horno para ruidos. No se podía jugar con el trabajo. Así que «la Frutera» hizo honor a su sobrenombre y salió camino de la tienda, donde la esperaba ya su jefe con la furgoneta y cara de preocupación.

El día se le hizo interminable, y el cansancio acumulado le jugó algunas malas pasadas que causaron risas y comentarios entre las vecinas. A pesar de la irritabilidad que el sueño le provocaba, consiguió seguir todas las bromas y cerrar la jornada. Tenía la sensación de no haber dormido en una semana. Pero había algo que le preocupaba más porque no desaparecería como el cansancio tras una noche de sueño profundo. Tenía miedo de estar sintiendo algo, de quedarse esperando la llamada de Jesús y que esa llamada nunca tuviese lugar. O bien de llamar y encontrarse con una voz indiferente al otro lado de la línea. Diego no era ya un adolescente. Se había hecho a la idea de que los polvos de una noche son exactamente eso. Los trataba bien, pero sabía, sin temor a equivocarse, que no podía esperar nada de ellos. De forma inconsciente, posiblemente, y a base de unir años de seguir las mismas rutinas de salidas y entradas sin compromiso ni intención de dar pasos en otra dirección, había asumido que ese sería su futuro. Llegaría el día en que no solo viviría solo, sino que la frecuencia del sexo decaería de forma notable. Lo había asumido, o sencillamente no lo había pensado en exceso. Había aceptado la realidad con su ritmo y sus formas. No era de los que esperaba al amor en cada esquina. Sin embargo, aquel extraño fin de semana le había plantado helechos en el estómago y se movían por dentro, haciendo cosquillas.

La cosa no mejoró cuando, a las nueve, ya a punto de cerrar, recibió noticias de Jesús, que aún tendría que quedarse programando dos horas más, pero que se preocupaba de preguntarle cómo había ido su día y si había sufrido mucho sueño por su culpa. Era un simple mensaje de móvil. Veinticuatro palabras. Un récord en la bandeja de entrada. Y el golpe de gracia las tres últimas: ¿Cuándo te veo?, aunque sin acento ni interrogante inicial, por supuesto. Todo o casi todo el mundo sabe que el tiempo que se pierde en el móvil en escribir los interrogantes de entrada, los acentos y las comas se acumula y da puntos en los videojuegos... Diego estuvo dando vueltas a cómo contestar mientras apilaba las cajas fuera de la tienda y barría a toda prisa, con el doble deseo de tomar los brazos del sueño con total entrega y, antes de ello, escribir su mensaje de respuesta. Su mente trabajaba con dificultad y se tropezó en varias ocasiones, pero una vez en la calle respiró fuertemente la tímida brisa, fruta gratuita del tiempo que podía cogerse a manos

llenas sin riesgo a un bastonazo de agricultor alguno, y decidió que lo mejor sería utilizar el mismo estilo sencillo y transparente que había usado Jesús. Elegir las palabras le pareció más complejo que de costumbre. Entendió, por un segundo, el esfuerzo que los buenos periodistas y los novelistas de casta echaban sobre sus obras para llegar al interlocutor, el lejano lector, con claridad pero con elegancia, eligiendo el tono, dominando el imperfecto y divino —por humano— arte del lenguaje.

Cenó frugalmente un par de frutas de temporada y queso fresco. Tenía demasiado cansancio como para ponerse a cocinar. Se durmió, con la inquietud del enamoramiento, pero sin oponer resistencia. Ya danzaba por los mundos oníricos cuando Jesús salió de su trabajo y leyó el mensaje de respuesta.

Y si bien es verdad que la inmediatez de los medios de comunicación actuales le roban al romanticismo el delicioso y masoquista placer de la espera de una carta que debe redactarse, dejarse secar y enviarse de vuelta, tal y como sucedía en los años victorianos (o isabelinos en España), también lo es que el ritmo de nuestra vida nos vuelve más impacientes y que lo que antes era una hora hoy equivale a un minuto. Si alguien se hubiese fijado habría podido decir que Jesús se iba con una sonrisa enorme en la cara, y más despistado de lo que ya era habitual en él. A diferencia de Diego, preparó una succulenta cena con hamburguesa incluida (aunque cocinada en casa) y se entretuvo programando sus propias ideas para ganar dinero fuera de la empresa y tardó algunas horas en echarse a dormir. Pero también pensaba en el mensaje de su bandeja de entrada cuando Morfeo vino a llevárselo de la mano por caminos de unos y ceros hacia un paraíso de árboles frutales donde todos los hombres tenían la misma cara y paseaban deliciosamente desnudos por entre las ramas de los arbustos, sintiendo las caricias de las frescas hierbas y oliendo las dulcísimas esencias de melocotones y ciruelas.

*Habemus* historia de amor, decía el cartel sobre arco de seto recortado a la entrada de tan cursi mundo.

\*\*\*

Por el silencio que siguió a sus palabras, Tatiana se percató de que había hablado demasiado rápido. Hizo lo que las vecinas no habrían esperado de ella.

—Perdona. He dado cosas por sentado. Espero no haberte molestado.

Pancho tardó unos segundos en reaccionar. Pero cuando lo hizo sonreía.

—En realidad, no me molesta... demasiado. Es solo que me resulta curioso que los demás le pongan tan rápido un nombre a lo que muchas veces ni yo mismo sé qué es. Supongo que solo has enunciado en voz alta lo que todo el mundo piensa sin excepción. En el fondo eso me da igual.

Otro silencio, que habría tensado el ambiente entre cualesquiera otros dos interlocutores, fue seguido de algunas palabras más de Pancho, que no dejaba de mirarla, por supuesto.

—Deberías aprovechar tu silueta. Has abusado de la longitud de tu pelo. Según lo que has dicho, algo llamativo pero respetable, estaría bien que empezaras a vestir conforme a tu edad. Incluso para trabajar caben muchos vestuarios. Vete a los colores de la gama del rojo, sácale partido a tu piel blanca. Y atrévete a una media melena. Entiendo que quieres algo fácil de peinar para el día a día.

Unos segundos le sirvieron para sopesarlo.

—Me pongo en tus manos. Mañana saldré de compras.

Pancho empezó su tarea y no pudo evitar observar unas gotas asomando a los ojos de su clienta. No llegaron a salir de casa, pero las vio brillar, asomar por aquellos ojos que parecían no haber transmitido emociones antes. Había algo que Tatiana apreciaba hasta el punto de las lágrimas. Eso la humanizaba. Aunque fuese su cabello. Había sentimientos detrás del frío bloque de hielo o la máscara de acero inoxidable. Trabajó deprisa, concentrado. Llevaban más de veinte minutos en el silencio del peine y la tijera cuando las palabras volvieron a aparecer.

—Podrías intentar unas mechas. Nada llamativo.

—Adelante... Me sorprende que no me hayas preguntado nada sobre mí o mi cambio de imagen.

Pancho se detuvo. Estaba un poco cansado, pero cada vez más despierto.

—No hay confianza entre nosotros. Quiero decir que no eres una clienta habitual ni hemos jugado juntos en el colegio. Sabes, sin duda, la imagen que das, y yo la respeto. Intento ahorrarme los prejuicios cuando puedo. Y la verdad, si hubieras querido contarme algo, ya lo habrías hecho.

Antes de terminar había vuelto al danzar de los dedos y sus ojos se centraban en los resultados que los cortes provocaban en el conjunto. Había elegido bien. Aquella mujer no se parecía a Nicole Kidman... o mejor dicho, su rostro no se parecía al de la actriz, pero su cuerpo esbelto y digno era otro cantar.

—Te lo agradezco. Mi instinto no suele equivocarse. Y esta vez tampoco lo ha hecho. Sé que lo que te cuente no saldrá de aquí.

—Mi vida ya es lo bastante complicada como para tener que duplicar mis preocupaciones con los chismes que la gente me cuenta o las confesiones sinceras que me hace. La confianza es algo muy grande. Si he de serte sincero, estoy un poco harto de la forma en que todo el mundo se genera ideas de los demás, de cómo le cuelga las etiquetas y lo trata en consecuencia. Y no lo digo con mala leche por lo que has dicho antes.

—¿Filósofo además de peluquero?

—Filósofo del pueblo, jajaja. Solo alguien en busca de un sentido en la vida. Si eso es un filósofo, entonces sí.

Hubo una pausa más, como si Tatiana sopesase, como si hubiese algo más que una frívola confesión de cambio de imagen. El aire pasó rozando la puerta, como queriendo meterse para escuchar. Hasta el verano levantaba brisas para entrometerse en los secretos de dos vecinos que estaban en boca de todos. Los elementos se combinaban intentado explicarles a ambos que el momento del crisol había llegado para ella, que expresar en voz alta lo que llevaba meses planeando le daría forma, le daría existencia. Aquel, de alguna forma, era un paso que ya no admitía marcha atrás. Su secreto quedaba confiado a otro. Pero a partir de ahí sería una declaración de intenciones. Ya no sería solo responsable frente a sí misma si traicionaba su objetivo. Un depositario de su propósito sabría que habría fracasado si no continuaba adelante, si se dejaba vencer por la rutina aprendida o por el miedo al cambio.

—Sabrás, sin duda, que estoy casada. Y que me encanta el hotel. Es mi vida. Mi corazón.

No me importa decírtelo. Si la gente se molestara en observar se daría cuenta de que es así. Soy tacaña. Los negocios no están para dispendios. La bancarrota te puede esperar a la vuelta de la esquina si no trabajas duro y poniendo la cabeza.

—Lo sé. A pesar de tener un negocio mucho más pequeño que el tuyo, soy muy consciente de lo difícil que es llegar a final de mes con los números en verde. Y eso que solo tengo una empleada a mi cargo.

—Mi cambio de imagen no tiene que ver con que me haya desapasionado de mi trabajo. Es solo que quiero hacer algo más. Llevo tres años estudiando francés por las noches. Planeo «secuestrar» a mi marido e irnos durante un año a Francia a una escuela de hostelería de mucho prestigio. Eso me dará dos cosas que nunca he tenido: un poco de mundo y la posibilidad de dedicarme a disfrutar con Carlos. Me lo debo y se lo debo.

La cara de Pancho era un poema surrealista compuesto por un Picasso de las letras en pleno fragor bajo los efectos de la peor cazalla. Lo que había dicho de los prejuicios se había vuelto en su contra. Nunca habría esperado tanta sinceridad.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque no tengo a quién contárselo y quería escuchar en voz alta cómo sonaba.

—Pero alguien tendrá que quedarse al frente del hotel.

—Que lo haga mi hermana. Mi equipo de gente puede hacer ya las cosas a ciegas. Los tengo bien entrenados. De todas formas, vendría cada cierto tiempo a supervisar cómo funciona todo. No soy una soñadora ilusa. Sé con quién me juego el futuro del negocio. Y sé que la fama de mi hermana es tan grande como pueda serlo la mía. No me ciega el amor fraterno.

—Imagino. Si has decidido dar el paso...

—Quiero seducir a mi marido bajo los cielos de París, entre clases y cruasanes.

—Mucha gente no asociaría la palabra «seducir» contigo.

—Como a ti, la gente no me importa en absoluto. Solo me molesta ligeramente cuando bajo la guardia.

La mano derecha de Tatiana cogió la de Pancho, que había parado un momento para observar en el espejo los efectos de su obra. No pudo evitar un cierto respingo. No lo esperaba. ¿Tendría otra escena como la del herbolario y se vería obligado a salir corriendo de su propia peluquería tijera en mano para preservar su sexualidad tan aparentemente deseada de repente?

—No te asustes. Solo quería darte las gracias.

—No me las des. Tus secretos no puedo venderlos al ¡*Hola!* y te voy a cobrar el corte y las mechas. No te creas que no... Es solo que no esperaba un gesto tan físico por tu parte.

—Sí, supongo que es parte de la imagen que proyecto. Pero como y duermo, como todo el mundo.

—Vaya, acabas de desmontar una de las teorías sobre ti: no eres RoboCop travestido.

Al reírse, al dar el crucial salto que separa la mera mueca de la sonrisa a la carcajada, Tatiana demostró una vez más que no era insensible, que no tenía imposibilidad de experimentar emociones humanas. Ni siquiera era la estirada y odiosa mujer que habían presupuesto tantas veces al cruzarse, momentáneamente, los vecinos del pueblo con ella.

—Por cierto, me has hablado de la fama de tu hermana, pero yo no había mencionado qué ibas a hacer en tu ausencia por esa fama. De hecho, no sabía que tenías una hermana.

—Eso prueba que no estás muy al día en los cotilleos del pueblo. Y eso que eres peluquero. Es difícil de encajar.

—No me malinterpretes, pero cuando muchas señoras me cuentan sus chismes «cierro» la antena. Por el tono sabes si tienes que afirmar, o tienes que expresar sorpresa. No presto demasiada atención. Me volvería loco con tanta información inútil. Sería como acumular resultados de partidos de fútbol, uno tras otro. Una locura de redes que no me aportaría nada.

—Mi hermana es María, la dueña del herbolario.

Afortunadamente, no había ningún mechón de importancia en aquel momento en las tijeras de Pancho porque, si hubiera sido así, el trasquilón habría estado asegurado, se habría podido hacer un aeropuerto internacional en el rasurado craneo de Tatiana en el caso de que la máquina afeitadora hubiera estado en manos del peluquero. La mecha habría rebosado hasta los pies e inundado la falda y la blusa si la coloración le hubiese tenido ocupado. Fue como si el terremoto se hubiera concentrado en un punto único. Como si la tierra se hubiese tragado las aguas o el cielo hubiese absorbido los mares con ansias de niño que sorbe con pajita.

—Vaya, veo que sí la conoces. Y, por tu cara, no tienes muy buena impresión. No me lo digas, seguro que ha intentado meterte mano.

—He de confesar que pensé que María era hija de doña Manolita, siempre la trae del brazo a la peluquería. Respecto a lo segundo, me imagino que te lo ha contado.

Tatiana lo negó con rotundidad. La comunicación entre ellas no era muy fluida. Y sin embargo la conocía bien. Y pretendía que se hiciera cargo del hotel en su ausencia. Eso no tenía coherencia alguna. Pancho no salía de su asombro. El ser humano es sorprendente en sus razonamientos. Encuentra lógica donde lo más que puede encontrarse es desorden, un chiste que desbarata el plan más exacto elaborado por ingenieros alemanes y japoneses en un alarde de eficiencia. Pero no tenía ganas de indagar en cómo había pensado convencerla de que dejase su tienda de horarios flexibles y libertad absoluta por el exigente mundo del hospedaje. Así, de la noche a la mañana. Tenía ya bastantes cosas en las que pensar.

—Doña Manolita le compra muchas hierbas a mi hermana (¿quería decir de las de todo tipo?, ni su gesto ni su tono delataban nada al respecto). Fue una mujer de armas tomar en sus tiempos, y supongo que María es, de alguna forma, su sucesora... pero no, no son madre e hija. ¿Qué es lo que te ha hecho exactamente mi hermana?

—Prefiero no entrar en detalles, pero tampoco hay mucho que contar. Lo intentó y yo no le permití que lo consiguiera.

—No conoces a mi hermana. Si crees que acepta un no por respuesta es que no la conoces. Te aviso. Y más sabiendo que eres gay. Es un reto añadido. No te extrañe que involucre a su marido en el nuevo intento.

—Y dale, ¿se puede saber quién ha dicho que soy gay? Empiezo a aburrirme de una evidencia por la que aún no me he decidido. No es que me importe, pero es irritante.

—Reconoce que no se te conoce novia, eres peluquero y tu grupo de amigos pierde aceite como una botella rota de Carbonell. Y perdona que sea tan directa. Por no hablar de que vives con tu madre. ¿Blanco y en botella?

—Detergente perfumado. O semen. Joder.

—Lo que tú pienses de ti, tu lucha interna, no es de dominio público ni se ve por fuera. La opinión de la gente no puedes cambiarla. Todos nos hacemos una imagen de los demás.

A Pancho se le estaban encendiendo todas las bombillas y estaba empezando a sacar lo que llevaba cociendo tantas semanas, pero no quería continuar. Era algo que quizá comentar con una «extraña» habría salido mejor, de hecho estaba saliendo. Pero se lo quería guardar para sí mismo. Su madeja era tan laberíntica que ni Ariadna habría tenido hilo bastante: se le habrían hecho tantos nudos que habría parecido aquello el telar de Penélope, y eso sí que no.

—Y tu nueva imagen, ¿te gusta?

Tatiana, con toda la charla, parecía ensimismada, como si hubiese olvidado que le estaban dando un nuevo yo, una nueva máscara con la que salir al mundo, una nueva herramienta, quizá la misma que buscaba Pancho. El espejo le devolvió besos y arrumacos. La estirada señorita de colegio francés se había vuelto colegiala traviesa, un punto ardiente o seductora... Algo había detrás del azogue que la invitaba a besarse.

\*\*\*

Con la fuerza de un ciclón, pero sin ánimo destructivo, Kevin abrió los ojos a la primera llamada del despertador y se incorporó como el atleta que lo hace de un salto, sin necesidad de poner las manos en el suelo, a pesar de sus costumbres y sus habituales romances con el colchón. Las sábanas negras seguían rondando su cabeza. Tenía que llamar a Diego, a ver si se le había ocurrido algo. Le esperaba otro largo día de clases de Derecho y tuvo que animarse sexualmente en la ducha para contrarrestar la capa de polvo que le cayó encima al pensar en las peroratas mejor o peor hiladas de los catedráticos, el descarado coqueteo de las «cazatalentos» (las niñas que empezaban la carrera esperando seducir a un «niño bien» con muchos posibles), la gomina o la espuma de sobra y los jerséis anudados a la cintura, como si los tiempos no cambiaran, como si, aparte de los móviles y los iPads, el tiempo se hubiera detenido en la evolución de las especies universitarias.

Tenía toda la música que podía necesitar. El equipo no era un problema y estaba casi seguro de que podría convencer a Pancho para que le cediera la peluquería para la fiesta. También tenía que hablar con Pancho.

Cuando quiso despertar de sus pensamientos, ya se había vestido y agotado las reservas de galletas de la despensa materna. Es posible que incluso su madre también le hubiera soltado algún discurso. No lo había oído.

En realidad, su madre había observado su abstracción con la preocupación que la caracterizaba. Por fortuna, su marido ya se había ido a trabajar y no podía contemplar el despiste del «niño». Ajeno a semejantes desvaríos, Kevin cogió su mochila sin apenas peso y salió de casa de forma mecánica. Aquel día, en los pasillos de la facultad no se dio cuenta tampoco de las miradas que el culo, el vaquero negro y descuidado y su cara de ángel oscuro acaparaban. Su «público» podía notar que él no les devolvía la atención que le prestaban. Normalmente, él era consciente del magnetismo que ejercía sobre una audiencia que no le interesaba en general. Pero tenía demasiadas sábanas negras en la cabeza como para dejar entrar ninguna otra cosa. La organización de la sorpresa que

quería darle a Luis Antonio le tenía completamente embebido. Sería algo así como trasladar algún local mítico de Londres a un rincón de España olvidado de la mano del arquitecto Wren. Y mucho más de la del divino Le Duc.

Recibió con algo de sobresalto que se dirigieran a él:

—¿Y para qué quieres unas sábanas negras?

—Su primer impulso fue responder un «y a ti qué coño te importa», pero la sorpresa de haber estado hablando en voz alta sin darse cuenta lo dominó.

—Hola, ¿te conozco?

—No, creo que no. Estamos en la misma clase de Derecho Penal. Soy repetidor. Javier.

—Kevin —dijo, sin más formalismo, y se quedó mirando al machito rubio que tenía delante. Mucho torso y laca en exceso, pensó. Creyó recordarlo de alguna entrada triunfal en el aula (ni la mítica Esperanza Roy bajando escaleras, vaya).

—Pues eso, que te he oído decir que buscabas unas sábanas negras.

Asombrado por el estilo directo de Javier, no supo muy bien qué responder sin parecer un borde de libro. Sentía el sano deseo de clavarle algún libro en la cabeza... por ejemplo el de Derecho Tributario.

—Sí, ni siquiera me había dado cuenta de que lo iba diciendo, eran pensamientos que se me han escapado.

—Pues si quieres unas sábanas negras yo te las puedo proporcionar. Depende de para qué las quieras. No son de seda, ni están nuevas.

—¿Y por qué me dejarías unas sábanas, estén en el estado que estén, si no me conoces de nada?

—Hay gente que liga con la excusa de un pitillo, otra con la excusa de sacar a pasear el perro. No veo por qué unas sábanas negras no pueden servir para lo mismo.

La sinceridad hizo que Kevin bajara la guardia. Todo estaba claro. Al menos no había dado vueltas y vueltas para marear. Él tampoco las daría.

—Ya estoy con alguien. Pero te invito a una cerveza y hablamos del préstamo de las sábanas... si aún el ofrecimiento sigue en pie.

—Te advierto que no soy de los que se rinden a la primera.

—Te advierto que los pesados me cargan mucho. Si quieres una cerveza, bien; si quieres seguir intentando ligar, paso.

—Me gusta que seas tan directo.

—Me limito a seguirte. ¿Lo tenemos claro?

—Venga, la cerveza ¿ahora o después de clase?

—Por favor, a ese paquete con ojos del profesor no hay quien lo aguante, es más pesado que la discografía completa de Julio Iglesias. Me quedo con la cerveza.

## Capítulo 8

### Aparece Pepa la Pipera

—¿Quieres las palomitas con algo por encima?

—Ay, Pepa, qué americana te me has vuelto. *Mu* fina tú desde que te has hecho dos escapadas a los NuevaYorks. Las palomitas buenas son las del cine, sin más que un poquito de sal.

—¿No querrás que me vaya al cine solo para las palomitas? Ya sabes que, si voy, tardo varias horas en volver, que tengo muchos fans, querida, y volveré con dolor de muñeca de firmar autógrafos.

—Sí, sí, de firmar autógrafos. Vendrás con dolor de muñeca, de boca y si te dejan entrar al baño de algo más... que nos conocemos, Pepa, que nos conocemos, por más años que hayan pasado. Tráeme ya las dichosas palomitas, aunque sean de microondas, y déjate de historias, que está a punto de empezar la película y los admiradores en plan Saritísima y los cazadores de autógrafos ya están pasados de moda.

Pepa salió de la diminuta cocina (impensable un lavavajillas tanto como que una persona de más de setenta kilos entrara entre la encimera-horno y la pared) con una bata larga, rosada, con marabús y plumas cosidas a mano por ella misma en todo el cuello, frondosa capa de ave del paraíso a la que acompañaban unas coquetísimas zapatillas de estar en casa que por su tacón y sus tiras de falsas zirconitas (puro plástico brillante) que habrían valido para una gala de los Goya. En el conjunto, glamuroso, rematado por un moño alto pero coquetón, rápido pero picarón, solo destacaban los pelos de las piernas, recios, oscuros, persistentes, obcecados, impenetrables, inagotables.

—Ay, Pepa, hazme el favor, quítate la peluca para estar en casa, que me distrae de la película.

—Pero, Solecita mía, ¿no ves que estoy muy calva? A mí, como a la Gaga y a diosa-RuPaul, nunca nos puede faltar una peluca. ¿No lo comprendes? Forma parte de nuestra naturaleza, como el color de los ojos o la longitud de los dedos...

Una de las entregas de *Saw* cortó la conversación entre las dos damas. La señora Sole decía que después de *El resplandor*, que jugaba en una liga completamente diferente, la saga *Saw* era lo más interesante que había encontrado en su amplio catálogo de terror. Catálogo que hacía crecer con afán de coleccionista voraz a través de innumerables horas frente a las series de la televisión que más pudieran acercarse al terror, o acudiendo al cine a ver lo poco que se ponía en cartel del género, según ella misma se quejaba. No le hacía ascos a nada. *Poltergeist* le daba risa, pero también disfrutaba de la idea en la que se basaba. Quizá con los años hicieran un buen *remake* con algo más de producción... Prefería la exquisitez psicológica: el misterio del XIX como *La dama de negro* o sus coletazos como la fe en los espiritistas antes y después de la Primera Guerra Mundial, como en la casi desconocida *The awakening* (para la que necesitó traducción simultánea); pero no ponía mala cara a una ida de olla con el diablo de por medio como *Constantine* o a una saga de sangre y vísceras. Las últimas eran las más frecuentes, así que no había que rechazarlas, como no se rechaza el pan normal, aunque siempre caben las delicias como las especialidades de cebolla, o con semillas, el pan con tomate o el que llevaba

queso fundido. Se dispusieron a ver aquellas macabras ideas de guionistas sádicos (o masocas, nunca está muy claro) y vieron la televisión como quien es abducido por la pantalla. Pero era una excusa. Ambas tenían su mente ocupada por grandes temas y ambas lo sabían, lo propio y lo de la compañera de sofá.

Al saltar el último fotograma y dar paso a la omnipresente publicidad, las palabras de Pepa salieron tan rápidas, tan fluidas, que estaba claro que las había mascado durante los ciento siete minutos anteriores:

—Solecita, ¿no crees que deberías llamar a tu hijo?

—Uy, no. Aún es muy pronto.

—Parece que disfrutas haciéndole sufrir. Si no te conociera, diría que te has vuelto cruel con tanto gusto por el terror y dejando solo al niño así, sin más ni más, sin llamarle en varios días.

—Mira, Pepa, tú del niño, que ha pasado ya la treintena, no sabías ni que existía hasta hace tres días. No lo conoces. Y esto que hago es por su bien. No es que no sepa ganarse la vida, la peluquería la tiene de bote en bote siempre, y es muy discreto Pancho, pancho y discreto es mi Pancho, pero no ha aprendido que la vida se vive para vivirla, coño. No puedo entender que pasara en Madrid los meses que duró la academia y no sepa lo que quiere, que no coja las riendas o que explote.

—A lo mejor es que no quiere definirse.

—Pues no se puede vivir siempre en tierra de nadie.

—¿Quién lo ha dicho?

—El mundo, la realidad... todos. Pepa, tú elegiste tu camino y tuvo un precio, pero lo elegiste, supiste lo que querías, y lo cogiste, con dos cojones. Uy, perdona. Bueno, tú ya me entiendes. Pues eso, que el niño tiene que espabilar o se le habrá pasado el arroz. El arroz, las judías y las gambas. Se le va a pasar todo. Va a llegar al final para descubrir quién es el asesino. Y el asesino es la vida, hija.

—Tú dirás lo que quieras, Sole, pero eres una madre *desnaturalizá*. Si fuera mi hijo, ¡a buenas horas iba a estar *solico* y sin saber dónde está su madre! Una noche loca la tiene cualquiera, cariño. Se puede llegar el lunes pensando que aún es domingo, pero así, de repente, varios días y sin que haya una buena juerga de por medio...

—Cállate, cállate, que tienes tú mucho que callar.

\*\*\*

Luciano no podía callar... Ni podía. Estaba tan sorprendido y feliz que era incapaz de refrenar la retahíla de preguntas enhebradas una tras otras como si fueran lentejuelas de manto de Virgen; o coplas en tarde de puntadas.

—¿Qué haces tú por aquí? ¿Cuánto ha pasado? ¿No fue en Madrid por el último espectáculo? ¿Entonces habrán sido tres meses? ¿Cómo no has avisado de que ibas a venir? Que no pasa nada, no te vayas a pensar, pero es que tengo esto manga por hombro, y hombre, pues no son formas de recibir a nadie, y menos a ti...

El visitante dejó una mochila en el suelo y se abalanzó sobre Luciano tapándole la boca ametralladora. No hubo palabras conexas hasta mucho rato más tarde, y fue ya en la habitación, sobre unas sábanas algo revueltas que acogían dos cuerpos desnudos y brillantes, como si fueran los brazos que acogen a los héroes épicos tras una proeza.

—Luciano, no quería llamarte. Perdóname, pero si te llamo no vengo. O me tiro al río de cabeza o me quedo pensando si el agua está fría.

—Espero que no hayas encontrado el agua fría.

—No era agua lo que venía a buscar.

—Ya lo he notado. Bueno, cuenta, ¿vienes a quedarte unos días o por algún espectáculo?

—Me he tomado un par de semanas. Necesitaba alejarme de Madrid y de los turistas.

—¿Y de nada más?

—Dejémoslo así.

Luciano no pudo evitar una mueca de descontento. Ese era el motivo por el que no había intentado volver a encontrarse con Ernesto. Y seguía, seguramente, en el mismo punto. Nunca había tenido un amante tan fogoso ni tan experto, pero todo tiene un precio y Luciano sabía bien que hay cantidades que no se pueden pagar, precisamente porque están compuestas de conceptos bien diferentes de las frías cifras. Hasta las jaulas de oro tienen límites... en realidad son límites en sí mismas, por mucho que estén fundidos en metal brillante. Pero decidió no aguarle la fiesta, al menos tan pronto. Como conocía lo suficiente a Ernesto, sabía que un polvo largo no satisfaría su apetito y se levantó de prisa para evitar que lo retuviera.

—Voy a preparar algo de comer. De paso avisaré de que no me molesten al menos hasta mañana. ¿Te apetece pasta?

Pero antes de llegar a salir de la habitación, el ágil cuerpo que yacía unos instantes a su lado se había puesto tras él y lo retenía. Desnudo, bajito, de formas muy definidas, equilibradas, y hechas de cobre y vello negro y fuerte, que reaparecía orgulloso a pesar de las periódicas depilaciones, lo atrajo abrazando el pecho de Luciano.

—Luciano, te lo creas o no, llevo tres meses sin tocar más cuerpo que el mío. No me jodas con la pasta... Lo que me apetece es estar contigo.

Y no hubo respuesta en palabras. Los besos empezaron de nuevo, formando un torrente de lenguas que aparecían por todas partes, arrastrando consigo la conciencia, la memoria, el sudor y el olor del cuerpo, atacando rincones redondos, rotondas mixtilíneas, bordando formas abstractas de humedad que se borraba como una obra de arte efímera y puramente táctil pero que arrasaba todos los demás sentidos. Vamos, que se echaron otro polvo para los anales de la Historia.

Ni aquella tarde, ni aquella noche, ni el día siguiente dio Luciano señales de vida fuera de los muros de su casa y casi apenas fuera de los muros de la habitación. Como era un trabajador muy precavido y muy alemán para sus encargos, lo llevaba todo bastante adelantado. Entre lametazos, caricias, besos, mordiscos, abrazos, sacudidas... y comidas frugales y rápidas no habría tenido mucho tiempo para pensar en ello, pero al menos cuando saliera de su paréntesis amatorio la vida no le premiaría con un exceso de angustia laboral.

Ernesto, el hombre que había llegado de forma imprevista como el aire norteño en mitad del verano, era, por supuesto, bailarín. Bailarín flamenco. Pero de sus pasiones sexuales no se sabía ni una palabra en el mundillo. Luciano lo había conocido en un tablao en una de aquellas escapadas que se permitía por Madrid cuando cobraba un buen manto o un encargo excepcional. Fue de los últimos en abandonar el local,

borracho de mirar aquel cuerpo flexible y fuerte, más que de los tintos que se había metido entre pecho y espalda. Al encaminarse a su hostel, en la noche madrileña, menos concurrida de lo que la fama dice de ella, con las potentes luces de las farolas, notó con facilidad que lo seguían. Apretó el paso, pero su perseguidor era más rápido que él y se puso a su altura sin aparente dificultad. Era Ernesto, que no había ignorado la calidad de las miradas de su público. Tendría que haberlo imaginado si no hubiera sido porque Luciano podía ser muy presumido con el trabajo de sus manos pero no tanto con su apariencia física. Sabía que la belleza no lo era todo a la hora de ligar y no era tímido. Pero no habría apostado un euro por sus opciones con aquel joven bailarín.

—¿Tienes prisa? Me llamo Ernesto. ¿Te tomas la última conmigo?

—Ya no tengo prisa. Me llamo Luciano. Me tomo la última y —añadió jugándoselo todo a una carta, aunque ya estaba marcada con claridad— el desayuno con churros o con lo que te lo tomes también.

Y la última y el desayuno se dieron cita directamente en el hostel de Luciano, donde los infiernos se abrieron y subió un calor de llamarada viva que le dejó agujetas para varios días después de su regreso de Madrid. Prolongó su viaje y habían repetido plan cada noche, cuando Ernesto terminaba su jornada en el tablao hasta que caían rendidos cada mañana, tras lo que despertaban tan solo cuando un reloj natural del bailarín, algo interior, programado quizá por una costumbre o asociado al apetito, lo despertaba con el tiempo justo de volver a su guarida, ducharse, comer tarde y salir hacia su cita diaria con el arte en el que el cuerpo es la carne de la música.

Con aquel ritmo a Luciano no le había dado tiempo de preguntar prácticamente nada, y lo único que sabía era el carácter insaciable del deseo de Ernesto y su propia incapacidad para hacer cualquier cosa que no fuera dejarse llevar por aquella corriente salvaje. Y aunque no tenía ya la juventud desbordante, la energía del bailarín, se las arreglaba para seguir el ritmo. El último día le pidió al menos una comida juntos, a lo que Ernesto accedió con cara de póker. Supo entonces que su sexualidad nunca había sido puesta en entredicho. Que tonteaba con muchas turistas en su trabajo pero que no le interesaban en absoluto. Y que no quería que las cosas cambiaran. Luciano, que podía ser muchas cosas, además de rencoroso, nunca había padecido los terrores de la cobardía, así que le preguntó sin paliativos por qué lo había elegido, por qué se había fijado en él, por qué había vuelto cada noche, apenas sin hablar, apenas sin más intercambio que el de fluidos y caricias. Los ojos verdes y marrones de Ernesto se achinaron por un momento, sopesando si debía responder, pero se acercó a la mesa y a Luciano para decirle, en mitad del restaurante, muchas cosas que hubiera preferido no escuchar y otras que le hicieron volver a la capital apenas en tres semanas. Además del sexo, claro.

Entre las motivaciones de Ernesto, no era la última el hecho de que, con seguridad, nadie lo habría relacionado con él, por lo que su «buen nombre» no quedaría en entredicho. Ernesto era muy joven y venía de una provincia igualmente lejana de la de Luciano y Pancho y de la capital e ignoraba que «la Luci» era ligeramente conocida por Madrid y Sevilla en toda tabla que hubiera recibido el sacrosanto bautismo del sudor flamenco. Pero también le dijo que sabía ver, a la legua, a un buen amante y no se había equivocado.

—Pisha, los tíos que follan bien son pocos. Y los pocos que hay se vuelven gilipollas. Ni

un buen polvo pue hacer que uno se *olvíe* de su *estupidé*.

Así que Luciano volvió, pero en su segunda visita impuso un poco de tiempo para más que el sexo, y allí fue donde al ídolo se le cayó la pátina de oro, como ya dijo Flaubert... o sufrió como una Zarzamora, una Lirio con las sienes castigadas de martirio al ver el revés de un «marinero» cuyo nombre se le había tatuado en el pecho. El propio Ernesto no era inmune a la estupidez que él mismo había criticado.

\*\*\*

—Así que estás preparando una fiesta sorpresa para tu novio y para eso necesitas las sábanas negras. ¿Y qué tipo de fiesta es esa, si se puede saber?

Kevin explicó con todo lujo de detalles la fiesta gótica que quería organizar, reproduciendo en mitad de la geografía española, en un rincón perdido de la piel de toro, un pedazo del mítico Camden Town, con sus falsos muros de sábanas negras, su música de importación, y sus collares de pinchos y ojos bien enmarcados en trazos firmes del no-color. Explicó claramente que aquello no tenía una connotación sexual sino cultural. Aquello era una forma de decirle a Luis Antonio la importancia que aquel tipo de música, de forma de vestir, de estética general, tenía para él. Kevin tenía claro que aquello no era una moda pasajera, algo unido al proceso de metamorfosis adolescente, como tampoco lo era la relación que mantenía con él. Era joven, y tenía mucho que aprender. Pero sabía lo que quería. Tenía que decidir si pagaría el peaje de cuatro años en la universidad solo para dar gusto a su padre, si lo haría para tener diversas salidas profesionales, o si finalmente seguiría otro camino y dejaría colgada la toga antes de conseguirla. Era el único punto que aún tenía que pensar con claridad. Pedirle dos o tres años de espera a Luis Antonio para independizarse era quizá mucho. No quería, sin embargo, dejar de forma precipitada la carrera. El interés que le suscitaba era limitado, pero también era cierto que una formación universitaria abría muchas puertas en el mercado laboral. Tomar decisiones a bote pronto para abandonarlas después no era su estilo.

A Javier aquello le sonaba a un lenguaje extraño. No le encontraba sentido. ¿Emparejado seriamente antes de los veinte?

—¡Venga ya! Te quedan muchas juergas todavía...

—Ese discurso ya me lo conozco. Me aburre. Así que ahórratelo. No es por ser borde, es que paso de mocosos que no saben nada de nada.

No podía creer que lo dijera en serio, pero así era. Javier era rápido y directo y decidió no insistir. Lo cual no quería decir que hubiese dado por perdida una conquista que, ya por difícil, se hacía apetecible. Brindó con su cerveza por la determinación de Kevin mientras cruzaba los dedos de los pies, que tenía largos, sonrosados y tremendamente erógenos. Pero ya habría tiempo de enseñarle aquellas cosas a Kevin... De forma inconsciente empezó a pensar en mantequilla dulce de Soria adornándole las uñas alargadas y la risa le atragantó la espuma de la cerveza. Sufrió un terrible ataque de tos mezclado con carcajadas que no acaban de nacer ni de morir y que escondían una tremenda excitación. No iba a ser fácil esperar la ocasión adecuada. Repuesto de su episodio erótico-tóxico-ridículo, le ofreció las sábanas negras a Kevin a cambio de poder asistir a la fiesta.

—Exactamente, ¿cómo es de grande el sitio que tienes que cubrir de sábanas negras?

—Quiero pedirle la peluquería a un amigo. Pero no sé si me la dejará. Cuanta más tela negra, mejor, pero no me quiero gastar mucho. Tengo un presupuesto corto.

—Veremos qué puedo hacer. Nos vemos por Penal.

Tomaron pasillos diferentes. Las facultades, con su modernidad y sus edificios de hormigón, pueden ser tan laberínticas como un viejo alcázar, aunque, al igual que en los antiguos centros del poder, todos los caminos acaban llegando al mismo sitio. Kevin completó las clases del día pensando en la fiesta, igual que las había empezado. ¿Qué esperaba en realidad de organizar el evento? ¿Entendería Luis Antonio lo importante que era todo aquello para él? ¿Sabría entender que quería transmitirle lo más auténtico de sí mismo, el mundo en el que quería vivir? Acaso lo sabía ya y le había dado igual. Estaba intentando convencerse a sí mismo de que todo aquello por lo que estaba apostando no sería algo temporal, un mero capricho de lechuguino, que habría dicho su abuelo, una forma de rebelarse contra mamá y, sobre todo, contra papá. ¿Y qué si así era? Había formas peores. Se había hecho una lista de las cosas que necesitaba. Las sábanas parecían estar en camino: el fondo negro iba haciéndose material. La música ya la tenía. El siguiente paso era hablar con Pancho.

Aprovechó que la casa estaba, sorprendentemente, vacía, y tiró del teléfono fijo. No quería pedirle a su padre más saldo para el móvil. No le gustaba nada tener que depender económicamente de él. No le habría importado empezar a trabajar para librarse de su yugo, pero era hipotecarse. Era necesario aguantar o bien buscar un trabajo a media jornada y esforzarse el doble por usar bien el tiempo. Quizá esa era la mejor solución. A las empresas les gustan los candidatos que han sabido moverse antes de terminar la carrera y no se han quedado mirando el tendido, las aulas y los másteres únicamente. Claro que decir en casa que iba a trabajar a media jornada en un bar también provocaría una discusión no pequeña. Le cargaba todo el sentimentalismo innecesario. Por no pensar en las preguntas absurdas que podría hacer su madre.

Pancho estaba trabajando y quedaron en que le devolvería la llamada más tarde. Se dedicó a aprovechar el resto de la tarde y poner al día apuntes. El derecho civil era tedioso, correoso como una melaza insulsa, con algún tropezón amargo. Parecía mentira que el ser humano necesitase tantas normas para convivir incluso dentro de los ámbitos familiares. Su madre apareció cargada de bolsas y él acudió a ayudarla advertido por el ruido. A ella le gustó verlo, tan rubio, tan hermoso, a su Kevin, a su niño. ¿Por qué se empeñaría en pintarse los ojos de negro si los tenía tan bonitos y llenos de vida? Intercambiaron unas frases y él volvió a su cuarto a poner en orden apuntes, libros, subrayados. Más tarde se daría un festín de HIM y hablaría con Luis Antonio y con Pancho, ¡si le devolvía la llamada!

Para cuando habló con el objeto de su deseo, Pancho ya le había dicho que sí, pero con no pocos condicionantes.

—Solo puede ser un sábado por la noche. Y no puedes poner la música muy alta, esto no es una discoteca ni está insonorizado. ¿Vas a invitar a mucha gente? No quiero que el local acabe lleno de manchas.

—Eres un perfecto ciudadano, un empresario ejemplar. No te preocupes. No creo que seamos más de veinte. Y la música no será muy *metal*. Y gracias, de verdad.

—Me hace ilusión poderte ayudar en tu sorpresa para Luis Antonio. Es un buen tío.

Cuando Pancho colgó, le costó no sentir cascadas de envidia por la determinación de Kevin. Él sí que parecía saber lo que quería: un tío que le doblaba la edad, un color, una música, algo por lo que luchaba a pesar de no ser mayoritario y tener que vencer muchos más prejuicios que él mismo. A Kevin la llamada no le dio mucho que pensar. Era una cosa más a tachar de la lista. Ya estaba casi todo. Faltaba juntar las piezas y tendría su sorpresa preparada. Lo que le costó fue no insinuar nada durante su conversación nocturna con Luis Antonio, que terminó con sexo telefónico de alta temperatura. A Luis Antonio le encantó la imagen no vista de aquel vientre liso y puro manchado por la exaltación del propio cuerpo. Kevin asaltó la nevera antes de irse a dormir y se tomó su segundo arroz con leche. Durmió como un pedazo de hormigón... pero un pedazo de hormigón muy guapo, organizador, gótico, satisfecho, ilusionado, universitario y ¿enamorado? Daba miedo utilizar ciertas palabras, aunque también un innegable gustillo, un hormigueo parecido al que produce bajar una montaña rusa a toda velocidad: mezcla de ilusión infantil y adrenalina.

\*\*\*

Jesús estaba algo más distraído de lo normal pero, en alguien como él, ¿quién podría haberse dado cuenta? La pregunta es de respuesta obvia: su madre se dio cuenta. No tardó ni dos días en notar, por teléfono, que algo ocurría en la vida de su hijo pero, a diferencia de la madre de Kevin, Rosa era intuitiva, empática, divertida, jovial y más gay que el propio Jesús. Le encantaba hablar con sus amigos de sexo, especialmente con los drags que hacían espectáculo. Le encantaba su sentido del humor ácido, ordinario, vulgar y grueso como bragas-faja de esparto cosidas con alambre, pero, eso sí, rociadas de purpurina. Había visto varias veces la serie completa *Queer as Folk* y alguna que otra película «temática» americana de bajo presupuesto y se veía identificada con la madre mariliendre. Era bajita, salerosa, hacendosa, dinámica... pero poco dada a los compromisos, era una adolescente mayor, pero encantadora, amante de la juerga y al buen entendimiento con todo el mundo que fuera de izquierdas. Le encantaba hacer *cupcakes* pero, antes de que apareciera la nueva moda pastelera, ya era una estupenda repostera que hacía bizcochos de lo más originales. Adoraba plantarse en cualquier local de ambiente con un par de bandejas de pastelitos a la crema con pedazos de galleta de chocolate por encima o con dos tartas de nata con piña... o lo que pillara más exótico en el momento de meterse en la cocina. No lo planeaba: de repente se veía entre fogones y luego salía a la aventura con o sin su hijo en busca de nuevas amistades. Era más conocida que la Sole, la del mechero, en sus años de gloria, allá por el noventa y cuatro. A Jesús le había costado un poco asumir aquella onda expansiva de su madre que todo lo ocupaba. Tras la adolescencia, sin embargo, fue su mejor aliada, su mejor amiga, su confidente. A veces se sorprendía compartiendo conversaciones de sexo con ella y otros amigos. ¿No era extraño?

Le bastaron cinco minutos de conversación telefónica para saber que sucedía algo. Aunque no se dio por el alarmismo, que, según ella, estaba muy visto en una madre y no era nada posmoderno.

—¿Me vas a contar qué te pasa, o lo tengo que adivinar? Te advierto que me planto en

tu casa en diez minutos y te la revuelvo hasta encontrar indicios de qué ocurre. Sabes que soy muy capaz.

—No hace falta, Rosa. Es que he conocido a alguien que me gusta.

—¿Y por qué no me lo has presentado?

No era una pregunta, era una acusación. Era todo un discurso comprimido en el que iban los reproches mezclados con la algarabía: «¿Y por qué no me lo has presentado y le he hecho una tarta para darle la bienvenida a la familia como se merece y para que yo le eche un ojo y te dé el visto bueno y te diga lo que me parece y le ponga sonrojado hablando de pollas y culos y de sexo seguro y le haya ofrecido clases para aprender a hacer *cupcakes*?». Esa, en realidad, era la pregunta.

—Porque lo acabo de conocer, pero creo que él también...

—¿Que él también qué?

—No sé, parezco un crío, pero me da la sensación de que hay buen rollo para algo más que un par de... Bueno, tú ya me entiendes.

Y el cielo se volvió rosa y Rosa se vio cocinando cientos de *cupcakes* para una boda en la que lo decidiría todo. Sí, sí, todo. La otra madre podría acompañarla a elegirlo todo: salón, flores, menú... Acompañarla pero nada más. Ella lo coordinaría todo con la ayuda de su equipo de drags, que, por supuesto, harían de damas de honor. Oh, los *cupcakes* serían todos rosas aunque tuvieran diferentes sabores: fresa, rosa floral, té de rosa, frambuesas, sandía, remolacha... Jesús sabía tomarlo con una tranquilidad que hubiera asombrado a cualquiera pero, ¿acaso no era su madre? ¿Acaso no llevaba viviendo con ella, pegado a ella en una simbiosis positiva y fructífera desde que tenía memoria? Era libre para fantasear todo cuanto quisiera... eso no le haría daño a nadie. No era cuestión de presentársela a Diego sin un previo aviso, pero tampoco merecería la pena esperar demasiado: si no era capaz de llevarse bien con Rosa, sería muy difícil que la relación tuviese ningún tipo de futuro.

—¿Cuándo le voy a conocer?

—Bueno, aún tenemos que repetir dos o tres veces, ¿no te parece?

—Sí, sí, sí. Claro. Pero ¿cómo es? ¿Cómo se llama? ¿Dónde trabaja? Venga, venga cuenta.

Había empezado el interrogatorio «tres punto cero». Y en él irían incluidos los datos en 3D: medidas, formas, gustos, sabores. Era como venderle un ejemplar al visitante de un prostíbulo: ¿pelo?, ¿labios?, ¿color de ojos?, ¿tamaño de los ojos?, ¿tamaño del rabo?, ¿forma del culo?, ¿estatura?, ¿peso?, ¿nacionalidad? Ay, Jesús, cómo eres, y yo qué sé, ahora hay mucho inmigrante y los mulatos están estupendos. A mí me gustan los brasileños con su samba y su ritmo y su mmm, tú ya sabes. Pero un colombiano o un argentino también tienen mucho sabor exótico que ofrecer. No, un chileno no, demasiado parecido al producto local... pierden parte del atractivo. Venga, venga, ¿y qué más? ¿Tiene los pies grandes? ¿Que para qué quiero saberlo? Pues, hombre, con lo que a ti te ponen los pies, que sé yo que te pierdes por unos dedos grandes... es lo mismo que el rabo, son cosas de cada uno, ya sabes que a mí me gustan solo los pechos con pelo. A mí la depilación aniñada no me pone nada. Pues eso, ¿qué cómo tiene los pies? ¿Foto le has hecho? Bueno, claro, no, pero hijo, cualquiera diría, ahora con los móviles es lo más normal del mundo, ya sabes que yo subo todas las fotos de mis *cupcakes* a Facebook.

Claro, no, lo mismo no es, pero tú me entiendes, que ahora no hay que montar todo el lío de la foto, llevar la cámara encima, o ir a un «fotomatón» de esos que íbamos antes, ¿quedan fotomatonos? Tenía su punto, hacerse fotos con los amigos en mitad de la borrachera o con el novio dándose un beso... ¿Qué edad tiene? Ah, que no se lo has preguntado, de todas formas, una idea tendrás, digo yo. No, no digo que me digas una cifra exacta pero más o menos. Eso se ve. Ya, claro. ¿Y vive solo? Ah, pues eso está muy bien, que lo de la gente que se acopla luego es un coñazo si la cosa no sale bien, que una queda de egoísta y gente sin corazón cuando les invitas a irse. Sí, sí... ya sé que a quién se le ocurre liarse con un drag, pero bueno, con eso de que ahora no todos los drags son gais pues vaya, yo le creí. Es que era muy mono, era como un *cupcake* con piernas. Sí, puede, estoy algo pesada con los *cupcakes*, pero es que me dan mucha libertad y me quita mucho estrés y además quedan estupendos. ¿Y no tendrá una página web donde lo pueda ver? ¿O Facebook? Ah, que no se lo has preguntado aún. Da igual, seguro que pronto me lo presentas.

A Jesús, aquella mañana apenas le dio tiempo de sacar una pizza del congelador, meterla en el horno, enviar unos mensajes a Diego y acudir a trabajar, pero podría haber sido peor. Alguna vez se había quedado sin comer por hablar con su madre. Ahora ya había aprendido a cortar las llamadas. El mero acto de colgar el auricular o pulsar el botón de fin de llamada era algo complejo si no sabía gestionarse con cuidado. Una madre siempre es una madre, por muy moderna que sea, y no se la puede dejar con la palabra en la boca sin más.

Afortunadamente, sus compañeros programadores no notarían su despiste adicional y no entrarían a preguntarle qué le pasaba. Ser gay en una empresa informática es casi como ser una coliflor en un campo de amapolas. Llama, un poquito, la atención. Para su fortuna él no era, en sí mismo, llamativo, así que conseguía pasar desapercibido, evitar dar mucho la nota. No era algo que le importara, pero prefería tener el cupo de exhibicionismo cubierto en la familia.

Rondaba por su cabeza lo que le había dicho a Rosa. Diego parecía estar dispuesto a quedar de nuevo. Habían pasado una noche de sábado y un domingo juntos. Pero ahí estaba lo extraño: el domingo Diego no se había levantado, duchado y desaparecido como un tres en uno, que era la norma, se había quedado.

Se había quedado.

Y luego le había invitado a pasar la noche en casa. Era hora de dar el siguiente paso. Ambos parecían preparados, aunque había un cierto miedo. No quería empezar a encariñarse si Diego iba a esfumarse como la niebla cuando aparecieran las largas noches de otoño. Habían pasado un buen número de tíos por su cama. Y algunos se habían quedado al día siguiente. No demasiados, en realidad. Y algunos, menos aún, le había invitado a su casa... pero después... después no había habido un después. Se iban difuminando como una pantalla trampa en un juego de ordenador... Como si fueran avatares irreales, incapaces de hacerse materiales cuando la vida con sus rutinas y sus complicaciones se imponía. No había forma de que algo les hiciese bajar del eterno mundo de Peter Pan en el que vivían. No era solo una cuestión de físico. Eso, al fin y a la postre, estaba bien a la vista. Algunos se habrían acostado con él a pesar de que no fuera exactamente su tipo. Podía entender que, ante un apretón, un tío es capaz de bajar

mucho el nivel de su ideal. La testosterona manda. Pero su apariencia era atractiva para algunos hombres, para bastantes tíos, a decir verdad y a saber por qué. El auténtico código secreto, la clave de la programación no estaba ahí. La dificultad venía sugerida por los scripts a largo plazo. Cuando uno descubre que el otro se mete los dedos en la nariz, tiene una cuenta bancaria muy adelgazada, ronca, presume de amigos pesados o no le prepara el desayuno por las mañanas. O todo ello junto. No era posible encontrar el programa perfecto y ante el fin del sueño venía el despertar, la realidad: la humanidad imperfecta del otro. Era más de lo que la mayoría podía soportar. Princesitas criadas creyendo que unos músculos de gimnasio o una barba de moda, o una camisa de cuadros les proporcionaría el príncipe soñado, a la medida, absolutamente adecuado al patrón imaginado. Algunos tenían el valor de decirlo en voz alta. La mayoría sencillamente desaparecían o alegaban el manido «No eres tú, soy yo», aunque en el fondo era más cierto de lo que habrían creído ellos mismos al entonarlo, como un *mea culpa* secular y actual. Jesús no tenía miedo a la realidad. El pasarse ocho o nueve o diez u once horas programando al día no le impedía comprender que el mundo iba a seguir allí cuando despertase, a la mañana siguiente, en su cama, o en una cama desconocida, y que el hombre que acababa de conocer tendría manías, secretos, un pasado, y unas expectativas que no podría cumplir al cien por cien, pero eso no le importaba. Quería alguien que físicamente encendiera su deseo, por supuesto, otra cosa habría sido una amistad. Pero también alguien que asumiese la realidad, las discusiones, los desacuerdos, las imperfecciones. No era frecuente que Jesús llegase a una gran bronca. Su carácter pacífico dominaba todas sus relaciones. Quizá se acomodaba demasiado a esa realidad que otros rechazaban: su madre era una alocada mujer que saltaba entre generaciones, su trabajo nunca le haría premio Nobel, su casa nunca saldría en ninguna revista. Pero todo ello estaba bien, no le producía malestar ni escozor. ¿Por qué habría de temer a su forma de ser, a su vida? De la misma manera en que había asumido su homosexualidad como parte de su esencia, su mundo era también parte de él y lo aceptaba. Hasta encontrarse con Diego había sentido la frustración de cruzarse con chiquillos emocionales. No eran soñadores. Eran inmaduros, inconscientes, inconstantes. Diego hacía saltar en él alarmas, sensores, avisos en Outlook. Curiosamente encontrarse con Diego le había hecho enfrentarse con una realidad: solo se tiene una vida. En los videojuegos pueden ganarse más y más o perderse, pero tras la primera partida se puede echar una segunda y luego otra. Más allá de la pantalla nos dan una única existencia. Era verdad que la expectativa de vida hacía que pudieran parecer varias, y que daba tiempo a arrepentirse, a volver a empezar, pero era solo una vida. Y él no quería pasarla buscando, saltando de cama en cama, explorando la vaciedad de anécdotas que podría llegar a olvidar si continuaba con el mismo ritmo siempre. Aunque tenía la impaciencia de proponerle a Diego volver a quedar entre semana, sabía que sus horarios eran casi incompatibles y que pedirle que lo esperara despierto al salir del trabajo era condenarle a un día de sueño, y aun así no podía evitar que la idea le rondara la cabeza. Lo que tenía claro es que no dejaría escapar el fin de semana. El sábado y el domingo eran suyos. Lo invitaría a comer. Se arriesgaría. Se expondría. Acabó más tarde que de costumbre y siguió divagando al llegar a casa... Envío varios mensajes antes de irse a dormir, sabiendo que no serían leídos hasta la mañana siguiente. Sus sueños entremezclaron pantallas de ordenador con pantallas de

móvil. En ellos unas y otras danzaban al son de Heidi y la Abeja Maya. A veces, su madre tenía razón: el mundo era de un color de rosa tan brillante como fuegos artificiales y lentejuelas de drag.

## Capítulo 9

### La María tiene efectos secundarios

Se había pasado tres días convenciendo a su marido. Era una pura desazón. No podía aguantar que se le escapara Pancho. Y estaba convencida de que, si incluía a su esposo en la fórmula mágica, y un poco de algún estimulante, la cosa funcionaría. ¿Cuál era esa droga tan popular entre los gais? Tenía que investigar. Seguro que eso le pondría a cien, tanto como hacérselo con un hetero. Cada momento que compartió con su marido desde aquella noche en que Pancho se le había escurrido de entre los dedos con una treta de muy mal gusto, lo empleó en argumentar las ventajas que tendría probarlo con otro hombre. Había oído, llegó a asegurar, que nadie chupa una polla como un hombre, porque sabe dónde está el placer, dónde hay que apretar, dónde hay que rozar, dónde hay que succionar y dónde hay que besar. Utilizó todo el arsenal a su alcance. Le prometió tríos con otras mujeres siempre que se terciasen, aunque esto no añadía nada a lo que ya habían hecho en repetidas ocasiones... Le sugirió destinos turísticos que hasta entonces no había estado dispuesta a aceptar.

Es preciso decir, antes de continuar, que la vida sexual de la pareja en cuestión era bien conocida por toda la ciudad. Ellos no hacían por ocultarla y ya se sabe que estos temas siempre generan el interés general, aunque no se sepa decir muy bien el porqué. Como la propia Tatiana había dicho, su hermana María estaba en boca de todos, aunque los padres, desde bien chica, por su rebeldía e independencia decidieron «desvincularla» un poco de la familia y la mandaron a estudiar fuera, a un estricto colegio. Lo cual solo sirvió para que la nena aprendiera inglés y se volviera más independiente. Se la devolvieron con cartas airadas de varios centros. No había normas que María no pudiera saltarse. Siempre de una forma divertida y traviesa mucho más que brutal o violenta, pero lo suficientemente notable como para que el dinero de sus padres no compensara el liderazgo de insurrección que provocaba en las demás alumnas de unos centros y otros.

El sexo era una continua fiesta que se acompañaba de múltiples elementos pero que siempre, siempre, tenía como base la variedad. A la niña le gustaba probarlo todo. Todo significa rabo veo rabo quiero. Cuanto menos interesado el sujeto, más entregada ella en la captura. No es que hiciera ascos a comerse una buena ostra aderezada en su salsa, unos pechos abundantes o unas caderas curvadas, notables y provocativas, pero para ella eran segundo plato. Algo con lo que entretener los primeros, los postres, los ricos postres frutales y vegetales o huertanos. Todo muy natural, eso sí. Productos todos naturales, todos salidos de la tierra o del coño de su respectiva madre. En su marido había encontrado la horma de su zapato. Todo el mundo dudó de la solidez del matrimonio. Pero precisamente la libertad de ambos y sus deseos insaciables habían sido los cimientos más fuertes que se hubiera podido imaginar. El hambre infinita de María, y su autonomía, habrían sido el sueño de algunos hombres, y su esposo era uno de ellos. Sorprendió también que decidieran casarse, y que no optaran por un modelo más «moderno» o *hippy* de convivencia. La mera formalización mediante papeles de pareja de hecho habría desconcertado a quienes los conocían, y sin embargo María, que tenía una tienda, por muy «fumada» que la llevara, sabía bien lo que significaba en términos económicos pagar

menos impuestos como casada que como soltera.

En su casa tenían una amplia habitación para invitados con una cama de tamaño regio, donde podían dormir cómodamente tres personas y donde habían dormido más de cinco. La casa parecía, a veces, un hotel de carretera y, en eso, de casta le venía al galgo, se notaba que pertenecía a una familia dueña de hotel, por más que fuera un hotel pequeño y discreto que no se anunciaba en Tripadvisor. Pero allí los huéspedes no pagaban por la habitación ni por el desayuno. Más bien tenían que llevar desayuno si querían alguno... y en todo caso se les cobraba en carne. Un pago que, visto lo visto, había mucha gente dispuesta a realizar de forma mucho más gozosa y suelta que cuando había billetes de por medio. El intercambio «comercial» se tenía, en general, por placentero, aunque una vez más que otras, claro estaba.

Aquello no llegaba a ser la comuna de París, ni la movida *hippy* ibicenca, ni por supuesto un Woodstock lleno de música, pero la libertad y el roce de los cuerpos eran las únicas normas por todos sabidas y comprendidas.

María no había dejado nunca que se inmiscuyeran en sus deseos, y esa seguía siendo la consigna. Ni padres, ni hermana ni marido, ni amantes ni amigos. Ella era María la Porrera y tenía un hambre que saciar. Pero se le había escapado Pancho, y eso la desazonaba. Desde entonces había exigido a su esposo dos asaltos por noche. Él lo estaba disfrutando, tanto el verla inquieta y deseosa como todo lo que implicaba. Podía ser muy entregada y muy hábil (la práctica hace al maestro, sin duda). Sin embargo, tenía claro que aquello no podía prolongarse indefinidamente, así que accedió, fingiéndose resignado para poder sacar tajada más adelante con algún tipo de compensación, pero curioso en realidad por el trío que ella le proponía. A sus ojos no sería tan fácil como María lo imaginaba. Era menos soñador y más terrenal. Mas la cosa no parecía imposible. Había, claro estaba, que buscar la ocasión propicia y arrinconar al tal Pancho. Sería la primera vez que en el trío hubiese un hombre homosexual y le intrigaba saber qué tendría que hacer para seducirlo, para hacerlo caer en la «trampa», y qué rol adoptaría, aunque en principio todo pareciera apuntar a que el llevado y traído Pancho sería el jamón del sándwich. Sabía a ciencia cierta, no obstante, que no es bueno dejarse llevar por prejuicios ni planear lo que va a suceder en una cama si uno quiere disfrutarlo. No era él mucho de organizar, pero tenía la suficiente claridad mental como para saber que el sexo no puede organizarse, no puede seguir un plan estricto y detallado... salvo que se haga como una representación. María tenía tantas ganas que era muy posible que todo fuese un desastre. Eso sucedía a menudo. El exceso de deseo echaba a perder las mejores expectativas. Pero no era posible negarse. Estaba completamente desatada. Tenía incluso ciertas ideas sobre emporrar bien a Pancho para que todo fuera más fácil. O emborracharlo. Sería conveniente investigar el mejor camino —y se sintió una espía con tapadera de vedete licenciosa en mitad de una guerra antigua cuando pensó aquello, aunque el atuendo con el que se imaginó tenía mucho más de vestido para colaboradora del *Sálvame* en el especial de Nochevieja.

Había oído algo de que le habían visto alguna vez bebiendo solo por los olivares que rodeaban la ciudad. Si bebía solo no sería muy difícil conseguir que se pusiese a punto. A él no es que le hiciera especial gracia. Cuando alguien quiere follar y tiene la predisposición es cuando se saca lo mejor. La gente medio atontada por cualquier sustancia solía estar a medio gas. Hacía algunos años que ya no se dedicaba a cazar lo

que cayera a las seis de la mañana, tan cansados, a pesar de la juventud de entonces, que a veces no era posible terminar el fatídico y lamentable polvo, que más que polvo era pelusilla levantada al pasar.

—Tenemos que cogerle en buen momento. Yo creo que el viernes no saldrá con los amigotes porque el sábado tiene que abrir la peluquería. Podríamos pasarnos juntos por allí. Seguro que al vernos en pareja no sospechará nada. Le podemos invitar a tomar algo y yo le sugeriré que es un poco para disculparme y que tú no sabes nada. Bastará con que te hagas el despistado un poco. Una vez metidos en el bar, y con una copa y con otra... eso será mucho más fácil. Lo traemos a casa y una cosa llevará a la otra. Pero hay que tener cautela. Si se ve atacado rápidamente saldrá huyendo como la última vez. Y por ahí sí que no paso. Lo tengo claro, lo tengo clarísimo —decía mientras el humo del porro hacía visillos sobre su rostro concentrado.

Le sorprendía tanta lucidez en un momento de éxtasis marianil, pero no era la primera vez que María se volvía estratégica fumándose a su tocaya. Maquinaba su engaño, su seducción estructurada, con un cuidado que rozaba el chiste. Dejaba a la altura del betún las tretas y promesas de ciertas generaciones de tíos locos por mojar. Ella quería, como buena niña caprichosa, lo que le habían dicho que no podía tener. E ideaba los planes de forma minuciosa, planteándose, como si fuera una partida de ajedrez, cuál sería su siguiente movimiento en el caso de que las cosas no saliesen como las había pensado inicialmente.

—A ese tío me lo zumbo yo aunque tenga que ponerme un cinturón con polla.

—Y entonces, ¿para qué me quieres a mí?

—No lo has entendido. A ti te necesito para que lo metamos en el juego en primer lugar. Luego por si le gustas. Y finalmente porque si no le hace clavármela, ni borracho ni fumado, ni con tu compañía y encantos estimulándole, tendré que usar de instrumentos varios para hacerlo mío, aunque sean de poliespán o de cuero... y tú serás quien me dé placer a mí.

Estaba todo dicho. A María no le importaba lo más mínimo el deseo de Pancho... ni el de su propio marido. En aquella ocasión entrecerraba los ojos y solo podía ver a Pancho teniendo un orgasmo frente a ella. Le demostraría que no podía escaparse de la fuente del placer.

La suerte de Pancho parecía echada. ¿Quién podría escapar del terrible Minotauro de deseos desatados? Un Minotauro con pechos y pensamiento sibilino... que se elevaba entre nubes de un humo sospechoso, muy sospechoso.

\*\*\*

Javier jugueteaba con su móvil. No dejaba que se tornase negra la pantalla. Pulsándola continuamente mantenía siempre la misma foto en modo brillante. La había tomado disimuladamente y no era muy buena a pesar de la generación puntera del móvil. Muchas pulgadas, las suficientes como para presumir de ellas. Lo mismo que le pasaba con los centímetros que albergaban su torso trabajado con horas de deporte y gimnasio. Sabía lo importante que resultaba un buen pecho depilado para ligar, para gustar, para seducir. O al menos creía saberlo.

En aquel aparato de avanzada tecnología de empresa coreana titilaban los puntos de

luz retratando unas marcadas líneas negras. Unas líneas de ropa, unas líneas en torno a los ojos. Líneas que eran límites marcados. Líneas que eran fronteras de un mundo. Un universo de intenciones. Líneas que habían sido trazadas con voluntad. Líneas que volvían más pálida la piel, más delgado el cuerpo, más frágil al sujeto, al tiempo que más agresivo, más dispuesto a defender su terreno. Kevin era un enigma: un gótico, un gay de veinte con pareja metido en las cuadriculadas aulas de la facultad de Derecho. Era extraño. Su presencia no podía explicarse. Menos aún que no maquillara más sus gustos y menos sus ojos. O era un inconsciente o un tío con dos bolas de árbol de Navidad por cojones. También comprender por qué le atraía era un nudo difícil de deshacer. Y si no era capaz de entender sus lazos, difícilmente sabría desentrañarlo. Solo sabía que lo ponía cachondo con sus brazos delgados y su mirada enmarcada. Quería lamerlo. Sentía un fuego negro que le comía, le carcomía. Quería también hacerle daño. Romper su seguridad insultante, irritante. Demasiado orgulloso, demasiado inflexible, demasiado bello, demasiado ajeno al mundo. Pero el mundo también existía más allá de él mismo y su cosmos de fidelidad y ropa negra. Y él, Javier, le demostraría que toda su aparente armadura de metal estaba hecha de puro cartón piedra y unas pocas lágrimas la harían doblarse sobre sí misma, mera celulosa enyesada. Le iba a costar cara la broma, pero ya tenía varios juegos de sábanas. Era necesario darles un par de lavados para que no parecieran nuevas. No sería barata tampoco la pastilla que buscaba, pero la encontraría. El día de la fiesta se le iba a atragantar al bello oscuro.

Volvió el móvil contra la cama con rabia para dejar de verlo, y se contrajeron sus músculos. Su cuerpo desnudo decidió centrarse en sí mismo y olvidar, por unos instantes, que existía un Kevin capaz de excitarle en todos los sentidos, todos los sentidos.

Quedó tendido sobre las sábanas casi sin desordenar, como si fueran alérgicas a las arrugas, dejando que el tacto de estas fuera poco a poco adentrándose en la piel hasta que un raro escalofrío lo levantó y lo llevó hacia la ducha. Tenía varias cosas que hacer. Y fingir no sería la menor de ellas. Pero sabría hacerlo, llevaba haciéndolo toda la vida. La actuación sería para un público nuevo, un público que quizá no le ovacionara al final de su representación, pero que quedaría completamente anonadado por ella.

El agua golpeó su cuerpo y el vaho lo envolvió. Desapareció tras la mampara hasta que la voz de la criada lo trajo de nuevo a la realidad. La cena estaba lista. Y sus padres fuera, otra vez. ¿Cuánto tiempo llevaba sin verlos? Ni se acordaba ni quería acordarse. Mejor. Más libre. Mientras dejaran el dinero suficiente podían desaparecer tantas veces como quisieran. El truco de desvanecerse dejando tan solo un reguero de billetes le gustaba mucho, no se cansaba de él, así que seguiría aplaudiéndoselo. Los muy capullos.

Se fumó un porro antes de empezar oficialmente la noche. Tendría que agenciarse más material, porque aquel se le estaba acabando. No sabía si la pastilla que necesitaba para su plan se la podría proporcionar el habitual. Le preguntaría. Su realidad empezó a hacerse más flexible, más maleable a medida que fumaba solo. Estaba solo, en casa, en la universidad, en el gimnasio. Los cazadores y las lobas se acercaban a él pero era para un placer momentáneo. Javier estaba solo con sus músculos, su móvil de última generación, su porro, sus planes y su deseo insatisfecho. Entre los efluvios del cigarrillo todo iba a funcionar perfectamente, acabaría pasándose por la piedra a Kevin y, sobre todo, acabaría rompiendo su relación. De todas formas si no lo hacía él, la cosa se rompería

naturalmente. Dos tíos con tanta diferencia de edad no podían durar. De hecho, dos tíos no podían durar, sencillamente. Era una verdad universal que quedaba subrayada por el aroma de las plantas que entraban en sus pulmones y se expandían, como dedos fantasmales, por los recovecos de su cerebro recalentado de soledad y mal humor, de abandono y frustración. Javier no podía recordar la última vez que había hecho algo con amigos. El porro no ayudaba, salvo a generar planes absurdos que no podían fallar. Los planes, mientras duraba el efecto, no se desviaban del guion. Lo único que se desviaba era la coherencia, perdida entre los efluvios.

Bajo su efecto hipnotizante subió, desnudo, a la azotea, y miró, entre inexplicables escalofríos, la ciudad. Ajeno a que más de un par de ojos lo habían visto, pues la oscuridad de la noche era violada por la potente luz de las farolas. Hizo el tonto imaginándose el rey del mundo, el amo de todas las relaciones de pareja de miles de kilómetros a la redonda. Y encadenó un porrito con otro. Tuvo buena y mala suerte. La buena suerte fue que, a pesar de las farolas, las fotos que le tomaron en la distancia no eran lo suficientemente nítidas como para que se le reconociera. La mala fue que, a pesar de la época del año, cogió un resfriado que lo tuvo tres días en cama, pasando por pesadillas en las que se ahogaba entre sábanas negras y bailaba desahogada y descoordinadamente en un acuario del Polo Norte en pelota picada, para el asombro de focas y osos que lo miraban con desdén o con un vago interés culinario. Y al terminar el dominio febril le había quedado una triste herencia: cansancio, cero reservas de sustancias con las que volver a hacer que sus planes tomaran coherencia y fuerza, un sentimiento de estupidez dominante, y un acrecentado mal humor. Y es que hay ciertas Marías que tienen efectos secundarios.

\*\*\*

Jesús estaba nervioso. Llevaba ya dos días dándole vueltas a si debía o no debía dar aquel paso. Era muy pronto. Y sin embargo, ¿por qué no saber ya si todo aquello tenía sentido? Si Diego salía espantado no habría que seguir dándole vueltas, todo estaría acabado. Pero ¿y si le parecía bien? Estaba precipitando las cosas y él era alguien tranquilo, pero con Diego el mundo parecía darse la vuelta. O él se daba la vuelta y veía el mundo del revés. Tampoco había que exagerar. Podían tratar el tema como adultos y, si a Diego no le apetecía ahora, podrían plantearlo más adelante, tampoco, necesariamente, tendría por qué implicar el final. Lo que en el fondo quería era que fuese el principio. La primera piedra sólida de otra cosa que esta vez sí creía que era posible. De muchas maneras y por la misma razón le daba vueltas y vueltas. Quizá dar este paso podría romper la magia, institucionalizar lo que, de otra forma, estaba en el terreno de lo que aún no tiene un nombre, una sacralización, una formalización. O podía ser al revés, podía ser darle una entidad, un sentido. Estaba concentrado y no se dio cuenta de que Diego había llegado ya a la plaza donde habían quedado. Sumada la concentración a su despiste habitual, no había sentido ni el ruido que los envolvía, ni se había fijado en el endiablado tráfico de la capital de la provincia, del que habrían pasado trescientos coches mientras esperaba, quizás el doble. A su espalda un edificio emblemático. La plaza era, sin duda, lugar de encuentro de foráneos más que de habitantes de la capital, pero no se lo habían planteado en exceso.

Diego llegó con un vaquero que remarcaba sus virtudes de espalda para abajo y una camiseta corta que no cubriese lo que tan bien destacaban los pantalones. Uno podía ser frutero sin necesidad de dejar de ser puta y bien mirada para saber lo que le resalta cada parte del cuerpo que ha sido bendecida con una virtud física. Hay que sacar partido de aquello que puede atraer la atención y las miradas, especialmente las de un hombre en concreto.

Olía a frutas, como era habitual. Los aromas se mezclaban en él y reaccionaban con su cuerpo, generando un perfume único, de dulzor concentrado que se fundía con la esencia masculina de su propio cuerpo. Tenía muy pensado lo que iba a hacer en cuanto Jesús se percatase de que había llegado, y cumplió a rajatabla su plan: le dio un morreo largo, cariñoso pero fuerte, directo, a la vista de todo el mundo, cogiendo su cara regordeta y sin afeitarse entre las manos.

—Eso es un saludo. ¿Quieres que nos lleve la policía nacional?

—¿Por qué?, besarse no es delito.

—No, pero dar envidia sí.

Y se volvieron a besar.

Como dos colegiales, tomaron sus manos y decidieron un destino. El fresco viento del paréntesis veraniego decidía evitar aquellas caras de felicidad, enrojecidas por el contacto y el aliento. El atardecer fue rápido y blanco, pero ¿a quién le importaba? Buscaron un café poco frecuentado para poder hablar, ese milagro del comienzo de las relaciones, cuando hay un deseo de mostrarse al otro y, en el mejor de los casos, de saber del otro. Cuando queremos que nos absuelvan de todos nuestros «pecados» anteriores.

—Hay algo que quiero decirte y no sé muy bien si...

A Diego le dieron tres saltos el corazón, dos brincos los ojos, tres espasmos en las manos y una bajada de tensión en las pelotas. Se temió lo peor. No era posible que le hubiese cogido de la mano para pasear con él por media ciudad y ahora fuera a dejarle. ¿O sí? Por un instante —que dio de sí como ese que dicen del final de nuestra existencia— se le pasaron por la mente no solo los escasos momentos que había compartido con Jesús, sino todas las emociones y esperanzas; sintió que había sido un estúpido por volver a creer, a sus años, que el milagro del «AMOR» aún era posible. Como si no lo hubiera visto ya todo en el ambiente. Estuvo a punto de suspirar. Pero no le dio lugar.

—Espero que no te moleste mucho. Verás, es que mi madre está muy presente en mi vida. Y ya le he hablado de ti. Lo sé, lo sé, no debería haberlo hecho, pero ya no hay marcha atrás. Y ahora insiste en conocerte. No quiero que te asustes, es una mujer más gay que yo. Tiene más amigos gais que yo y está en todos los saraos que se precien. Sé que es superpronto y que esto es como casi pedirte matrimonio pero... yo no sé decirle que no a mi madre. Es muy insistente. Es como una locomotora, ya lo verás... bueno, si quieres. Buf, menudo trago, no sé ahora lo que pensarás de mí, bueno, yo...

Jesús era consciente, solo a medias, de la cantidad de palabras que había dicho en un momento, a un ritmo endiablado. Y eso a pesar de la dificultad para encontrar lo que quería decir de la mejor manera. Y había mirado al suelo, al local, y ocasionalmente a Diego, pero sin querer centrar demasiado la vista, sin querer observar las reacciones de su rostro.

Diego en cambio sentía un gran alivio. Un alivio como un masaje con un bálsamo

fresco y relajante. No es que lo de «yo no sé decirle que no a mi madre» le hubiese emocionado, pero la noticia era nada en comparación con la debacle que esperaba. Su sonrisa resplandecía. Estaba tan aliviado que contestó sin esperar, efusivamente.

—¿Cuándo quedamos con ella? ¿Qué me pongo?

Y Jesús no pudo evitar levantarse y darle un beso, sin importarle haber tirado las dos cervezas, haciendo un pleno, como quien juega a los bolos. Diego acabó con los pantalones empapados, como si hubiera sufrido de incontinencia masiva, pero el corazón le latía tan deprisa, bombeaba tanta sangre, que apenas lo notó. El dueño del local, poco dado a las efusiones homoeróticas, estuvo relatando en arameo cruzado con un idioma troll, pero nadie le escuchó salvo el cuello de su camisa y algunas copas que reflejaban el beso en formas curvadas, deformes y surrealistas, pero las copas estaban mucho más atentas a reproducir aquella espontaneidad llena de apasionamiento blanco que a escuchar las palabras del empresario. Debe de ser por eso por lo que las copas dejaron de tener orejas o asas en su mayoría: para lo que hay que oír...

Aquella noche se los vio pasear por la ciudad cogidos de la mano, ignorando el frío, el ruido, el mundo y las agujas del reloj. Aunque no tardaron mucho en retirarse porque los cuerpos necesitaban hablar tanto como sus dueños y era una conversación privada, cuya lengua ha sido practicada desde el comienzo de los tiempos pero se actualiza continuamente. Quedaban por cerrar los datos del encuentro familiar pero apenas importaba ya, los dos adolescentes habían perdido el miedo a deshojar la margarita. La maltrecha flor yacía por las aceras y los charcos de la ciudad, en decenas de pedazos, unos SÍ, otros NO, y un último botón desnudo, atado a un tallo largo y delgado, algo seco tal vez, quejumbroso de la exquisita tortura a la que las inseguridades del amor la sometían. A Diego y Jesús, olorosos a fruta, echando programaciones por los dedos, no les había hecho falta saber si es el último pétalo o el centro de la flor el que dice la verdad definitiva: ellos habían decidido por sí mismos. Y, ajenos al miedo pueril, habían pronunciado su amor a los cuatro vientos (o más de cuatro, porque la noche era bastante fresca, laberinto de calles recorridas por serpientes de aires de crudos dientes, de mordedura húmeda y constricción paralizante). Como nueva y ostentosa pareja, serían tema de conversación durante, al menos, un par de horas, y las largas lenguas de los transformistas, y las verdes envidias de los eternos solteros de gimnasio, los despellejarían vivos, como es preceptivo y de obligado cumplimiento según la religión de los guetos gais del primer mundo.

En realidad, aquel vudú de cánticos malignos es una oración que acrecienta y preserva el amor de los tórtolos que, en el fondo, son admirados por su valentía en apostar todo a un solo número (otra vez) y echar a correr a ver si la ruleta quiere seguir dando vueltas y durante cuánto tiempo.

Aquella noche Rosa los vio caminar juntos y venció la poderosa tentación de saltar, como un tigre sobre su presa gacela. Le costó hacerlo, pero supo que pronto tendría la ocasión. Iban de la mano. No había mucho más que decir. Se veía a la legua que aquello tenía buena pinta. Haría postres especiales. Un *cupcake* que pareciera el gorro de Carmen Miranda, para homenajear a «la Frutera». En su presencia, ninguna de las drags amigas de Jesús se atrevió a afilarse la navaja de la boca, aunque lo hicieron tan pronto se dio la vuelta. No había huevos que fueran más grandes, polla más larga, músculo que tuviera

más fuerza que los de la propia Rosa. Era una institución en el ambiente de la ciudad. Una diosa materna absolutamente alocada y lo suficientemente mayor (no tanto) como para saber dónde tenía su punto débil cada uno de todos ellos.

Y la noche cayó, o mejor dicho bajó por la pasarela de la ciudad, elegante, llena de plumas, chispas en los ojos, dientes blanquísimos, albinos, cegadores, afilados y, por supuesto, con purpurinas muy pero que muy brillantes y muy pero que muy rosas.

## Capítulo 10

### La gran fiesta Rural Gothic

El día llegó. Como llegan los hombres. Es decir, con un pie primero y otro después. O quizá no. Llegó de un salto. Cuando menos se lo esperaban el día llegó. Y punto. La fecha se hizo realidad. Las sábanas estuvieron preparadas y convenientemente colgadas; Javier evitó las azoteas en pelotas; María consiguió que la invitaran a la fiesta (no se supo muy bien cómo, y ya es extraño en un sitio pequeño donde todo acaba sabiéndose); Diego ayudó a Kevin con la música y los preparativos, tanto como Jesús y la madre que lo parió, que se convirtió en la segunda madre del chico (por no decir la primera). Kevin se sintió entusiasmado con aquella mujer que era más *queer*, mariquita, maricona, marica y chupapollas que todos ellos. Lo último en sentido figurado, pues nadie se habría atrevido a investigar si aquella mujer tenía vida de alcoba (o de hotelito), porque su vida pública y sus *cupcakes* lo ocupaban casi todo. Kevin prohibió terminantemente que ninguna drag fuese invitada. Aquello tenía que tener un ambiente gótico, no ser un espectáculo del transformismo más creativo y rompedor. Pancho habló con el seguro hasta tres veces antes del acontecimiento, pues tenía miedo a que los rizapelos y los secadores salieran perjudicados por más que todo el grupo de amigos hubiesen hecho el trabajo de recoger, proteger el material del local e instruir al personal sobre las especiales circunstancias de celebrar una fiesta fuera de un bar. Por otra parte, no iba a ser una convocatoria multitudinaria. Kevin no lo había planteado así. De hecho, había ciertos invitados sorpresa que no acabaron de convencerle. Iban de negro sí, pero eran menos góticos que Winnie the Pooh. Y para colmo no eran amigos suyos... ¿De quién eran amigos Tatiana, María, su marido y aquellos cuatro o cinco más? La peluquería no era pequeña, pero el espacio se estaba quedando escaso, y más de uno y más de una había aprovechado para sobarle el culo... por encima del pantalón.

Durante aquellos días, Pancho había estado centrado en dos temas fundamentalmente: buscar un centro budista cercano y empezar a preguntar por su madre. Ambos temas le habían tenido bastante ocupado y preocupado. No lo suficiente como para confundir tintes o quemar el pelo a nadie con el secador, en cualquier caso. Entre tanto ajeteo mental, pregunta va y pregunta viene sobre su madre a todas las clientas, y rastreo en internet de centros budistas, había encontrado tiempo para cumplir su promesa y acompañar a Tatiana en su búsqueda de una nueva imagen. Una vez soltada la bomba con su nuevo peinado, ya todo fue un fluir de acontecimientos. A veces es más útil poner un pequeño cuerpo extraño para cambiar la dirección de la arena del desierto que levantar una gran muralla. La noche que llegó con el pelo corto y los ojos algo enrojecidos aún por el escozor de las lágrimas al borde del luto por la coleta perdida, salieron fuegos artificiales del dormitorio matrimonial. Por supuesto fueron comentados por todos los vecinos, que unieron aquel nuevo peinado a la conversación. Tatiana fue *trending topic* del correveidile de la ciudad, que no será tan amplio como Facebook o Twitter, pero causa igualmente terremotos sociológicos de elevado peligro en la escala local.

Pancho, ajeno a los vaivenes provocados sobre la superficie de la vida urbana, había

estado preguntando a todas sus clientas. No le importaba el rumor. Era consciente de que todo el mundo sabía que su madre no estaba en casa. *Vox populi*, nunca mejor dicho. Uno de los grandes temas de conversación, junto al cambio de imagen de Tatiana. Así que, disimuladamente, aunque disimulaba mal, había intentado conseguir información de su paradero. Nada. La llamada por respuesta. No se había oído hablar de ella ni se sabía si había cogido un autobús u otro. O sus amigas eran muy fieles o la señá Sole había puesto pies en polvorosa sin hablar con nadie. Con nadie de verdad. Tampoco nadie sabía darle información sobre la tal «Pepa la Pipera». Con aquel nombre era raro, pero no hubo vecina que supiese decirle quién era la tal Josefa que vendía pipas. Si Pancho hubiese cruzado sus búsquedas, y preguntado a las vecinas por un centro budista, y a internet por «Pepa la Pipera» habría ahorrado tiempo, pero no se le ocurrió. Y es que a veces lo que parece más lógico resulta ser lo menos útil. Después de aquella fiesta tenía claro que debía ir al pueblo de su padre a hablar con su madre. Ella había dicho que iría «al pueblo de tu padre», así que empezaría a buscar por ahí. No se trataba de intentar convencerla de que volviera, pero sí de comprobar que estaba bien y, de paso, intentar que fuera menos burra la próxima vez y le dejara forma de contacto. Pero tratándose de la señá Sole... lo segundo sería mucho más complicado que lo primero. Sin embargo, antes de ir a buscarla, quería tener algo que decirle sobre lo que estaba haciendo o quería hacer con su vida. Por eso el centro budista era importante, tan importante como buscar a su madre.

Dos días después de la fiesta tenía pensado pasar por el más cercano. No sabía qué tipo de preguntas quería formular, por lo que sufría al pensar que no encontraría las respuestas, pero al menos quería intentar hallar un camino. Había estado leyendo algunas páginas sobre la meditación y la concentración en la respiración. En principio no le habían convencido en exceso. Pero parecía relajante. Eso era algo. Tampoco entendía en qué medida la experiencia vital de un príncipe asiático de hacía un porrón de años podría ayudarle a entender qué buscaba un hombre de provincias que había superado la treintena, vivía de cortar pelo y tenía una madre viuda con una nueva y desconcertante afición a las películas de terror. De momento sabía que le preocupaba su mobiliario y su local. Pero todo transcurría con tranquilidad. La música era rara de narices y la indumentaria obligatoria, monocroma hasta la aburrición más soporífera de todos los tedios que había visto en fiesta alguna, pero si a Kevin le hacía feliz...

Y sí, Kevin estaba en pleno orgasmo. Un orgasmo incontenible y desbordante. Su juventud estaba llena de una ilusión explosiva. A él le quedaban muy bien las ojeras, las rayas negras en los ojos, los apretados pantalones brillantes. Había demostrado tener una cabeza amueblada organizando todo, hablando cuidadosamente con todos, preparando la música y manteniendo aquel tinglado oculto para Luis Antonio. Ellos fueron los últimos en llegar. Kevin lo había convencido de que tenían que recoger a Pancho para salir de fiesta y Luis Antonio se lo había tragado, sin sospechar, aunque su novio no podía ocultar la excitación. Cuando llegaron a la peluquería transformada en un garito de Camden Town por arte de unas sábanas negras y unos invitados bien aleccionados, a Luis Antonio, que llevaba una camisa azul oscuro, le faltaron las palabras.

—Es una fiesta sorpresa. Quería traerte un pedazo del Londres que tanto adoro a nuestra ciudad. Ya sé que no es lo mismo, pero todos han colaborado mucho,

especialmente Pancho, Diego, Jesús y su madre, a la que creo que no conoces. Luego te presento a Rosa.

Un pequeño silencio reinó en el coche y Kevin no pudo esperar.

—Bueno, di algo.

—Solo puedo decir gracias. Es sorprendente que hayas preparado todo esto y que hayas convencido a la gente para que te ayude. Ven, deja que te dé las gracias.

Y lo besó. Lo besó tiernamente. Cómo le gustaba acariciar aquellos labios donde destilaban los ojos enmarcados y las ropas oscuras, aquellos labios donde las máscaras se volvían transparentes y el muchacho con aspecto funerario se tornaba un cuerpo joven que deseaba amor tanto como todos los demás, lo vistieran de faralaes o lo adornaran con aromas frutales. Aquel muchacho tenía un sentimiento por él. Y no parecía que se fuese a disipar fácilmente. Eso rompía sus esquemas. Por primera vez temió que la historia durara lo suficiente como para arrancarle un pedazo de ventrículo cuando acabara. Pero aquel no era el momento para pensarlo. O quizá era el más indicado, pero no había tiempo de hacerlo y el resto de los invitados los estaban esperando.

—¿No crees que voy a desentonar un poco con mi estilo? No es que me importe, pero te has tomado muchas molestias, por lo que veo, para que todo el mundo vista de negro, al menos.

—No es problema. También he pensado en eso. Te robé un par de prendas la última vez que estuve en tu casa. Te harán estar más en sintonía. Tampoco es que el personal tenga un armario repleto de tops con transparencias y pinchos: han sacado un vaquero negro y una camiseta básica de Zara y han cumplido. Esto no es Soho ni un bar de la Alemania más oscura. Con esto bastará. Puedes cambiarte en el baño de Pancho después de saludar, si quieres estar a tono con los demás.

La fiesta empezó con tranquilidad, sin sobresaltos. Algún que otro curioso de más se había acercado a Tatiana a preguntarle por su difunta trenza, Diego y Jesús se bebían con los ojos bajo la atenta mirada de Rosa, que hacía de relaciones públicas de forma natural, y la Petri flipaba ante la singular fiesta y sus integrantes, sin dejar de darle al ron con limón, un poco asustada de no reconocer la propia peluquería en la que trabajaba a diario.

Javier hizo una de esas entradas triunfales, y se llevó tras él todas las miradas, salvo las de Diego y Jesús. Había encargado ropas realmente góticas que dejaban ver las trabajadas formas de su cuerpo, tan artificiales como una moneda de alabastro o un ordenador de nata y crema. Había pedido que lo maquillaran y las rayas de sus ojos hacían pareja con las de Kevin, siendo las únicas cuatro de la fiesta dibujadas de aquella manera. Si uno se fijaba bien, tanta perfección resultaba grandilocuente, exagerada, especialmente si se ponía a su lado la naturalidad del organizador, que no usaba los rayos uva ni necesitaba comprar ropa para la ocasión porque su armario era fundamentalmente gótico. Aun así, una veintena de ojos lo lamieron desde la punta de las botas hasta las de los pelos, sin dejar hueco en el camino. Y se sintió cerca de su triunfo. Había costado una pasta llegar hasta allí, pero todo estaba saliendo a la perfección. Incapaz de ver lo exagerado de su atuendo, hasta el punto de parecer un disfraz, se creía el amo absoluto de la situación, de la peluquería transformada y del grupo de los allí convocados. No había espejos a la vista, pero se habría mirado en todos. En su defecto se contemplaba en

los ojos de los que habrían vendido a su abuela por pasar una noche con él. Empezando por Petri y acabando por María, aunque a «la Porrera» no la distraía nada de su objetivo. Pancho y Kevin ignoraban lo que se les venía encima.

Disfrutaba de aquellas miradas, aunque las conocía. Le ayudaban a sentirse mejor, aunque era una seguridad efímera, breve como un SMS. Sabía que le habían hecho alguna foto furtiva con móviles de nivel medio y sintió decepcionante que su imagen pudiera verse rebajada por la calidad de aparatos con cámaras de escasos megapíxeles. Luego las fotografías se irían degradando a través de los mensajes o de las redes sociales. Quizá eso llegara a hacerle incluso irreconocible, lo cual sería menos molesto que verse identificado en retratos pésimos, con gestos horribles, por mucho que se esforzara en mantener su rostro alejado de muecas y aspavientos.

Intentaba evitar cruzar su mirada con la de los asistentes que lo adoraban sin tocarlo, como a un becerro de oro negro, un becerro musculado y maquillado. No deseaba iniciar conversaciones: Kevin estaba muy ocupado entre poner música y atender a su novio, hombre anodino para su criterio. No destacaba por nada salvo por su aspecto masculino. Nadie lo habría tomado por una loca, ni siquiera en aquella fiesta. Probablemente no era una loca, pero a saber qué tipo de ropa íntima llevaba por las noches. Imaginó cajones llenos de braguitas con encajes y sonrió inconscientemente al imaginarlo con un sujetador y unas bragas caladas, rojas y de florecitas. Aquel individuo no tenía nada que ver con Kevin, se notaba a la legua. Bastaba con mirarlos. La edad era el principal elemento de la incompatibilidad, pero no era el único. Ni siquiera entendía cómo podían funcionar en la cama. A él le habría dado grima tener que recibir un nabo tan viejo y soso; pero menos aún podía pensar en ponerse duro frente al culo —seguro que ya nada terso— de un banquero.

Sus malos pensamientos intentaban obviar la buena relación que había entre la pareja, y lo conseguían a medias, ayudados por alguna copa de alcohol y la euforia de pensar que tenía un plan que haría evidente que estaba en lo cierto. No perdía de vista a su presa, aunque se movía de un lado a otro poniendo sonrisa de príncipe encantador, sin bajar mucho la mirada al mundo de los mortales. Estudiaba el momento adecuado. Tenía su pastilla lista, bien a mano y controlada. No había sido barata, pero valdría su precio si daba resultado. No sentía ningún remordimiento... ni hubiera sido posible que sobreviviera a la marejada de alcohol. En cualquier caso no había que exagerar: lo suyo no era veneno... si se tomaba en la dosis adecuada. Solo un «potenciador» de lo que, sin duda, Kevin llevaba dentro pero no dejaba salir. No se puede ser monógamo a esa edad. Es más, no se debe. Él lo estaba ayudando a descubrir una realidad y una obligación de la juventud. Le habría encantado echar mano de uno de sus cronómetros para medir el tiempo que tardaría su «víctima» en dejar salir aquello que, sin ningún tipo de duda, en su interior se revolvía con inquietud, deseoso de mostrarse al mundo, y sobre todo a él, de caer rendido a sus pies y lamerlos como la perra que era.

Por fin, tras unos arrumacos, el banquero se dirigió al baño y Javier vio el cielo abierto, o el camino libre, hacia la piedra angular de su estrategia. Se hizo rápidamente con dos copas de ron y dejó caer la pastilla en una de ellas, la de la mano izquierda, la del corazón. Como le habían prometido, se disolvió con mayor rapidez que una aspirina efervescente. Era el momento de probar su efectividad, y su capacidad de seducción. Empezó a dar

pasos hacia Kevin, contándolos, disfrutando del momento, pero sin detenerse, sin olvidar que el novio no estaría en el baño eternamente, por desgracia.

María y su marido tampoco habían perdido el tiempo. Tras las presentaciones, en las que Pancho estuvo tenso, para diversión de Tatiana, que los observaba de cerca, ambos se habían ofrecido para ayudarle con el cuidado del local si alguien se «desmadraba». Como pequeños empresarios, imaginaban lo que Pancho estaría sufriendo. A Pancho le tranquilizaba a medias la presencia del marido como posible «calmante natural» del miura sexual que era María, bacante contemporánea sin límites conocidos. Faltaba un cartógrafo con el suficiente valor para adentrarse en aquel agujero negro del deseo. Y eso que el peluquero inconformista, con su déficit de curiosidad innato, no era un buen conocedor de las historias que pululaban por la ciudad sobre las orgías del matrimonio, aunque había oído ciertos rumores al respecto. Su alerta estaba encendida, sin embargo, y los despachó rápidamente, aludiendo que debía hablar con sus amigos y añadiendo, muy educadamente, eso sí, que les agradecía el ofrecimiento pero que seguro que no haría falta, puesto que todos eran conocidos allí.

María se encaró, en voz baja, a su marido.

—No te has insinuado nada, joder. ¿Cómo quieres que nos lo hagamos si no pones algo de tu parte? Enróllate un poco. Estate atento y, la próxima vez que se vaya al baño, éntrale un poco a ver...

—Mira, nena, yo si quieres le sigo al baño y le enseño la chorra, pero ese tío tiene menos interés en mí que yo en él.

—Pero eso no es posible. Si es mariquita y tú eres un hombre de pelo en pecho...

—Ay, María, tú sabrás mucho de hierbas pero me temo que en asuntos de homosexuales y deseos estás perdida como un niño de cinco años en un puticlub.

La ofuscación de María era inmensa, desbordante. Le faltaba tan solo cruzarse de brazos para parecer una niña enfurruñada a la que su padre le ha dicho que no irán al zoo a echar de comer a los monitos. ¿Para qué se habría molestado en buscar algo favorecedor que ponerse y se habría maquillado con tanto cuidado? No era fácil dar una imagen de alegría y vivacidad con aquellos tonos oscuros... Para colmo, podía ver con el rabillo del ojo la media sonrisa de su hermana. ¿Se habría dado cuenta de todo? Sus clientas le habían contado que se había visto a Tatiana llevando en su coche a Pancho e incluso se rumoreaba que habían estado de compras en la capital. Si no fuera porque su hermana siempre había sido más aburrida que el código civil, habría apostado a que se lo estaba tirando. Igual sí había algo entre ellos: el nuevo corte de pelo, aquel traje negro con escote... ¡pero si su hermana no había tenido un vestido desde la primera comunión! El termómetro de su mal humor amenazaba con reventar el cristal y empapar de un amargo mercurio a todos los asistentes a la fiesta. Tendría que hablar con su hermana y pronto. Aquello no podía quedar así. Lo que María ignoraba era que Tatiana también quería hablar con ella, aunque por muy diferentes razones.

—Vaya mierda de noche. La música es deprimente, mi hermana se divierte y el imbécil de Pancho no nos hace ni caso.

Su marido, que encontraba la situación bastante cómica y no tenía frente a los ojos la neblina del cabreo, había estado observando, sin embargo, y tenía buenas noticias que darle.

—No te preocupes, nena, creo que vamos a encontrar otros campos donde sembrar si el de tu Panchito está tan seco.

—¿A qué te refieres?

Por toda respuesta, un gesto de mano y la dirección de la mirada sirvieron para ponerla sobre la pista. Frente a sus ojos, Petri había interceptado el camino de Javier y, con un desparpajo de gogó avispada y sobria, le había cogido las copas.

—¿Adónde va un buenazo como tú con tanto alcohol y sin compartirlo conmigo?

—Perdona, me están esperando.

Intentó retomar el poder de los vasos, pero Petri fue más rápida y dio un sorbo de uno de ellos.

—¿Lo dices por Kevin? Ya he visto que no apartas los ojos de él. Pero está cogido, guapo. Y yo estoy disponible.

Javier apenas escuchaba lo que Petri le decía. Ya no estaba seguro de si estaba bebiendo el ron con «aditivo» o el ron a palo seco. El plan se estaba yendo a la mierda por momentos. No había contado con las golosas invitadas a la fiesta. Tenía que hacerse con el control y tenía que hacerlo deprisa. Agarró la copa sin probar con fuerza y se la arrebató a la peluquera.

—Kevin es el único al que conozco aquí. Le he ayudado a montar la fiesta y, si no te importa y no tienes intención de beberte todo el alcohol de aquí a Sevilla, me gustaría charlar un rato con mi amigo y mi copa.

Y la dejó atrás con pequeño empujón. Miró el vaso en su poder y se dio cuenta de que la muy entrometida se había quedado con la copa «aliñada». Cualquiera podría hacer lo que quisiera con ella aquella noche. Su voluntad iba a ser un recuerdo de un espíritu, una delgada línea de wasap sin ortografía ninguna. No lo lamentó en absoluto. Le estaba bien empleado por joderle el plan. Maldita zorra metomentodo. Se bebió casi de un trago su copa, que le supo amarga y escasa. Se pediría otra, ya que eran gratis, y se iría a casa. No tenía sentido quedarse ni un minuto más. Lo que no pensó fue que se había podido equivocar con el cambio de copas y que el desagradable sabor que paladeaba no era producto de su frustración.

Ese fondo tan desagradable era lo que el camello había llamado «totalmente nada, tío, no se nota ni una mijita». Pero claro, ¿quién puede esperar sinceridad de un camello? Javier era un buen cliente, tanto como de las tiendas electrónicas y el gimnasio, pero de ahí a decirle la verdad, distaba mucho... No existía precisamente un Colegio de Camellos ante el que quejarse por malas prácticas... que por otro lado seguramente eran las buenas prácticas de la profesión. Él no se dio cuenta. Empezó a percibir un calor que le venía a la cabeza como oleadas, y unas tremendas ganas de bailar, así como sequedad en la boca, que le llevó a pedir otra copa y luego, con una laxitud de miembros de goma, empezó a moverse, ajeno al ritmo real de la música, lanzando miradas cargadas de un sucedáneo fantasmal del deseo que fueron percibidas rápidamente por Petri, envalentonada por el alcohol y la extrañeza que sentía de estar en una fiesta como aquella, pero también María y su marido, que se fueron posicionando cada vez más cerca del caliente bailarín involuntario.

Lo que pareció promesa de un enfrentamiento de gatas desembocó en un pacto perfectamente entendido por las tres partes en uso de su voluntad: allí había carne para

todos. Petri, ingenua para el lance, sugirió un arreglo rápido en el baño, pero María le abrió las puertas a un nuevo mundo al revelarle que en su casa les esperaba un gran colchón y mucho más espacio. Eso no evitó, no obstante, unos primeros magreos y embestidas varias en mitad de la peluquería, para sorpresa, sobre todo, de Kevin y Pancho, cuyas ingenuidades estaban aún por desgastar. Kevin no habría imaginado que Javier jugaría tan bien por ambas bandas, incluida aquella con más curvas, aunque en el fondo —se reconoció a sí mismo— sabía bien poco de aquel compañero universitario que se había camuflado perfectamente para confundirse con un perfecto gótico.

Pancho, por su parte, se asombró de ver al marido de María entrar al trapo tan decididamente como su misma esposa o Petri, quien se comportaba de forma extraña para él. Aunque, todo había que decirlo, nunca había salido de copas con ella, por lo que ignoraba su forma habitual de caza. Aquel hombre sin nombre, «el marido de», pasaba tan bien de una boca a otra y manoseaba tanto las caderas de su asalariada como el torso del joven amigo de Kevin que les había traído las sábanas fúnebres. Eran el espectáculo no anunciado de la fiesta. Ojos hubo que se pusieron morados, y otros verdes de envidia; unos rojos calientes, y otros negros de mal humor. Babas y dientes rozaron los suelos. Pero como fueron los primeros en marcharse (y sin despedirse de nadie), la música y los seis amigos más la «gran madre gay» recuperaron su protagonismo.

—Hay que ver qué amigos tan abiertos de mente tienes.

—Me lo esperaba tan poco como tú. Por la forma en la que me entró, creí que Javier era homo. Pero, si lo pienso bien, tampoco me ha hecho ninguna confesión sobre su sexualidad ni nada por el estilo. Puede que sea bi, o que estuviera demasiado bebido para negarse a nada. En el fondo me da igual. Me alegra que se hayan ido.

—¿Demasiado eróticos para ti?

—Ya sabes que no —respondió besando larga y profundamente a Luis Antonio, dejándole probar todas las especias que guardaba en la punta de la lengua. Pero ninguno es realmente amigo mío y me mola que Javier no haya insistido en ligar conmigo. Quizá le juzgué mal. Espero que se lo pasen muy bien... Y que no me cuenten los detalles.

Allí habían nacido rumores y leyendas para los años por venir, pero sobre todo allí había nacido el material de «chantaje» con el cual Tatiana empujaría a su hermana hasta obligarla a aceptar el año al frente del hotel en el supuesto caso de que se negara. No es que la madre de ambas fuera estúpida, ni que estuviera tan mayor como para no enterarse de lo que pasaba, pero una cosa era hacerse la loca cuando escuchaba cosas aquí y allá de su hija la del herbolario, y otra muy diferente que la misma hermana viniese a decirle las cosas que habían visto aquellos ojos que se había de comer la tierra... aunque esperaba que para cuando llegara aquel momento aciago la trenza le hubiera vuelto a crecer muchas veces hasta los límites de la espalda.

El ambiente se serenó en ausencia de los actores secundarios y sus extrañezas de sainete sicalíptico y la música cobró importancia, como Kevin había planeado.

—Ya sé que esto no es nuevo, pero... quería hacerte entender hasta qué punto constituye mi mundo. Es lo que soy.

Luis Antonio le miraba con un cierto asombro. Era el jovencito el que quería poner las cartas sobre la mesa, mostrarse desnudo con sus particularidades y sus esencias, como si quisiera prevenirle, como si quisiera evitar una ruptura más adelante. Era él quien se

exponía y quien enseñaba la mano con la que jugaba: las facturas, los ingresos, los débitos, las trampas, los pufos... los fondos de inversión y los descubiertos, en términos bancarios. Las cuentas estaban allí, con sus números rojos y sus ingresos fijos.

—Sí. Tienes razón. Lo sabía ya. Fui yo quien te compró algunos de los discos que has puesto hoy.

—Es verdad. Pero podías haber pensado que era un capricho de niño. Una frikada.

—Quizá. Sin embargo, tengo algo que demuestra que no llegué a planteármelo en ningún momento.

—¿Sí? ¿Y eso cómo es?

—No pensaba enseñártelo hasta tenerlo ya del todo cerrado.

Le extendió unos papeles muy cuidadosamente doblados dos veces, que sacó de la cartera. Eran capturas de pantalla de ordenador. No estaban nuevos y los dobleces se habían sombreado un poco del roce. Búsquedas de viajes en diversas webs: hoteles, aviones, fechas... direcciones en Londres. Todas las simulaciones de las páginas visitadas se habían hecho para dos personas.

—Alguien tendrá que acompañarte a Candem Town, ¿no crees? Me ofrezco voluntario. Bastará que termines los exámenes del primer parcial y busquemos un puente de tres o cuatro días que pueda coger en el banco.

A Kevin se le había desbordado la emoción y lo abrazó en silencio. Quería haberle dado una sorpresa a Luis Antonio y él se la había llevado. Luis Antonio sabía que iba en serio, ahora estaba más claro. Él no pretendía desaparecer. No temía el envejecimiento. Al menos todavía no. Es posible que no lo hubiera pensado mucho, pero lo había hecho. Luis Antonio era, aunque él no lo sabía, el padre, el sostén, el hombre que le daba la seguridad que no había tenido en casa. ¿Era aquello un auténtico amor? ¿O una necesidad mutua? ¿No era el amor sentir necesidad del otro?

## Capítulo 11

### Fin de Fiesta

La música se fue relajando y el ambiente también. La mayoría de los invitados eran parejas (lo cual no había evitado un oleaje de deseos infieles como consecuencia de la entrada de Javier), y el discurso corporal lo dejaba muy claro. Por eso, llegado el momento de cerrar el chiringuito, aunque Kevin y Luis Antonio se ofrecieron a recogerlo todo, Pancho mandó a todo el mundo a casa a disfrutar de las mieles del amor y se quedó quitando vasos de plástico, botellas, ceniceros (quizá llenos o quizá vacíos) y limpiando. Tatiana había insistido en quedarse con él, ya que había acudido sola a la fiesta.

—Mujer, tu marido te estará esperando en casa.

—A mi marido ya lo despertaré yo debidamente cuando llegue, que será cuando termine de ayudarte.

—No voy a discutir contigo. Sé que no podría ganar. Por cierto, muy decidida te veo yo a ti desde el cambio de *look*. ¿Te ha ido todo como esperabas?

—La cosa no va mal.

La sonrisa enigmática de Tatiana habría servido para una perfecta esfinge rusa con aspecto de cordobesa. Pancho también sonrió.

—Creo que me merezco que me expliques un poco más. Soy el artista que ha parido tu nuevo yo, al menos por fuera.

—Está bien. Los trajes que me elegiste apenas los he podido usar porque sigo trabajando en el hotel. Esa es la parte que falta. Tengo que hablar con mi hermana. Pero lo que ha sucedido hoy aquí me da el as perfecto para obligarla a aceptar en el caso de que se muestre reacia. Por eso ayudarte a recoger es una pequeña compensación a la cadena de favores que me estás haciendo.

—¿Y en casa? ¿Ya lo has explicado todo?

—Mi marido está encantado. En realidad le estoy proponiendo que coja un año sabático, una excedencia, y que se venga a París conmigo... eso después de haberlo seducido de nuevo con estas pintas que me has dejado.

—Ya me imagino cómo lo has convencido a aceptar un plan tan duro.

—Durísimo.

—¿Y ya está? ¿No tienes miedo de lo que haga tu hermana con el hotel en tu ausencia? Yo no quiero decir nada, pero lo que hemos visto hoy es un ejemplo de que no tiene muchos miramientos cuando quiere algo. No sé yo si quieres transformar el hotel en un motel de carretera... ¡Y perdona que lo diga así!

—A mi hermana le vendrá bien asumir un poco de responsabilidad. Y dejaré gente vigilándola. Podrán avisarme en cualquier momento. Le permitiré solo la libertad suficiente, no obstante, para que pueda tener sus noches locas. Además, el dinero que va a sacar durante el año del curso le vendrá muy bien para reflatar el herbolario.

—Lo tienes todo pensado.

—Desde hace tiempo. Solo me faltaba el cambio de *look*. Y de eso ya te has ocupado tú. Y muy bien, por cierto.

Acabaron pronto. Tatiana estaba muy acostumbrada a recoger superficies mucho más amplias y mucho más sucias. El hotel también era alquilado para bodas y, aunque ella era la jefa, participaba como el que más en recoger hasta última hora. Cuando salió de la peluquería la noche era fría, pero no tanto como para hacerla tiritar. Además, aquel rincón de España tenía siempre una suavidad, un rostro amable que parecía dulcificar el clima, en el peor de los momentos, cuando el viento del norte venía afilando navajas en los troncos de los olivos.

\*\*\*

Luciano obligó a Ernesto a «dar un paseo» camino de casa. La realidad fue que acabaron rodeando la ciudad dos veces y la madrugada los acogió. Escucharon los gallos y los primeros pájaros, incluso la campana de la iglesia mayor. Por supuesto Ernesto hubiera preferido estar caliente, desnudo y caliente ocupándose del cuerpo. Pero Luciano había tenido suficiente elixir de la juventud. Quería otra cosa. Quería no complicarse la vida.

—¿Cuándo te vuelves a Madrid?

—Todavía me quedan cinco días libres.

—¿Te vas a quedar todos aquí?

Ernesto no había entendido bien la pregunta. El tono era crucial. Lo que la voz de Luciano, algo ronca aquella noche, había expresado era bastante plano y era uno mismo quien ponía el tono a las palabras. Ernesto ya estaba bastante molesto por no haber ido directamente a casa, a follar.

—¿Te molesto? ¿Tres cosas mejor que hacer?

—No digas gilipollecias. Te lo pregunto porque contigo todo es a salto de mata... bueno, a salto de cama. Nunca se sabe. Te recuerdo que cuando nos conocimos tuve que arrastrarte a un restaurante para poder saber tu nombre, después de seis noches de polvos... inolvidables, eso sí.

—Mira que eres rencoroso. No pasas *na*. Yo quiero quedarme contigo hasta el último día que puedo.

—¿Y luego?

—Y luego, ¿qué?

Luciano lo miró pausadamente. Dejó de andar pero no sacó las manos de los bolsillos del pantalón. De su boca salían palabras tanto como un sentimiento profundo, denso.

—Exacto. Luego, ¿qué? Mira, parezco «la otra», solo que yo sé que no hay un marido cuando vuelves a Madrid. No es que te esté pidiendo amor eterno ni una relación como las de la posguerra, pero... ¿qué puedo esperar de ti? ¿Un polvo frenético cada tres meses cuando te apetezca aparecer por la puerta y asegurándome que no te estás tomando nada?

—No me estoy tomando *na*.

—«Y comulgo con ruedas de moliiiiinoooooooo». Mira, Ernesto, mientras no aceptes lo que eres y dejes de preocuparte de que te puedan descubrir en el tablao, vas a tener una presión con la que tú solo no vas a poder.

—El mundo del flamenco no es *mu* abierto *pa* según qué cosas.

—¿Y qué esperas? No te estoy diciendo que vayas gritándolo a los cuatro vientos. Solo que dejes de preocuparte, porque una ola se va a llevar por delante todas tus opciones

de felicidad en la vida. No se trata de mí. Puedes tener otras parejas. Pero ninguna te funcionará si no aceptas la realidad. Y lo que es peor, no estarás a gusto en ninguna parte. Los armarios a estas alturas deberían servir para los jerséis, Ernesto. No digo que lo abras de par en par. Pero si lo dejas cerrado el olor apolillado te va a estropear todo lo que hay dentro.

—Yo quiero bailar.

—Y yo quiero que bailes. Pero si para eso has de sacrificar tu propia naturaleza... si tienes que negarte a ti mismo... No creo que funcione a largo plazo.

—¿Crees tú que me aceptarían así, sin más, si fuese floreado por ahí?

—No te estoy diciendo que vayas cantando copla como yo, y poniéndote peinetas en la cabeza, ni haciendo requiebros al primero que pasa, niño. Te estoy diciendo que dejes de construir un muro que te está encerrando y presionando. Al final terminas tomando lo que no debes para aguantar.

—Cuando estoy contigo no tomo nada.

—¿Y por qué crees que es?

—Porque no me da tiempo, follamos todo el rato.

La carcajada de Luciano retumbó en las calles vacías, que se tragaron los ecos suavemente, escondiéndolos entre las piedras irregulares de las calles más cercanas a las afueras, al campo y a sus olores de olivo y tierra seca. El cuerpo de Ernesto, tan equilibrado, tan fuerte, tan bien colocado, le pedía un abrazo y se lo dio.

—Me encanta tu brutal sentido del humor. Pero te estoy hablando de algo muy serio.

—¿Y qué *quies* que haga? ¿Me pongo a llorar?

—No, prefiero que bailes.

—¿Qué?

—Nada, yo me entiendo. Que el que baila su mal espanta. ¿Y no podrías bailar en algún lugar más cerca de aquí? Podrías dormir en mi casa y así evitarías tentaciones...

—Ya te veo yo a ti las tentaciones que me *quies* evitar.

—Lo digo en serio.

—¿Y crees que no lo sé? Mira, Luciano, me he *tirao* mucho tiempo *pa* llegar a Madrid. Sé que no estoy en el último espectáculo de Joaquín Cortés, pero aun así... No sé yo si en provincias...

—En provincias, a veces, hay más libertad y más felicidad que en los espacios grandes, niño.

Entre ambos desgranaban el amargo fruto de la autoaceptación tanto como la necesidad de la aceptación ajena. Los anhelos, los deseos profesionales, los entornos... y el deseo, el deseo de formar algo más que un par de cuerpos enredados sobre las sábanas arrugadas. ¿O no? ¿Era acaso todo un engaño de la naturaleza que busca erróneamente su perpetuación? Ernesto no era estúpido, pero no había completado los estudios secundarios. La pasión por el baile lo había ocupado todo. Y ahora se veía desprotegido, a veces, contra el mundo en el que se movía. Si pudiese llegar a algunos ámbitos, su homosexualidad no sería un problema. Pero en el que había escogido la atmósfera era cerrada... o eso creía él. Empeñado como estaba en bailar y follar sin que nadie le notase por qué tipo de cuerpos perdía el sentío, su joven vida se había vuelto una espiral de autoengaño. ¿Quién en el tablao podía sospecharlo? Si nadie lo intuía, tanto cuidado era

exagerado; si alguien lo sospechaba, nada parecía haber cambiado. Pero nuestras inseguridades son como gusanos insaciables, como sanguijuelas capaces de tragar varias veces su peso: se ceban en nosotros y dejamos que sigan haciéndolo creyendo, como los antiguos médicos, que es por nuestro bien, aunque en realidad solo nos debiliten al irnos reduciendo la sangre, las ganas, la autenticidad, el valor de ser quienes realmente somos, lo que sabemos que late dentro de nosotros dando sentido a cada despertar, a los actos realmente significativos.

Podrían haber seguido discutiendo de banalidades hasta el alba y Luciano podría habérselo cantado con mil coplas que hablaban del valor y la hombría, porque ambas posturas estaban claras y ni Ernesto estaba dispuesto a poner en peligro lo que él creía una posición segura, ni Luciano, ni la Luci a abandonar su intento en pos de que cerrase los armarios y dejase solo la naftalina dentro. Pero, hete aquí que, en una de sus circunvalaciones por la ciudad dormida, unos gritos —muy escandalosos— llamaron su atención. Si aquella mujer hubiese dicho Alberto o Carlos o Adolfo, habría sido imposible saber si aquel nombre correspondía al marido de María, nuestra ilustre ninfómana y libérrima secundaria. Circunstancias de la vida, la voz nombraba claramente a Javier, y ya eran muchas coincidencias. Ninguno de los dos pensó en Petri, la eterna peluquera en la sombra, que aquella noche se había mostrado como una gata que aprendía de la madre tigresa. Quizá nadie la tenía muy en cuenta.

Cierto es que los gritos habían deformado su voz, pero Ernesto apenas la conocía y a Luciano le caía un poco gorda, por lo que tendía a eliminarla de su mente.

Efectivamente, se trataba de Petri: de su garganta, el nombre del bello doncel salía disparado hacia el cosmos como las celebérrimas palabras de Napoleón frente a las pirámides. Y no con menos fervor. Las ventanas de las casas circundantes estaban bien cerradas y las persianas bajadas completamente. Algo que podría deberse al fresco, pero también a que aquellos espectáculos acústicos gratuitos no eran infrecuentes en el domicilio de donde procedían.

Los dos hombres se miraron divertidos y se acercaron. Se trataba de una construcción de un único piso, parecía que los padres le habían puesto una amplia casa independiente a la niña para que al menos tuviese un lugar discreto y no muy cercano al hotel, pues era difícil pensar que la herboristería diera para tales lujos, así como para el mantenimiento del tejado, siempre un continuo problema en casitas como aquella.

Los gritos continuaban, pero más sofocados. El ritmo parecía haber caído en un valle más discreto, pero no se podía saber si volvería a ascender por las montañas del deseo y de los decibelios. Las persianas verdes también estaban echadas. Era como si el teatro del mundo, al revés que el del ocio, echara su telón para que la función tuviera lugar. Pero no hacía falta verla: al día siguiente todo el mundo en el pueblo aseguraría «saber» todo tipo de detalles, del antes, durante, después, arriba, abajo, cerca, lejos, dos, tres, cuatro... Un Barrio Sésamo al completo, vamos, e igual de educativo. Ernesto se miró el reloj.

—¿Llevarán follando desde que se fueron de la fiesta?

—Difícil de saber. Esas voces son muy ansiosas como para esperar a cumplir protocolo alguno. Parecían tener mucha hambre acumulada. No te pierdas a la Petri de vista, hazme caso. Me temo que al muchacho lo han arrastrado al huerto sin contemplaciones...

—¿Arrastrao al huerto? Menudo gilipollas. No me digas que te gusta ese niñato. Se ve

de lejos, desde las columnas de Hércules, *chavá*, que es un niño de papá.

En el tono y en las palabras estaba claro que a Ernesto le habría molestado que Luciano hubiese puesto sus ojos en aquel joven. Él lo había *calao* bien pronto, y no le habían hecho falta varios años de carrera para ello. La palabra «celos» recorrió rauda la frente de Luciano, pero su lengua se contuvo. Lo que menos quería era una escena allí mismo. Le miró divertido y le contestó con agilidad.

—¿Ese que no sabe bailar ni suelto? Anda, hijo, que Santa Lucía te conserve la vista. Pero me da pena que se lo hayan llevado así, parecía como atontado.

Afortunadamente, Ernesto no apreció que aquel comentario implicaba una evidente fijación en Javier y su comportamiento durante toda la velada, antes y después de la desafortunada (o afortunada, según se mirara) copa.

—Ese es tonto de nacimiento. Lo lleva en la matrícula.

Si hubieran podido mirar por alguna rendija habrían visto una magnífica escena de vodevil. María apoyaba su cuerpo, con las piernas abiertas, sobre el pecho de Javier, mientras lamía los pezones de Petri, que aprovechaba la hombría, sentada sobre ella, y la cabalgaba como una vaquera de Bonanza, aunque con un despepite propio de la princesa Xena la guerrera y su amiga, siempre sospechosa como Robin lo es respecto a Batman.

Con curiosidad encomiable por arquitectos, inventores y vividores, aquel eterno personaje sin nombre, el marido de, aprovechaba levantando las piernas del protagonista de todos los desvelos, y aprovechaba a probar cuevas por el lado posterior de la montaña, siguiendo aquella lección de Coco que daba vueltas alrededor de la montaña, mostrando no solo a los más pequeños el significado de la locución preposicional *alrededor de* sino también a los no tan pequeños que la montaña tiene una parte de atrás. Claro que, sin duda alguna, esa curiosidad permitía que Petri pudiese sentir la dureza y la potencia del ambidiestro, que sin aquella aportación cárnica del marido de María no habría sido útil más que con una mano de cartas, la que lleva pajes, caballos y caballeros, pero nunca reinas (en su caso ni siquiera reinonas). Ese disfrute de la joven peluquera, ese dejarse ir, permitía que María investigase con pequeños mordiscos y lametones el placer oculto en los pezones, que de ninguna otra forma se hubiera dejado tocar por otra mujer.

Y, en definitiva, aquella colaboración anónima producía o permitía el placer de todos aunque nadie le prestase, a su persona, caso alguno, pues Javier estaba demasiado ido para saber qué o quién entraba en su cuerpo y desde dónde lo hacía.

Semejantes equilibrios duraron bastante tiempo, pues el matrimonio era ducho en las batallas del amor y Petri era una joven potrilla con las hormonas descolocadas, y Javier llevaba acumulando deseo durante días.

El sol los despertó cuando ya había pasado del mediodía, porque no hay persiana lo bastante densa como para impedir la curiosidad del astro rey en ciertas latitudes de nuestro país. Para entonces, Ernesto y Luciano hacía ya horas que habían llegado a casa y poco que habían desplomado sus cuerpos, uno junto a otro, tras unos asaltos tales que no dejaban lugar a dudas sobre el anhelo mutuo. No habían solucionado, cierto era, la discusión que se había planteado sobre la falta de salubridad de mantenerse oculto y de dejarse estar bajo toneladas de presión absolutamente innecesaria. Pero habían reído

hasta llegar a casa y habían disfrutado de sus cuerpos como solo los sabios saben hacerlo: sin dejar pedazos de piel, sin desperdiciar rincones ni placeres, sin guardarse nada para el día siguiente, porque el deseo se renueva como un Apolo que nace cada mañana con su carro de caballos briosos. Ea.

\*\*\*

Jesús llevó a casa a su madre. Había unos kilómetros entre aquella ciudad y la capital y, aunque Rosa se habría buscado la vida, no era cuestión. Diego los acompañaba en el coche. De hecho, Rosa insistió en que fuera delante, como copiloto, y ella se quedó con los tres sitios de atrás para ella sola.

La conversación surgía natural y fluía. Estuvieron un buen rato riéndose del espectáculo de Javier, bailando completamente descompasado, y sobre todo del numerito (numerazo) de asalto sexual protagonizado por Petri, María y su marido.

—Lo creeréis o no, porque vosotros vivís en ciudad grande, pero este tema será el comentario del vecindario hasta dentro de una semana.

—Jajaja, no sé en las megaciudades tipo Nueva York y eso, pero lo que es en la nuestra no te equivoques, son igualmente pueblos, con calzadas y supermercados y parkings, pero son pueblos. Los chismes también se propagan como la pólvora.

—No lo dudo, Rosa, pero me da la sensación de que no son igual. Imagino que los chismes de gais se propagan en la comunidad gay... y los del vecindario por el vecindario... Pero en nuestra pequeña ciudad, un rumor es para todos. Es como los diamantes, que son para siempre, pero para todos. No hay calle ni rincón, ni peña ni cofradía, ni café ni frutería, donde no lleguen los ecos de lo morboso o llamativo. Aunque, claro, la gente se asombra por cosas que ya deberían ser normales, del día a día.

—La gente folla muy poco y se dedica a espiar o a inventar lo que follan o dejan de follar los demás. Disculpa si te soy tan directa. Seguro que mi hijo ya está sonrojado.

Y, sin poder evitar unas carcajadas, Diego observó que Rosa estaba cien por cien en lo cierto. El color había subido como un ascensor de rascacielos a las mejillas de Jesús. Había sido una «descarga inmediata» como las que prometen los proveedores de internet: la vergüenza «se había bajado» en «tiempo real» a aquella cara en la que la barba descuidada disimulaba los carrillos de bebé rollizo.

—¿Y quién no se sonrojaría escuchando a su madre hablar de follar? Jajaja. Perdonadme si soy un poco clásico... En mi mundo de ordenadores nadie habla de esas cosas, solo se comparten con una revista en la oscuridad de tu cuarto.

—Menudos pájaros debéis de ser los informáticos. Algún día Diego me contará tus secretos de alcoba, ¿a que sí, Diego?

—Bueno, todo depende de con cuántos *cupcakes* pienses sobornarme.

Y todos sonrieron, aunque por motivos diferentes.

## Capítulo 12

### Pepa la Pipera y la seña Sole se van de compras

Se lo había dicho dulcemente, como era la forma natural de hacerlo en Pepa:

—Sole, no puedes seguir con este escueto vestuario. Necesitas algunas prendas más. Yo te llevaré por las mejores tiendas de la zona. Me las conozco todas y soy buena clienta. Te harán buen precio.

Y la seña Sole le contestó como cabía esperarse en ella:

—¿Y *pa* qué quiero yo más trapos? *Pa* dar una vuelta al barrio y estar en casa tengo quita y pon y unas cuantas mudas. Y las bragas las podemos *comprá* en cualquier mercería cuando hagan falta. No me líes, que yo no soy mujer de lujos.

—Mujer, no seas así. Te hará bien cambiarte y añadir algo de color a tu armario. El negro está muy bien, pero de vez en cuando hay que animarse.

—Que no, Pepa, que no. Anímate tú. Yo estoy bien así. *Comprá* ropas... Pues sí que... No tengo yo agujeros en las manos y la vida está *mu achuchá*.

—Pero si tienes una pensión medio decente. Y no te has dado ni un capricho desde que estás en esta casa.

—Uy, caprichos, caprichos... parece mentira, Pepa. Ni que fueras de la generación de mi hijo, siempre pensando en placeres y antojos. Nosotras hemos vivido otras Españas, Pepa. Y mi madre me enseñó bien lo que fue la posguerra. Yo no necesito esas cosas.

Pepa no se sintió ofendida, aunque notaba la falta de comprensión por parte de la seña Sole. Ella había necesitado muchas veces alegrarse el día, y un trapito bien podía cumplir esas funciones. Un trapo comprado de oferta obra maravillas en un alma femenina. Y si es rojo y atrevido y lleva alguna brillantina, aún mejor. Hace que una se sienta aún joven y osada, que sigue en el mundo. Pero no quería discutir.

—No te falta razón, Sole. Yo necesito un pañuelo para el cuello, que pronto viene el otoño y tengo que tener mucho cuidado con los fríos, que la garganta la tengo muy sensible. ¿Me acompañarás al menos?

—¡Y dale! Será que te sobran los dineros, Pepa. ¡No tendrás trapitos para hacerte de pañuelos! Como empiece a abrir cajones... la de ellos que te encuentro. Por no hablar de otras cosas.

—Anda, que es un antojo que tengo y tú controlas lo que gasto, si eso te hace sentir mejor.

A regañadientes, la seña Sole accedió por fin. Pepa, que sabía bien adónde la llevaba, no se molestó. Tuvo que esforzarse por no sacar una sonrisilla que le venía de detrás de esos labios juguetones que tantas bocas habían conocido. Ella era una traviesa incorregible. Seguía queriendo jugar. Jugar a las muñecas. Quizá porque no pudo hacerlo mucho cuando tenía lo que se considera la «edad adecuada». Quizá, y más que quizá, solo mantener el deseo de jugar libraba del amargor y las limitaciones que la edad traía consigo.

La seña Sole, entrada en sus carnes, más aún que en sus años mozos, vestida de negro, y resistente a todo, y Pepa, la aclamada Pepa la Pipera, espigada, friolera siempre —aun en pleno verano—, cubierta por una chaqueta muy colorida, formaban una pareja de

contrastes. Pero no era Pepa con la alegría de sus prendas brillantes la que llamaba la atención en el barrio. Llevaba demasiados años allí. Era más conocida que Madonna y Raphael juntos. Allí la curiosidad era más suscitada por la seña Sole, una «novicia» sin malear en el convento del vecindario. Una novicia con muchos reaños, eso sí.

Muchas vecinas se paraban para hablar con Pepa y preguntarle mil cosas y se interesaban por su acompañante. Pero la seña Sole sabía muy bien distinguir con quién se podía hablar y con quién no se *debía* hablar.

—Pero, Pepa, ¿tú sigues creyendo que *to er mundo e güeno* o qué? Con *to* lo que llevas *pasao* en la vida, chica. Te las dan *toas* en la misma mejilla.

—Mujer, ¿no lo dirás por la pobre Paca? Bastante tiene ella con el marido, que le da al tinto hasta el punto de tener que sacarlo a rastras de la bodega.

—No me extraña. El pobre hombre se debe de meter allí por olvidarla. Igual con la *tajá* la ve menos arpía.

Con un par de respuestas secas y un par de miradas bien enfocadas ahuyentaba a las cotillas profesionales como si hubiera echado Raid y las muy cucarachas desaparecieran.

Quince minutos de paseo después, sorteando aceras estrechas que se iban adentrando hacia la ciudad antigua, discos y motos, porque la ciudad era muy motera, llegaron a su misterioso destino.

—Aquí es.

—Pero, pero...

La cara de la seña Sole reflejaba perfectamente su sorpresa. Frente a ella una mezcla de mercería, tienda de telas, retales, pedrerías falsas, bisuterías verdaderas, antigua como una novela de Galdós, y con los mismos suelos de aquel entonces, desgastados de los millones y millones de pasos que por ellos habían transcurrido. La música, al entrar, le chocó tanto como todo lo demás: aquello era el imperio de los sesenta y los primeros setenta.

—¿No es como volver a nuestros grandes años, Sole? Este sitio me pone feliz.

—Pepa, querida, tú vives en una burbuja de felicidad... Pero me alegro, me alegro de haber venido. Qué lugar tan particular.

—La de cosas que me he hecho yo con pequeños tesoros encontrados en esta tienda.

Justo en aquel momento empezó a sonar en aquel hilo musical —que no era radio alguna y que quizá correspondiera a algún oculto responsable de cambiar los discos o cedés— una canción especial para Pepa. Era *En un mundo nuevo*, aquella apuesta española por ganar Eurovisión en 1971. Pepa la había cantado taaantas, pero taaantas veces... que no pudo evitarlo. En mitad de aquel batiburrillo de oportunidades y baratijas, retales y guipures se puso a cantar sobre la voz de Karina y a imitar los gestos y expresiones de la intérprete original. La tienda se inmovilizó. Hasta las moscas o arañas, en caso de haber alguna, pararon sus alas y labores para atender al momento álgido de aquella clienta bien entrada en años pero tan dada al teatro y a la música.

*Solo al final del camino,  
las cosas claras verás  
la razón de vivir y el porqué  
de mil cosas más  
Al mirar hacia atrás,*

*cuando llegues comprenderás.  
Busca las cosas sencillas  
y encontrarás la verdad...*

Y los tres minutos, dependientas y clientela se quedaron absortos contemplando una especie de *flashback* con una Karina que cantase, ya achacosa, desde el futuro, su éxito del setenta y uno. Solo faltaban los focos y el decorado de cartón piedra frente a las cámaras, que era sustituido por mostradores y bovinas de hilo; lentejuelas y botones de mil épocas, descabalados y olvidados en muchos casos, pasto del polvo y presos bajo mil cajones acumulados encima con el paso de los años.

La seña Sole se sintió incapaz de interrumpir a su amiga, dado el interés obvio que todo el mundo tenía por escucharla, pero si hubiera sabido en algún caso lo que era la vergüenza la habría sentido. Ella era demasiada mujer para dejarse vencer por algo tan nimio como la timidez. Sencillamente, aquello no casaba con su pragmatismo terrestre. Faltaba tan solo el «Trío La la la» para acompañar a Pepa, aunque no le hacía falta, llenaba el escenario de la mercería de ocasión por sí sola. Algunas de las mujeres que se hallaban, extasiadas, contemplándola, bien hubieran querido ocupar ese papel si alguien se lo hubiese propuesto, pero allí no había propuesta alguna, solo una artista entregada, dando todo lo que llevaba dentro, sin salir desde hacía un tiempo.

Al terminar aquella pantomima grandiosa la ovación fue unánime. La emoción podía notarse en el ambiente, en las telas estrujadas por las manos callosas de coser, en los ojos brillantes, en el rictus de los labios que seguían aquella canción. Aquello era territorio de otras épocas y recordar la juventud de uno llena el alma de sensaciones intensas. Dublín no habría aplaudido más a la representante nacional. Desde el mostrador, la que parecía ser la dueña de la tienda se acercó a Pepa para abrazarla.

—¡Pepa! ¡Cuánto tiempo! Qué alegría tenerte de nuevo por aquí. Ha hecho bien mi marido, nada más verte, en poner tu canción. Te echamos de menos.

La mayoría de las clientas se acercaban también a ella robándole besos y abrazos. ¡Sin duda aquello era dominio pepil! Por un momento la seña Sole fue invisible para el mundo. Pero en su corazón sentía la alegría de ver que Pepa no había estado precisamente sola todos aquellos años, que había tenido su público. Y hasta podría decirse que experimentó un punto de orgullo.

El grupo se iba nutriendo según entraban nuevas mujeres a la tienda. Allí todo el mundo parecía conocer y echar de menos a Pepa. No acababan los reencuentros, los diálogos, las confesiones. Era un momento de gloria que rozaba el esperpento de los famosos cuando entran por una alfombra roja y todos quieren sus autógrafos, sus fotografías, sus besos... una parte, por pequeña que fuera, de su fama. Esos mismos famosos que, de diario, por las anchas calles de las ciudades donde habitan, muchas veces pasan desapercibidos.

No eran pocas las que, además de preguntarle por sus cosas, pedían consejo a Pepa o quedaban en llamarla para consultar ciertos temas que se adivinaban sentimentales. ¿Pepa consejera de parejas? Una cosa era que pudiera dar sus pareceres y compartir conocimientos sobre las costuras y los trapos para los espectáculos o incluso para acudir a las bodas si la interesada quería salirse un poco del guion y destacar robándole un poco de protagonismo a la novia pero, ¿asesora matrimonial? Quizá fuera más psicóloga o

confesora, almohada donde algunas se desahogaban. Pepa era un universo. Tras un rato que pareció no terminar nunca, y en el que el mencionado marido salió de su escondite en la trastienda para dar dos sonoros besos a la heroína, para asombro de la seña Sole, se volvieron a reunir para ojear, al fin, las mercancías. Por supuesto, ella seguía en el momento, subida a la tarima, al escenario, pensando en su «actuación» y en otros «pasados mejores».

—¿Te acuerdas, Sole? Elegimos entre todas a Karina a través del cupón de la revista *Tele-Radio*. Fue tan emocionante con aquel Waldo de los Ríos, tan temperamental, dirigiendo una orquesta en directo...

—Sí, sí, tan temperamental que el pobre se acabó suicidando. *Ties* memoria *pa* lo que te interesa. Oye, has *estao* tremenda. Sigues teniendo una fuerza como la de los mulos del arado.

—Anda, adúladora. Si no fuera porque te conozco diría que exageras. No puedo evitarlo, esa canción me vuelve loca. Fue el mayor hito en mi carrera.

—Lo sigue siendo. ¡Y cómo te siguen admirando por aquí! Bueno, ya está bien de sentimentalismos, niña. Vamos a buscar tu pañuelo y luego comentamos. Pero, de *verdá*, me ha *gustao* verte de nuevo en tu salsa. Sabías bien a lo que me traías, pillina. Siempre has sido una traviesa incorregible.

—Sole, la vida sin un poco de travesura no habría tenido sentido para mí. No habría sido capaz de soportarla.

—Lo sé, lo sé. Anda, no pienses en cosas tristes.

—¡Pero si no lo hago! ¡Mira qué tela tan maravillosa para mi pañuelo!

Aquella trama de hilos de un rojo chillón, con pequeñas lentejuelas brillantes como si las hubiera parido una estrella liliputiense, parecía más indicada para gasa de estriptis que abrigo para el cuello de una mujer de edad... de mucha edad. Pero así era Pepa, y Sole, armada de negro de arriba abajo la quería así, quizá porque la complementaba o quizá solo porque la quería, sin más. Cuando se racionaliza el sentimiento muchas veces es como si se ajara, como si se convirtiera en ceniza y el viento se lo llevara hasta dejar apenas un aroma entre los dedos. La cuestión es que Sole siempre había querido y protegido a Pepa. Y no importaban los años que hubiera cumplido: esa emoción, esa inclinación seguía allí.

—¿Y no lo vas a *adorná* con alguna puntillica?

—Anda, que me tomas el pelo. Esto solo un flequillo para el remate y perfecto, en diez minutos me lo he hecho yo en la máquina. ¿Estás segura de que no quieres mirar nada de esos mostradores? Igual unas telas grises...

—Uy, grises... Pepa, la de los colores eres tú. No me líes, no me líes...

\*\*\*

Pancho miró el edificio. ¡Aquello parecía la casa de *Psicosis*! Rodeada de unos jardines enormes y una reja antigua, todo en aquella construcción hablaba de métodos antiguos de trabajo y materiales que hoy ya no se usan. ¿A quién habría pertenecido la casa? Aunque todo estaba limpio, se notaba que la vegetación del jardín había crecido de forma salvaje durante mucho tiempo y ahora —si bien se habían vuelto a definir los caminos arrancando las malas hierbas y recortando ciertos setos— la maraña general de

ramas y hojas, y la falta de parterres donde casi podía adivinarse que una vez estuvieron, resultaban suficientemente expresivos sin necesidad de utilizar la palabra.

Se cruzó con un monje camino de la entrada. Sus telas rojizas y anaranjadas le sobresaltaron un poco. Sabía adónde iba pero, por alguna razón, quizá porque nunca hubiera visto uno por las calles de su pequeña ciudad, el impacto fue mayor.

Le sonrió. Era asiático. Quizá no hablaba español. ¿Sería como aquellos mormones sobre los que siempre se veía en las películas que iban en parejas o grupos a otros países para evangelizar, aunque no conocieran el idioma? Apenas llegó a dar los buenos días. El monje ya estaba a unos pasos de distancia.

Se quedó parado unos instantes y reflexionó sobre su propia falta de coherencia. ¿Qué otra cosa quería encontrar en un centro budista? ¿Tardes de toros y esquimales? ¿O concursos internacionales de jazz? Reanudó su marcha y se enfrentó a la puerta de la enorme casa. No había timbre. Podía llamar con el puño, pero le sonó rudo y decidió empujar la puerta. Acertó. No estaba cerrada con llave. Se asomó despacio, a la vez que lanzaba un «hola» en busca de alguien que lo atendiera.

De una estancia al fondo surgió una mujer con el pelo muy corto, unos cincuenta años y la cara muy pálida.

—Hola. ¿Qué tal? Yo me llamo Elena.

Era exactamente lo opuesto a lo que acababa de ver en el jardín: vaqueros raídos, polo negro ajustado, algo gastado; paso decidido, rotundo, y un castellano perfecto que, junto con su aspecto, delataban su origen, lejos de Asia, de donde sin duda procedía el monje de anaranjada túnica.

—Encantado, estooooo... bueno sí, claro, yo me llamo Pancho. Bueno no me llamo Pancho, como comprenderás, pero me llaman Pancho. Vamos, que ya no me reconozco si me llaman por otro nombre.

—¿Por qué no pasas y te tomas un té? Tenemos algunos muy ricos.

—Bueno, claro, estooooo... yo en realidad venía a informarme sobre el centro.

—Claro, claro. Ven, pasa.

Y lo condujo hacia la estancia de la que ella había salido, a través de una recepción muy grande, con una escalera pegada a la pared derecha y una puerta enorme tras la que se veía un suelo diáfano y un ventanal de gigantescas dimensiones.

—Eso que miras es la capilla. Bueno, el lugar donde meditamos. Sígueme.

Al fondo entraron en un largo y estrecho pasillo que desembocaba en una inmensa cocina, con aires quirúrgicos. Elena parecía a punto de merendar. ¿Sería la merienda una tradición budista o más bien una libertad española por parte de la tal Elena? Más parecía lo segundo por la soledad del lugar, pero Pancho dudaba. ¿Igual la merienda solitaria era un acto de meditación elevado? Ajena a sus dudas, su anfitriona se había agenciado una silla alta, de bar, y tenía un sándwich aún intacto y un té humeante sobre las cámaras refrigeradoras o armarios metálicos inmensos que había a ambos lados de aquella parte de la sala. Fue rápida a buscar otra silla y se la ofreció a Pancho mientras ella se sentaba.

—El sitio es enorme, pero que no te impresione. Yo creo que esto debió de ser un colegio de señoritos o algo, y esta debía de ser la cocina ya de entonces. Pero es moderna, no te creas.

La gestualidad y la forma de hablar de aquella mujer no parecían casar con el centro,

donde uno esperaba que le hablaran como con fórmulas del Dalai Lama. Elena se había percatado del silencio violento o acojonado de Pancho.

—No tengas reparo, aquí solo está la china a estas horas. Fu Li Chun o algo similar, se llama la tía. Y se entera menos de lo que hablamos nosotros que nosotros de su cháchara oriental.

Pancho no acababa de encajar todo aquello.

—Pregunta lo que quieras. ¿No has venido a informarte?

—Sí, sí, claro. El caso es que yo no sé mucho de budismo... pero estoy buscando ciertas respuestas...

—Ah, pues cómprate el Trivial Pursuit.

—¿Cómo?

—Nada, nada. Es que tengo un humor muy mío. Sigue, sigue.

—No es un tema fácil.

—Comprendo. Vamos a ver si esto te ayuda: piensa que yo estoy de paso, que ni sabes de dónde soy ni yo sé de dónde eres tú, que nos conocemos nada y que lo que me cuentes, Pancho, a nadie se lo voy a poder contar porque no sé quién coño eres. No me malinterpretes, pero no debes andarte con melindres conmigo. Soy más directa que la línea recta. ¿Lo pillas? Por cierto, ¿de qué quieres el té?

—Lo pilló. —A Pancho no le gustaba la condescendencia pero Elena era, efectivamente, tan directa que no había lugar para los malentendidos ni los dobles sentidos—. No sé, sorpréndeme, cualquiera estará bien con la cantidad adecuada de azúcar.

Elena sonrió y se movió con rapidez buscando entre los armarios inmensos y desapareciendo por la estancia más grande al fondo de aquella, unidas sin puerta, para traer agua caliente, como si siempre tuvieran una tetera lista.

—Y para que te quedes aún más tranquilo: mi intención es pirarme a Londres a vivir en unas semanas y dejar atrás este país, que me carga mucho. Así que venga, desembucha. Yo soy muy burra, no me voy a andar con rodeos.

—Entendido. Te agradezco que me lo pongas tan claro. Intentaré hacer lo mismo. Yo he venido a informarme sobre cursos o formaciones o sobre la creencia en sí, sobre el budismo como forma de encontrar respuestas.

A la palabra «respuestas» Elena no pudo evitar que sus ojos se elevasen a un supuesto cielo, quién sabe si budista, católico, protestante o adventista del séptimo escalón. Pancho continuaba.

—No me siento a gusto con mi vida ni con las alternativas que me ofrece el mundo en el que vivo. Quiero decir que lo que se supone que debería hacer por mi edad y condiciones no es lo que me satisface, pero tampoco sé qué puede satisfacerme. No es que yo sea un nini. Me pillan ya mayor para eso. Trabajo y me gusta lo que hago, pero no siento que sepa quién soy ni hacia dónde van mis acciones, ni encuentro respuestas que...

—¡Y dale con las respuestas! Perdona, es que no lo he podido evitar. Te lo voy a explicar muy rápido. Ahí en la sala de la derecha según sales hay un pequeño despacho con unos panfletos que igual te dan alguna información sobre lo que se hace en este centro, pero las respuestas, y lo entrecomillo, esas que buscas dudo mucho que aquí las encuentres.

—No pareces muy... satisfecha o entusiasta con la causa.

—A mí la causa me la pela. Te voy a contar por qué estoy aquí y entonces entenderás

que no siento ninguna necesidad de venderte absolutamente nada. Yo soy una trotamundos y a pesar de mis años lo sigo siendo. Fui comunista, idealista y luego budista. O creí que lo era. En el fondo todo es lo mismo. Vine aquí con una mano delante y otra detrás. Me quedé sin trabajo y tenía lo puesto. Y aquí, si no tienes nada, te dan cobijo hasta que te encuentran un curro y te piden una aportación. Más o menos. Pero la verdad es que no entiendo una palabra, la mayoría de los libros los traen de fuera y están en inglés. Y yo por más diccionario que uso entiendo la mitad de un tercio. En parte eso me ha motivado a pensar en pirarme a Londres, aunque eso a ti no te aporta nada, claro. Ah, y con los que vienen de fuera me entiendo menos que hablando con el marqués de Santillana. Me he quedado porque me venía bien y porque el monje que está en la habitación contigua a la mía es una monada y me tenía enganchada. Pero él está con su «no apego» y no hay forma de comerse un rosco. Así que me abro.

—¿Y no has sacado nada de estar aquí?

—Mira, las meditaciones están muy bien para quien las entiende. Yo no pillo ni jota. Eso de que meditar no tiene nada que ver con pensar me vuelve loca. Es gente muy agradable, pero no vivimos en el mismo mundo. Mucha paz y mucho buen rollo y mucha sonrisa chula de los budas que tenemos por todas partes, pero esto no se hizo para mí. Ya te digo que si quieres información sobre lo que se hace aquí la puedes encontrar ahí al lado, pero respuestas, respuestas... no sé yo si vas a encontrar. No sé si ellos las encuentran tampoco. Dentro del budismo hay muchas ramas. Aquí vienen, meditan, te ayudan a entender la técnica para eso, te dan unos libros para que te los leas, y ea, a trabajar por tu cuenta. Pero no me hagas demasiado caso porque, como te he dicho, tampoco me cosco de gran cosa.

—¿Y por qué no me has dicho que no eras la encargada de información?

—Porque la encargada de información no está, porque parecías más perdido que un mono en una feria de camiones de segunda mano y porque me has parecido interesante.

A Pancho le dio miedo preguntar en qué sentido le había parecido interesante y lo dejó correr.

—Ya veo. ¿Y qué has sacado en limpio del tiempo que llevas aquí? Quiero decir si has sacado algo positivo.

—Mira, te lo voy a resumir con mis palabras. El bendito Siddharta, que era un príncipe o un noble o lo que sea, un tío que vivía cómodo, vaya, descubrió de repente el sufrimiento, del que le habían tenido aislado. Como ya tenía una edad, el tío se impresionó, claro, y ea, se fue por el mundo a buscar las causas del sufrimiento. Y lo dejó todo atrás. Que, por otro lado, me recuerda a lo que nos contaron cuando éramos niñas sobre dejarlo todo y seguir a Cristo. Aquí la cuestión es dejarlo todo atrás. Eso se me da bastante bien, mira por dónde. La cuestión es que sus discursos o enseñanzas no se recogieron por escrito hasta mucho después. Como pasó también, por cierto, con Jesucristo. Pero bueno, no me voy a poner ahora a desarrollar teorías comparadas de religión, Pancho, que a mí los libros académicos me dan alergia. La cosa es que en esta vida se sufre, y ¿por qué? Pues mira, porque se desean cosas, y entonces lo mejor para evitar el sufrimiento es no desear y no mortificarse. Ea, ya. Se acabó: cuando no deseas nada no necesitas nada. Te dedicas a meditar, y a concentrarte en el presente y alcanzas el nirvana. ¿Te ha quedado claro? Pues eso es todo lo que te puedo contar porque no sé

mucho más.

—Bueno, no suena tan disparatado.

—¿No? Igual merece la pena que te hagas un par de cursos. A mí me parece, sencillamente, una forma de pasar de lo que somos... de tratar de ignorarlo. Si dejamos de desear... ¿qué nos queda? Es como morir en vida. O como ir a un parque de atracciones para no subirse a nada, solo para mirar los aparatos desde abajo cagado de miedo. O como ir a una feria gastronómica y no comer nada no vaya a ser que te empaches y te dé un cólico.

—¿Y entonces?

—Mira, a mí de esto lo único que me funciona es lo de ir a tu rollo, y vivir el presente. Concentrarte en el presente te ayuda a no agobiarte demasiado. Pero imagino que lo hago mal, no en el sentido en el que ellos lo enseñan.

—Ya veo. Bueno, tendré que pensarlo.

—Creo que piensas demasiado. ¿Te apetece una cerveza?

—¿Aquí tenéis cerveza?

—No, merluzo, te estoy diciendo que si vamos fuera a tomar unas cañas. Invitas tú, que estoy ahorrando hasta el último euro para mi viaje.

—Claro. Vamos. Tendrás que guiarme tú porque no soy de aquí. No sé dónde quedan los bares.

—Pues qué fastidio. Lo de que no seas de aquí, digo. Te iba a preguntar si conocías de alguien que necesitase alguna chapuza como pintar la habitación del niño o cuidar de unos críos por horas para sacarme algo más. Pero si no eres de aquí... Y oye, los bares están por todas partes en este país. Basta salir a la calle. Te lo digo, piensas demasiado.

—Seguramente. Para lo que me sirve...

—Ay, Pancho, Pancho. Me has caído bien. Creo que no sabes ni dónde tienes el rabo, pero me has caído bien.

## Capítulo 13

### La gran reunión

La vida de las pequeñas ciudades puede parecer sencilla, pero es mucho más apasionante, en ciertos aspectos, que la de las grandes. En primer lugar porque las cotillas profesionales tienen acceso a una red mucho más cerrada de información. El auténtico Gran Hermano es la vida de una pequeña localidad. Al final todo acaba sabiéndose, y es imposible escapar del monstruo de mil ojos (o al menos cien, como el mitológico Argos, pero vestido de negro y con garrota). Los pisos bajos dan mucha mejor visibilidad, y las calles estrechas, aunque tengan sus recovecos, producen un eco que llega fácilmente a los oídos atentos. Los rincones de encuentro están muy bien definidos y tienen un tamaño controlable para mentes despiertas o entrenadas. Las crónicas podrían ser escritas por cuatro o cinco observadores de nivel. Y podrían contrastarse con facilidad. Eso no significa, por supuesto, que no haya espacio para los chismes, los rumores, la tergiversación y el cotilleo con mala leche. ¡Por supuesto! La bondad que se presupone a los pueblos o pequeñas ciudades es solo un prejuicio de tonto de ciudad: los hombres y las mujeres (en orden alfabético estricto) y los terceros géneros responden a una naturaleza humana donde se dan lo mejor y lo peor, lo más exquisito y lo más grosero; lo más heroico y lo más rastrero; lo más *gourmet* y lo más *fast food*; la marca más cara y el chino subcontratado al chino (con todos los respetos por los chinos y sus «todo a cien» que tantas veces nos salvan el culo). Las localidades pequeñas no entienden la palabra «intimidad». Y por eso mismo no es posible escapar de ellas salvo cuando se huye... En la ciudad el hombre puede ser anónimo o casi anónimo, si lo desea. Pero está más solo que la una entonces. Más solo que la huna pidiendo el retorno de Atila; más solo que el eurofán pidiendo que España gane eurovisión. Y es más trágico también. La información fluye con una rapidez que deja en bragas digitales a internet y, antes de que la mujer o el marido asimilen que se les acaba de pedir el divorcio, la tía abuela segunda del primo de la concuñada, que vive al otro lado justo de la ciudad, está llamando para preguntar si es cierto.

*¡Sí, es cierto! Me lo acaba de decir, así a bocajarro, y como las paredes son de papel tengo aquí a los vecinos en casa, intermediando, supongo que es el hijo de la portera el que te lo habrá dicho.*

Y así sin fin. Estas colmenas tan bien intercomunicadas suelen funcionar bastante, coordinándose rápidamente, aunque con sus vías de escape, claro. En ellas hay un sentimiento de la comunidad que está completamente perdido en las urbes *rascaciudadas* y superpobladas hacia las que evolucionamos. Por eso a Pancho no le resultó tan complicado hacer un llamamiento masivo en su peluquería. Llamó a los amigos e hizo correr la voz entre las clientas que más trato tenían con su madre. Ya nada le importaba. No tenía noticias de la seña Sole desde hacía semanas. Y estaba desesperado. ¿Dónde coño se había metido? Alguien tenía que saberlo. En el pueblo de su padre no estaba. Eso estaba comprobado. ¿Por qué le habría engañado? Aquello era tan extraño como si un Playmobil pidiera matrimonio a una Barbie y esta le dijera que lo sentía pero le había estado poniendo los cuernos con un Pinyón.

Su madre era una mujer peculiar, eso era verdad. Una hembra de tronío casada con un hombre apocado hasta lo llamativo, una mujer que había desarrollado un gusto morboso por el género de terror y podía resultar arisca con quien no le cayera bien, ahuyentando la imagen de la abuelita amorosa de pueblo con su pañuelo a la cabeza. Aunque también era cierto que él no le había dado nietos... ni se los daría nunca. De cualquier forma, y se pensara como se pensara, aquella desaparición iba más allá de lo explicable.

No sabía cuánta gente aparecería aquella noche, pero había hecho correr la voz. A los amigos para que le sirvieran de apoyo ya que, si hubieran sabido algo, habrían contado... ¿o no?

En las ciudades pequeñas, donde se pueden ver las estrellas porque la iluminación nocturna es menos potente y soberbia, y no sirve de velo a quienes nos envían su mensaje desde tan lejos, la noche es más silenciosa. Eso no quiere decir que estén muertas o no haya marcha en ellas (baste ver cómo bullen en cuaresma y Semana Santa), pero sí que, cuando el ruido para, lo hace de una forma mucho más total y definitiva. Ni hay tantos coches ni todas las calles son transitables para ellos. Ni hay tantos locales de alterne, ni hay tantos elementos anónimos que metan bulla. La noche de las ciudades pequeñas es como el despertar del domingo en las grandes: un gran vacío donde puede escucharse el aleteo de la mariposa nocturna (sí, sí, para quien lo dude, existen, se llaman heteróceros y son más numerosas que las diurnas) y ver cómo la luz de la luna llena reposa en sus alas, que diría un japonés henchido de poesía. Por eso, aunque los muros suelen ser de mayor grosor que en los bloques de apartamentos —todo papel y contrachapado— de las ciudades, se escuchan demasiado bien los gritos de las casas cercanas y no hay chisme o discusión que no sea *vox populi*. Nunca mejor dicho.

Por eso Pancho tenía la esperanza de que alguien hubiera oído algo, visto a su madre coger un autobús o a alguien llevarla en algún coche. Una madre no desaparece de la noche a la mañana sin dejar una huella, un rastro de aroma a cocido o puchero, paella o gazpacho, pulpo o migas, gofio o sobrasada.

Los convocados eran tantos que no habría sitio para todos si tenían que sacar sillas para sentar a todas las mujeres mayores, que fueron las primeras en llegar, como al ambulatorio de la Seguridad Social. ¿Cómo perderse un sarao como aquel? Lo más sonado desde la fiesta del niño gótico que acabó en orgía romana y *bisexualoide*. Unos antes, otros después, con la ausencia de Jesús, que tenía turno de tarde, todos los llamados fueron apareciendo en la peluquería. Eran una buena cantidad de humanidad y hubo que dejar la puerta abierta para no achicharrarse. Había un bullicio de tres mil pares de huevos... entrechocando. Todos hablaban en grupos, en parejas, o pensando en voz alta por no callar. Así que a Pancho le costó un poco llamar la atención de su variopinto auditorio.

Se podría decir que allí había dos grandes grupos: las mujeres mayores que conocían a su madre «de toda la vida» y los amigos gais, que no la conocían en absoluto. Con las excepciones de Tatiana, Petri, y la madre de Jesús, en representación de su hijo (no se sabía muy bien por qué ni para qué, pero ella estaba en todos los fregaos y había traído hasta *cupcakes* en abundancia para los presentes y unos termos de café). Ellas tres eran como ese grupo que faltaba a poco que uno se fijase atentamente: ¿dónde estaban los antiguos amigos de Pancho? ¿Dónde estaban los compañeros de colegio y de instituto,

con los que habría crecido? A la Luci no le pasó desapercibida la ausencia, aunque no era el momento de hablar de ella.

Las mujeres mayores, con sus peinados tan cuidados por Pancho, que les hacía rebaja por ser amigas de su madre, por haber sido casi como tías o similares durante la infancia, vestían una paleta de color mucho más variada que antaño: la que más y la que menos iba al Corte Inglés de la capital de la provincia o —incluso— se había pasado al Zara, plagiando a ciertas políticas que presumían de lo que ahorraban en ropa. Ya no eran ancianas a los sesenta. Bien al contrario. Tenían igual o más fuerza que antaño sus madres tuvieron, pero su aspecto era mucho más juvenil... o casi juvenil en comparación.

El grupo gay de la convocatoria era más heterogéneo: uno con traje, otro con el vaquero y el polo de atender en la frutería, aunque sin delantal, y otro vestido de negro hasta arriba... y desde abajo. Por no mencionar a la Luci, que era caso aparte.

Pancho llevaba todo el día pensando lo que iba a decir, aunque en esencia era bien simple. Tuvo que subir bastante la voz hasta que los corrillos fueron poniendo fin a sus chácharas.

—Hola a todos. Gracias por estar aquí. Creo que sabéis ya de qué va esta reunión. Os he preguntado uno a uno, si no recuerdo mal, si sabéis algo de mi madre y todos me habéis dicho que no, pero me gustaría que lo analizáramos juntos, a ver si alguno puede añadir algún dato que me ayude a encontrarla.

Un silencio tenso se materializó en la peluquería. Era mucho más incómodo que antes.

—Alguien tuvo que verla el día que desapareció. Con alguien tuvo que hablar sobre sus planes, por qué se iba o adónde. ¿No se os ocurre nada? Decid lo que se os ocurra, todo puede ayudar. Estoy muy preocupado. No sé nada de ella desde hace semanas. Me dijo que se iba, pero no lo tomé en serio. Ella dijo que estaría en el pueblo de mi padre, con una tal Pepa la Pipera. ¿Habéis oído hablar de ella?

Nada, el silencio... Algunos ojos bajaron mirando el suelo, pero Pancho estaba tan nervioso, queriendo verlo todo, que no supo captar los gestos. Habían sido dos o tres cabezas las que se habían traicionado de una u otra forma, todas de hermanas en generación de la señá Sole. Vaya, vaya, vaya... alguien había oído hablar de la dichosa Pepa en la ciudad... ¿acaso un fantasma del pasado que solo las de más edad podían recordar?

La Luci no pudo aguantar el silencio y la creciente desolación de Pancho.

—Pancho —dijo, dando un pequeño paso al frente (no había mucho espacio donde dar dicho paso)—, si me permites.

—Sí, claro, ¿sabes tú algo?

—No, yo no sé nada —dijo lo suficientemente alto como para dar por aludidas a aquellas mujeres que callaban lo que sí sabían—. Pero se me ocurre que quizá podríamos decir, si lo recordamos, la última vez que vimos a tu madre y lo que pasó en aquel encuentro, quizá alguna información de esos encuentros pueda ayudar.

Ante el desierto que antes de la intervención de la Luci veía Pancho ante sí, aquella propuesta le pareció brillante. Fue comentada por un murmullo de aprobaciones.

—A ver —siguió la Luci, consciente de que Pancho no estaba muy fino para organizar nada—; usted, señora, ¿se acuerda de cuándo vio por última vez a la señá Sole?

Y así empezó un corro de interrogatorios minúsculos. Aquella mujer apenas salía de

casa. Con razón había ganado algunos kilos. Las pocas que habían coincidido con ella en el mercado o en la panadería no tenían nada jugoso que aportar. Parecía que no era de muchas palabras. Poco a poco, la esperanza de Pancho se iba apagando como la llamita de una vela con la cera *mu* consumida ya. Y temía quedarse de nuevo a oscuras. Sin idea de cómo seguir.

En la hermandad de viejas conocidas empezaban a mirarse las unas a las otras. La Luci podía darse cuenta de que allí pasaba algo, que tenían cierta información. ¿Sabrían dónde estaba aquella mujer pero callaban a pesar del dolor evidente de Pancho? En fin, odios hay entre familias que pueden generar actitudes como aquellas e incluso peores, pero a la señá Sole no se le conocían enemigas declaradas. Algo ermitaña, quizá, poco dada a las charlas de tarde con las vecinas. ¿Habría algún secreto en el pasado? Estimó que no era el momento de compartir aquellos pensamientos con Pancho. Quería reflexionarlos él mismo para poderle dar algo más coherente a su amigo. O, al menos, esperar a que todo el mundo hubiera salido al fin para hablarlo con calma... con la calma posible. Tomó nota mentalmente de las que le parecían más sospechosas. No las conocía a todas.

La Juliana era conocida por sus sopas y los aromas de estas en todas las calles cercanas a su casa. No menos de setenta años, pelo cano peinado con moño muy tirante. Rebeca verde pastel y falda oscura con las inevitables medias. Todo el mundo sabía de su capacidad para tener al marido más tieso que al moño; más antigua que los abrigos de pieles, muy rancia, muy de la época de las cavernas. Conocida de muchos años de la señá Sole, pero con un trato exageradamente formal.

«Esa sabe algo, te lo digo yo.»

La Felipa, que salió a la plaza del pueblo a bailar cuando Felipe González ganó las elecciones, cantando aquello de «Felipe, macizo, haznos un hijo». Muy dada a la fiesta, ya no cumple la setentena tampoco. Estaba a punto de que se le saltaran las lágrimas, y lo disimulaba fatal. Tendría que preguntarle a Pancho si se llevaba muy bien con su madre o no. Aquel brillo en los ojos solo podía significar que se había pasado con los polvos de maquillaje del chino... o que sabía algo.

«Esta, si sabe, es más fácil que suelte prenda.»

Merceditas. Todavía en la década de los sesenta, sus sesenta, porque a ella los sesenta no le gustaron nada. Pero lo que se dice nada. Ni los Beatles ni nada. Ella, donde estuviera su Manolo Escobar, que en paz descanse, que se quitaran *tos* los greñudos de fuera. Merceditas era la solterona por excelencia. Pero todo tiene su porqué. A ella lo de que la belleza está en el interior se le debería aplicar como ejemplo de libro. Sus ojos, pequeños e irregulares, de un color que nadie supo nunca identificar, por su tamaño minúsculo, se hundían en un mar de olas de piel que se amontonan unas sobre otras. Si por las arrugas fuera habría que preguntarle cómo fue la vida con Cleopatra, o con los artistas de Altamira. Además de eso tres verrugas venían a adornar el ya de por sí terrible salón del rostro, donde uno no quisiera perderse por miedo a que lo chupase alguna arena movediza o pozo de petróleo por descubrir. Los papilomas, para colmo de desdichas, no eran discretos sino bien poblados de vellos fuertes como púas, recios y rectos, unos negros, otros blancos, en lucha peor que la del ajedrez. De sus labios, metidos hacia adentro, apenas podía apreciarse una línea, lo que dificultaba la pronunciación de las

palabras, y sus orejas, de puro alargadas, podrían haber sido las de alguna tribu sudafricana dada a estirar partes del cuerpo.

«Es imposible saber si esta sabe o no sabe... pero con esa cara, joer, es inevitable sospechar.»

Así iba cavilando Luciano, en un intento por parecerse a Sherlock pero en versión aflamencada. Observaba y callaba. Cada vez estaba más convencido de que lo mejor sería hablar con Pancho cuando se hubiera ido todo el mundo para que él pudiera ir directamente a las señoras e intentar sonsacarlas información. Allí frente a todo el mundo, y sin pruebas, podía ser muy violento, y lo que era peor: contraproducente.

Pancho podría haber denunciado la desaparición de su madre a la policía, por otra parte, y si no lo había hecho —imaginaba la Luci, y algunos otros allí reunidos— seguramente sería porque en realidad creía que su madre estaba bien, que sencillamente se había tomado unas vacaciones muy silenciosas. ¿O tendría Pancho otros motivos? Nadie sabía mucho de la vida privada del peluquero... o, mejor dicho, todos sabían que no tenía vida privada.

Tras varios intentos por conseguir que alguien dijese algo o diese noticias del paradero de su madre, sin éxito, se dio por concluida la reunión previa petición, muy al borde de las lágrimas, de que, si alguien se enteraba de algo, por favor se pusiera en contacto con Pancho.

Fueron todos desfilando, las mujeres mayores juntas, comentando, haciendo corrillos y parejas que se acompañaban a sus respectivas casas, ninguna muy lejos de allí. Era como ver disgregarse un hormiguero: todas laboriosas, todas a un paso aparentemente discreto, pero muy efectivo y muy conocedor de los caminos y las calles. Los amigos también se fueron despidiendo, hasta que solo quedaron la Luci y él.

—Oye, a mí me parece que no todo está perdido. Ahora que todo el mundo se ha ido, quería comentar contigo un par de cosas. ¿Te has fijado en la Juliana y en la Felipa? ¿Y en Merceditas? Bueno, en Merceditas espero que no te hayas fijado mucho, que luego dan pesadillas.

—Ahora que lo dices, me ha parecido que la Felipa estaba algo sensible. Pero no lo he achacado a que estaría preocupada por mi madre.

—Yo creo que las dos saben algo. Sus gestos me han parecido de lo más sospechosos. La Felipa a punto de llorar, sorbiéndose el moco, la pobre. Y la Juliana atendiendo suspicaz.

—A mí me parece que eso es tal y como son ellas mismas. Igual algo acentuado por el momento, pero...

—Y yo te digo que no. Vamos, tú sabrás, pero yo en tu lugar iría mañana a hacerles una visita. En privado. A ver si son capaces de mirarte a los ojos y decirte que no saben nada.

—Pero ¿tú crees que podrían callar algo así? ¿O que mi madre les ha pedido que callen? No me imagino yo ni siquiera a la Juliana tramando cosas realmente malas. Vamos, soy consciente de que traga bilis cada vez que la tengo que peinar porque desapruaba mi sexualidad...

—Ah, ¿pero tú tienes sexualidad?

—Vete a la mierda un rato. Como iba diciendo, ella viene porque sabe que nadie la va a peinar mejor, pero le cuesta porque es de otra educación, de otra época.

—Sí, de cuando los dinosaurios poblaban la tierra y destruían todo a su paso.

—No te pases, que mi madre es de su quinta. Y la Felipa siempre ha sido muy cariñosa, muy sensible. No tengo por qué imaginar que sabe algo y no ha dicho nada. No le pega. Más bien las lágrimas serían por cualquier otra cosa que la tenía sensible y con lo de mi madre se ha puesto peor.

—Puede que tengas razón. Pero por si acaso... y a falta de algo mejor... ¿Te puedo preguntar por qué no has ido a la policía?

—Me lo puedes preguntar pero mi respuesta te va a dar risa, como poco. Temo la reacción de mi madre si llamo a la policía y luego está de vacaciones en Benidorm. Ella me avisó de que se iba unos días.

—¿Y ya? ¿Eso es todo? Más que risa me dan ganas de darte dos leches yo mismo.

—Te prometo que mañana hablo con la Juliana y la Felipa y, si no me dicen nada interesante, voy a la policía.

—La Juliana sabe algo.

—Que no, que lo que pasa es que tú no le has perdonado que no te pagase la totalidad del vestido aquel para la boda de su sobrina, hace trece años.

—Pero ¿tú crees que es normal decir que me paga solo el cincuenta por ciento porque la falda no le cae como ella había imaginado?

—Deberías saber que si dijo aquello fue porque no había ninguna falta que ponerte al traje. A ella le cuesta gastarse un céntimo de euro. ¿Cómo te iba a pagar lo que valía?

—Pues que no lo hubiera encargado.

—¿Y por qué se lo diste?

—¿Y qué hago yo con un vestido de su talla ballena-hija-puta? Ya no me habría entrado nada en los armarios del taller.

—Jajaja. Qué mala leche tienes. No creía que hoy nadie pudiera hacerme reír.

—Oye, que no te impresione con su cara de paja seca y su mala leche. Mucho estiramiento pero tiene menos humanidad que una botella de lejía. Y, en serio, si no te dicen nada, ve a la poli. Yo te acompaño si quieres.

—Gracias, Luciano. No me lo tomes a mal, pero creo que con un mariquita que se presente en comisaría para denunciar la desaparición de la madre ya tendremos bastantes choteos. Además, no quiero meterte en problemas. No solo pueden tomarte por mi pareja (estos heteros ya sabes que se creen que nosotros nos liamos y nos emparejamos con todo el que es homosexual como nosotros), sino que pueden pensar que lo hemos tramado juntos. No tengo nada que esconder, pero por si las moscas.

En la oscuridad del almacén alguien se había quedado escuchando. Con la confusión de tanta gente y los nervios, ni Pancho ni el suspicaz la Luci se habían dado cuenta. La respiración, sin embargo, era más agitada. Se empezaba a preocupar muy seriamente con aquello que estaba escuchando. ¿Llegaría el asunto a la policía? ¿Lo decían en serio? Por otra parte, era normal que lo pensarán. Aquella mujer llevaba demasiado tiempo sin dar señales de vida. No hacía tanto calor, al haberse ido toda la gente, pero sudaba. Se preguntaba qué debía hacer. Comprendía tan bien a Pancho... Mejor de lo que él pudiera creer. Pero no era una decisión fácil de tomar en absoluto. Su juventud, por otro lado, le impedía pensar con claridad. ¿Dónde estaban sus prioridades? ¿Y sus principios? Aquello era una cárcel de pensamientos que no la dejaba escapar. No había nacido para manejar

información privilegiada, ni para mandar. Pero allí estaba.

—No seas idiota. Aquí todos nos conocemos. El que piense que has hecho algo contra tu madre no solo es tonto, es que lo era desde que sus abuelos eran novios. Y yo no tengo miedo. Pero si prefieres ir solo lo comprendo. No quiero tampoco presionarte.

—En lo que quizá sí puedas ayudarme es a pensar cómo lo planteo, quiero decir, que con los nervios, mejor que lleve un poco las ideas claras. No se trata solo de decir que mi madre ha desaparecido, aunque de eso se trata en esencia. Imagino que harán mil preguntas.

—No sé qué decirte, no me he visto nunca en una de estas, pero cuanto más natural mejor.

Una voz y una mano salieron al unísono del almacén.

—No hace falta que vayas a la policía. Yo sé dónde está tu madre.

## Capítulo 14

Del viaje que entre sombras y nubes nos despide de dos personajes y nos da noticia de otros dos. (O todo lo que usted quiso saber sobre el sexo gay y no se atrevió a preguntar o preguntó pero se quedó como estaba.)

Existe, sin que se pueda evitar, dado que ha estado oculto durante demasiado tiempo, una mitología completa sobre la sexualidad gay. Con sus numerosas leyendas y sus malentendidos continuos. Este es el milagro que ser heterosexual conlleva, en principio nadie le pregunta a su compañero de trabajo, cuando se entera de que es heterosexual (porque no se entera, se da por hecho), sobre sus fetichismos y costumbres sexuales. Y las esposas, los cueros, los tríos, las infidelidades, o las fantasías con uniformes no son exclusividad de los gais, ni tampoco de unas minorías heterosexuales. Se lo digo yo. Incluso quizá si usted se permitiese ser honesto consigo mismo encontraría que, muy probablemente, sus gustos no son tan «normales» porque la normalidad no existe, es una media, un *average*, que dicen los ingleses, que no existe. Si un señor se come un pollo y otro no come nada, se dirá que cada uno come medio pollo, pues ese es el promedio. Y no será verdad ni para uno ni para otro. Por eso, muy señora, o muy señor mío, permítame que le diga que todo lo que le cuenten sobre el sexo del colectivo gay es verdad y todo lo que le digan sobre el colectivo gay es mentira. Porque seguro que eso que le han dicho que hacen los gais, no lo hacen todos los gais; y seguro también que alguno de nosotros lo hacemos. Todo lo que pueda imaginarse, de una u otra forma, puede hacerse. Y si puede imaginarse es porque es humano.

Igual le parece a usted que todo esto es de una evidencia tan notable que resulta absurdo e innecesario todo el párrafo. Vamos a poner un par de ejemplos. En un blog que leí en más de una ocasión, un blog que fue llevado al papel, es decir, convertido a formato libro, me encontré con estas palabras que, dentro de su carácter gracioso, me parecieron muy reveladoras:

- Las lesbianas tenemos puntos en común pero... ¿los heteros hacen todos las mismas preguntas? Es una pequeña duda que tengo... Por ejemplo: ¿Y se puede saber qué hacéis dos tías en la cama? (pregunta realizada por tantas personas que no vale la pena destacar a ninguna).
- (Respuesta:) Verás, llegamos a la cama, nos desnudamos y nos calzamos nuestros trajes espaciales. Ella se pone en una esquina y yo en la otra; en ese momento comienza el ritual del sexo, que consiste en que una hace una especie de danza del vientre pero agitando los brazos mientras la otra hace series alternativas de flexiones y abdominales. Cuando nos cansamos de hacer el idiota, nos ponemos el pijama y nos vamos a dormir...

Claro, claro, riase. Pero eso es tan típico que resulta tópico. Frente a una boda gay entre dos hombres no son extrañas preguntas como:

- Oye, ¿y cuál de los dos es la mujer?
- Pues mira, resulta que ninguno de los dos somos una mujer, ahí radica el tema, en que nos gustan los tíos; si no, no seríamos maricones.

O también (para avanzados y lanzados):

- Y eso del beso negro, ¿es verdad?
- No hombre, no, qué va a ser verdad, eso es una leyenda urbana como lo de que a los hombres heterosexuales les gustan las tetas grandes.

Y luego la versión del hetero abierto de mente que se cree que todo el monte es orégano... y además orégano florentino:

- Qué suerte tenéis. Vosotros vais a una sauna y os lo montáis con quien queréis.
- Por supuesto. Y es más, de las veces que todos vamos a todas las saunas de todas las ciudades europeas, nos conocen por nuestros nombres de pila en varios idiomas y además se van poniendo en fila según nuestras preferencias para que hagamos un casting.

Ser un colectivo no mayoritario, aunque haya millones y millones de homosexuales, lesbianas, transexuales y bisexuales (sí, sí, eso dicen, bisexuales también, oiga), nos convierte en un objeto de estudio, pero sobre todo es el morbo del sexo lo que atrae y repele con una fuerza intensísima, más que una portada de revista de prensa rosa con la moderna de turno en tetas. Pero de esa curiosidad mal curada a un teléfono escacharrado no hay ni medio paso. Ni medio ni cuarto. Ni doce ni media ni una ni nada, que cantaba Manolo Escobar. ¿Qué hacemos los gais en la cama? Ese abanico es muy grande, y al mismo tiempo muy pequeño. Pero no se deje engañar: cuando el río suena agua lleva (a no ser que sean ríos de leche... y miel, claro).

Y todo esto viene a que estamos a punto de relatar el viaje que hicieron Luis Antonio y Kevin a Londres, y quien más quien menos empezará a elucubrar si se verá alguna escena de sexo y quién tomará qué rol. Veamos si somos capaces de satisfacer tanta curiosidad y, al mismo tiempo, no traicionar la intimidad de nuestros personajes, que, al fin y a la postre, no han cobrado como me han dicho que se cobra por los posados y las biografías por capítulos que se cuentan o conceden a las revistas de la prensa rosa, que digo yo que vaya bajón de nivel: antes, por entregas, daban las novelas de Conan Doyle y ahora la vida del bisnieto del primo de la folklórica, o de la pareja del famoso de un *reality* que quedó en tercer lugar en la sexta edición del concurso. Ojo, no estoy pensando en nadie, lo he dicho al azar, a ver si va a ser verdad que la pareja de un famoso por un *reality* en su sexta edición ha vendido sus memorias (aunque memorias, ahora que lo pienso, es un nombre que sin duda le quedará grande a las anécdotas que me imagino que contarán) a alguna publicación de papel cuché.

Luis Antonio había hecho unas reservas estupendas y en Londres los esperaba un hotel muy cómodo en el centro de la ciudad. Eso había costado un riñón y parte del otro porque, para los que no lo sepan, Londres es una ciudad bastante cara, especialmente en lo que a alojamiento se refiere. Agradecía que Kevin no se comportase como un crío llamándole la atención por todo, pero sabía transmitirle su emoción. Fueron objeto de comentarios por una parte del pasaje hispano del avión que los llevó desde Barajas a Heathrow (otro capricho de alto copete, porque volar a este aeropuerto es de lo más caro, y la ciudad cuenta con otros tres bastante más económicos). Los británicos, en su mayoría, los miraron muy brevemente, los reprobaron y callaron. En fin, ya se sabe que cada cultura tiene sus formas de poner a caer de un burro. Sencillamente unas son más elegantes (o silenciosas, al menos) que otras.

Sin embargo, ambos, por muy diversos, y en ocasiones pintorescos, motivos [y en esa diversidad no tendrá poco peso la edad (cosa por otra parte muy comprensible — siempre y cuando se parta de la base de que es algo que responde a la lógica de la vida y de la diferente forma de evaluar la realidad y lo que es o deja de ser importante en ella— porque ya se ha hecho notar varias veces que esto era lo que más llamaba la atención de la pareja) sin que ello reste existencia y relevancias de variopintas formas y colores (pues las relevancias las tienen, por supuesto) e incluso en notable número] supieron muy bien ignorar comentarios y silencios.

Habiendo sobrevivido al párrafo anterior puede ya el lector darse cuenta de que este no será un capítulo serio, ni querrá que por tal se le tenga, pero no por ello se privará de dar cierta información clave en el transcurso de ciertas historias de los personajes hasta aquí citados, por lo que nadie tenga la osadía de saltárselo si no quiere quedarse con la miel en los labios de los finales de algunos de los acontecimientos que se relatan en estas páginas.

Y es que muy bien puede sobrevivirse a la maledicencia ajena cuando uno tiene claro que es fruto de la envidia, la ignorancia, la frustración o el sencillo aburrimiento; y siempre y cuando de dicha rumorología mal intencionada no se deriven consecuencias de ningún nivel, pues esos son límites que no deben dejarse pasar.

En el caso de Kevin, haber sobrevivido a la estupidez de su padre le había inmunizado contra los extraños. Y esto era una lección dura: uno puede tener un progenitor absolutamente necio y seguir viviendo. Entre tanto tonto supino, ¿acaso podría alguien tener la esperanza de que ninguno de sus seres queridos no cayera en tan fatídico e inmenso subgrupo del enorme grupo de la humanidad? Esto, los que hicimos la EGB (Educación General Básica) lo entenderemos muy bien, por lo menos en lo tocante a los grupos y subgrupos, porque nosotros sumar o restar no sabríamos, pero en eso de los conjuntos éramos (y somos) los putos amos del cotarro matemático-sociológico. Y —por retomar un poco el hilo— si la opinión de un padre puede (¡y debe en según qué casos!) ponerse en entredicho, ¿habrá de prestarse siquiera atención a lelos ajenos teniéndolos en casa?

Por la parte tocante a Luis Antonio, y como ya se indicó en su momento, él siempre había luchado contra las presunciones de machismo-heterosexista dominante, y su inclinación específica por los hombres jóvenes no era algo que le intimidara más que su inclinación por los hombres. No debía explicaciones y por supuesto no se sentía en la obligación de darlas. Explicar para oídos tapiados con capas de musgo y hormigón era, por lo demás, una pérdida de tiempo.

Una vez que el aeropuerto los mezcló con la turbamulta huracanada de nacionalidades y mestizajes que se dan cita en un día normal en Heathrow Airport, ni siquiera recordaron las obviedades de la «vieja del visillo» (que además no era tan vieja) del avión, haciendo notar, al tiempo que torcía su nariz:

—¿Te has fijado en que podría ser su hijo? Un pervertidor de esos debe de ser.

Los túneles y los trenes camino del Central London terminaron de confundirlos, sin que la emoción del momento les impidiera mantener mil y una conversaciones que, más de una vez, a punto estuvieron de hacer que dejasen atrás la estación en la que tenían que bajarse para hacer transbordo o salir a la superficie.

Se preguntará el avezado lector sobre la incongruencia de un cajero de banco de cierta edad —con un salario que le permite alharacas y caprichitos como los que hasta aquí se han descrito— no tome directamente un taxi. Y habrá que decirle que no se puede privar a un joven que visita la capital británica por primera vez de la experiencia única del metro, saliendo, por primera vez, a la calle justo en pleno centro, dándose con una de esas postales que hemos visto en los televisores, libros y agencias de viajes casi tantas veces como el rostro de la Gioconda o el anuncio de los Seguros Ocaso, al que dan ganas de denunciar por mantenerse en pantalla más tiempo que Mecano en las listas de éxitos en los ochenta, que ya es decir.

En esas conversaciones, cómo no, se habló de sus amigos. De los amigos que Luis Antonio había aportado a la pareja, pues la única contribución que había hecho el pobre Kevin había terminado entre las sábanas de una casa de fama dudosa. Efectivamente, Javier se había evaporado tras el último polvo —ya olvidado— con «la María», su anónimo marido y la mosquita muerta de Petri... (sí ya lo predica el dicho: «Del agua mansa líbreme Dios, que de la brava ya me libro yo»). Ni había vuelto a aparecer por la universidad. Lo cual no era de extrañar, pues el pobre acabó con los nervios hechos potitos de pollo con verduras tras la experiencia bisexual y les contó a sus padres lo solo que se sentía, la de droga que tomaba y lo homosexual que era (ya no le quedaba ninguna duda, y estaba absolutamente confirmado que era muy, pero que muy homosexual, como un ciento cincuenta por ciento, así a mano alzada). Como no podía haber sido de otra forma, ninguno de los dos ricachones que lo habían engendrado entendieron nada de cuanto Javier les dijo al abrir su empequeñecido corazón (demasiada gafa de sol sobre el crucial órgano le había privado de luz y vitaminas, y sufría de enanismo y estupidez agigantada). Por lo tanto lo mandaron a una clínica —carísima, eso sí— en los Estados Unidos donde los padres mormones enviaban a sus hijos díscolos. Allí, haciéndoles limpiar los suelos con cepillos de dientes, rezar cuatro horas al día, permitiéndoles comer poco y no dejándoles salir se pretendía «curar» sus inclinaciones sexuales. Una prisión moderna de carceleros estirados en posesión de la verdad... y de mucha pasta. Pero nadie le tenga pena, pues aquello fue el comienzo de una nueva vida. Allí conoció a otro muchacho que quería ser director de cine y con el que acabó montando un pequeño café de una de esas ciudades perdidas de la profunda América. Le salvó la Providencia en una última jugada, mufliendo (sí, sí, mufliendo de muflir) *muffins* en lugar de magdalenas y *milshakes* en lugar de batidos, y aprendiendo a hacer cafés... y lo que es muchísimo más importante: aprendiendo a amar. (Venga, sí, me he puesto cursi y me sobran pañuelos de papel.)

Kevin tenía muchos compañeros en la universidad, pero nada que pudiera llamar amigos. Ni ellos le entendían ni él quería emplear su tiempo en intentar que le comprendieran. Luis Antonio había aparecido en el momento adecuado para que se librara del sentimiento de la soledad justo tras las luchas internas de la adolescencia. Y con él había traído un mundo de personas que Kevin había querido casi desde el principio. Las cosas habían surgido de una forma muy natural, a la vieja usanza de los ochenta, cuando, según las malas lenguas, las mitologías y las leyendas más inverosímiles, ligar en los bares era lo más natural. Claro que, entonces, hay que recordarlo, no existía internet (vale, sí, la cosa empezó en 1969... y si nos ponemos tontos el cero lo trajeron los

árabes, pero la cosa no existía para la mayoría de los seres humanos de a pie hasta bien entrados los noventa), ni tampoco móviles. ¡En serio! La gente se dejaba notas en las farolas cuando alguien no llegaba. Acudíamos a las cabinas de teléfonos para llamar a casa de los amigos cuando no queríamos que nuestros padres nos oyeran o si íbamos a retrasarnos en llegar. Así que, salvo por revistas y periódicos, no era posible ligar más que en el cara a cara, el peligroso, el real, el vibrante cara a cara. Cosas de otras épocas. Y así había sido también el nacimiento de la relación entre Luis Antonio y Kevin.

Y fue el más joven el que entró al otro y no al revés. Los amigos de Luis Antonio lo habían visto otras veces. No era él quién afilaba sus garras, venían como si tuviera imán, sin necesidad de hacer gran cosa. Y tampoco es que fuera un Richard Gere (de hace quince años), ni un Sean Connery (de hace treinta y cinco). Pero, como pequeños meteoritos ante un gran planeta de gran masa, venían hacia él llamados por una ley física inevitable que aún no se estudia en los libros de Astronomía ni en los de Química, pero en los que aparecerá tarde o temprano. Quizá tenía poderes en la mirada. O quizá todos (más o menos) tenemos cierta capacidad para saber dónde somos correspondidos y dónde no. Kevin estaba solo y Luis Antonio tenía al grupo alrededor, pero eso no intimidó al «muchacho».

—Hola, ¿qué tal?

La música, como de costumbre muy alta, no permitía presentaciones mucho más elaboradas.

Y se miraron, Luis Antonio le contestó y hasta el momento, justo recién aterrizados en Londres, con todas las intenciones de comerse la ciudad a mordiscos góticos de vampiro moderno y banquero... que pueden parecer la misma cosa pero no lo son. Ambos habían sido naturales, directos y no habían jugado a máscaras. Que tal conducta restaba misterio o intensidad a la pareja solo podría pensarse desde fuera. En lo único en lo que Kevin resultaba poco natural era en su permanente deseo de hacer notar que él ya era el que sería en el futuro, que era ya un hombre hecho y derecho, que sus gustos no cambiarían y que formaban parte de su naturaleza y no de su adolescencia. Pero, en comparación con las anteriores parejas, ligues, conquistas y rollos de media noche (no de medianoche, que es hora muy temprana como para que pueda cuajar nada, el horno está demasiado frío aún, eso lo saben hasta los pipiolos) que duraban lo que dos cubatas, Kevin resultaba tan decidido, tan seguro, que todos empezaban a pensar que aquella vez el banquero había sido cazado definitivamente.

Luis Antonio no se había asombrado gran cosa del tamaño de la maleta de Kevin al inicio del viaje, algo excesiva para un joven universitario y un fin de semana largo, pero tratándose de homosexuales los equipajes pueden ser tres veces el de una mujer con ataque severo de síndrome de Imelda Marcos. La sorpresa se la llevó después cuando, al llegar al hotel (Kevin no había dejado que le llevara nada) abrió aquel armatoste para mostrar un vacío casi absoluto.

—¿Y eso? —preguntó, señalando la evidencia.

—Eso es el espacio necesario para todo lo que me voy a comprar en este templo del universo gótico. He estado ahorrando, ¿sabes?

—¿Y eso? ¿Cómo ha sido? No creo que tu papá te haya aumentado la asignación semanal para tu viaje a Londres.

—Mi madre ha soltado algo de dinero, pero no, he estado buzzoneando publicidad. No se saca mucho, pero me sé administrar. No pensarías que te lo iba a contar absolutamente todo, ¿verdad? Tengo una sorpresa para ti. Un rincón de esas comidas orientales que te gustan tanto. Y te voy a invitar. Puede que tú me hayas hecho el regalo del viaje, pero no cuentas con que lo vas a pagar todo.

—Me dejaré mimar por ti. ¿Y qué tipo de restaurante es?

—Un libanés. Está considerado como el mejor de todo Londres. Y no, no es caro como para que no me lo pueda permitir. Así que no preguntes.

—¿Y crees que te va a quedar dinero para llenar toda esa maleta?

—No sabes lo bien que se me da buscar. Aquí la segunda mano se lleva mucho.

—¿No era yo el que te iba a enseñar Londres a ti?

—¿Ah sí? ¿Eso en qué contrato lo hemos firmado tú y yo? —Y mientras preguntaba con tono de falsamente ofendido, se acercó a Luis Antonio y lo cogió de la corbata (sí, sí, a veces llevaba corbata fuera del trabajo y a Kevin le ponía como una moto el detalle)—. ¿Lo hemos escrito aquí en este pedazo de tela que te cuelga del cuello? A ver... deja que le dé la vuelta, aquí no hay nada de nada... quizás aquí...

Y al decir aquello abrió la boca del amante con la suya propia, poniendo sus manos en los hombros de Luis Antonio y empujándolo suavemente hacia el espacio libre de la cama donde aún las maletas y sus contenidos o vacíos no habían tomado posesión del espacio. Pronto se quedó sentado sobre el cuerpo extendido de su pareja...

—A ver, responda, caballero, ¿en qué contrato ha recogido usted las cláusulas de este viaje? ¿No le da vergüenza a su edad no hacer las cosas con seriedad? Así van los bancos como van... Venga, venga, deje de sonreír y conteste...

—A mí es que la autoridad, señoría, me impone mucho... Y entonces me entra la risa, no lo puedo evitar. No me lo tome usted en cuenta, joven. Mire que los que somos de nuestra generación no hemos tenido la misma formación que ustedes, los que representan el mañana.

—Jajaja. Pues está bueno el mañana si lo vamos a representar los de mi generación. Jajaja. ¡Caballero! No me haga usted reír y céntrese. Va a tener que pagar una importante multa por esta falta de formalidades. A menos que... podamos llegar a un acuerdo. Aquí la autoridad es muy corrupta, ¿no lo sabía usted?

—Ah, entonces, ¿aceptan ustedes sobornos?

—Por supuesto... pero solo en kilos de carne, como el macabro de Shylock. ¿Cuánto pesa usted? No me engañe, que tenemos báscula.

—Pues... unos setenta y tres kilos.

—Um, ya veo. Bien, nos cobraremos los setenta y tres. No se resista...

—No me resisto...

Y fueron las últimas palabras que pronunciaron durante un buen rato porque ellos eran de los que se dan a los gemidos pero rara vez articulan frases o vocablos coherentes durante el acto del sexo.

Kevin tenía unas manos inquietas, juguetonas, muy acordes con la sangre impaciente y bulliciosa que se suele tener a su edad. Expresaban bien la necesidad de explorar, el deseo de aprender, de descubrir... incapaces de permanecer en reposo mucho tiempo en ninguna parte, pero queriendo probarlas todas. Dedos ágiles que podían despertar

cosquillas pero que siempre electrizaban. La piel era sedosa, virgen, como si el sol no la hubiera tocado nunca. A veces podían dar grandes saltos, puros canguros del sexo, avanzando de forma inesperada, ilógica (como si el sexo tuviera lógica). Nunca se sabía por dónde podían aparecer y si lo harían con las puntas o lo harían con la palma, acaparando la mayor parte de superficie posible. Le gustaba identificar las particularidades del cuerpo y recordarlas, saber cuándo iba a venir una pequeña elevación, una duna, y cómo acabaría, cuál sería su línea de inclinación; dónde encontraría partes con mayor resistencia y otras blandas, sin haber desarrollado las fibras del músculo. Disfrutaba de poder predecir las concentraciones de los lunares, o el guiño de las arrugas. Eso confirmaba que lo conocía bien. A su vez ese conocimiento le daba seguridad. El Tiempo era lo que no había ganado aún. Como la mayoría de los niños y adolescentes, quería ya ser mayor. Le parecía que le faltaba vida. Y sus manos tenían buena memoria, pero también gozaban de descubrir aquellas particularidades que aún no habían sido conquistadas antes, aprendidas, queridas por sí mismas; cuando el pico rocoso de un hombro resultaba ser más pronunciado de lo que creía que era; o cuando las rodillas tomaban, con el juego de los huesos, esas formas imperfectas diferentes de ellas mismas tan solo unos segundos atrás, cuando las posiciones del sexo habían exigido otra diferente flexión.

Luis Antonio se dejaba explorar encantado con aquella forma táctil de las preguntas que casi todos hacemos cuando somos pequeños, retahíla sin fin de ¿por qué? tras ¿por qué?, lanzado uno detrás de otro como en una cadena imparable. Le gustaba la curiosidad y la intensidad que expresaba. Y a la par le asustaba y le sorprendía con gusto esa insistencia en mostrarse mayor de lo que era en todo momento o situación, incluyendo la del sexo. Disfrutaba a partes iguales de tocar aquellas formas tan suaves aunque fibrosas, propias de un joven cuya actividad le impide ganar ni un gramo de peso que no sea músculo. Kevin salía a correr en solitario con asiduidad y se mantenía dinámico a pesar de su «goticidad». Era como si recibiera (sin extraerla a la fuerza) la energía de esa juventud que lo turbaba y lo dominaba. Su cuerpo, más grande, se imponía de forma natural a veces en los movimientos y el acoplamiento se daba como si hubiera sido programado, con una perfección excesivamente fácil para los dos. Algo paranoico en los rituales del comienzo y del final, Luis Antonio limitaba en parte la fantasía natural de Kevin. Quizá él ya se había asentado algo más en sus preferencias, en sus gustos, sus posturas... o sencillamente sus manías. El empuje de su pareja le obligaba por momentos a dejar atrás aquellas normas no escritas y, cuando conseguía dejarse llevar, disfrutaba del descubrimiento. De alguna forma era lo que le demandaba a la limitada edad de su pareja.

Cuando terminaron, Kevin saltó sin más de la cama —no demasiado deshecha, para ser sincero— y se metió en la ducha para descubrir que en aquel hotel enorme aún había bañeras donde se podía uno tumbar... y su mente empezó a maquinarse.

—Estoy listo en cinco minutos. Y sabes que no exagero. ¿Te duchas conmigo?

—No, me ducho cuando salgas. Ya sé que estás impaciente por verlo todo.

\*\*\*

Aquella tarde apenas hubo tiempo más que para el viaje en sí mismo, pero en plena cena,

en un tailandés céntrico, pegado a la Trafalgar Square, con unos bellos altares de budas acompañados por cascadas de agua o de cera derretida, aunque ignorados por la mayoría de los comensales, tremendamente prosaicos para prestar atención a los detalles espirituales de las estancias, centrados en sus trajes, joyas y comentarios horteras, la conversación giró hacia los amigos, casi inevitablemente.

—Se te ve pensativo.

—Perdona, por un momento pensé en Pancho. —Pero no añadió que era porque sabía que tenía intención de visitar un centro budista—. Me preguntaba qué será de él y de su madre. ¿Habrá aparecido?

—Lo dudo. Nos habríamos enterado. Te habría enviado un mensaje, sin duda.

—Puede que tengas razón.

—Te preocupa Pancho.

—Sí, he de reconocerlo. Está mucho más perdido que tú...

—¿Ibas a decir a pesar de la edad?

—Sí, a pesar de la edad.

—No creo que tenga que ver con la edad. Yo he visto entrevistas de Alaska cuando grabó con Almodóvar por primera vez y sus respuestas eran mucho más inteligentes y maduras que las de muchos cincuentones.

—¿Y tú qué haces viendo vídeos de los ochenta?

—Son un clásico. Además, Alaska siempre tuvo un punto.

Luis Antonio sonrió y dio un sorbo a su té antes de volver a hablar.

—Me preocupa que un día tire todo por la borda y desaparezca, como su madre. Su madre es fuerte como un roble, pero él no.

—Igual es lo que necesita. Ponerse en peligro, descubrir que hay algo a lo que quiere agarrarse...

—Puede.

—A mí los que me despiertan mucha curiosidad son Luciano y Ernesto. No pegan ni con cola.

Luis Antonio casi se atraganta con el té.

—Jajaja. Precisamente por la cola están unidos.

—Eso ya lo sé. Pero no me pegan.

—¿Qué quieres decir con eso de que no te «pegan»?

—Que no parecen tener mucho que ver el uno con el otro.

—No lo dirás por la edad...

—Multiplícate por cero, carroza. Claro que no. Pero ¿qué tiene que ver una costurera rencorosa con una bailaora acojonada?

—Muy observador. ¿Y un banquero organizado y con pinta de machote con un joven gótico y prometedor? ¿Qué tienen que ver? Quiero decir que eso es lo de menos.

—Yo creo que solo los une el sexo. Y eso se acaba.

—Qué profundo te has puesto.

—Será que estoy reflexivo con todo lo que hemos visto.

—Creo que van a acabar juntos.

—Es obvio que sabes algo que yo no.

—Sí, pero no creo que sea un secreto que no te pueda contar. Luciano va a proponerle

a Ernesto montar una academia de baile en la ciudad, lejos de Madrid. Y vivir juntos, claro.

—¿Y crees que aceptará? Se le ve ambicioso, y en la ciudad no va a llegar más allá de profesor de niñas regordetas.

Luis Antonio sonrió para sus adentros imaginando en la academia de baile, nada más entrar, a un Paquito travestido, cubierto de faralaes, de lunares y con bata, por supuesto, luciendo su calavera excelente a la que, de alguna forma, habrían conseguido colocar una peineta y dos claveles reventones, rojos a más no poder, y por supuesto de plástico bueno.

—Si es inteligente aceptará. Y no creo que Ernesto sea idiota. Solo creo que está acobardado. Tiene miedo de ser quien es. Pero él sí sabe quién es, a diferencia de Pancho.

—¿Otra vez Pancho? ¿Tengo que ponerme celoso?

Luis Antonio lo miró como quien observa una fruslería que se quiere comprar, y que sabe que finalmente comprará, pero quiere hacerse dudar a sí mismo si debe o no darse el capricho.

—Si lo crees necesario...

—Jajaja. Mmm. Lo pensaré. Ahora no me apetece. Quiero un café en Soho.

—Aquí el café es malísimo.

—Mejor. En realidad el café es lo de menos.

Y hacia el barrio de Soho se encaminaron. Por si alguien lo ignora, el susodicho barrio es el «vecindario» gay de la ciudad. El rincón donde se agolpan los locales de música; las tiendas de artículos vinculados al sexo gay más fantasioso: dildos, correas, arneses, látigos, gorras de cuero, calzoncillos de formas y colores variopintos y agujeros varios, *slings*, cadenas, lubricantes, etc; las *shops* especializadas en películas y libros de protagonistas homosexuales... Aunque la librería gay de Londres estuviera lejos de allí, sin embargo.

El viaje acababa de comenzar y ya se sentían como en casa. En realidad habían imaginado el «final» de la historia entre Luciano y Ernesto, quien, poco a poco, se iría uniendo al grupo.

Ya estaba, ya todos tenían claro hacia dónde iba su historia... Unos se iban a pasar años haciendo *cupcakes* con forma de frutas de la mano de una suegra metomentodo, resolviendo los despistes de su novio y encontrando equilibrios absurdos a horarios incompatibles.

Otros se asentarían gracias a una escuela de baile.

¿Y ellos? ¿Qué pasaría con ellos tras el viaje por la idílica e inmensa ciudad de Londres? ¿Acaso seguirían superando la diferencia de edad? ¿Hasta cuándo? ¿Se volvería Luis Antonio el primer banquero gótico de España y pasearía su historia por todos los platós de programas de investigación social con tintes rosáceos del panorama televisivo? ¿Lo despedirían por ir a trabajar con lentillas con aspecto de ojo de reptil? ¿O lo utilizarían como nueva promoción del desprestigiado banco para jóvenes con un producto estrella que ofreciera una colección de cedés punks a cambio de abrir una cuenta corriente o unos fondos de inversión —algo más improbable?

¿Terminaría Kevin la carrera de Derecho o se involucraría en un grupo de música donde el que más supiera de solfeo no tuviera claro lo que es una clave de sol? ¿Pondría una tienda de material con tintes oscuros patrocinada por Luis Antonio? ¿Celebrarían su boda

en un castillo escocés o en un local subterráneo en Camdem Town?

La única realidad palpable, por el momento, eran sus manos cruzadas bajo la mesa del Café Nero de Soho, el único que abre hasta las tres de la madrugada en el famoso barrio de la ciudad. Sí, una imagen muy cursi, pero un lenguaje universal. Las manos solo eran las avanzadillas del resto del cuerpo, como podían serlo los labios. Todo empezaba allí, en el silencio de unas manos que se tocan o unos labios que se enmudecen mutuamente en su abrazo.

Ups, a todo esto, acabo de darme cuenta de que el lector probablemente no tendrá ni idea de todo aquello que siempre quiso saber sobre el sexo entre homosexuales. Pero creo que será mejor que lo busque en alguno de los varios libros que abordan el tema desde la seriedad y la descripción... No crea que va usted a encontrar nada que no venga haciéndose desde el inicio de los tiempos. No hemos inventado nada, pero nos gusta creérnoslo. Y sin más, colorín colorado este capítulo se ha acabado.

## Capítulo final

### ¿Y quién coño es Pepa la Pipera?

Estaba solo y camino de la capital. Aún le duraba el arranque de mal humor. ¿Qué significaba eso de que su madre estaba viviendo con la tal Pepa a sesenta kilómetros? Además, ¿no había dicho que estaría en el pueblo de su padre?

Con razón nadie sabía darle noticias de la señá Sole en aquellas calles apenas asfaltadas del minúsculo pueblo. Ni de ella ni de la dichosa Pepa. Nadie conocía a Pepa ni había un puesto de pipas en el pueblo, solo un ultramarinos donde siempre, donde él lo recordaba. Aquella visita había sido agotadora... y todo para nada. Uno tras otro, todos los que no sabían que su padre había muerto le preguntaban por él... y los que lo sabían le preguntaban por la colección de insectos.

—Siempre fue un buen hombre. Apocaíllo, eso sí. Nos sorprendió que se casara con tu madre, siempre tan resuelta, una hembra de las que dejan marca, muchacho.

—¿Y qué se hizo de su colección de bichos? Tú igual no lo sabes, pero tu padre empezó a coleccionarlos siendo un chiquillo. Se iba por todos los rincones buscando cigarras y saltamontes... pero le gustaban todos.

A Pancho le llegaba a dar hasta pena confesar que su madre había acabado con todo aquello de un único plumazo como si fuera la peor basura del universo. Él no tenía aprecio alguno por aquellos animales que crujían como ramas secas y tenían los ojos saltones y desproporcionados, como el número de patas, pero vaya, habían sido muchos años de trabajo. Puede que algún instituto o pequeño museo los hubiera querido. Ahora ya era tarde. Saber que tanta gente recordaba a su padre por aquella afición le apenó. Nos pasamos la vida dejando un legado para que otro con un manotazo lo haga desaparecer sin contemplaciones, para que sea pasto del olvido, siempre hambriento, siempre injusto, siempre ansioso.

—¡Ay!, ¿que se ha muerto tu padre? ¿El de la Sole? Ay, hijo mío, qué lástima, cuánto lo siento. Aquí es que no nos enteramos de nada, hijo mío. Fíjate, tan solo unos kilómetros de por medio y las noticias ya no llegan. Esto es carne de desaparición, te lo digo yo. Las ciudades nos vacían, como si fuéramos cerdo en la matanza. Ya se fueron todos los jóvenes. Ay, hijo mío, da recuerdos a tu madre.

—¿Y hace mucho? ¡Qué horror! ¡Cómo pasa el tiempo! No somos nadie, no somos nadie. Ya lo dice el cura en la misa *tos* los domingos. Polvo somos y *na* más. Aunque claro, el sacerdote qué va a decir más que asustarnos con las penas del infierno *pa* que nos comportemos como Dios manda y le dejemos bien llenas las huchas de los santos, que de eso también vive. Menudo es don Manuel. Sí, sí... todos polvo y *na* más que polvo que se lleva el viento. Te acompaño en el sentimiento. Ay, ahora tengo que dejarte, que tengo las piernas que no me tienen. La edad, la edad, que no perdona. Quién pudiera volver a los años mozos como tú. ¡Aprovecha bien, que día que se va... día que no vuelve!

Sí, sí, aprovechar. ¿Aprovechar para qué? No lo tenía nada claro... ¿Aprovechar para vivir en un pueblecito, rodeado de un centenar o dos de habitantes ya todos mayores, esperando la visita de fin de semana o Navidad de los hijos que dejaron el terruño para buscar trabajos mejores en la ciudad? ¿Aprovechar para buscar una pareja y aguantarse

mutuamente llamándolo amor? ¿Aprovechar para follar y follar con unos y con otros hasta no recordar ni sus nombres ni la fisonomía de la mayoría, acaso el tamaño de alguna polla más destacada que otras, acaso los abdominales de aquel ligue de sábado noche que parecía un modelo y nadie sabía de dónde venía? ¿Aprovechar para buscar sensaciones nuevas, un perineo con *piercing* o una lengua con *piercing*? ¿Una penetración doble o unas esposas? ¿Un consolador más grande o más negro o más rojo, o más doble o más cristalino? ¿Y luego qué? Había un personaje en una de las series que veía su madre (*Sobrenatural*) que representaba a un ángel, y en un momento determinado, desde la falta de empatía que le daba su naturaleza incorpórea, ajena al deseo erótico, valoraba el sexo como algo muy repetitivo, aburrido. Bien mirado, ¿no había algo de verdad en eso? Aunque, claro, contemplando a los dos protagonistas, que estaban cañón, era difícil sentirse tentado a darle la razón.

Dejar atrás el pueblo de su padre, sin respuestas, le había amargado aún más, y sobre todo le había llenado de preguntas. Más preguntas. Ideal. Absolutamente perfecto. Destapaba un frasco de pimientos y más preguntas salían junto con las hortalizas. Abría un paquete de pañuelos de papel y entre la celulosa y el aroma a jazmín —*of course*— se escapaban unas cuantas dudas. Doblaba una esquina, rizaba unos pelos, ponía unos rulos, aplicaba el secador, aplicaba unas pinzas o unas extensiones y, entre una calle y otra, en las curvas del cabello, entre el plástico de las piezas y el aire del aparato o entre la presión y el alargamiento brotaban las preguntas como hongos asesinos, como setas insaciables. Durante todo el trayecto no pudo evitar darse cuenta de que, a pesar de tantas preguntas, nunca había cuestionado nada, se lo había tragado todo tal y como se lo habían dado. No tenía idea alguna de cómo su madre y su padre se habían conocido. No sabía cómo había sido el noviazgo, cuánto había durado o qué habían dicho las familias. Dando vueltas en torno al misterio de la vida había sido arrastrado por la corriente, y él como una florecilla cortada; mientras se empapaba hacia cataratas y riscos se empeñaba en preguntarse por la intensidad de los rayos de sol que se colaban entre las ramas de los árboles o en la longitud de la hierba según la estación del año. ¡Qué ridículo se sentía!

Su padre había sido un hombre silencioso, de poca sangre, tranquilo, algo ausente. Concentrado, en sus ratos libres, en sus colecciones de insectos. Nunca le había dado una voz ni recriminado nada. Mucho menos le había propinado una bofetada o un azote. Toda su educación había estado en manos de la señá Sole, su madre, una mujer que suplía todo cuanto le faltaba al marido en arranque y decisión. La relación entre ambos, vista por el Pancho adolescente, había parecido en exceso formal, algo fría. Pero las relaciones entre los propios padres siempre parecen extrañas, incomprensibles desde fuera. Y ahora todo eso volvía a su cabeza. ¿Por qué le había engañado su madre diciendo que estaría en el pueblo paterno? Justo cuando su mente parecía incapaz de plantearse más inseguridades, su madre decidía desaparecer y dejaba tan pocas huellas que casi había resultado imposible seguirla.

Otro punto que no acababa de comprender era por qué había dejado a Petri al cargo de su vigilancia, la única a la que le había confesado su paradero en caso de urgencia. La explicación razonable que se le ocurría era el evidente roce diario y la cercanía con él en la peluquería. Pero ¿cómo había intuido su madre que le guardaría el secreto? Había sido necesario llevar la situación a un extremo, casi estallar en sollozos frente a sus amigos

para que su empleada se hubiese sincerado con él poniéndolo sobre la pista.

Todo aquello parecía no tener sentido alguno. Sabía lo que su madre le había dicho antes de desaparecer sobre la necesidad de que se viese solo frente a la vida y empezase a tomar decisiones, pero ¿venía a cuento todo aquel número circense de desaparición? En definitiva, él no había solucionado nada de su problemática y ahora se sentía extraño, engañado por su propia madre, y más inseguro, pisando terrenos lodosos donde antes creía haber tenido algunas de las escasas seguridades de su propia historia.

Cuanto más se acercaba a la dirección de aquel papel arrugado que estuvo a punto de comerse de puros nervios, menos sabía cómo abordar todos los temas pendientes. Su cabeza era un cuarto de hotel, un cuarto compartido por cuatro adolescentes: un puro desorden lleno de prendas de no se sabía quién. ¡Nena, pásame la camiseta que hay debajo de las bragas de Hello Kitty! ¡No veo ni una cosa ni la otra! ¡Es que están al lado de tu maletín de maquillaje, el de tres pisos, guarra! Todo era tan absurdo... ¿No era la vida absurda continuamente? Ay, no, por favor, más preguntas no.

Ya faltaba poco para saber si habría alguien en aquella casa y si su madre estaría allí. El resto ya se vería.

Era un barrio del cinturón de la ciudad. Nada céntrico ni chic. Una de esas ampliaciones de torres de apartamentos de los setenta y los ochenta, cuando España se empeñaba en ser la bandera de la modernidad construyendo horrores de hormigón y ladrillo que hacía décadas que se habían desechado en las ciudades punteras. Sin llegar a convertirse en un centro de marginalidad como otros vecindarios con menos suerte, se trataba de un lugar de clase media-baja, poblado por los obreros que habían conseguido llegar a la pensión con dos o tres millones de pesetas en el banco pero sin propiedades. Incapaces de optar por una residencia privada más de medio año. Incapaces de acariciar el sueño de la casita en primera línea de playa. Los que tienen que mirar si el litro de leche está más barato en una cadena de supermercados o en otra.

Justo al llegar al portal, una vecina con el carro de la compra y los rulos bajo la redecilla (sacada de un tebeo de los años sesenta) abrió. Lo miró con suspicacia, y lo evaluó desde la marca del pantalón a la naturalidad del color de su pelo con una mirada sagaz de quien tiene años de experiencia como portera *amateur*, con la mirilla de la casa agotada de aguantar el peso de su ojo. Pensó Pancho que llamar por el telefonillo le ahorraría equivocarse cara a cara en el supuesto caso de que allí no estuviese su madre. Pero después se imaginó teniendo una conversación a través del aparato infernal de los portales urbanos.

—¿Digaaaaaaaaa? ¿Quién es?

Sin duda la voz sería penetrante y molesta como las de todas las amas de casa cuando las interrumpen el cocido o la paella, sabiendo —o creyendo saber— que se trata de un vendedor no deseado o un cartero comercial que les llenará el buzón de correo perfectamente inútil, papel satinado y coloreado de una nueva tienda de colchones de ocasión o un restaurante chino a tres manzanas con servicio a domicilio y los platos tópicos que a saber si realmente se comen en China.

—Disculpe —diría él—, pregunto por Pepa la Pipera o la...

—¿Cómo? No se le oye nada. ¿Oiga? Hable más alto, que el telefonillo no funciona bien.

Ese es uno de los grandes misterios de la Edad Actual, ¿por qué nunca se escucha por esos aparatos separados apenas por unos cuantos metros cuando se puede contactar con gente a miles y miles de kilómetros por un minimóvil del tamaño de una avellana gorda?

Con cara de circunstancias y temiendo que alrededor le vigilaran varios ojos inquisidores como los de la vecina con peluquería casera, tendría que repetir, casi gritando:

—¿Pepa la Pipera?

Y en el mejor de los casos, efectivamente, la dueña de la voz sería la tal Pepa, quien, extrañada de oír su voz en boca de un extraño, redoblaría su desconfianza.

—Oiga, ¿qué quiere?

Y entonces él tendría que explicar, a voz en grito quién era y a quién venía a buscar, para diversión y espectáculo de todo el vecindario, que a aquellas alturas ya debía estar congregado con unas bolsas de pipas, o una labor de lana, todos cerca de las ventanas o con sus telefonillos descolgados, pegando las orejas e imaginando los dramas familiares de Pancho y lo que pintaba Pepa en ellos, una Pepa a la que aquellos vecinos, por cierto, sí conocerían (jugaban con ventaja, los muy cabrones), lo que ya les habría puesto sobre la pista de la historia... seguramente.

—Pregunto por mi madre.

Y entonces alguno de los vecinos se atragantaría con la pipa que estuviera, traviesa y juguetona, rondando la garganta; o se equivocarían y se saltarían un punto de la bufanda «en construcción» que quedaría eternamente como testimonio del dramático momento. ¡Pepa la Pipera, madre de aquel joven gordito! ¡Nunca lo había dicho! Puede que incluso alguno de los vecinos abriera la ventana para mirarle directamente, lo más cerca posible y comprobar el parecido físico.

No pudo soportar que su imaginación siguiera atormentándole con aquellas posibles escenas frente al telefonillo y prefirió acoger con alegría la oferta del destino: la puerta abierta era una invitación perfecta. Sería más fácil llamar directamente a la puerta del piso en cuestión y solo los vecinos del rellano podrían cotillear sus miserias familiares.

Se trataba de un séptimo piso, pero el ascensor estaba estropeado y, para su estupor, tuvo que subir los ciento doce escalones a pie, pensando, entre la lágrima y la risa que «estos romanos están locos», que habría dicho Astérix. Estuvo muy tentado de dar marcha atrás y hacer uso del telefonillo, pero aquella conversación imaginada, a gritos y sin sentido, le persuadió y siguió sumando escalones, pisos y gotas de sudor mientras aún sufría escalofríos con el hipotético diálogo de besugos.

¡Siete jodidos pisos! ¡Y había gente en los gimnasios que pagaban por usar una máquina que simulaba las escaleras!

Llegó sin aliento porque la peluquería da dolor de riñones y de espalda por las horas que se está de pie, pero no prepara para aquel ejercicio suicida de ascensión lenta y dolorosa. Cuando llegó al rellano deseado, tuvo que pararse y, doblado por el cansancio, respirar entrecortadamente hasta recuperar el resuello. No era cuestión de llamar al timbre de nadie sin poder articular palabra. ¡Lo que le faltaba! Agradeció al destino que nadie saliera de su casa en aquel momento y lo viera en tan humillante situación física. Por fin pudo inspirar fuerte e intentó serenarse. Aquello podía ser duro, y sin duda sería extraño. Se acercó a la puerta. En lugar de un Cristo o una Virgen, sobre la mirilla se

encontraba una chapa con forma de, ¿Cher? La tal Pepa la Pipera era también una popera... o una humorista de mucho cuidado.

El timbre sonó. Era la melodía del *Vogue* de Madonna convertida en pitiditos. Inconcebible. El nivel de *kitsch* no podía subir mucho más. La puerta se abrió, y una figura cercana a los sesenta y muchos años, quizá más, le abrió con zapatillas rosas con marabúes y una bata a juego. Pero allí había mucho pelo, entre las zapatillas de andar por casa y el bajo de la bata. Mucho para ser una mujer con alergia a la depiladora.

—Hola, Pancho —dijo Pepa (no cabía duda de que era ella), y le tendió una mano mientras con la otra sujetaba la bata, como si tuviera frío—. Pasa, por favor. Estaba deseando que aparecieras.

Al menos sabía quién era él. Después de todo parecía que su madre estaría allí. Pero, ¿qué hacía allí su madre con «aquella» Pepa la Pipera? Insistía su mente: ¿QUÉ HACÍA ALLÍ SU MADRE CON «AQUELLA» PEPA LA PIPERA? Y directamente en bucle, como si el vinilo se hubiese rayado ya para siempre pero el volumen no hiciera más que subir entonando aquella frasecilla molestísima: ¿QUÉ HACÍA ALLÍ SU MADRE CON «AQUELLA» PEPA LA PIPERA?».

No se puede decir que extraños pensamientos tomaron su cabeza porque, bien al contrario, se había bloqueado. Y el estribillo repetía machacón, como todos los de las canciones del verano (y muchas del invierno, la mayoría de las primaverales y no pocas del otoño): ¿qué hacía allí...? Y etc.

Aquel individuo que sabía su nombre y que respondía al sonoro seudónimo o nombre de guerra de Pepa la Pipera había echado a perder todas las conjeturas hechas hasta entonces: antiguas vecinas de cuando su madre era soltera; familias lejanas o quizá rivales por el amor de su padre. Pepa no podía ser nada de eso. ¿Qué la unía a su madre? Estaba casi seguro de que en aquel caso concreto no quería saberlo. Mejor no despejar la duda.

Tras un momento de vacilación, entró por un pasillo algo oscuro donde fotografías de ABBA y Boney M salían a su encuentro: allí no había reproducciones de Leonardos, Murillos o paisajes de árboles y montañas sino un museo pop. La casa era una declaración de guerra contra el estilo tradicional, contra las convenciones y también contra el aburrimiento... y el buen gusto.

Desembocaron en silencio en un salón bastante amplio, decorado como un plató de cotilleos, con colores algo chillones y pequeñas figuras que representaban a Alaska, Locomía, Mecano... por todas partes, estanterías, aparadores... Sentada cómodamente frente al televisor, una mujer de bien entrados los sesenta años, con un vestido sin adornos, negro y zapatillas del mismo color, concentrada y con el semblante brillante, sano.

Pepa iba a decir algo como «Sole, tu hijo está aquí», pero no le dio tiempo.

—Mamá —gritó Pancho, y se abalanzó hacia el sofá para abrazarla.

Todo el mal humor y las ganas de discutir se le pasaron inmediatamente. Su madre estaba bien, y eso era lo importante. La había echado de menos mucho más de lo que había pensado. Entre unas cosas y otras, Tatiana y su nuevo *look*, la fiesta gótica y la búsqueda espiritual su mente había estado demasiado ocupada. Pero ahora, al abrazar el cuerpo redondeado de su madre, todas las noches en que la casa vacía parecía decir su nombre una y otra vez en cada rincón, desde las toallas del baño a las cortinas, desde la

cocina y el olor lejano de los guisos hasta la habitación cerrada, todas aquellas sensaciones de ausencia se habían juntado para decirle lo mucho que había extrañado a su madre. Estaba llorando. Su madre le tendió un pañuelo de papel y le dijo:

—Ea ya. No te pongas *drama queen*. Perdona, Pepa, no lo he dicho por ti, es una expresión.

—¿Cómo que *drama queen*? ¡Llevo semanas sin saber de ti!

—Bueno, ya te avisé de que me venía a pasar unos días con Pepa.

—¡¡¡Pero madre, si yo nunca había oído hablar de Pepa!!! Creí que era una broma.

—Nada de bromas. Necesitabas un tratamiento de choque. Serás mi hijo, pero no estoy tan ciega. Tú necesitas verte solo en la vida y dejar de vegetar. Se te pasan los días sin saber qué quieres.

—¿Y eso es razón para hacer así las cosas? ¿Sin saber ni adónde acudir ni a quién preguntar?

—Exactamente de eso se trataba. Si me hubieras tenido al alcance de la mano, habría sido como si no me hubiera ido.

La señá Sole no se dejaba amilanar por las quejas ni el tono de Pancho. Tenía muy claro lo que decía y para impresionarla hacían falta mucho más que unas lágrimas de hijo mariquita y sensible.

—Vamos, vamos. Nadie se muere por estar unas semanas a sus anchas. Cuando me muera puede que sea sin avisar... lo tengo que pensar, que una siempre ha sido muy considerada con todo el mundo y se llega a cansar. ¿Qué harás entonces? Tu vida está más vacía que el guion de *Alien vs. Predator*. Ni yo ni nadie puede llenártela. Solo tú. ¿Comprendes eso? Si he tenido que hacerte un poco de luz de gas ha sido solo por tu bien. ¿Comprendes?

—No. No lo entiendo. Es verdad que paso por un mal momento, pero eso...

—¿Un mal momento? Vamos, anda. Tienes menos sangre que una tila baja en calorías.

A todo aquello, Pancho se había sentado junto a su madre y Pepa había salido del salón y buscado discreto refugio en la cocina, donde intentaba hacer crucigramas, sentada en una banqueta algo baja, incapaz de concentrarse, pues sus oídos se iban a la conversación de la habitación contigua. Ni siquiera las cosquillas del marabú del bolígrafo en su barbilla conseguían distraerlo. Qué dura podía ser la Sole cuando quería. Qué fuerte había sido toda la vida. No es que le faltara razón, pero qué difícil era tener esa fortaleza frente a un ser querido. La admiraba. Si ella hubiera sido la madre de Pancho, pensaba, le habría faltado el valor para dejarlo solo... Ay, si ella hubiera podido ser madre...

Recordó cuando se conocieron, allá en la lejana infancia, en los cincuenta, cuando España olía a ajo y a pobreza, más incluso a pobreza que a ajo, desgraciadamente; cuando se intentaba dejar atrás la posguerra pero esta se alargaba y se alargaba como una mala canción. Desde que tenía memoria recordaba haber sabido que ella era Pepa y que su nombre no era aquel que se empeñaban en darle sus padres. La Sole lo percibió enseguida. Quizás todos lo notaron, pero ella fue la primera en escucharlo en voz alta cuando, al jugar juntas en un parque por primera vez, Pepa dijo su auténtico nombre. La niña que tenía frente a ella sonrió, le cogió la mano y sencillamente dijo:

—Seremos buenas amigas.

Lo cual era extraño, porque una niña que parecía un niño, y tenía voz de niño y llevaba

ropa de niño no era sino un niño en aquella década... y en las dos siguientes también. Todo lo más podía ser un niño raro dependiendo de lo sensible que fuera quien lo tratase para percibir según qué cosas. Pero la Sole ya era mucha Sole incluso de niña, y su curiosidad era grande, pero su capacidad para hacerse una composición de lugar y tomar una decisión era mucho mayor. Durante años descubrieron juntas quién era Pepa y qué sentía Pepa, y qué la hacía diferente... y cuando llegó la adolescencia ella no dudaba ya de la necesidad de huir a la ciudad, a una ciudad muy grande... o mejor dicho de encontrar un hogar en la ciudad, ya que para poder ser ella misma era perentorio encontrar un ambiente más receptivo que el de aquellos muros encalados, preciosos, pero aún en la Edad de Piedra... de la piedra antigua.

Los gritos seguían al otro lado de los tabiques de papel de fumar, y el tono se iba volviendo agrio.

—No tienes ni idea de lo que es la vida. Y la culpa es mía por malcriarte...

—¡Pero bueno! Que lo estoy pasando muy mal... ¿Qué significa eso de malcriarme?

—Pues está clarísimo. Si no lo ves es que debes de ser un caso perdido. Está claro que quedarme a vivir con Pepa es lo más sensato en este momento.

—¿Quedarte a vivir con Pepa? ¿Pero estamos todos locos o qué? Es más, ¿se puede saber quién coño es Pepa la Pipera y qué mierda de nombre es ese? ¿De dónde lo sacó? ¿De un tebeo de la basura?

—No se te ocurra hablar así de Pepa, que la tenemos.

—¿Y eso por qué?

La tensión se cortaba con cuchillo eléctrico. En aquel momento debería haber sonado a todo volumen la banda sonora de *La guerra de las galaxias* porque la señá Sole, marcando mucho las palabras y con un tono de voz grave, por debajo de una marcha fúnebre futurista, le respondió con una calma indignada:

—Pepa es tu padre.

Un golpe seco tapó el «¿Cómo?» lleno de estupor pronunciado por Pancho. Venía de la cocina y había sido demasiado fuerte como para ignorarlo. La señá Sole se levantó de un salto, para el que sus carnes no fueron impedimento alguno, como si fuera verdad aquello de que «los kilos no pesan», lema con el que algunos intentan convencerse o conformarse, y acudió en pos de aquel ruido. Su hijo la siguió unos segundos después, incapaz de reaccionar con mayor premura: tal había sido el impacto de la bala de las palabras de su señora madre.

En mitad del suelo yacía Pepa, desmayada, cerca de la banqueta que se había venido al suelo con ella al sufrir el vahído. La señá Sole la levantó como si se tratase de un muñeco de trapo sin peso alguno, y al tiempo que pedía a su hijo que se apartara de la puerta de la cocina para llevarlo al sofá le recriminó con un ácido:

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—¿De lo que he hecho yo? Pero esto es una locura total.

—Anda, cállate ya y deja de responder a cada cosa. Ayúdame, coño, que hay que decírtelo todo. Y luego trae agua.

Pancho se avergonzó de no haberlo hecho antes y, cogiendo los pies de Pepa, mientras que su madre cargaba por los hombros, la depositaron en el cómodo sofá de tres plazas que la pobre tenía en casa casi como única concesión a la tradicionalidad, pues vivía

habitualmente sola y le habría resultado mucho más cómodo, y sin duda mucho menos triste, una mecedora o un buen sillón de esos que dan masajes y se venden por la televisión, a altas horas de la madrugada, cuando se ofertan todos los productos milagrosos capaces de arreglarnos la vida definitivamente, acabar con las arrugas, reducir el tiempo que pasamos en la cocina, adelgazarlos, tonificarlos, embellecernos, liposucionarnos y hacernos ricos, guapos, populares y eternos.

Pepa no tardó en reaccionar y despertar. La señá Sole había puesto bajo sus narices los efluvios inconfundibles de la colonia Jean Paul Gautier que la pobre usaba como única presencia de «etiqueta masculina» en su vida. Aunque lo primero que pensó Pepa al despertar fue en el precio del dichoso bote de perfume y en cuánto habría desperdiciado Sole para despertarla, lo primero que dijo fue muy diferente:

—Ay, qué vergüenza. ¡Qué topicazo! Mira que desmayarme en un momento así.

—¿Topicazo? —Pancho seguía sin salir de su asombro, sumando surrealismos según su tabla de valores natural—. ¿Cómo que topicazo? ¿Os parece muy tópica la situación? Es lo nunca visto.

—No le hagas caso, Pepa. El pobre es muy ignorante. No lo he educado bien. Tendría que saber que existe una película llamada *La jaula de las locas*. Anda, dame el vaso de agua. ¡Qué cruz tengo contigo!

—Ay, Sole, no seas tan dura con él. Además, eso es de nuestra época. La versión que él debería conocer se llama *Una jaula de grillos* y es americana.

—¿Y a mí qué me importa el cine? ¡Estamos hablando de que Pepa la Pipera es mi padre!

—¿Y de qué te crees que estamos hablando nosotras, bonito? ¿De la subida del pan? Anda que... vergüenza me da a veces que seas mi hijo.

—Sole, Sole, no digas eso, que es mi hijo también. Igual conoce mejor *Todo sobre mi madre*, la de Almodóvar, pero no me gusta en este caso porque la Lola, el padre de los niños, es más mala que un dolor... y mira que yo admiro a Almodóvar, ¡cómo nos entiende ese hombre!

—¿Pero es que es en serio?

—No te he dicho nada tan en serio en toda mi vida, creo recordar. En realidad, solo desde hace unas semanas me he puesto serio contigo. Tendría que haberlo hecho antes. Igual ahora sí sabías qué coño querías hacer con tu vida.

—Pero ¿cómo es posible?

—Supongo que eso ya lo sabes, ¿o necesitas que te cuente lo del polen y las abejitas que os explicaban en el cole?

—Quiero decir, si Pepa siempre ha sido Pepa, y se ha sentido Pepa... ¿Y por qué?

—Hijo mío (Sole, permítame que le llame hijo mío), la sexualidad es algo muy muy difícil... pero al mismo tiempo muy fácil, sucede con la naturalidad de la vida. Y el cariño mucho más. Yo siempre he querido a tu madre, aunque fuera una mujer. Desde niñas nos hemos querido mucho. Lo que no sé es por qué me ocultó que la había dejado embarazada y lo ha mantenido en silencio tantos años. Sole, qué drama de culebrón... Me imagino por qué pero...

—Pero nada, que ya sé yo de dónde le viene al niño la tendencia a lo *drama queen*. Y ya sé que tú no eras una drag, Pepa, pero *drama queen* un rato largo. Tú estabas a punto de

irte a la gran ciudad. Y precisamente eso fue lo que calentó el ambiente, lo hizo cursi, lo hizo todo más extraño. Ambas sabíamos que te ibas para ser quien eras, para ganarte la vida con lo que mejor sabía hacer, *playback* con plumas. ¿Cómo iba yo a pararte? También estaban los miedos, lo que diría la gente, pero... eso me importaba menos. Eran los ochenta, y aunque aquí las cosas iban más despacio que en Madrid, según parece, en el fondo habría dado igual. Hasta nos habríamos podido casar si tú te hubieras travestido de hombre. Y cuando lo pensaba, me daba una infinita tristeza. No quería perder al niño... así que me busqué un incauto que no molestara mucho y le endosé la paternidad.

—¡Pobre hombre!

—Tuvo más mujer y más vida de la que pudo soñar nunca, no le compadezcas. Le dejé hasta tener su colección de bichos. Y se la ha llevado consigo al otro barrio. Ea, todos arriba siendo muy felices, decorando nubes con marcos llenos de mariposas secas.

—¿Y Pancho?

—Ay, Pepa. Ahí es donde creo que me equivoqué. Hijo... no sé si sabrás entender esto, pero creo que con Pepa como padre te habría ido mucho mejor.

Pancho estaba asumiendo una historia tan fuera de lo común (o quizá no tanto, pero cuando se vive en primera persona todo se intensifica) dentro de su eterna adolescencia de gay herido desde niño; estaba escuchando tantas cosas que le resultaba difícil asumir, mientras su padre natural lo trataba con tanto cariño, como conteniendo las caricias de sus manos (que sí salían sin embargo por su boca), que apenas sabía qué decir.

—¿Y por qué me habría ido mejor con Pepa?

—Ah, quizá con ella habrías aprendido el valor de las cosas. El auténtico esfuerzo para conseguir lo que uno desea en la vida. Creo que tú, hijo mío, no sabes lo que es eso. Lo has tenido *to* demasiado fácil. Lo has tenido *to*.

—¿Y eso qué tiene que ver con Pepa?

—Anda, siéntate. Pepa, déjame que le cuente una historia a este niño nuestro que sabe tan poco de lo que cuesta vivir. Pepa siempre supo quién era. Y en eso no tuvo *na* que ver su cuerpo. En aquellos días no teníamos tantos adjetivos ni tantas clasificaciones y discusiones sobre el sexo en este país. Además, entonces ella y yo éramos niñas y toda esa palabrería de los sabiondos nos quedaba muy lejos. Eso no significaba nada porque, como ya te he dicho, ella se conocía a sí misma mucho mejor que todos los que somos normales y asumimos tantas cosas que nos vienen *das*. No hizo ninguna falta que yo guardase su secreto, porque nunca fue un secreto *pa* nadie. Todo el que quiso mirar supo que ella era Pepa, *to* el que quiso oír. Eso no significa que se la aceptase. Pepa sufrió durante años *to* tipo de maltratos en el colegio y después. Los cincuenta y los sesenta fueron muy chungos, hijo. Precisamente por eso había que luchar por cada cosilla. Nadie le habría dado trabajo a Pepa, pero ella se buscó la vida, empezó a vender pipas en un puesto callejero. Y al final muchas mujeres le acabaron comprando. Unas por lo que llamábamos entonces Caridad Cristiana, aunque se fueran haciendo negaciones con la cabeza y santiguándose. Y otras porque sabían ya, a pesar de los tiempos, que la vida es difícil y juzgar no sirve *pa na* de *na* de *na*. Pronto empezaron a llamarla Pepa la Pipera. Y ella supo reírse de *tos* ellos: puso en su pequeño puesto un letrero rosa con ese nombre: le habían dado un grito de guerra. No sabían hasta qué punto.

—¡Qué valor!

—Bueno, me vais a sacar los colores, a mi edad.

—Mucho valor. Tienes razón. Le partieron la cara más de una vez y le destrozaron el puestecillo al mismo tiempo. Ningún palo fue tan fuerte como para doblar a Pepa. Siguió ahorrando hasta tener lo bastante como para empezar de nuevo. La gran ciudad la esperaba. Le costó años, muchos más de los que habríamos querido. Y la gran ciudad la conoció ya como Pepa la Pipera, una estrella del espectáculo que imitaba, en los bajos de locales prohibidos y sucios, a las folclóricas, a las divas esas que os pierden, y a toda cantante con cierta popularidad. Al principio usó ropas de segunda mano, beneficencias, trapos cogidos aquí y allá. Luego llegó la explosión, el desarrollo. Pepa es historia viva de esta ciudad. Pero claro, tú ni habrás oído hablar de ella. La pipa de Pepa ha sido siempre cien veces más grande que los cojones de los que presumían de apalearla. Su pipa ha sido llevada por cien locales. Lo sé por qué la seguí a través de unos y otros. No fue fácil. Ella no supo que yo estaba en la sombra, tras sus huellas, durante muchos años. Cuando tu padre murió decidí que los armarios no sirven tampoco para espiar desde ellos. Y me puse de nuevo en contacto. He hablado mucho con Pepa sobre ti... aunque no le había dicho que era tu padre.

—Es un poco extraño tener un padre que se llama Pepa.

—¿Por qué, Pancho? No es extraño, la extrañeza es algo triste, feo. Es lo que es. Sucede muchas veces más de las que crees. Y si fuera el único caso en el mundo, mucho mejor. Pepa es la mejor.

—Pero ¿acaso no deberías haberme dicho todo esto? No sé, en vez de desaparecer de repente y ahora soltarme todo esto...

—No te desvíes de la cuestión, Pancho, no te desvíes de la cuestión. ¿No has entendido *na* de lo que te he dicho? Pepa tuvo que vender en un puesto callejero *pa* ser quien era. Y enfrentarse al mundo. Y lo hizo. Sabía quién era. Ahora los jóvenes no sabéis *na*. Solo pensáis en las cosas *pa* ya mismo. Las que no dejan ninguna marca. Son como un plato de naderías de esas que pagáis en los restaurantes modernos. ¿No sabes por qué quieres vivir? ¿Qué coño *quies* hacer?

—Muy fácil visto así... Pero no he encontrado un sentido profundo a la vida... todavía.

Pepa lo miraba con ojos tiernos y, si la situación no hubiera sido tan reciente, le habría tomado la mano con cariño para decirle:

—Pancho, ¿ha habido algo alguna vez que haya hecho latir tu corazón más deprisa?

—Sí, pensar que iba a encontrar ese sentido en alguna parte.

—Entonces está claro. Sole, no insistas, Pancho es un buscador. No podrá encontrar un único camino.

—Vaya, ¡tengo un hijo Google!

—Muy con los tiempos, querida mía, muy con los tiempos.

—Si a la edad que tienes no lo sabes... es que precisamente es la duda tu propia esencia. Y tienes que seguirla. Quién sabe si alguna vez te lleve a ese rincón solo tuyo. Mi rincón estuvo en los escenarios. No importa lo pequeños o lo grandes que fueran, lo sucios o lo brillantes, lo nuevos o lo viejos. Si el público era mayor o joven; si fumaba o no.

»Una vez que la música empezaba y el foco echaba sus chorros sobre mí... Bueno, no siempre hubo focos, eso es verdad, he trabajado en rincones de mala muerte, pero para

mí como si los hubiera. Pero, volviendo a lo que decía, una vez que empezaba el espectáculo el mundo se desvanecía para mí. Yo era Pepa la Pipera y las palizas y los miedos y el puesto de pipas quedaban muy atrás. Yo era yo misma, una estrella explotando y derrochando la luz que recibía de esos focos que, repito, no siempre hubo.

—Debe de ser algo maravilloso vivir esa sensación, Pepa.

—Sí, sí lo era. Grandioso. Y los aplausos del final eran como la espuma de la botella de champán: sin ellos la ceremonia se quedaba coja. Y luego los admiradores en el camerino. Porque otra cosa no, pero pretendientes he tenido muchos... Aunque eso era secundario. Me extraña cuando hoy parece que solo el ligueteo importa, ni siquiera el follarse en sí, solo el presumir. Para mí lo grande era salir allí, subida a aquellas tarimas a veces hechas con palés, inestables e inseguras, pero que te elevaban lo suficiente, junto con los tacones, como para mirar al mundo desde otro lugar, desde un universo diferente. No era más arriba, nunca me ha gustado mirar a nadie por encima del hombro, pero sí desde otra dimensión donde yo ardía como una estrella y el público recibía mi luz. Y, sobre todo, era yo, Pepa, libre de todo, auténtica, vestida de lujo para la ocasión, transformada en otra persona, no necesariamente la artista a la que yo imitaba, sencillamente la verdadera yo ataviada para el espectáculo. El espectáculo era todo. Y, en mi recuerdo, lo sigue siendo...

Un silencio nostálgico como de nube a punto de llover agua muy fina, casi diminuta, llenó la habitación durante un momento. Fue como si un ángel que se hubiera dado cuenta de que no tenía sexo en aquel preciso momento hubiera pasado agitando sus alas lleno de preguntas melancólicas.

—Perdona, no me estoy dando cuenta. Yo aquí hablando de mis batallitas y tú que debes tener un *shock* importante.

—Pero ¿qué shock ni qué shock? Cuando te pones *internacioná* no te aguanto, Pepa. Le estás contando la vida. Eso que yo trato de explicarle.

—Chocante sí es, pero a estas alturas ya no creo que tenga ningún sentido montar un drama. Quizá incluso explique muchas cosas...

—¿No estarás pensando que eres *homosexuá* porque Pepa es tu padre? Estás un poco *retrasao* en ese asunto.

—Pues no lo sé. Yo no soy médico, pero no me extrañaría. En cualquier caso no solo es eso. Sino más bien que cierta ausencia que he sentido toda mi vida quizá ahora encuentre una explicación. Papá, en realidad, no era papá. Y tampoco es que ejerciera en exceso. Era alguien dentro de su mundo, perdido. Es como si yo lo hubiera intuido. Quizá incluso él, entre bicho y bicho, lo intuía.

—¿Y qué quieres? Tenía que pillar algo rápido. Y las rebajas de hombres tienen lo que tienen.

—No quería criticarlo, solo decir que era como si no estuviera. No hablemos mal de él, madre, me da mucha lástima.

—Yo, sin embargo, nunca intuí nada, tan centrada como estaba en salir adelante. No te creas que fue fácil. Aquellos años los garitos eran ilegales, y te jugabas una redada cada dos por tres. Cuando más parecía que este país se abría al extranjero, les dio por hacer los tratamientos con *electroshock*. Fue un horror. Teníamos todas mucho miedo. Pero nos divertíamos, vivíamos cien por cien todos los momentos y sabíamos que ansiábamos la libertad de ser nosotras mismas. Luchábamos por ser libres en nuestros espacios, rincones

de fantasía donde la felicidad era posible. Ahora que hay mayor permisividad y en las ciudades grandes los locales están a rebosar, ¿por qué lucháis? Os veo salir en busca de los cuerpos duros de gimnasio pero ¿sabéis lo que significa eso? Ay, a veces echo de menos las veces que, porque sabías que te la estabas jugando, apreciabas cada momento en que rompías las reglas para ser tú misma.

—Quizá tengas razón. Quizá ya no sepamos dónde está el norte.

—Creo que, más que eso, habéis creído que el norte ya está alcanzado, y esperáis ahora que os sirvan el cubata sentados en la tumbona con calefacción, en el centro mismo del polo. Y si no lo traen pronto, ¡y gratis!, os ponéis a chillar, eso sí, muy masculinamente, sin pluma alguna, que no queda machote y nada deseable según las normas del deseo impuestas por no se sabe quién. Me río yo de lo machote y lo que habéis pensado que era más erótico. Fíjate, está mejor visto ponerse muelas que tetas, y ambas cosas son implantes. Y he comido yo más con las tetas que con las muelas.

Pepa se había dejado llevar. Pero su tono no se había agriado ni elevado, en realidad se había quedado como pensando, pensando en voz alta, ajena por una vez a su público. Por más inusual que fuera aquella situación, todos parecían estarla asumiendo finalmente, sin muchas vueltas, dejando que el diálogo sobre la historia de Pepa los arrastrara a la vez y olvidando un tanto lo inolvidable, la nueva situación familiar.

—¿Y por qué dejaste de actuar?

—Me quedé anticuada. Las nuevas pelucas y plataformas de las drags fueron echando de los escenarios, cada vez más caros y mejor acondicionados, a las tradicionales travestidas o transformistas. Nuestros números no eran lo suficientemente vistosos ni modernos. Nuestras artistas ya no eran las primeras en las listas de ventas. Les reconozco el mérito, y no les guardo rencor, pero no es lo mío. No es que esté mayor para reciclarme, es que Pepa nunca fue así. Popera sí, pero no galáctica.

—¿Y de qué vives?

—Ay, qué tierno eres. Sole, nos salió un niño muy inocente... Supongo que no crees que he vivido de lo que me pagaban por los espectáculos... he sido autónoma toda mi vida y he trabajado limpiando casas y oficinas hasta que las manos necesitaban tantas cremas que se chupaban todo lo que ganaba de las actuaciones... quiero decir lo que quedaba de los gastos de pelucas, vestidos, maquillajes... En fin, la mía es una larga historia con muchas anécdotas, algunas que ni siquiera yo le contaría a un hijo —dijo con cara traviesa a pesar de los años—, aunque puede que aprendiera algo de ellas... Si quieres conocerlas, espero que tengamos mucho tiempo, aunque yo no te llame hijo a estas alturas y tú no me llames padre. Sole, ¿has dicho en serio lo de quedarte?

—Por supuesto. No creo que a estas alturas, como dices tú, sea ya un impedimento *pa* tu vida... y si el polluelo no vuela del nido tendremos que dejárselo a él, a ver si al menos así empieza a vivir.

—Qué empeñada estás en irte de casa.

—Totalmente segura. Ya he tenido pueblo *pa* rato. Y Pepa *tié* Calle 13 y yo me pongo *morá* a ver cine y series de terror... Y ese es otro ejemplo de saber lo que queremos. A mí me encanta el terror y es algo que me pasa desde hace poco, pero sé que me gusta y sé que lo quiero. ¿Los porqués? No los he buscado en *profundidá*, pero quizá sea *mu* simple: nunca he sentido miedo de lo *sobrenaturá* ni de los asesinos en serie, probablemente

porque no hemos tenido mucho de ninguna de las dos cosas en nuestra *ciudad*. Y es una sensación que te sube por dentro como un cosquilleo... cuando no da risa de lo malas que son algunas películas. Pero ¿qué más da el porqué? Sé que me gusta y eso basta. Y tú has de encontrar lo que quieres... Pancho, no creo que te haga ningún bien volviendo a casa y yo prefiero estar con Pepa. Hemos *estao* muchos años separadas como *pa* perdernos de nuevo.

A Pancho se le ocurrían, sin poder evitarlo, ciertas preguntas morbosas que, tradicionalmente, los hijos no quieren ver respondidas respecto de los padres. ¿Cómo era posible todo aquello? Por un lado era para salir corriendo. Por otro tenía unas grandes ganas de abrazarse a Pepa. Al fin y al cabo... ¿quién era él para juzgar a su madre o lo que habían sentido Pepa y su madre? ¿Quién podía ponerle nombre, límites o normas a los sentimientos o a las lealtades, a las atracciones o a las llamadas de la naturaleza? Al menos sentirse atraído por hombres, lo que era visto de forma negativa por tanta gente en el mundo, le había dado la capacidad de intentar comprender y respetar a los demás. De alguna forma muy complicada, pero a la vez inevitable, su madre, fuerte y decidida, algo recia, complementaba a Pepa con su gran fuerza de voluntad pero también con una dulzura inmensa. Según la manera de entender las cosas de los parámetros más ortodoxos debería sentirse indignado, enfadado, defraudado o haberse echado a llorar. La realidad era otra: estaba lleno de dudas pero al mismo tiempo un gran alivio, como una crema que hubiese templado el bizcocho caliente, le cubría. Pepa producía en él esa sensación cariñosa de las personas naturalmente amables, incapaces de hacer daño a los demás por mucho que se lo propongan. Cuando hablaba de su pasado de pequeñas glorias, la emoción que doblaba su voz enganchaba a su historia de lucha e integridad.

—¿No echas de menos el escenario?

—Por supuesto que sí. Eso genera una adicción que no hay «mono» que te ayude a hacerla desaparecer. No importa el tiempo que pase. El tiempo solo es una huella en la pared, Pancho. Una huella sin glamour ninguno, una marca indecente que presume de su frescura frente al color gris que ha cogido todo lo demás a consecuencia del polvo. Un año y otro ponemos un calendario en el mismo lugar de la casa. Pero todos son lo mismo. No hay manera de apagar la sed por actuar. Es curioso que lo hayas preguntado.

—Se me ocurrió que, habiendo luchado tanto por ello, ahora notarías mucho esa ausencia.

—Luchamos como gatas panza arriba por tener nuestro espacio. No era sencillo ser transformista en aquellos años. Ni siquiera después. La policía cerraba locales cuando quería. Aún la moralidad seguía gobernando muchas actitudes cuando la democracia ya daba pasos importantes. Los ochenta fueron muy caóticos. La libertad se imponía, nos imponíamos a base de presencia y descaro... pero no toda la sociedad se había abierto de la noche a la mañana. Aquel fue un tiempo de loca actividad. Muchas de aquellas con las que compartí escenario lo toman por su época dorada: «Bombón de plástico», «Perfecta Loca», «Loba de atar» o «Marujita la Portera», sin ir más lejos. Aquellos años se comieron de todo... Claro que para algunas eso era la más importante, si no lo único. Hubo una pansexualidad —esta palabra se usaba mucho entonces, y si no la conoces viene a ser algo así como *toscontós*— en determinados grupitos que les permitió llevarse grandes cantidades a la boca... Ah, y aunque te parezca mentira, también cobrábamos mejor. Y sin

embargo..., yo echo de menos los tiempos primeros, anteriores al halo cansino de la movida que llegaba desde Madrid. Te jugabas el tipo con la «Ley de vagos y maleantes», pero todo era mucho más excitante, mucho más real. Nuestras imitaciones eran menos llamativas, y tenían menos medios, menos centímetros en los tacones, pero había un gran trabajo detrás para que el traje, los ademanes, los ritmos al moverse, fueran inconfundiblemente los de la artista a la que rendíamos homenaje. Era un mundo de mitómanas. Aunque cada una representábamos más de un personaje se nos conocía por uno en concreto, a veces más que por nuestros seudónimos artísticos. Yo era Karina, en el mercado nacional, y luego fui Donna Summers cuando llegó el momento de salir al mundo en busca de divas. El maquillaje era pesado, porque también me teñía las manos o los pies, si los tacones eran los de las sandalias doradas... pero merecía la pena... Alguna vez pasé la noche en el calabozo con el traje de luces y las uñas pintadas. Supongo que como referente paterno no es lo que habrías esperado.

—No, no lo esperaba. Lo esperaba tan poco como tú.

—Sin embargo como hijo eres todo lo que se puede desear.

—¿Homoinseguro, siempre indeciso y sin ser capaz de localizar a mi propia madre con treinta y tantos?

Pepa calló un segundo y continuó con una dulzura en la que las lágrimas estaban a punto de glasear su discurso.

—No. Responsable, cariñoso, trabajador, tranquilo, tolerante...

—Y con tendencia a robar botellas de whisky en cuanto me vengo abajo.

—¿Lo dices como un defecto? Depende de a quién se la robas puede ser un acto de justicia. Piensa en Errol Flynn haciendo de Robin Hood y marcando malla. Es bueno en varios sentidos.

—Se la robé a un amigo.

—Ah, eso está feo, sí.

—Aunque he de decir en mi defensa que luego le compré una de mejor calidad.

—Haber empezado por ahí, Pancho, eso en realidad no es un robo, es un préstamo con interés, aunque el beneficiario no lo sepa en el momento en que hace el negocio. La de veces que yo he tomado prestadas una uñas o unas medias... mientras la dueña estaba en el escenario. Pero siempre he cumplido después. En eso has salido a mí. La necesidad es la base de la invención, Pancho.

—Bueno o el morro puro... Perdona no he pensado en ti, lo decía por lo mío con mi amigo.

—Pensarás que no te pregunto nada y estoy aquí venga a hablar de mí pero es que, aparte de lo que me ha contado Sole, no sé si tengo mucho derecho a preguntarte.

De forma espontánea todos evitaban los calificativos familiares, se prefería usar los nombres de pila. Era más neutro... aunque tanto padre como hijo no lo encontraban cómodo, les resultaba frío. La señá Sole había ido cediendo espacio para que ambos hablaran. Todo iba mucho mejor de lo que habría imaginado... De hecho, ¿quién podría haberlo siquiera soñado? Allí estaba los tres, hablando de transformismo y espectáculo en los últimos años del franquismo y los primeros de la democracia, cuando apenas unos minutos antes Pepa y Pancho ni siquiera se habían visto frente a frente, por más que hubieran oído hablar uno del otro... y por supuesto no sabían el lazo de sangre y carne

que los unía.

Pero Pancho había aceptado la realidad con una rapidez y una tranquilidad asombrosas. De allí a poco se iría estableciendo entre ellos una sólida relación basada en muchas horas de conversaciones y decir «Tengo un padre llamado Pepa» solo significaría una frase afirmativa más entre todas aquellas que tienen una importancia emotiva, un peso emocional que sentimos llevar o soltar cuando las pronunciamos, sin importar los años que pasen, y sin que ello las vuelva terribles o dolorosas, solo intensas.

La seña Sole quería vivir con ella, con el padre de su hijo, recuperar algo del tiempo perdido y compartir un espacio que les había sido robado años atrás. Como era una mujer de la tierra, pragmática como un cuchillo o un plato sopero, no perdería mucho tiempo divagando sobre el nombre o los calificativos que, según la nomenclatura científica de moda, le correspondería al afecto que había entre ellas o las pulsiones que sentían cada una frente a la otra. Había gastado algún tiempo pensando, en las noches sobre todo, en su querida Pepa. Al principio en cómo estaría, cómo le iría, qué pasaría en su vida y cómo haría frente a la ciudad, a la sociedad, a las llamadas del sexo y del amor; más adelante en si había hecho lo correcto; y al cabo de los treinta y tantos años en cómo establecer de nuevo el contacto y para qué. Todo había ocupado su lugar casi espontáneamente, como si una mano dirigiera los destinos de todos hacia una casilla determinada del tablero, como si la peregrinación hacia la Tierra Deseada hubiese llegado después de vagar tres décadas por ciertos desiertos —aunque surcados, de vez en cuando, por algún oasis encantador. Ella no habría usado estas palabras, sino unas mucho más directas, pero ese habría sido sin duda el sentido de sus reflexiones. Era una mujer de acción, y por fin la había ejecutado. El resultado le daba la razón.

Allí había una familia, y sin duda Pancho terminaría llamando a Pepa «padre», sin mucho esfuerzo y sin sentir que traicionaba la memoria del difunto que había ocupado el cargo durante treinta años. Él mismo se vio pidiéndole a su padre que actuara para él, en la tranquilidad de su casa. Y seguro que su madre lo apoyaría. El cómo habría llevado los celos la seña Sole era un misterio, pero Pancho no sentía necesidad por despejar esa incógnita.

—Pregunta. Imagino que mi madre ya te habrá contado bastante. Tampoco hay demasiado que contar, mi vida no ha sido tan... —lo pensó con cuidado antes de utilizar ningún adjetivo— movida como la tuya.

Pepa se dio cuenta rápidamente no solo de que su hijo no sabía lo que quería sino también de que no parecía no ya orgulloso, sino siquiera satisfecho de cuanto había logrado hasta el momento. Como consecuencia de su pasión por el arte de la imitación, Pepa era una observadora muy avezada, y empática. Nunca había entendido la maldad ni la crueldad. Era lo único que criticaba abiertamente de algunos espectáculos drag, que en líneas generales admiraba. Sabía bien el trabajo que había detrás de un buen número y la habilidad que exigía moverse sobre plataformas, el diseño novedoso de los trajes... No era su naturaleza, pero le daba valor y era muy capaz de reconocer un montaje bien hecho, trabajado. Lo que no perdonaba y no entendía era ese punto ofensivo que utilizaban algunos de aquellos drags contra el público, como si este necesitara ser vejado, como si fuese un masoquista en busca de un amo ducho en maltrato psicológico. Las menos brillantes eran, además, groseras, pero eso también lo había visto entre algunas

imitadoras y transformistas... ¡y qué coño, en el pueblo también! Ella podía ser muy fina y muy cuidadosa, pero había crecido rodeada de gente ruda, desprovista de todo miramiento social o de compromiso. No supo sobre qué suelo endeble había crecido Pancho. Quizá había sido el silencio de su padre postizo. Quizá Sole, con su fortaleza, con su seguridad abrumadora de mujer sólida, inmune al desfallecimiento, pragmática, lo había vuelto débil sin hacer nada especial. Quizá, por comparación, el niño creció mirándose en el espejo de alguien a quien se vio incapaz de imitar. O sencillamente por oposición, por generar una personalidad propia, había ido segregando un capullo de seda en torno a él, un capullo frágil, incluso blando. La cuestión era saber si lo de dentro era igual o si la máscara podía deshacerse.

—Pancho, ¿qué significa para ti tu peluquería? ¿Un sitio del que sacar para vivir o quizá otra cosa? ¿Por qué estudiaste peluquería y maquillaje?

—Me gusta la peluquería. Me gusta poner a la gente guapa, que se vean guapas, sacar lo mejor de cada uno. En realidad eso ya está ahí, yo solo lo hago más evidente.

—¿Qué quieres decir con «solo»?

—Pues... en realidad no hay un gran mérito en lo que hago. Cualquiera podría hacerlo: basta mirar. La belleza siempre está ahí.

Pepa no pudo evitar una sonrisa de orgullo. Pero no quiso hablar aún.

—Y a Petri, ¿quién la enseñó?

—¡Qué extraña pregunta para un momento como este!

—Te aseguro que tiene su miga. Anda, dime quién la enseñó.

—Bueno, ella había dado algún curso en la ciudad, pero ha mejorado mucho con la práctica.

—Quieres decir, supongo, que tú la has guiado. ¿O has dejado que la pifiara y dejara hechas unas adefesios a las clientas?

—Bueno, lo normal, supongo. Algún retoque para que vaya cogiendo el aire. Aún está creciendo.

—Ya veo. Vamos, que tú crees que todo el mundo ve lo mejor de la gente cuando la mira. Y que sacarlo a la superficie con la tijera, el cepillo, los rulos, el secador, las pestañas, el maquillaje, las sombras, el pintalabios, el quitaojeras... es algo sencillo, que el primero que pasa por la calle puede hacer. Y te piensas que tener la paciencia y el cariño para formar a alguien está al alcance de todo hijo de vecino, ¿es eso lo que me dices?

—Según lo explicas, parece que fuera talento de Ingeniero Nuclear o algo.

—Perdona, un ingeniero nuclear seguro que ve belleza en la energía y en las explosiones o lo que sea que pasa que hace que nos llegue la electricidad a casa. Pero habría que ver cómo trata a la gente y qué encuentra en ella. Si es que encuentra algo. Tu talento se produce hacia el exterior. Y nos hace la vida mejor. Estás muy equivocado si crees que todos pueden ver cómo mejorar a los demás, sea a través de su imagen o de otra forma. Yo trataba de hacer la vida más entretenida y feliz a mi público: que soñara con la artista, que siguiera la luz, la música, el color. Pero con el tiempo descubrí que a mucha gente no le importa más que su propia experiencia y existencia. O quizá los objetos inanimados, pero no los seres humanos. Piensa en eso, Pancho. Piénsalo bien. Eres un afortunado si las mujeres aburridas en la cincuentena, con los maridos jugando al mus en la taberna quizá, o viendo el fútbol, o con los hijos ya independientes y apenas

presentes en sus vidas; si las chicas que acuden a tu peluquería en busca de una seguridad que el espejo pueda darles, se encuentran contigo. Tú te preocupas realmente por encontrar su mejor yo. Puedes pensar que eso está de nacimiento en la raza humana... pero te aviso de que te equivocas como si crees que Cher no se ha operado nunca. No es cuestión de que te lo cuente yo. Es cuestión de que lo veas por ti mismo. Pero igual con un empujoncito consigues no darte un mamporro sino abrir los ojos.

—Gracias, Pepa. Es muy bonito lo que dices de mí...

—Faltaría más. Yo soy...

—... mi padre.

Y por fin el abrazo se produjo, inevitable como un bis de concierto de pop. Y aquella noche un terremoto invisible pero de dimensiones cósmicas hizo que Matías Prats se equivocase en el telediario, que Marujita Díaz confesase en plena fiesta su edad y que en televisión echasen algo que merecía la pena.

Pancho había encontrado a su padre. Pepa había encontrado a su hijo. La nueva familia estaba fundada en los mismos principios que la antigua: el amor y nada más que el amor. La señá Sole, dicen las lenguas más viperinas, llegó a echar una lágrima, algo que no se veía desde que salió la versión del director de *El exorcista*.

Durante unos momentos de tremenda paz, Pancho no se preguntó nada, no dudó, no se vio en la cuerda floja ni necesitó encontrarle un profundo sentido a todo. Pancho fue feliz y sintió el orgullo de pensar que era hijo de la señá Sole y... ¡de Pepa la Pipera!

## Epílogo

Pancho se despertó con la sensación de una mañana brumosa. Y sin embargo la primavera se acercaba con botas de siete leguas. En todas partes podía percibirse que el invierno estaba levantándose de su trono para dejarlo vacante al juguetón espíritu que todo lo revuelve y lo reverdece. De hecho ya había brotes aquí y allá... y no tardaría demasiado en oler a azahar por las calles y los jardines. Esto no era como los famosos brotes color moco rancio de los mítines políticos: estos brotes llegaban realmente cada año sin faltar a su cita, pues la naturaleza los llamaba con voz de cigüeña y manos templadas, dulces. A Pancho le llenaban de inquietud, pero también de ilusión.

Antes de levantarse repasó la situación. Ahora vivía solo en una casa enorme. Enorme y vacía: su madre estaba en la capital, con su padre-transexual-travesti-predrag, y él seguía tan estancado como al comienzo del verano. Era su casa de siempre, su duda de siempre... pero había matices importantes. Ni las voces de la seña Sole ni su colección de deuedés llenaban las habitaciones. Había demasiados huecos. ¿Sería por aquello por lo que estaba tan neblinoso y nostálgico? Con el tiempo llenaría esos vacíos de secadores viejos y rulos, de consoladores y revistas, con mil regalos inútiles que le harían año tras año los amigos... pero ahora reinaba un desconcierto de queso gruyer. El aroma de su madre aún permanecía a pesar de haber pasado todo el otoño y gran parte del invierno. La vería cada fin de semana... pero no tenía esperanza de traer tarteras llenas de comida de vuelta. Ella no era de esas y esperaba enseñar con mano dura a su hijo, desde la ausencia, para que aprendiera definitivamente a vivir. O mejor dicho, a elegir una vida. Una vida idiota o superficial, o inquieta o tranquila o la que fuera, pero una por la que hubiera apostado, y con la que pudiera perseguir su entelequia, su simulacro de felicidad, como todo hijo de vecino.

Para ahuyentar los sabores pesados de su lengua y su mente, pensó en un desayuno caliente, pero recordó que tendría que esperar para hacerse un análisis de sangre. Se consoló deleitándose con planes para después de la extracción: se daría un buen homenaje de churros y chocolate... o quizá barrita de pan y chocolate... o incluso suizo y chocolate. Pero ante todo mucho chocolate. Toneladas de chocolate. Había una buena cafetería cerca del centro de salud. Era casi una obligación moral... o al menos culinaria comprobar si seguían manteniendo el nivel. Después el día le esperaba con los cortes de pelo, tintes, permanentes y el sacrosanto cotilleo. No le importaba, lo ignoraría para vivir más tranquilo, como había hecho siempre. La cháchara implícita de su trabajo era lo menos atractivo. Pero lo superaba con facilidad. Llevaba algunos años de entrenamiento. Conseguía concentrarse en sus obligaciones tijeras en mano y dejar que sus oídos se taponasen de forma natural.

Dudó a la hora de elegir un calzoncillo tras la ducha y se paseó desnudo de un cajón a otro, con aquellas cariñosas lorzcas peludas aireándose, algo pálidas, ávidas del sol que tomaría entre los olivos en apenas unas semanas. Con un poco de suerte encontraría un rincón algo más alejado que convertir en olivar nudista. El sol, qué rico tesoro. Ignoró su imagen en el espejo y se vistió con prisa, aunque con cierta coquetería. Empezaba a hacerse tarde, y eligió los gayumbos de Epi y Blas.

Eran los de la suerte, pensó apenas con las llaves en la mano ya cerrando la puerta. Unos rayos de sol salieron a su encuentro. Eran tímidos, pero anunciaban la cercana imposición de su fuerza.

El centro de salud era un bloque de hormigón y algo plástico, grisáceo, terrible y feísta como todos los edificios construidos a partir de los setenta, especialmente para las instituciones públicas. Quizá sean tan horribles para asustar o disgustar a los enfermos y que vengan solo si realmente lo necesitan, como medida disuasoria de fondo económico. Quizá solo se deba a que la belleza ya no importa nada en las transacciones de dinero o a que la belleza exige una dedicación y una inversión que los constructores no están dispuestos a pagar.

Llegó a tiempo... de tragarse toda la cola de jubilados que se habían levantado con el alba para estar los primeros en el servicio de extracciones. Media hora después, y mareado por el hambre, pronunciaron su nombre.

Le sonó extraño, ajeno. Él era Pancho y todo lo demás, falacias que los documentos oficiales se empeñaban en mantener en su carné de identidad, en su partida de nacimiento y en la cuenta del banco. Una estupidez como otra cualquiera. Una estupidez que su padre, su padre biológico, y también su otro padre, habían vivido antes que él. Entró en la habitación y se dio cuenta de que le había tocado un chico joven, con el pelo revuelto y ojos de sueño. No tenía pinta de ser muy hábil e imaginó que le tocaría aguantar varios pinchazos. Pero no le importó. El muchacho era guapetón, y mirarlo de cerca bien valdría un moratón. La aguja ardía cuando se la introdujo en la carne. Pero ni una sola gota salió.

—Vaya, es que la tienes muy grande... La vena quería decir.

A Pancho no se le ocurría cómo era un problema para encontrarla y poderle pinchar con éxito a la primera, pero sobre aquel pensamiento se había asentado con rotundidad la necesidad que Óscar (pues así decía que se llamaba la tarjeta enganchada en el bolsillo de la bata) había tenido de hacer la aclaración sobre qué tenía tan grande. No le cabía duda alguna de que era gay, y sus ojos y las bolsas de sueño que había bajo los mismos hablaban del «juernes» que se había pegado el día anterior. Quizá el exceso de vigilia era el motivo de su torpeza. Quizá era poco hábil con la aguja a la par que un pendón desorejado... aunque las orejas, ahora que se fijaba, eran una monería, pequeñas, coloraditas, juguetonas... Era posible que no tuviese que meterla muy a menudo y por eso le faltaba práctica.

—Perdona esto, te va a escocer un poco.

Y diciendo aquello, Óscar movió el puntiagudo metal sin sacarlo. Efectivamente, el ardor se trasladó por el brazo. Pero era un escozor casi placentero, un calor que le estaba poniendo cachondo.

—Perdona, es que tienes las venas bailonas... y se escapan, no es fácil cogerlas porque se mueven.

Pancho no pudo evitar un sarcasmo repentino, un *flash* de humor negro que, a modo de latigazo, le bajó la hinchazón de la entrepierna y le infló la carcajada en la garganta.

—¿Las venas bailonas? No me digas ya más, he ahí la explicación de todo lo que pasa en mi vida.

Y ante los ojos atónitos de Óscar, que no entendía el comentario y que iba ya por el

tercer tubito de sangre, que, por fin, fluía generosa, Pancho decidió que se casaría con él. Costase lo que costase.

Acababa de saberlo. Las venas bailonas acababan de unirlos para siempre... ¿O quizá no?

## Créditos

© Guillermo Arróniz López, 2018

© Editorial EGALES, S.L., 2019

Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61

Hortaleza, 62. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99

[www.editorialesgales.com](http://www.editorialesgales.com)

ISBN: 978-84-17319-55-7

© Imagen de portada: Carlos Valdivia Biedma

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Notas

[←1]

«El calvario. José de Ribera», en Guillermo Arróniz López (2016), *Al amparo de unos dioses ajenos*, EdítaloContigo, Madrid.